



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES

TESIS

**La experiencia de la maternidad en mujeres feministas:
narrativas para vincular(nos)**

Para obtener el grado de

Maestra en Ciencias Sociales

PRESENTA

Rocío Paulina Guerrero Zaragoza

Director (a)

Dra. Alejandra Araiza Díaz

Codirector (a)

Dra. Silvia Mendoza
Mendoza

Comité tutorial

Dra. Araceli Jiménez
Pelcastre
Dra. Josefina Hernández
Téllez

Pachuca de Soto, Hgo., México., junio 2025



Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

School of Social Sciences and Humanities

Área Académica de Sociología y Demografía

Department of Sociology and Demography

12/junio/2025

Asunto: Autorización de impresión

Mtra. Ojuky del Rocío Islas Maldonado
Directora de Administración Escolar
Presente.

El Comité Tutorial de la tesis titulada " **La experiencia de la maternidad en mujeres feministas: narrativas para vincular(nos)**", realizada por la sustentante **Rocío Paulina Guerrero Zaragoza** con **número de cuenta 259723** perteneciente al programa de **Maestría en Ciencias Sociales**, una vez que ha revisado, analizado y evaluado el documento recepcional de acuerdo a lo estipulado en el Artículo 110 del Reglamento de Estudios de Posgrado, tiene a bien extender la presente:

AUTORIZACIÓN DE IMPRESIÓN

Por lo que la sustentante deberá cumplir los requisitos del Reglamento de Estudios de Posgrado y con lo establecido en el proceso de grado vigente.

Atentamente
"Amor, Orden y Progreso"
Lugar, Hidalgo a 12 de junio de 2025

El Comité Tutorial

Dra. Alejandra Araiza Díaz

Directora

Dra. Silvia Mendoza Mendoza

Codirectora

Dra. Araceli Jiménez Pelcastre

Miembro del comité

Dra. Josefina Hernández Téllez

Miembro del comité

Carretera Pachuca-Actopan Km. 4 s/n, Colonia
 San Cayetano, Pachuca de Soto, Hidalgo, México;
 C.P. 42084
 Teléfono: 771 71 7 20 00 Ext. 41025
 jaasd_icshu@uaeh.edu.mx

"Amor, Orden y Progreso"



uaeh.edu.mx

AGRADECIMIENTOS

Dedico este trabajo a los dos pilares que lo hicieron posible, a ellas, las únicas que han estado.

A mi mamá. Tus trabajos de cuidado incansables aseguraron que yo tuviera el tiempo, la energía y la seguridad para dedicarme a la ardua escritura de este proyecto. Mamá, al adentrarme en las narrativas de las participantes, reflexionar y aprender, me di cuenta que te entendía cada vez más, le daba nombre a lo que somos, a nuestras heridas, a nuestro cariño. Sin ti, la chispa que inició este trabajo no tendría lugar.

A mi hermana. Sin ti, esto simplemente no sería posible, se hubiera quedado en un sueño. Tu apoyo afectivo y económico incondicional me han formado literalmente en la mujer/profesional que soy hoy. Hermanita, incluso hoy no puedo dejar de preguntarme por qué me quieres tanto, considero que muchas veces te he quedado a deber. Este trabajo es, también, tuyo. Espero te sientas orgullosa tanto como yo me siento orgullosa de ti.

A mis directoras, Ale, te topaste con una yo muy confundida y temerosa, me diste la luz para encontrar los pasos necesarios para encontrarme y, de paso, a esta investigación. Silvia, tus escuchas activas y consejos, que tomé ansiosa pero motivada, cambiaron incluso el curso de mi vida.

A la Dra. Araceli y la Dra. Josefina, sin sus comentarios me hubiera visto con más frecuencia en la oscuridad, gracias.

Y por último, quiero agradecer a la ausencia masculina, gracias sinceras por no estar, en verdad que no hicieron falta.

CONTENIDO

1. He aquí que soy montaña entre mujeres-montañas. La perspectiva feminista para generar saberes sobre las maternidades	12
1.1. Para iniciar, los saberes de las maternidades, una lente de perpetuidades y cambio	13
1.2. ¿Las mujeres “necesitan” convertirse en madres?: estudiar la maternidad ¿Por qué y para qué?.....	19
1.3. ¿Por qué tanta insistencia? La parte del género en el deber/ser	24
1.4. La construcción de los saberes feministas. Los ejes centrales de esta investigación.....	31
1.5. Punto de vista feminista.....	33
1.6. Breve interludio para discutir la objetividad ¿existe una opción feminista?	36
1.7. ¿Nos han contado la misma historia una y otra vez? Apuntes para situar la maternidad	41
1.8. Las diferencias que hacen la diferencia. Hacia un conocimiento antirracista	44
1.9. ¿Por qué es importante la experiencia?	48
2. Vivir para los demás: mujer, maternidad y cuidados en una sociedad individualista ..	54
2.1. El cuidado, un asunto feminista	55
2.1.1. Género y cuidado	58
2.1.2. Organización social del cuidado en la sociedad individualista y lo que significa para las mujeres	60
2.1.3. La profesionista, la madre, el ama de casa	65
2.1.4. El trabajo invisibilizado del cuidado como medio de control capitalista y patriarcal.....	69
2.1.5. La fantasía de la individualidad	73
2.2. La clave es la familia. Intersecciones entre la individualidad y la familia nuclear como enfoque teórico	78
2.2.1. La glorificación de la familia nuclear	81
2.2.2. La familia individual y la familia posmoderna.....	84
2.2.3. La relación Estado y familia: un mecanismo para negar la interdependencia	87
3. Las rutas para ir(nos) vinculando Las vías metodológicas	93
3.1. A modo de introducción: los objetivos	94
3.2. Somos mujeres-madres.....	95
3.3. La autoetnografía y el enfoque narrativo biográfico	97

3.4.	Diferentes pero vinculadas. La propuesta de las producciones narrativas.....	100
3.5.	De lo individual a lo transversal: pautas para analizar(nos)	107
3.5.1.	Primera etapa etnográfica: las rutas y las alternativas	111
4.	Miradnos. Decidimos cambiar la dirección del puño porque nosotras no nos defendemos: nosotras luchamos	117
4.1.	Ellas, yo, nosotras, todas. Las participantes.....	121
4.1.1.	¿Quiénes son? Mujeres que han dejado huella.....	122
4.2.	Las mujeres que dejaron entrar al lobo y le invitaron una taza de café	123
4.2.1.	Bere, hermana amada, aquí está tu manada.....	124
4.2.2.	Karla Miau, de “vivir en <i>Vietnam</i> ” hasta los tratados de la paz	129
4.2.3.	María y el “qué me van a espantar si por aquí ya pasó el diablo”	135
4.2.4.	Gloria y estar construida diferente. Entre la diferencia y la tragedia	142
4.2.5.	Sharon y el problema de la existencia más allá de la maternidad	148
4.2.6.	Vero, la vieja chingona, la sobreviviente	152
4.2.7.	Yadhira y la cartulina que decía “una se hace feminista con su propia historia”	158
4.2.8.	Maga la empresaria. Una historia para reconocerse en soledad, doler y sanar	161
5.	Somos sangre de útero, la misma agua tibia que nos transforma en raíces, de aquí nace el mundo. Vamos tomadas de la mano al análisis	169
5.1.	De sustos personales a hablar del deseo.....	170
5.2.	Tener o no tenerlo, esa es la cuestión	180
5.2.1.	Maga y la diferencia para vincularnos: el temor de perderla	184
5.3.	¿Y ahora qué? Las contradicciones de ser sin saber cómo: las narrativas de la ambivalencia	188
5.3.1.	El miedo.....	189
5.3.2.	Un panorama a la maternidad desde la experiencia de quien gesta, cría y cuida	193
5.3.3.	Del embarazo a los primeros meses: las dificultades de la usurpación del cuerpo y la identidad	199
5.3.4.	El sacrificio.....	205
5.3.5.	El ojo omnipotente de la sociedad	209
5.3.6.	La madre.....	214
5.3.7.	¿Hay chalecos salvavidas para ambos? La relación en pareja	223
5.3.8.	Nos toca acomodarnos: Los cuidados y el trabajo.....	234

5.4. El feminismo	247
5.4.1. Los feminicidios.....	252
5.4.2. Feminismo y maternidad	254
5.4.3. Hombres solo escuchan hombres. La crianza de las criaturas en términos afectivos	260
5.4.4. La tensión viene de todos los flancos. Tensión con el feminismo.....	268
6. Vamos de una a una para las conclusiones	274

Introducción

¿De qué hablamos cuando hablamos de maternidad?

Hablar sobre la maternidad en ciencias sociales y las ciencias en general, es hacerlo desde la mente masculina, la maternidad es una serie de hechos por aquellos que no gestan y crían, por lo que cuando una quiere pararse sobre la experiencia sale muy lastimada, sorprendida y decepcionada, porque definitivamente no es como la pintan, no les habla a las mujeres con empatía y gentileza, más bien con dureza y castigos. Y si esa maternidad no es, entonces ¿cuál es? Habrá que preguntarles entonces a quienes gestan y crían. A ellas debemos preguntar.

Al señalar los problemas que lleva consigo el concepto de maternidad en las mujeres, abrimos una posibilidad, ya explorada, aunque la necesidad aun yace latente, de pensar en la maternidad sin huellas patriarcales, que la disponen como destino fisiológico, una disposición que se alarga intencional a la condena de la identidad femenina. Serás o no serás. A pesar de los avances en la lucha de los derechos de las mujeres, lo que supone el descarte de modelos tradicionales que condenaban a las mujeres a ciertos espacios o tareas sociales obligatorias, la maternidad sigue siendo un espacio fundamental para la identidad femenina, para obtener un sentido de pertenencia, para crear lazos afectivos, para cumplir metas de vida, y la lista sigue. El asunto es que la maternidad sufre de sesgos impuestos que ha deformado nuestras experiencias, percepciones y creencias sobre cómo es la maternidad para nosotras, pero, sobre todo, para ellos. Se cree que la maternidad es destino único e inescapable, que todas las mujeres deseamos y debemos ser madres, que el instinto materno existe o en su defecto nace una vez que tenemos una criatura, que el gozo es intenso y está presente en todo momento, el amor sacrificado de la madre es esencial para el cuidado del núcleo familiar y todas lo ofrecemos desinteresadamente, porque estamos hechas para el sacrificio. Lo anterior se trata de la maternidad hegemónica patriarcal, y todas hemos escuchado estos argumentos una y otra vez, en diferentes formas a lo largo de nuestros años vitales, por lo que, es de esperarse que ese modelo de maternidad se instaure en nuestros imaginarios. El problema es que cuando nos convertimos en madres

damos cuenta de la realidad, que nada de lo anterior es cierto, no podría estar más alejado de las experiencias maternas que se tejen en la incertidumbre, el miedo, la desesperación, el pesar y sobre todo la ambivalencia. La reproducción del modelo patriarcal garantiza que las narrativas contrahegemónicas sean expresadas sin miedo al escarnio social ¿Dónde quedan las narrativas del hartazgo? ¿Dónde queda el arrepentimiento, el dolor, el odio, la ambivalencia? ¿Dónde quedamos nosotras? Las madres que se quedan en casa a criar, o aquellas que tienen doble, hasta triple jornada laboral. Existimos, persistimos y resistimos a pesar de las contrariedades que restan importancia a las narrativas femeninas en un mundo masculino.

Es por ello que esta investigación nace de la necesidad de crear nuestro propio canon de la maternidad, uno realista y que no intente instaurar la maternidad como única e inequívoca experiencia para todas. Necesitamos repensar las formas de construir conocimiento fuera de los modelos hegemónicos que le han negado a la mujer relevancia. Por ello en estas páginas encontrarás las narrativas de ocho mujeres que se identifican como feministas y son madres, son sus experiencias las que tejen el conocimiento que las vinculan desde la diferencia, son ellas las que sin miedo hablan desde la honestidad. Por tanto, me he dedicado a analizar la experiencia situada de la maternidad y las tensiones que ésta conlleva cuando se es mujer feminista, entendiendo la experiencia como un sistema complejo de carácter relacional y subjetivo en el que se manifiestan conexiones ambivalentes, contradictorias y complejas.

Hoy no solo se nos define como madres, somos mujeres en busca de la independencia, navegamos por un mundo individualista que ha abandonado a los individuos, así nuestros esfuerzos suelen ser dobles, hasta triples, cuando nos dedicamos al crecimiento de nuestras biografías al tiempo que criamos. Así, es preciso explorar los significados de la maternidad en intersección con los cuidados y el desarrollo individual, a la par de indagar desde la dinámica de pareja sobre la repartición de las tareas de cuidado del hogar, y sumado a lo anterior me preguntaba cómo la identidad de las mujeres feministas interactuaba con las labores adheridas a la maternidad, si creaba un vínculo más o menos tensionado o bien lo hacía combinado con una armonía personal, dependiendo de las herramientas de cada

mujer, así pues este trabajo busca conocer cómo la identidad feminista interactúa con la experiencia materna para llegar a una reflexión sobre otras formas de cuidado era esencial para tejer un conocimiento alejado de la mente masculina que ha dominado, y lo sigue haciendo, la maternidad incluso cuando somos nosotras quienes gestamos y parimos a nuestras criaturas, y en muchas ocasiones, somos nosotras quienes los criamos a la sombra de la soledad.

Así, tienes en tu poder un trabajo que ha buscado dar espacio a la potente experiencia de mujeres feministas, ya que tienen pocos y limitados espacios de escucha, por eso es tan importante explorar otras formas de conocimiento a través de ellas; experiencias maternas interseccionadas que den cuenta de la desigualdad y hablen desde la ambivalencia y la contrariedad, para romper con los estereotipos y mandatos que nos han y siguen dictando cómo vivir la experiencia.

La experiencia de la maternidad en mujeres feministas: narrativas para vincular(nos) comprende un total de 6 capítulos que van construyendo un camino teórico-metodológico feminista. El contenido del capítulo 1 *He aquí que soy montaña entre mujeres-montañas. La perspectiva feminista para generar saberes sobre las maternidades* trata del por qué y parte del cómo. El capítulo 2, *Vivir para los demás: Mujer, Maternidad y cuidados en una sociedad individualista*, abarca el marco teórico, guía irrefutable de este trabajo, sobre la línea de los cuidados en una sociedad individualista con el cobijo de autoras como Esther Vivas, la dupla Beck y Beck-Gernsheim, Marcela Lagarde, entre otras. En el capítulo 3, *Las rutas para ir(nos) vinculando. Las vías metodológicas* me dispongo a exponer el cómo en términos de acercamiento de los datos a través de la epistemología feminista, además de ir trazando la ruta, a veces tropezada, del acercamiento con las participantes. Entonces el capítulo 4 *Miradnos. Decidimos cambiar la dirección del puño porque nosotras no nos defendemos: nosotras luchamos* se trata del acercamiento narrativo a las experiencias de las mujeres, lo individual para pasar a lo transversal del análisis, el cual comienza en el quinto capítulo *Somos sangre de útero, la misma agua tibia que nos transforma en raíces, de aquí nace el mundo. Vamos tomadas de la mano al análisis*, en el que el análisis se enfoca en la transversalidad de las tensiones y ambivalencias, cómo lo es el objetivo general, de

las mujeres participantes: la dinámica en tensión con la sociedad vigilante de las maternidades, con la familia como puente de la misma sociedad, con la propia pareja, con la carga brutal de cuidados y finalmente su identidad feminista y las tensiones que sí, forma la ecuación mujer-feminista-madre. Por último, las conclusiones en el capítulo 6 *Vamos de una a una para las conclusiones*, para honrar los descubrimientos y el conocimiento tejido en compañía de las participantes.

1. He aquí que soy montaña entre mujeres-montañas. La perspectiva feminista para generar saberes sobre las maternidades

1.1. Para iniciar, los saberes de las maternidades, una lente de perpetuidades y cambio

*Eres la mujer
preciosa
la increíble
la merveilleuse
la que buscó
durante años
los destellos del mundo
y se adentró en los salones
y soñó con encarnar
la libertad de los hombres.
(María Ramos, 2015)*

Encontrar la palabra clave, la definición o idea que evoque los saberes necesarios para desentrañar las maternidades a partir de la deconstrucción de los feminismos no es tarea fácil. Mucho más si se reconoce la tierra labrada del campo científico que por muchos años asieron a la maternidad como única, y la utilizaron para fines propios. Se construyeron nuevas ideas sobre las ya establecidas que afirmaban tener las respuestas para la maternidad, ideas que reducen a la mujer a un mero recipiente, así Silvia Tubert dice que “el cuerpo como lugar de gestación se medicaliza. Se borra la diferencia entre el cuerpo del discurso del sujeto, que como tal está abierto al infinito cuerpo de la significancia, y el cuerpo del discurso científico” (Tubert, 1993, p. 350), así como nuestros cuerpos son únicamente útiles si lo dedicamos a la reproducción social “Es un cuerpo que define la existencia, no es un cuerpo humano” (Lagarde, 2005, p. 380), por lo tanto nuestros cuerpos están

determinados por un entramado social que le cuelga los principios biológicos de la reproducción, vestigio fundamental que ha definido al género femenino.

Se habla de un sistema patriarcal estructurado en el que ser madre era impedimento para que la mujer ocupara sitios de importancia en la vida pública y, al mismo tiempo, que se consolidara como ciudadana plena. Esta última y parte de una perversa visión reduccionista de la maternidad como destino fisiológico y vocación natural, que ha justificado por mucho nuestra reclusión a espacios domésticos. Así, se ha querido abarcar la maternidad desde una única posición cuando en realidad las mujeres somos diversas y cada experiencia vital nos da distintos significados subjetivos que forman identidades particulares.

Cada mujer aborda la maternidad desde unos supuestos propios, diferentes, exclusivos al mismo tiempo que cada una de sus maternidades son diferentes. En cambio, desde el mundo exterior, pocas veces, por no decir ninguna, se tienen en cuenta estas diferencias. La mujer suele quedar oculta tras el embarazo, se la instruye a lo largo de nueve meses para ser una “madre perfecta” que en muchas ocasiones la llevara a su propio fracaso (Alcalá, 2015, p. 64).

Por ello era necesario romper con el sagaz hechizo que borra a las mujeres de la historia y arrebató sus voces de sus propios cuerpos, de las esferas de poder, de las calles, de lo privado, en resumen, cada espacio con mínima importancia. Así los saberes feministas plantaron semillas en el terreno de los valores masculinos de la ciencia, aunque el camino no ha sido raso, ni mucho menos bien llegado, con el fin de desmontar los conocimientos que han sustentado el androcentrismo en la ciencia, que ha invisibilizado y segregado la desigualdad y los roles de poder que subordinan a la mujer en el contexto patriarcal. Para Patricia Castañeda (2008) el androcentrismo es el mecanismo por excelencia de la segregación de las mujeres en la ciencia propiciando a su vez la cimentación de la escisión de género propia de la sociedad occidental, “misma que identifica a los hombres con lo social y lo cultural, y a las mujeres con lo natural.” (p. 22). De ahí que el hombre sea el centro de la elaboración conceptual de la investigación, con ello surgiría la clave para las oposiciones constitutivas del pensamiento binario presentes en el discurso

científico: verdad/falsedad, objetivo/subjetivo, sujeto/objeto. Por lo que hace innegable la conexión bien cimentada entre el lenguaje común y el científico, y de igual manera se vuelve evidente la presencia constitutiva del androcentrismo en las mentalidades modernas. En este sentido, Rosi Bradiotti (en Araiza, 2020) habla del falogocentrismo “para hacer referencia al proceso mediante el cual el conocimiento se erige como algo puramente androcéntrico” (p. 41). Por su parte Alejandra Araiza (2020) llama a que la empresa científica occidental no sólo pone al hombre en el centro de toda producción de conocimiento, sino también al logos y la razón “[...] el lenguaje, entendido como comunicación perfecta, ha sido fundamental para el falogocentrismo, que ha buscado el código único, capaz de traducir todos los significados” (p. 42).

Por tanto, era necesario que surgiera una epistemología que replanteara la pregunta de quién puede ser sujeto de conocimiento y cuestionar las pruebas sobre las que el conocimiento debe someterse para ser legítimo. Una mirada feminista se hace preguntas como ¿las mujeres pueden ser sujetos(as) de investigación? ¿la observación y experiencia masculina son acaso las únicas herramientas para legitimar el conocimiento? ¿La experiencia y subjetividad (femenina) pueden ser considerados conocimientos legítimos? Así, la epistemología feminista se enfrenta con la tradicional, que ha excluido sistemáticamente, con o sin intención, a la mujer como sujeto o agente de conocimiento, ya que, es imperativo que se comprenda que el punto de vista masculino no puede ni debe ser el único parámetro para hacer investigación (Harding, 1987).

Adicionalmente, reconocer la investigación feminista supone saberla anclada a la teoría feminista. “La teoría feminista es un vasto campo de elaboración conceptual cuyo objetivo fundamental es el análisis exhaustivo de las condiciones de opresión de las mujeres” (Castañeda, 2008, p. 12). Ésta reflexiona sobre las sociedades patriarcales y la marcada desigualdad entre hombres y mujeres que sostienen este tipo de sociedades, por lo que funcionan como respuesta, acción, contribución y erradicación de dicha desigualdad con investigaciones que hagan frente mediante la generación de conocimientos opuestos a la norma social. En este sentido, la investigación feminista tiene un claro carácter emancipatorio que

pretende salirse del molde tradicional sobre qué y cómo generar conocimiento, además de hacerlo con y para las mujeres. Lo anterior abonado a un fuerte carácter de oposición a la investigación –sexista, patriarcal, androcéntrica, ciega respecto del género, orientada al status quo, positivista, objetiva, cuantitativa, alienada y alienante, etc. (Eichler en Sancho, 2020).

Se trata, innegablemente, de poner en evidencia que el conocimiento generado por la tradición científica carece de una visión mucho más amplia y diversa, precisamente por la diversidad en las sociedades que no solamente son de occidente, y para combatir esto, se debe abrir paso a otros paradigmas, iniciativas y movimientos alternativos además de darles credibilidad (Santos en Del Moral, 2012). En la lógica de conocer más allá de la experiencia masculina, los saberes feministas proliferan para desenmarañar, entre tantas otras problemáticas, la falacia del binomio mujer/madre y la reducción de la feminidad a la maternidad. El repertorio de feminismos disponibles se ha dedicado a dismantelar la trampa materna, habiendo distintas posturas, más que enfrentarlas, ya que dicha discusión no cabe en estas páginas, es reconocerlas como un banco diverso de alternativas más que un solo cuerpo teórico, y particularmente rescatar la emergencia de las experiencias culturalmente descuidadas y políticamente desprotegidas de las maternidades (Bogino, 2020). Los saberes feministas evidencian la problemática de las estructuras y los discursos sobre la maternidad, con el fin de crear un debate crítico y social sobre lo impuesto biológica y culturalmente en tanto madres, y en la división de roles y funciones según el ordenamiento sexo-genérico del sistema cultural patriarcal. Hablar sobre las maternidades en el campo de las ciencias sociales y las ciencias en general, es hacerlo desde hechos e ideales fundados por la mente masculina para la mente masculina, por lo que éstas terminan siendo desestimadas, descartadas e invisibilizadas por ser consideradas un hecho natural, innato a la mujer, el Otro que se mantiene a la sombra “Decir que la mujer era lo Otro equivale a decir que no existía entre los sexos una relación de reciprocidad: Tierra, Madre o Diosa, no era para el hombre, una semejante (De Beauvoir, 1949, p. 71). Sobre esta misma línea del Otro, Teresa de Lauretis dice que la mujer queda “simultáneamente ausente y cautiva en el discurso, de (la) que hablan constantemente pero que es

inaudible o no se expresa, mostrado(a) como espectáculo y sin embargo sin representación” (en Herrera, 2004, p. 2).

Una gran cantidad de investigaciones exploran la idea de que lo esencialmente femenino es el parir. “En virtud de la maternidad, es como la mujer cumple íntegramente su destino fisiológico” (de Beauvoir, 2022, p. 464). Por su capacidad de concebir la mujer se ha visto en esferas obligatorias de reproducción, reduciendo la maternidad como un rasgo identitario de su feminidad (Zárate, 2019). “La capacidad de dar a luz es algo biológico, la necesidad de convertirlo en un papel primordial para la mujer es algo cultural” (Caporale, 2005, p. 181), las representaciones de las maternidades, los códigos que orientan sus expectativas y deseos expresan la internalización de esta cultura, de su tiempo y disposición social que están en constante cambio (Zicavo, 2013). Estos cambios profundos han supuesto una fragmentación de la maternidad, sobre todo en el ámbito profesional de las mujeres que, en muchas realidades, ya es una necesidad y parte de sus vidas sociales y escolares. La inserción de la mano de obra femenina en la estructura productiva ha dado evolución no solo a los mercados de trabajo en general sino también a la estructura familiar y a la división sexual en México (Blanco, 1999).

Por consiguiente, pensar en una maternidad, en singular, tal como se hacía en el tiempo de la Ilustración, con el nacimiento de la “buena madre” siempre sumisa ante el padre y poniendo la otra mejilla, metafórica o literalmente, ante los discursos moralistas de una madre perfecta en pro del bienestar de la progenie y el hogar, marcándose así la separación de las tareas del padre y de la madre; o el s. XIX y XX periodos en los cuales el amor materno se “edificó”, la maternidad se politizó en propuestas natalistas que impulsaban a las mujeres a parir en la medida en la que condenaban la anticoncepción o el aborto (Palomar, 2005). Concebirlas como maternidades, en plural, permite reconocer la diversidad de las experiencias y la diferencia narrativa de cada una, nos permite al mismo tiempo tomar la lucha de las feministas que desde el comienzo de las famosas olas han trabajado por separar el deber/ser de la identidad de la mujer para guiarnos a la crisálida de las sujetas autónomas. Para destapar aquellas maternidades que transitan intermitentes de lo público a lo privado y de alguna forma logran cumplir con las tareas necesarias para

la supervivencia de su familia, para lograr saber a qué costo tenemos trabajos como este mismo.

Así mismo, hacer una reflexión sobre la maternidad hegemónica es importante para cuestionar nuestro papel en la sociedad y esta idea naturalizada e intocable de la maternidad, que legitima un determinado orden social (Bogino, 2020) y que obliga a la mujer ocupar un puesto específico del que pareciera ser imposible escapar. Y a partir de este cuestionamiento, plantearnos otras formas de crianza y de cuidado que no se limiten al género, separados y alineados del modelo patriarcal que le inculcan a la mujer, a no ser que se arriesgue a ser condenada como “algo” naturalmente antinatural. Hacerlo a partir de una mirada y epistemología feminista me permite abarcar un amplio campo conceptual e interdisciplinario. A pesar de la importancia de estos estudios, el trabajo de investigación y las teorías continúan siendo un requerimiento, tal como lo sostiene Giallorenzi (2017), para diversos cuestionamientos en torno a la distribución de poder en la sociedad, contribuyendo con ello a la elaboración de estrategias políticas de transformación, que, entre muchas otras problemáticas, resuelvan el rol de la maternidad en la sociedad.

Así este trabajo recolecta parte del arduo trabajo de gigantes que teorizaron y conceptualizaron la maternidad para sacarla del agarre hegemónico, y apropiarla para nosotras, quienes de hecho parimos y criamos. Me interesa abordar la experiencia de maternidad en mujeres feministas: conocer su experiencia comenzando con el deseo de maternar, tomando en cuenta que una parte que juega en ello es la construcción socio-política de la maternidad y el instrumento de la maternalización, entendida como la progresiva confusión entre mujer y madre, feminidad y maternidad (Nari, 2004). También, considero que las maternidades deben contextualizarse al presente, mirar a la madre como aquella inserta en el mundo laboral, con puestos fijos, aunque mal pagados, o emprendimientos que ofrecen horarios flexibles, sobre cómo a partir de las relaciones de género perciben estas oportunidades o desventajas, y adicionalmente las posibles tensiones generadas por sus expectativas como ciudadanas y el deseo de maternar. Y por otro lado, contextualizar las maternidades en un momento socio-cultural del cambio, antaño se solía posicionar a la maternidad en el centro de la familia, pero son justo

estos cambios los que han deconstruido la noción de la familia nuclear; nacen las familias individualistas, la familia “posfamiliar” Beck-Gernsheim (2011), en la que la maternidad se ha disociado de las formas que conocíamos, en la relación con la pareja, el matrimonio, otras relaciones de parentesco; “ni consorcio ni consorte han resistido el individualismo exacerbado del mundo posromántico” (Barceló, 2016, p. 133).

Maternidad es tanto el hecho de la procreación como el embarazo, el parto, la lactancia, el cuidado, la educación y los sentimientos hacia sus hijos. Maternidad es también su historia, su vida y su recuerdo. Maternidad es su presente, su futuro y hasta su pasado en la mención de sus madres o en sus propios recuerdos de hijas. Si hay algo en sus discursos que sobresale por encima del resto es saber que la maternidad es “algo” que deja huella, que identifica, y que las mujeres madres, aún con sus diferencias, forman una communitas experiencial con iguales o parecidos sentimientos y vivencias (Moncó, 2009, p. 361).

1.2. ¿Las mujeres “necesitan” convertirse en madres?: estudiar la maternidad ¿Por qué y para qué?

*“Abría mi madre la boca para llamarme
y florecían de pronto todas las espinas”*

/

“Quiero tener un hijo

Quiero crear desde mi entraña

Sacar de mi ovillo interior toda la seda

tejer telarañas como sistemas linfáticos

nerviosos ágneos músculos albinos huesos

Quiero esculpir en la oscuridad

las sílabas sangrantes de tu nombre”

(Esther García, 2017)

Señalar la invisibilidad y segregación a la que la maternidad ha sido sometida es dar cuenta de que “la selección y definición de los problemas llevan siempre consigo las huellas de los grupos dominantes en una cultura” (Harding 1996, p. 21). Es por lo que la decisión de abordar la maternidad desde las experiencias y narrativas de las mujeres responde al sesgo que el cuerpo académico ha impuesto a la maternidad, que ha deformado nuestras experiencias, percepciones y creencias sobre cómo es la maternidad para nosotras, pero, sobre todo, para ellos. Para repensar las formas de construir conocimientos fuera de los modelos hegemónicos que le han negado a la mujer relevancia, sobre todo si tomamos en cuenta lo que dice Teresa del Valle “a través de la maternidad, como uno de los saberes clave del cuerpo, muchas mujeres elaboran su identidad y ejercen su memoria personal” (en Sancho, 2020, p. 21). Todos estos esfuerzos servirán para darle presencia a todas esas mujeres que han sido silenciadas sistemáticamente a lo largo de la historia.

Mi interés por el tema de la maternidad de mujeres feministas atravesadas por la organización social patriarcal y capitalista, parte desde mi posicionamiento. En primer lugar, como hija de una madre que nació en el seno de una familia patriarcal, disciplinada y violenta y que, a pesar de ello, tomó la decisión de darme a mí y a mi hermana una crianza amorosa, pero sobre todo libre de todos los mandatos que le sembraron sobre qué y quién debe ser una mujer. A ella se le adoctrinó a ser madre y, en la misma medida, amar el papel de la madre, mi abuela, quien poco tuvo que ver en su crianza y cuando se involucraba optaba por reprimendas violentas como instrumento para su educación. Mi madre creció con una enorme culpa como hija devenida del amor a una madre a quién veía como diosa todopoderosa, pero cuyo amor no recibía a pesar de seguir al pie de la letra lo que de ella se esperaba: casarse de blanco y tener hijos. Hasta el día de hoy es ella quien se culpa por los malos tratos, ya que le es imposible mirar a mi abuela como algo diferente a la madre intocable. De igual forma, identifico en ella una gran cantidad de culpa como madre en consecuencia de la intermitente comparación con quien fue su madre y quién es ella. El fallar en ver en mí una devoción infinita hacia ella le hace repensarse como mujer, pero sobre todo como madre. Si mi abuela fue digna de esta devoción a pesar de su crianza, entonces ¿por qué ella no obtiene

algo parecido? Por lo tanto, los restos de la culpa que se sembraron en ella siguen presentes, como hija y como madre. A la par con este pensamiento Niyireé Baptista (2018) agrega de su propia experiencia.

Tiempo después entendí que lo que sentí en el desarrollo de mis primeros pasos como madre fue esa culpa, una culpa pesada e inacabable que me hizo juzgarme a mí misma. Los ojos de mi madre, de mi familia, de los amigos y amigas, y de la sociedad en general, se posaron ante mí para evaluar mi desempeño en estos menesteres (Baptista, 2018, p. 26).

De igual forma, desde mi niñez, he observado a todo esplendor cómo funcionan los mecanismos de la organización social patriarcal, que encadenó a cada una de las mujeres involucradas en mi historia a los trabajos de cuidado mientras los hombres se sentaban alrededor del comedor fumando y tomando, obteniendo comida con un simple gesto puntual por sobre la mesa. Cada que una niña o un niño lloraba en una casa repleta de ellos, era la mamá o una de las tías quien atendía el llamado de ayuda.

Una vez adulta y con las gafas violetas bien puestas me es posible reconocer, es decir, sacarle el velo de “normal” a ciertas conductas por parte de los hombres de mi numerosa familia. Un ejemplo es cuando todos mis tíos, incluyendo a mi padre, se organizaron para trabajar por todo el estado en viajes largos de venta de mercancía, en los cuales hacían de las suyas, abusando y aprovechándose de mujeres indígenas, en una competencia del todo patriarcal. Por supuesto que en estos largos intervalos de soledad eran las mujeres quienes se encargaban de todos los trabajos en consecuencia de una paternidad ausente justificada por el sustento económico. Historias similares escuché de otras mujeres cercanas a mí, lo que hace preguntarme sobre la normatividad de los roles sociales claramente marcado entre hombres y mujeres, siendo estas últimas las subordinadas ¿Qué hay detrás? ¿Qué influye? ¿Hay otras propuestas de organización?

Hoy, esta investigación nace de la reflexión a partir de la experiencia de mi madre y mi abuela, de todas las mujeres con las que he compartido historia y en conclusión subjetiva de que todas batallaron con lo que la sociedad patriarcal les

dictaba ser. Ecuación mujer = madre. Con ello me permito verlas como mujeres que, como muchas otras, no tuvieron otra opción de vida más que el matrimonio y el embarazo, lo que las llevó a un cierto rechazo a estas y a ellas mismas. Hoy, con esta investigación, abrazo a mi mamá, la reconozco, la amo, busco entenderla como mujer y hacer las paces con la relación, a veces, complicada que tenemos más allá del parentesco o lo biológico, sino como mujeres lastimadas por un sistema colosal.

En segundo lugar, lo hago cómo mujer que desde temprana edad he expresado libremente no querer tener hijos y en consecuencia he sido confrontada constantemente con la irremediable idea de mi pensamiento antinatural. Se me ha dicho: “ya cambiarás de opinión, así decía mi prima y ya tiene dos chamacos”; “y entonces ¿quién te cuidará cuando seas grande?”; “¡pero si es bien bonito tener hijos!”; “ya te veré panzona en unos años” entre otras cuestiones con tintes juiciosos pero bien intencionados. Otras veces no recibo comentario alguno, pero las miradas desaprobatorias son más que suficientes. Me advierten de la inevitable soledad que supurará de mi útero en venganza, por no tener hijos y por no seguir las reglas de la feminidad, como incubadora andante, parece que mi único destino es llevar un tripulante en el útero. Si bien me encuentro resoluta a negarle a la sociedad patriarcal seguir el mandato de la maternidad por razones personales, es cierto que estos cuestionamientos me provocan un terror profundo. Yo también he sido testiga de mujeres que han negado el deseo de ser madres, para encontrarlas años después con hijas(o) en brazos, negando ahora, el deseo que manifestaron en el pasado. Temo que de pronto ser madre no sea una decisión tan alienada después de todo. De dicho temor también nace esta investigación.

Cristina Palomar y María Eugenia Suárez (2007) señalan que las mujeres “han sido víctimas del sistema género que las fuerza [a madres] sin tomar en cuenta el deseo subjetivo de la mujer que sostenga un ejercicio constructivo de la práctica de la maternidad” (p. 315). Por su parte, Cristina Palomar se pregunta: “¿qué es lo que hace que una mujer desee ser madre? [...] ¿qué es lo que hace que una mujer desee ser madre? ¿Las mujeres “necesitan” convertirse en madres? ¿Es lo mismo desear ser madre que desear un hijo o desear tener un embarazo? [...]” (2004, p. 13), y advierte sobre el peligro de convertirse en madres sin cuestionarse las

razones o circunstancias en las que se vive. Silvia Tubert (1993) identifica la demanda de ser madres como una restitución del sujeto, de ser mujer, a través de la maternidad. Una herramienta que despoja a las mujeres de su identidad para otorgarles otra que responda al sistema patriarcal que nos quiere dormidas.

Esta investigación resalta la importancia de repensar la maternidad fuera del esquema hegemónico patriarcal que impele a la mujer a un solo destino reproductor, colocándola detrás de un muro que le impida encontrarse con la subjetividad. Ser madre debe ser una decisión, de esta forma nos libraremos de “vivir la presión de una experiencia subjetiva intensa como un embarazo, un parto y una crianza sin desearlo o sin saber enfrentarlo, o sin recursos para hacerlo” (Palomar, 2004, p. 14).

En tercer lugar, como feminista mexicana que se enfrenta día con día con un repertorio variado de dominación y violencia. Porque soy una de las feministas que los hombres no pueden soportar a su lado (Gallardo, 2006), que busca despojarse del género para construirme desde la subjetividad lo que “implica el reconocimiento del valor cultural y económico de cada mujer en el colectivo femenino, y la validación del derecho a una diferencia sexual positiva y de la desconstrucción de la occidentalización forzada” (p. 27). Es una posición política y teórica que implica la práctica de generar conocimientos que piensen un orden alternativo.

Mi reconocimiento como feminista y mi interés por la maternidad en el contexto patriarcal actual responde a lo que dice Irati Fernández Pujana:

Investigar sobre la maternidad es relacionar el microsistema en el que ésta se desarrolla con las dinámicas y estructuras del sistema social, político, cultural y económico. La máxima feminista de lo *personal es político* continúa vigente aún hoy y plenamente conectada con cuestiones como la maternidad (2014, p. 25).

Así, parto de estas inquietudes personales y académicas con el objetivo de aportar a la comprensión de la maternidad, de mujeres feministas, para mujeres, desde sus propias experiencias. En sintonía con las razones antes explicadas, me es posible reconocer la importancia de la autoidentificación de las mujeres a entrevistar como feministas, para encauzarse en una narrativa de carácter *experiencial* y *situado* que

de acuerdo con Patricia Castañeda “refiere a la incardinación de la desigualdad en los cuerpos y las vidas de las mujeres, trayendo consigo la conformación de experiencias vitales siempre significadas por el poder” (2008, p. 15). Y que a través de estas experiencias explore modelos diferentes e innovadores de la maternidad que sirvan e influyan en las nuevas maternidades.

1.3. ¿Por qué tanta insistencia? La parte del género en el deber/ser

*“Todavía no te has abierto
y ya hay una tribu dentro de tu cáscara.
Entre la biología y la cultura
madre, tías, primas, hermanas, abuelas, vecinas y cuñadas
te asedian el insomnio.
Se alborotan
en el silencio embrionario de tu cuerpo”
(Isabel Navarro, 2016)*

Para la década de los setenta del siglo XX y el nacimiento del nuevo feminismo la categoría género se convirtió en un pilar importante para la construcción política de los conceptos y argumentos feministas. Cabe destacar que el término como tal ha rebasado su uso dentro del feminismo, puesto no tiene su origen en este, más bien lo tiene en la biología y lingüística (Briadotti en Sancho, 2020), además de que hoy, como lo señala Marta Lamas (1996), el uso de este concepto es “moneda corriente” para los científicos sociales, lo que deja ver su flexibilidad y variabilidad al momento de su aplicación, sobre todo en las diferentes acepciones que se le puede encontrar dependiendo del idioma. En el inglés género –*gender*– es mucho más preciso que

en las lenguas romances que por lo general le otorgan una vasta gama de acepciones, para clasificar tipos, clases y especies.

Teresita de Barbieri (1998) nos recuerda que las categorías teóricas son históricas lo que implica que las encontraremos referidas a procesos sociales específicos y concretadas en contextos particulares, las anteriores las legitiman; pasa lo mismo con la categoría género, que ha transitado por la mente de feministas con el fin de darle una definición y un uso abarcativo sobre todo en términos científicos. Sin embargo, la socióloga mexicana identifica confusiones y problemas cuando la categoría género se pone en uso. Por un lado, su uso se complica cuando éste tiene distintas acepciones dependiendo de la lente feminista desde la que se le ve, lo que deja ver a la categoría como expandible y moldeable.

Y aunque desde variadas trincheras teóricas algunas autoras han identificado un uso indiscriminado de la categoría género que atraviesa una crisis en las practicas feministas a raíz de la falta de un punto de convergencia (de Barbieri, 1998; Braidotti, 2004; Femenías y Ruíz, 2004), siguiendo a Magdalena Sancho Moreno (2020) el debate sobre los usos y prácticas del género trascienden a esta investigación. “El género es un término parecido a un pez: resbaladizo, evasivo y elusivo, y también metonímico, metafórico y... vacío” afirma Cristina Palomar Vereá (2015, p. 31). Y así como sugiere Judith Butler (2013) hay muchas interpretaciones del género sobre todo cuando se consta que éste ha sido trabajado por filósofas, antropólogas, historiadoras, entre otras. En paralelo, y tras toparme con vastas definiciones de género, que si bien, unas se diferencian de otras, entretengo la idea de que no se trata de cuál es la correcta de entre tantas en el banco conceptual y teórico disponible, pero del acto de resistencia que supone desentrañar y apropiarse del género en busca de la astuta parte que juega en la realidad social para posicionarnos en los huecos especialmente cavados para nosotras, situarnos individual y colectivamente.

Lo que sí compete a esta investigación es trazar el vínculo entre género y maternidad. Parte del debate alrededor del género abarca las diferencias entre mujeres y varones, Marta Lamas (1986) por ejemplo, plantea que esas diferencias significativas entre los sexos son las diferencias de género. Son los papeles

sexuales, venidos de la supuesta diferencia biológica los que marcan la participación de hombres y mujeres con una indudable brecha de diferencia en instituciones sociales, económicas, políticas y religiosas.

Las mujeres hemos estado influenciadas por nuestra biología al mismo tiempo que estamos determinadas por cómo se han interpretado los procesos naturales a lo largo de la historia, es decir que la representación de la mujer no es un hecho fijo, varía dependiendo de la lógica del momento histórico y social (Abajo-Llama, Bermant, Cuadrada-Majo, Galaman, Soto-Bermant, 2016). La categoría madre/maternidad, por lo tanto, ha estado adherida a la de género, al ser una actividad especialmente asignada a la mujer por ser marcada y generalizada como un “hecho natural” en tanto la reproducción de la humanidad, cuando en realidad es “una construcción multideterminada, definida y organizada por normas que se desprenden de las necesidades de un grupo social específico y de una época definida de su historia” (Palomar, 2005, p. 36). Se han generado discursos de la maternidad que erran en entenderla una metonimia de la identidad de mujer, la prolífica ecuación mujer/madre que nos implanta el deber/ser madres desde muy pequeñas. Dicha cuestión se nos presenta incluso desde nuestros primeros años y viaja con nosotras el resto, consecuencia del canon femenino que asume que todas deseamos ser madres. “El primer parto es el ritual simbólico del nacimiento de la verdadera mujer: la madre [...] la sociedad y la cultura patriarcales engendran a la mujer a través del parto por la mediación del otro, del hijo” dice Marcela Lagarde (2005, p. 379-386). Incluso en algunas culturas, una de ellas la nuestra, una mujer no puede llegar a ser hasta que engendra, quienes nunca dan a luz por decisión o factores exteriores se les oculta bajo la mirada lastimosa de los demás por ser consideradas un fracaso social.

Por ello, encontramos el importante legado de historiadoras y antropólogas por develar la maternidad como un fenómeno marcado por la historia y, por supuesto, el género. Además, no podemos dejar a un lado que la naturaleza biológica en la que la madre es inscrita es, en sí misma, una construcción social naturalizada, y entender que es mediante estos procesos naturalizadores como se legitima la desigualdad de género (Moncó, 2009). Por consiguiente, es el principio

simbólico del género el que define lo que significa ser hombre y ser mujer, y también lo que determina el fenómeno tanto en lo subjetivo como en lo colectivo, y por lo tanto desde esta lógica es que se reparten los roles sociales, como un sistema patriarcal de asignación de tareas según el género (Giallorenzi, 2020). Una de estas tareas por excelencia de las mujeres es, “naturalmente”, la maternidad.

Para entender su construcción simbólica de la maternidad María Laura Giallorenzi (2020) considera es necesario interrogar sus categorías, siendo el maternazgo, maternalismo y maternalización, esta última entendida como proceso continuo de montaje que remite a la paradoja misma del discurso patriarcal (Mojzuk, 2014); si la maternidad es tan natural y se sustenta en lo biológico de nuestros cuerpos, nuestros úteros, entonces no entendemos tanta insistencia y justificación para que cumplamos con esta parte del supuesto trato social. Precisamente en esa paradoja se encuentra su eficacia, la maternalización es omnipresente y su función descansa en universalizar la función reproductora de las mujeres como parte de su esencia. “Esta construcción se fue haciendo de manera tal que garantizó tanto aspectos simbólicos como materiales, subsumiendo a la maternidad, todo lo ligado a la feminidad. Mediante esta construcción, ser mujer significa ser una madre” (Giallorenzi, 2020, p. 13). Por su parte, Palomar (2005) califica al “maternalismo” como el rasgo esencializador de las mujeres que las dota de una “ética del cuidado” “propia” de nuestro género y que, a su vez, perpetuaba la idea de nuestra capacidad dada para ser madres.

La maternidad hegemónica se compone de dos elementos centrales que sostienen el imaginario: el instinto materno (de Beauvoir, 1949) y el amor materno¹ (Badinter, 1991). Ambos están ubicados en argumentos biologicistas y mitológicos que propician los estereotipos de género propios que montan una maraña de actividades, sentimientos, costumbres, ideales, etc. nuevamente esencialistas y que borran las fronteras entre la sujeta imaginaria y la real cuando se refiere a la figura materna. Por lo tanto, se entiende el discurso de género como subjetivizante al

¹ Cabe destacar que gracias a la difusión de estudios psicoanalíticos es posible percibir amor materno como ambivalente, abusivo, asfixiante, capaz de infligir a los niños daños irreparables, poniendo sobre la mesa así el cuestionamiento los vínculos afectivos de los que tanto se jacta el discurso naturalizador de la maternidad (Palomar, 2005).

asignarle un papel fijo a cada género, lo que lleva a condenar como anormal prácticas fuera de esta norma². De ahí que exista la temida y condenada “mala” madre, que prepondera en el imaginario de lo otro que debe ser señalado, juzgado y callado, figura a la cual se le atribuye los males físicos y mentales de la criatura, y por otro lado, la “buena madre” a la que se le erigen monumentos y se vanaglorian las virtudes propias del ideal esencialista pero sumamente ridículo: la madre perfecta que reboza de paciencia, tolerancia, afecto, empatía, cuida, atiende y es, ante todo, sacrificada de su progenie y el hogar (Palomar, 2004/2005).

Es a través del género como se le ha asignado al papel de la madre diferentes tareas específicas que responden a lo natural de su posición, tal es el amor materno, estos menesteres ligados a lo materno, y básicamente cualquier otro papel social de la mujer, están presentes en la elaboración del género como construcción discursiva. Este amor adquiere un valor social cuando los cuidados a la progenie son interpretados como esenciales reproductores de la cultura que garantiza el orden social. La mujer es reproductora de vida y de cultura. (Lagarde, 2005; Baptista, 2018). La disponibilidad para realizar estas tareas afectivas es total, su amor es incondicional, lo que las lleva a internalizar la carencia física y psicológica para garantizar la plenitud de los otros (Lagarde, 2005). Claro que el amor maternal puede existir, pero eso no garantiza que resida en todas las mujeres, ni mucho menos en todas las madres necesariamente, lo peor es que este amor no está determinado por la bondad y deberes maternos, sino más bien por el peso moral y los valores sociales tanto como de los religiosos (Badinter, 1981), detrás de nuestras nuca llevamos colgados los ojos juiciosos de quienes nos rodean, e incluso de quienes no conocemos en persona pero si a través de discursos formativos, estos se encargan de recordarnos la falta de este amor y a señalar los descuidos de nuestro rol de madres.

Para recapitular, recuerdo que la maternidad es una construcción bio-socio-cultural multideterminada, definida por un grupo social específico y de una época definida en su historia, se trata de un fenómeno compuesto que es a la vez fuente

² Lo que a su vez lleva a cavar en busca de las diferencias de género para poder asir todo lo ajeno y anormal a lo que se le condena como malo para el orden social. Lógica que sienta las bases de la homofobia y el sexismo (*Ibidem*)

de las prácticas discursivas de género. En adición agrego elementos de la performatividad del género de Judith Butler (2023): también es una mezcla de normas culturales, influencia familiar, estructuras históricas, influencias familiares, deseos y anhelos.

Por lo anterior, reconozco la importancia de develar cómo influye la lógica de género en las estructuras culturales, políticas e institucionales que debaten y conviven con las experiencias de las mujeres participantes de esta investigación. Bajo estas condiciones es indispensable elegir una aproximación al género que me permita penetrar en las narrativas, a fin de buscar los conflictos y tensiones con el papel esencialista que nos han impuesto desde nacer, puesto que el género es el que hace posible la identificación de la sujeta con un papel social, es decir, que el discurso de género preexiste a la sujeta (Tubert, 1991; Palomar, 2005).

La historiadora Joan W. Scott (1992) propone la definición de género cuyo aspecto central es la conexión integral entre dos ideas y la interrelación entre las subpartes: a) el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos, y b) el género como forma primaria de relaciones significantes de poder. Scott identifica un vínculo estrecho entre las relaciones sociales y las representaciones de poder derivada de los cambios organizacionales de este último.

En cuanto a las diferencias percibidas entre los sexos y el género comprende cuatro elementos interrelacionados: 1.- *Símbolos culturalmente disponibles* que evocan representaciones, múltiples y a menudo contradictorias: Eva/María. Luz/oscuridad. Y en el caso particular de esta investigación el claro ejemplo es la buena madre/mala madre; 2.- *Conceptos normativos* que, en un intento de limitar y contener las posibilidades metafóricas de los símbolos, dictan las interpretaciones de los significados de los mismos. Estos se expresan en doctrinas religiosas, educativas, científicas, que definen categóricamente y unívocamente varón y mujer, masculino y femenino, dejando fuera de la discusión cualquier alternativa. La norma es esta y debe seguirse. Por ello que la norma sea que todas las mujeres debemos pasar por la maternidad para realizarnos como tal como una automatización del deseo del hijo a la necesidad (Nari, 2004); 3.- *Nociones políticas y referencias a*

instituciones y organizaciones sociales, desde la antropología el género se constituye a través del sistema de parentesco, casa y familia como las bases de la organización social, pero no de forma exclusiva, por lo que es imperativo ampliar la visión que incluya al mercado de trabajo, la educación, la política y la economía. Esto para reconocer al género como constituido no solo por el sistema de parentesco, sino también por estas otras organizaciones; y por último 4.- *La construcción de la identidad subjetiva* se refiere a las formas en que se construyen esencialmente las identidades genéricas en relación con las actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas. No se puede pretender que la identidad de género opera en la universalidad propuesta por el psicoanálisis, por lo que se debe tomar una ruta más histórica y anclada en las realidades sociales.

Scott identifica en la segunda parte de su definición las relaciones significantes de poder, en el que alude expresamente a la clase social y la raza como ejes de desigualdad “[el género] es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (Scott, 1992, p. 292). Es cierto que el poder se manifiesta y manifiesta a través de otros medios, pero también lo es que el género ha sido el medio recurrente por el cual las tradiciones occidentales se han impuesto por sobre el resto.

Considero que la definición de género de la historiadora Joan Scott es la adecuada para enfocar esta investigación, que si bien, puede presentar huecos conceptuales o analíticos, también encuentro puntos de anclaje para reconocer las realidades culturalmente construidas de las mujeres a través de sus experiencias; de igual forma porque la autora considera al género como una relación de poder lo que ayuda a comprender los mecanismos internos en las relaciones sociales, de forma particular con la dinámica del esfuerzo laboral en sincronía con aquel de la maternidad; y por último, plantea que el género es un campo complejo en el que actúan simultáneamente estructuras objetivas y materiales junto a estructuras subjetivas y simbólicas (Sanches 2020; Imaz 2007; De Barbieri 1998). Scott (1992) sugiere recurrir a su propuesta reconociendo e identificando los cuatro elementos, ya que ninguno de ellos opera sin los demás, el reconocer la dinámica en la que

operan y cómo interactúan entre sí será tarea de esta investigación, sobre todo para tratar de comprender cómo el género opera en la maternidad desde el deseo, siendo un deseo forjado desde los símbolos de la tradición cultural, o bien qué significa la construcción del género para mujeres que además de la familia viven insertas en mundos laborales y políticos específicos a cada contexto. En tanto mujeres feministas ¿existe una construcción en resistencia o bien una construcción consciente? En conclusión, la categoría género me va a permitir profundizar en las experiencias de las mujeres participantes de esta investigación para conocer desde sus propias voces qué es para ellas ser madres y cómo dicho papel ha interactuado con el deseo de serlo y formar una familia; además de conocer su experiencia como madres insertas en un mundo laboral que toma su género como desventaja o incluso ventaja, dependiendo de los contextos. No se puede hablar de la maternidad sin abordar el género como el eje que nos construye a nosotras las mujeres. Es la misma Scott (1992), que dice que no es suficiente hacer visible la experiencia de la maternidad para poner en evidencia mecanismos coercitivos, hay que develar su lógica interna que nos permita situar a través del discurso de la sujeta, o bien, sus narrativas particulares, en el momento histórico preciso que produce sus experiencias.

1.4. La construcción de los saberes feministas. Los ejes centrales de esta investigación

Sandra Harding (1986) cuestiona la efectividad de un método y teoría feminista sobre el problema si en verdad a través de estos es posible crear un conocimiento representativo por y para mujeres, o bien, se corre el riesgo de caer en los mismos errores y paradojas que nos dejen en la trampa del relativismo³ que es tan

³ Donna Haraway (1981) cuestiona si la crítica al objetivismo de la crítica feminista nos forzará a un "subjetivismo" que pelagra con pasar de largo hechos y valores de la propia ciencia y de una sociedad política y moral, y que a su vez están incorporados en los mismos proyectos burgueses, racistas, que ponen al hombre en el centro y están motivadas por la lógica de producción

importante dejar atrás para crear otros conocimientos. Por lo que Harding (1986) reflexiona sobre que el objetivo de las vertientes que buscan el conocimiento feminista es tejer teorías que en verdad representen el papel de la mujer como indispensable para lo social, y reconozcan las relaciones sociales entre géneros como una importante componente que explica la historia humana. Aunque en ocasiones esto sea un reto para mujeres científicas, ya que la estructura social presente en la misma ciencia tiende a frenar las habilidades y talentos que tienen la posibilidad de convertirse en nuevas prácticas y conceptos en el campo científico. Por otra parte, es un hecho que feministas ya han logrado introducir conceptos y conocimientos reflexionando y trabajando a partir de las propuestas occidentales que ya conocemos de los últimos siglos. A lo que Harding agrega:

Una vez que dejemos de pensar en las epistemologías occidentales modernas como principios filosóficos, podemos empezar a analizarlos en su lugar como modos culturalmente específicos para construir y explorar significados culturales en vías de nuevas formas de reivindicar el conocimiento (Harding, 1986, p. 141 traducción propia).

Como parte de estas reflexiones sobre el conocimiento feminista Sandra Harding (1986; 1991) propone tres principales aproximaciones:

[...] la teoría del punto de vista feminista, que identifica una situación social particular como epistemológicamente privilegiada; el posmodernismo feminista, que rechaza el privilegio epistémico y enfatiza en cambio la contingencia y la inestabilidad de la identidad social de quien conoce; y el empirismo feminista, que busca las circunstancias en las que el posicionamiento genera error y constituye una fuente dañina para el avance del conocimiento (Blazquez, 2008, p. 112).

Para esta investigación me enfocaré en dos⁴ de estas aproximaciones: la teoría del punto de vista feminista, apoyada por Nancy Hartsock, Evelyn Fox Keller y la misma Sandra Harding, y los conocimientos situados como parte del empirismo feminista⁵ ya que este es partidario de la ausencia de puntos de vista universales, y la pluralidad de teorías.

A continuación, abordaré ambas aproximaciones y la importancia de cada una para acercarme a las experiencias de mujeres feministas que son madres.

1.5. Punto de vista feminista

En el marco de esta investigación, es la epistemología del punto de vista feminista (Harding, 1987, p. 20; Del Moral Espín, 2012, p. 59) y su posterior desarrollo en los conocimientos situados ya que ambos se sitúan en que “el punto de vista de las mujeres no como una forma de conocimiento fija y concluida sino como un terreno en la experiencia desde el que deben hacerse los descubrimientos” (Smith 2012, p. 7).

Feminist Standpoint Theory is based on the assumption that the world is traditionally represented from the perspective of a determined social location which prevents the knowledge from being generated free of constraints and prejudice. As opposed to this condition of knowledge, the FST theorists advocate the need for a critical awareness of this relationship between the generation of knowledge and power and to empirically and theoretically start with “the life of women” for the performance of feminist research (Del Moral en Cabrera, López & Royo, 2020, p. 310).

⁴ [...] las tendencias en la epistemología feminista en los últimos años se encaminan a borrar cada vez más las distinciones entre estas tres teorías o corrientes [...] Lo más importante es que las tres aproximaciones coinciden en un pluralismo y rechazan las teorías totalizadoras. También rechazan el proyecto epistemológico tradicional de validación de las normas epistémicas desde puntos de vista universales [...] (Blazquez, 2008, p. 118)

⁵ Esta aproximación admite que el método científico se ha visto influenciado por la falta de objetividad y la presencia de prejuicios ocurren por fallas humanas, por lo tanto, los métodos de la ciencia no son en sí mismos masculinos y pueden ser usados para corregir los errores producidos por esa ideología. Véase “El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia” de Norma Blazquez, 2008.

La teoría del punto de vista es una herramienta conceptual y analítica que cuestiona la objetividad y la neutralidad, la separación sujeto-objeto, y vindican el privilegio epistémico que tienen las mujeres para comprender la realidad que las ha negado e invisibilizado. Con este *privilegio epistemológico* desde su posición de subordinación las mujeres tenemos una mejor perspectiva o punto de vista en el proceso de crear conocimientos libres de valores androcéntricos y sexistas, que nos permite comportarnos como “propias” y “extrañas” (“insiders” y “outsiders”), respecto a los grupos a los que pertenecemos y a aquéllos que nos dominan (Castañeda, 2008). Este privilegio epistemológico fue abordado mayormente por Donna Haraway “who advocates that the objectivity of the oppressed is privileged over those dominant interpretations of society. She argues that, opposed to the inability of the privileged groups to understand the nature of the relationships, oppressed groups offer an emancipatory standpoint” (en Cabrera, López & Royo, 2020, p. 310). Haraway (1995) menciona que los puntos de vista de los subyugados no son posiciones “inocentes”. Al contrario, son preferidos porque entienden los modos de negación mediante la represión.

Esta visión ventajosa de la realidad, desde abajo, permite que las experiencias de las mujeres ofrezcan una respuesta más amplia a las problemáticas en disputa, ya que estaría marcada por esta *doble mirada*.

Las experiencias y las realidades de las vidas cotidianas de las mujeres se convierten así en el foco de atención de las epistemólogas del punto de vista feminista, quienes centran sus investigaciones en la búsqueda de los patrones comunes en dichas experiencias (Sancho, 2020). Harding (1993) coloca al sujeto del conocimiento en el centro de la investigación, encarnados dentro de éste, porque las vidas desde las cuales se ha generado el conocimiento están siempre presentes y por lo tanto generan constantemente. Estas experiencias, no debemos olvidar, están marcadas por un contexto social determinado y por la subjetividad.

Al abordar las experiencias desde el punto de vista, se debe hacer con mucho cuidado respecto a lo que Dorothy Smith (2012) advierte sobre conferir autoridad absoluta a las experiencias y crearlas como verdades libres de prejuicios y

prenociones, de igual forma, tener en cuenta explorar estas experiencias dentro de las diversidades de clase y raza, así como las varias formas y modalidades de género. Las mujeres blancas, heterosexuales, de clase media dominaron las teorías feministas en los 60's y 70's, sin embargo, estas realidades no pueden aplicarse a todas las mujeres del mundo.

Bajo esta última afirmación se encuentra la razón de este trabajo; son las distintas posiciones y perspectivas las que le otorgan la relatividad del conocimiento (Blazquez, 2008), puesto que las experiencias de las mujeres están profundamente marcadas por el género y la situación o posición social de quien conoce. Justo aquí se encuentra una propuesta del conocimiento que favorezca a las mujeres, y en particular interés, a las mujeres que son madres esto con el fin de llegar a una comprensión colectiva de las prácticas conceptuales de aquellas instituciones dominantes que organizan, mantienen y hacen parecer como natural y deseable la explotación de las mujeres (Harding, 2004) como trabajadoras del hogar, o el mañoso “amas de casa” como una de las tantas formas para ocultar el trabajo no remunerado), como esposas y particularmente como madres. Son varios los papeles y responsabilidades que como mujeres desempeñamos en el espacio privado, cada una situada en sus contextos particulares que gravitan el deseo y el mandato de los discursos dominantes. Por ello darle espacio a voces de mujeres feministas amplía la experiencia hacia una suerte de conciencia “Las experiencias de las mujeres, informadas por la teoría feminista, proporcionan una base potencial para un conocimiento más completo y menos distorsionado que la que surge de las experiencias masculinas” (Harding en del Moral Espín, 2012, p. 64). Esto último sin pretender ofrecer una visión ingenua de un cambio de conciencia que existe fuera de la sociedad y se ve reflejada en las mismas experiencias, sino desde lo que Sandra Harding ofrece: “Los grupos oprimidos a menudo creen en las representaciones distorsionadas de las relaciones sociales que producen los grupos dominantes, pero podemos cambiar de opinión sobre cómo fueron nuestras experiencias o cómo queremos pensar sobre ellas” (Harding, 2004, p. 51).

1.6. Breve interludio para discutir la objetividad ¿existe una opción feminista?

El paradigma tradicional de la ciencia ha puesto énfasis en que la objetividad es el único camino para llegar al conocimiento verdaderamente científico mediante la clara relación unidireccional entre sujeto cognoscente y objeto sobre el que actúa. Como ya he mencionado, parte de las claves epistemológicas feministas es la búsqueda de la separación tradicionalista entre sujeto del conocimiento y objeto a conocer, planteando que esta relación, en realidad, se basa en una correspondencia entre sujetos, abogando por el reconocimiento de la subjetividad en las prácticas investigadoras (Sancho, 2020).

La epistemología feminista ha cuestionado la objetividad tradicional desde hace más de cuatro décadas; gracias a esta lucha se ha visibilizado cómo las prácticas dominantes de la justificación del conocimiento científico, desde el planteamiento del problema, la selección de los conceptos, hipótesis “la recolección e interpretación de los datos o los estándares de evidencia– perjudican sistemáticamente a las mujeres y a otros grupos subordinados y generan un círculo vicioso que reproduce las desigualdades” (Del Moral, 2012, 60).

Nos hemos enfrentado a un paradigma científico en clave de género geopolítica el cual “es el paradigma del científico masculino y europeo” (Güereca, p. 81) y que establece una clara relación-poder en los métodos y sus disciplinas. ¿Cómo se legitima un saber? ¿Qué se necesita para que un conocimiento se levante por sobre otros y se convierta en canon universal? Lilita Vargas (2010) hace un excelente recorrido sobre la relación saber-poder que ha instaurado la forma hegemónica de generar conocimientos como la conocemos el día de hoy, de la cual me apoyaré en el siguiente párrafo. A esta relación ella la llama: colonialidad.

Este tipo de práctica instauro una subjetividad determinada, la subjetividad colonizadora, el tipo de sujeto que ésta genera tiene varios elementos que lo caracterizan, teniendo como principal la distancia entre sujeto y objeto de

conocimiento⁶. Robert Boyle en su propuesta de obtención de hechos experimentales como parte de la instauración del método experimental propone una nueva forma de escribir: desapasionada, sobria e impersonal, con el objetivo de producir una sensación de objetividad.

La anécdota de los pájaros que son sacrificados en la experiencia de la bomba de vacío⁷ recogida por la crítica de Donna Haraway (1997) muestra una posición que claramente se aleja de la empatía y la sensibilidad, características apegadas a lo femenino, y que se tradujo en el relegamiento y el exilio de la población femenina de los espacios científicos en pro de la *prohibición de la expresión de los sentimientos*, marcando por lo tanto una distancia con el objeto a conocer. A esto Evelyn Fox Keller (1985), denomina *objetividad estática*, que argumenta que en verdad el objetivismo planteado por la epistemología tradicional no es más que una objetividad determinada por el distanciamiento a la empatía, lo que corresponde con el modelo masculino de conocimiento. Esta misma distancia permitirá, a su vez, el *control sobre el objeto*; la convivencia de estos dos elementos parecería mostrar una contradicción que comienza por el desapego al objeto a conocer, sin embargo, esta parece anularse por los propios principios de la objetividad. Así, “el conocimiento equivale a poder, a dominio sobre las cosas” (Keller en Vargas, 2010, p. 81) y esta pretensión de la capacidad de producir un conocimiento objetivo es lo que abre la posibilidad de la supremacía⁸ sobre el objeto. De esta lógica nació gradualmente lo que hoy conocemos como ciencia moderna que con sus tecnologías establecieron una lógica y discurso de superioridad ante “otros” conocimientos. Sobre esta misma idea Raquel Güereca

⁶ Se refiere al *Testigo modesto* de Haraway (1997) tras la discusión con el trabajo de Robert Boyle, como paradigma del científico “masculino y europeo” que constituyó la ciencia moderna a partir de un punto de vista que se auto invisibiliza en la producción del propio conocimiento y que desde ahí permite la subordinación (en Vargas, 2010).

⁷ Elizabeth Potter leyendo *The New Experiments Psycho- Mechanical Touching the Spring of the Air*, donde se describen experimentos con la bomba de vacío, relata una demostración con la asistencia de mujeres de la alta sociedad, en la que pájaros pequeños eran asfixiados por la evacuación del aire de la cámara en que estaban encerrados. Las damas interrumpieron el experimento pidiendo que se soltara el aire para rescatar a los pájaros. Boyle afirma que, para *evitar este tipo de dificultades*, los hombres se reunieron por la noche para llevar a cabo el procedimiento y dar testimonio de los resultados (Haraway, 1997, p. 50, cursivas propias).

⁸ Esta es la colonización a la que se refiere Liliana Vargas (2010), la imposición de un poder sobre el otro que se acompaña de un componente discursivo: la colonialidad.

(2016) agrega: “La *objetividad* científica y política supone un *punto cero de observación* que desincorpora el conocimiento a través de mecanismos que ocultan al sujeto que lo produce. Así, el científico no tiene un locus de enunciación, habla desde un lugar invisibilizado” (Güereca, 2016, p. 83).

Parafraseando a Blázquez (2008) la ciencia hoy ya no trata de la búsqueda de la verdad, sino más bien de la resolución de problemas, lo que nos abre un panorama a una ciencia multidimensional, en cuya lógica la elección de teorías, metodologías o instrumentos llegan de otras propuestas alternas, una de ellas la feminista, que en medida ha criticado los cánones científicos, entre ellos la objetividad.

En este sentido las investigaciones feministas insisten en que la investigadora se coloque en el mismo plano crítico que el objeto de estudio, así la voz de esta se hace visible como un individuo histórico, con experiencias particulares que le forman dentro y fuera de la investigación.

Haraway (1995) defiende la idea de que las feministas estamos atrapadas entre dos grandes polos con respecto a la objetividad. Por una parte, el constructivismo y por otra el marxismo humanista. Haraway (1995) reconoce que hay un aspecto seductor en estas posturas en las cuales no se ve privilegiada ninguna perspectiva, esto las aparenta adecuadas para una llamada objetividad feminista, pero al final concluye que no es suficiente el adherirse a una o a la otra, ya que para ella todo esquema limita el conocimiento y se encuentra en una intermitente teorización de actitudes de poder y no como actitudes en la búsqueda de la verdad.

La postura de los construccionistas sociales deja claro que las ideologías alrededor de la objetividad y el método científico son malos mentores, y que el conocimiento científico difícilmente es practicado bajo esos parámetros. Lo que argumentan es que la doctrina ideológica del método científico fue ideada para distraer nuestra atención y evitar que conociéramos el mundo con efectividad. De ahí que la autora distingue a la ciencia como retórica social en función a la persuasión que configura el mundo en objetos efectivos a través de artefactos. La ciencia es un texto discutible y un campo de poder. Una “práctica de persuasiones”.

La crítica de la autora hacia las feministas (incluida ella) recae en poner esfuerzos sobre la posición construccionista con el objetivo de deconstruir la ciencia hostil y discutir con las construcciones científicas y tecnológicas. El problema es que al embarcarse sobre demostrar la parcialidad de la ciencia bajo los argumentos de “buen” o “mal” uso de la ciencia. Lo que comenzó como un desenmascarar de la objetividad bajo los argumentos de que amenazaba con nuestras subjetividades y de la función colectiva histórica, terminó con un distanciamiento de algunos feminismos con la ciencia y una versión feminista de objetividad.

Al final, todas hemos terminado con una especie de terapia de electrochoque [...] Queríamos un camino para mostrar la parcialidad de la ciencia [...] Nuestra empresa parecía prometedora a causa del poderosísimo argumento construccionista que no dejaba resquicios para reducir los temas a parcialidad contra objetividad, a buen uso contra mal uso o a ciencia contra pseudo ciencia. Desenmascaramos las doctrinas de la objetividad porque amenazaban nuestro embrionario sentido de la subjetividad y de la función colectiva histórica y nuestras definiciones de verdad, y terminamos con una excusa más para no aprender ninguna de las físicas posteriores a Newton y una razón más para dejar caer las viejas prácticas feministas de reparar nuestros propios coches (Haraway, 1995, p. 319-320).

La otra arista que seduce a los feminismos surge del marxismo en el que el empirismo feminista encontró un hombro de apoyo para alcanzar versiones de las teorías del punto de vista. A su vez se sirvieron de recursos del marxismo para intentar formular un significado legítimo de objetividad, además de que era fuente de críticas a la hegemonía científica. En palabras de Haraway (1995) el marxismo humanista desde su origen identificó la clara estructura de dominación sobre la naturaleza ante la autoconstrucción del hombre como ser supremo, frente a la impotencia (o ceguera intencional) de mirar históricamente a las mujeres fuera de su relación con el salario.

Con lo anterior las feministas buscaban ofrecer una versión del mundo más adecuada, en reflexión con las prácticas de dominación y opresión. La crítica de Haraway (1995) a esta postura es que quizá se trata más de ética y política que de epistemología.

Las feministas no necesitan una doctrina de la objetividad que prometa trascendencia, [...] Tampoco queremos teorizar el mundo y, mucho menos, actuar sobre él en términos de Sistema Global, pero necesitamos un circuito universal de conexiones incluyendo la habilidad parcial de traducir los conocimientos entre comunidades muy diferentes y diferenciadas a través del poder. Necesitamos el poder de las teorías críticas modernas sobre cómo son creados los significados y los cuerpos [...] para vivir en significados y en cuerpos que tengan una oportunidad en el futuro (Haraway, 1995, 322).

Con esto en mente, Haraway (1995) propone una doctrina de objetividad encarnada que se acomode a los proyectos feministas. “La objetividad feminista significa, sencillamente, *conocimientos situados*” (p. 324). Así la objetividad deja de enfocarse en alcanzar la trascendencia y desdoblamiento del sujeto y el objeto. En su lugar se dedica a la encarnación particular y específica. Por lo tanto, la senda propuesta es una doctrina y una práctica de la objetividad que conteste, deconstruya y construya conexiones entrelazadas que partan de la idea de crear otros sistemas de conocimientos y amplíe la mirada.

La objetividad feminista como objetividad encarnada, vale decir, como una que renuncia al privilegio de ver desde ninguna parte y a esencializar una posición como mejor que otra por estar del lado de los subyugados, vistos como identidades fijas, homogéneas, originales y necesitadas de “ventrílocuos” que hablen por ellos/ellas (Cruz, 2015, 93).

En definitiva, los conocimientos situados deben ser objetivos, parciales y comprometidos. De ahí que asuman la propiedad relacional de sus elementos y su carácter históricamente construido, en este sentido se entiende que únicamente en la perspectiva parcial se encuentra la posibilidad de un conocimiento objetivo. En otras palabras, los conocimientos situados son racionalidad posicionada. (Cruz, 2015; Cruz, Reyes y Cornejo, 2012).

Está claro que la propuesta de Haraway no se puede soslayar, ni mucho menos obviar, su trabajo gira en torno a dos ejes la *metáfora del cyborg* y la responsabilidad del conocimiento y las prácticas tecnocientíficas. Aunque merece una extensión y dedicación aún más extensa que la que le he dedicado en estos párrafos, Haraway ha supuesto un cambio en la tuerca de la epistemología, agregando a la fórmula la *articulación* desde la cual todos los agentes, objetos, conocimientos y hechos están unidos lógicamente en difracción, y que al recurrir a la política se asume una búsqueda de afinidades. Conocer no es una práctica desinteresada. (García Selgas en Cruz, Reyes y Cornejo, 2012).

1.7. ¿Nos han contado la misma historia una y otra vez? Apuntes para situar la maternidad

Los conocimientos situados funcionan a la par de la Teoría del Punto de Vista Feminista ya que ambas reconocen el valor de la experiencia para recopilar y crear conocimiento “La clave está en reconocer la realidad de las experiencias de las personas y cómo estas están atravesadas por las relaciones de poder, cómo todas las miradas son parciales” (Sancho, 2020, p. 55).

La perspectiva de los conocimientos situados nace como alternativa a la concepción totalizante del realismo-relativismo en torno al conocimiento “ya que este es producido, o bien desde ninguna parte (positivismo), o bien desde todas partes por igual (discursivismo) negando la parcialidad de la mirada” (Balasch y Montenegro, 2003, p. 45). De esto último se desprende la parcialidad y localización que son las propuestas de los conocimientos situados, en consecuencia, esta parcialidad conlleva la necesidad de una conexión y articulación entre las partes que componen el conocimiento. Es decir que esta perspectiva sostiene que la visión del mundo es co-construida en articulación y que, por tanto, es imposible que el conocimiento refleje una realidad neutra que se acomode omnisciente a todas las realidades, más aún si se asume que este es atravesado por inquietudes políticas,

culturales e ideológicas de las investigadoras (Cruz, Reyes y Cornejo, 2012). Por su parte Rosi Braidotti (2000) menciona que reconocer los valores extremadamente específicos de la producción científica, su dependencia de mecanismos concretos que están muy determinados por factores históricos y socioeconómicos no debe confundirse con una declaración relativista, más bien nos invita a mantener la vista en la parcialidad de los conocimientos situados, y así marcar un cambio significativo en los discursos y producción científica, es un lograr un cambio en la ética de los discursos intelectuales. En sus propias palabras:

Que se repudie el universalismo anticuado para prestar mayor atención a la complejidad de los 'saberes situados' augura una mayor flexibilidad en la investigación, especialmente en el campo de las humanidades, así como una nueva sensibilidad ante las diferencias (Braidotti en Castañeda, 2008, p. 111).

La mirada del sujeto del conocimiento situado queda encarnada por su género, pero también por la etnia, edad, sexualidad, clase, etc. "Queda encarnada sobre todo cuando lo niega, pues la descontextualización, la generalización, el término 'siempre' oculta lo que de verdad queremos saber: cuándo, cómo y bajo qué condiciones ha sido cierta una afirmación" (Eagleton en del Moral, 2012, p. 63). Es decir, que todo tipo de conocimiento es creado por la suma de diferentes ingredientes, lo dice Donna Haraway (1991), no existen perspectivas desde ninguna parte, hay un poder y una retórica social y científica que negocian entre sí y con otras variables para legitimizarse.

El conocimiento situado rompe así con la supuesta neutralidad para asumir un posicionamiento: [Donna Haraway] es consciente de que su posición en cuanto que mujer, feminista, norteamericana, blanca, de clase media, influyen en su forma de pensar, al igual que los distintos contextos políticos que le ha tocado vivir. Pero, ella cree que eso, lejos de restarle legitimidad a su discurso, le proporciona una poderosa herramienta de responsabilidad y objetividad: el conocimiento situado (López, 2008, p. 38).

Bajo esta postura es necesario que la investigación asuma el posicionamiento y abra paso a que yo, como investigadora, también asuma la lógica de los conocimientos situados para no perder de vista dónde se encuentra parada cada mujer en relación con tantas otras mujeres que se definen en lo particular de sus situaciones.

Donna Haraway consolidó el concepto de conocimiento feminista como *conocimientos situados*. Se trata de conocimientos parciales porque derivan del sujeto y su cuerpo; del proceso histórico, cultural y semiótico que lo ha generado; que sintetiza al menos tres elementos: el género, la raza y la clase, agregando la etnia en el caso de América Latina, (Castañeda, 2008). Justo la riqueza de los conocimientos situados la encontramos en su insistencia por aperturar la construcción del conocimiento objetivo de cualquier fenómeno desde la pluralidad de puntos de vista parciales (Castañeda, 2008).

Al negar la capacidad de abstracción y generalización total de un conocimiento, se abren las puertas a que el conocimiento objetivo, sobre un fenómeno, se conforme de la pluralidad de puntos de vista parciales. La propuesta de Haraway continúa en estado experimental para investigaciones como esta, y bajo este abanico de posibles intersecciones en el conocimiento, tengo la intención de aprovechar al máximo en función del problema de esta tesis. En diálogo con las autoras del “punto de vista”, Haraway argumenta que necesitamos puntos de vista que promuevan conocimientos que develen aquellos no reconocidos, de esta forma se podrá cumplir con el propósito de la desencarnación de los ejes dominantes. Ello supone asumir al menos tres condiciones básicas de los conocimientos situados: son parciales, encarnados y reflexivos de sus aparatos de visión (Cruz, 2015).

La maternidad es tan solo uno de los muchos fenómenos al cual, como investigadoras, le debemos una visión verdaderamente parcial de la experiencia, una que logre expulsar de los discursos científicos la universalidad de la maternidad como una sola experiencia que comienza con el género: ser mujer supone querer y deber ser madre y, una vez cumplido este destino, no queda más que entregarse devotamente a la tarea, ya que se disfruta tanto como se ama por igual ¿Dónde queda la ambivalencia? ¿Dónde quedan las experiencias que se alejan de la

plenitud? Están por allá, en el círculo de lo anormal, de lo antinatural; Harding al reconocer que todo conocimiento es situado nos habla que, para evitar caer en un relativismo debilitador, cualquier afirmación debe tener la capacidad empírica de responder: ¿Produce o no una explicación fiable de una parte de la realidad y de cómo esta afecta a las mujeres? La importancia recae “en desarrollar un trabajo empírico honesto respecto a su carácter situado y democratizador.” (del Moral, 2012, p. 68). En ese sentido, es trabajo de esta investigación como de otras mucho más importantes, poner las experiencias posibles en el centro, poner a las mujeres en el centro; cierto es que la maternidad viene en muchas formas y presentaciones más aún cuando las mujeres que son madres provienen de diferentes contextos, diferentes deseos las atraviesan, tienen de diferentes edades, son solteras o tienen pareja, estos son tan solo algunas variables que por supuesto hacen imposible hablar de la maternidad como si estuviera pintada del mismo color y te contara la misma historia una y otra vez. Por eso es tan importante situar(nos), con fin de quitarnos el antifaz del muto banal e irreparable que nos dice cómo, cuándo y en qué condiciones debemos ser madres.

1.8. Las diferencias que hacen la diferencia. Hacia un conocimiento antirracista

El feminismo se ha encargado de evidenciar cómo la política de la identidad ha impuesto un sujeto “universal” que categorice y explique cada realidad particular, hablo por supuesto del hombre blanco, heterosexual y burgués, un sujeto que es referente de la vida social occidental y quien en relación con todo lo demás (el otro, mujeres, lesbianas, gays, indígenas, gente de color, entre otros) es superiorizado en función de su diferencia (Cubillos, 2015). Es evidente que por lo anterior la figura del sujeto masculino se consolida como legítima social, gracias a los discursos hegemónicos. En este sentido la teoría feminista de la interseccionalidad ha forjado su camino sobre la línea de desestabilizar al sujeto moderno masculino, así busca

cambiar los procesos con los que se genera el conocimiento y se conoce la vida social.

La discusión en torno a la interseccionalidad es vasta, surge dentro de los estudios feministas, sobre todo con las voces de feminismo negro y chicano. La propuesta inicial nace de Kimberle Crenshaw (1989), ella enfatizó en la necesidad de resaltar la intersección, no de hacerla a un lado, entre las categorías raza y sexo, sin embargo, la apuesta por aquellas predecesoras fue sembrar más semillas al concepto para enriquecerlo con diferentes aportaciones teóricas; como para Patricia Hill-Collins, (2000) quien relaciona la interseccionalidad con las diferentes categorías de opresión (raza, género, sexualidad y nacionalidad) se corporalizan en las personas (en García, 2016). Con lo anterior, se refiere a la existencia de diferentes opresiones que a su vez generan estructuras de organización social injustas a las que las mujeres somos sometidas bajo las categorías antes mencionadas.

El análisis feminista de la interseccionalidad se caracteriza por ser un descentramiento del sujeto del feminismo, al denunciar la perspectiva sesgada del feminismo hegemónico (o “blanco”) que, promoviendo la idea de una identidad común, invisibilizó a las mujeres de color y que no pertenecían a la clase social dominante. (Cubillos, 2015, p. 121).

“¿Y acaso no soy una mujer?” es una pregunta que vale la pena recordar ya que es parte del poderoso discurso de Sojourner Truth⁹ una mujer liberada de la esclavitud, hablando críticamente sobre la marcada diferencia social, económica y política entre mujeres blancas y aquellas de raza negra. Las disputas que se han marcado desde este discurso en el siglo XIX hasta la actualidad están marcadas por la

⁹ en la convención por los derechos de las mujeres en Akron, Ohio, en 1851.

necesidad de desmentir la categoría mujer¹⁰ plagada de nociones ahistóricas y esencialistas.

Avtar Brah (2012) encuentra que las cuestiones de interseccionalidad han estado directa o indirectamente atravesadas por la teorización del concepto de diferencia. La autora argumenta que la diferencia debe ser entendida en términos estructurales en los discursos económicos, culturales y políticos. La diferencia pone en relieve los regímenes de poder que marcan formas de diferenciación en la vida social.

Es claro que la interseccionalidad ha sido abordada ampliamente por la academia, sobre todo aquella feminista, Brah (2012) reconoce que si bien no hay un concepto universal de lo que significa y representa para todas, si existe un acuerdo sobre que “el análisis interseccional explora cómo los diferentes ejes de diferencia se articulan en niveles múltiples y crucialmente simultáneos en la emergencia de modalidades de exclusiones, desigualdad y formación de sujetos específicos en un contexto” (p. 16).

La interseccionalidad no se ha librado de críticas por parte de teóricas como Leslie McCall (2005) con su apuesta *inter-categorial*, o el del académico Kum-Kum Bhavnani quien prefiere la terminología de ‘configuración’ sobre la de ‘intersección’. No es el objetivo de este apartado señalar estas críticas a fondo, sino más bien enfocarse en la importancia de la interseccionalidad, sobre todo en los trabajos elaborados a partir del Punto de vista Feminista y los conocimientos situados que es producido, circulado y disputado a través de articulaciones interseccionales. (Brah, 2012). Además de señalar el entendimiento por utilizarla como recurso analítico para comprender la relación entre diversas categorías socioculturales de diferenciación, desde donde se construye la identidad a través de la experiencia personal. “Sobre todo al tomar en cuenta que, tanto las categorías de diferenciación social como las estructuras de poder, crean un despliegue de posiciones dentro del

¹⁰ Ya en el siglo XX, la emblemática Colectiva del Río Combahee y feministas como Angela Davis, Audre Lorde, bell hooks, June Jordan, Norma Alarcón, Chela Sandoval, Cherríe Moraga, Gloria Anzaldúa, Chandra Talpade Mohanty, María Lugones, entre otras, se expresaron contra la hegemonía del feminismo “blanco” por los sesgos de raza y género de la categoría mujer empleada por este (Viveros-Vigoya, 2009/2016).

sistema social que son validadas por los otros y por el sujeto mismo (Solís y Alonso en García, 2016, p. 63).

Dada su multidisciplinariedad, la interseccionalidad resulta ser una herramienta adecuada para el análisis de las experiencias vividas y tratar de conocer cómo están permeadas por las relaciones de poder, y en paralelo, sobre cómo las resistimos. María Lugones (2005) nos dice que nosotras como mujeres vivimos y aprendemos a resistir las diferentes formas de violencia, a esta se le hace frente con algún grado de oposición y dicha violencia es, a su vez, la intersección de múltiples opresiones que, de ninguna manera, son separadas y separables puesto que el orden social está organizado ideológicamente de forma categorial. En este sentido, la propuesta de Lugones me llama a partir de la posición de las mujeres feministas y la resistencia en la que, tanto en individual como en colectivo, vivimos en oposición a un solapamiento de opresiones, o intersección de opresiones, que la autora define “como un mecanismo de control reducción, de inmovilización, de desconexión” (Lugones, 2005, p. 70). Por lo tanto, propone una resistencia desde dentro que reconozca la interseccionalidad de los propios mecanismos de opresión; así aparece la lógica de la fusión como posibilidad de resistencia a múltiples opresiones mediante la creación de grupos resistentes al poder, y de identidades de coalición a través de diálogos complejos desde la interdependencia de diferencias no dominantes (Lugones, 2005; Viveros-Vigoya, 2016). Esto último es posible ya que habitamos simultáneamente en la realidad construida y en la realidad de la fusión.

Así, la propuesta de interseccionalidad me va a permitir identificar aquellas categorías que, tal como Crenshaw (1989) llama a prestar atención para visibilizar “las diferencias que hacen la diferencia” sobre las distintas formas en las que las mujeres experimentamos discriminación y violencia de género. Por lo tanto, una categoría que forma parte del contexto de las mujeres sujetas a investigación convive tanto en la realidad construida y de la fusión; pensemos en su identidad como feministas que, si bien pertenece en conjunto a un movimiento social y que puede traducirse en la unión o integración a un colectivo de esta misma lucha social, también es una identidad que se vive en intersección con la vida privada, es decir

la familia, el trabajo y otros espacios. Adicionalmente me interesa saber los puntos en los cuales la identidad feminista, como diferencia no dominante, se intersecciona con la maternidad de estas mujeres, y a su vez, otras categorías que operan desde distintos niveles de opresión, bajo la lógica de que la interseccionalidad “Insta a considerar las interacciones entre las estructuras sociales y las instituciones que, en conjunto, contribuyen a crear, mantener y reforzar las desigualdades formales y materiales” (La Barbera, 2017, p. 195).

1.9. ¿Por qué es importante la experiencia?

“No existía un discurso desarrollado en el que las experiencias que designábamos originariamente como experiencias cotidianas, pudieran ser traducidas a un lenguaje público y se convirtieran en políticas, en el lenguaje característico del movimiento de las mujeres” (Smith, 2012, p. 7). Con el párrafo anterior la socióloga Dorothy Smith se refiere a las experiencias silenciadas y desplazadas por el régimen totalmente masculino en el que vivimos, y además contribuimos, aunque pasivamente. Y es que como mujer e investigadora reconozco mi propia experiencia de aprendizaje en las experiencias de otras mujeres cercanas a mí; la misma Smith (2012) señala que todas tenemos una historia de violencia que compartir, y al hacerlo nos es posible reconocer la “opresión”, “violación”, “acoso”, “sexismo” entre otros tipos de violencia a la que estamos expuestas desde nuestra infancia y cuanto más en nuestra adultez. Nombrarlos da una presencia política a las experiencias compartidas. Bajo esta tensión en descubrimiento navega esta investigación, sobre el punto de vista de las mujeres que se supone no como una forma de conocimiento fija, al alcance para ser asida, sino como un terreno en la experiencia desde el que deben hacerse los descubrimientos.

Hacer visible la experiencia según Joan Scott (2001) nos permite descubrir la existencia de mecanismos represivos encarnados en las vivencias; considera que para entender su lógica interna y entender cómo se constituye racionalmente se

debe dar especial atención a los procesos históricos que producen las experiencias de las sujetas. “No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia.” (p. 49). Es aquí en donde recae la discursividad de la experiencia, ya que no es aquello que nos fundamenta sino lo que buscamos explicar. Parafraseando a Teresa de Lauretis (1984), la experiencia es lo que otorga sentido a lo que vivimos, y además a través de ella nos conformamos como sujetos al ubicarnos en la realidad social la cuál es percibida y comprendida por nosotros como subjetiva. La experiencia es aquello desde donde se produce conocimiento. Cabe destacar que para la autora la subjetividad no es el punto de partida o algo fijo en la zona de la meta, sino que es una construcción sin término que va a la par de nosotros y nuestros hechos sociales. “Así se produce, no mediante ideas o valores externos, causas materiales, sino con el compromiso personal, subjetivo en las actividades, discursos e instituciones que dotan de importancia (valor, significado, y afecto) a los acontecimientos del mundo” (p. 253). Para esta autora la experiencia es clave para la teoría feminista ya que constituye en sí una reflexión sobre la práctica tan relevante como la teoría. Ésta ofrece un modo de actuar políticamente tanto en la esfera pública como en la privada, lo que abre las posibilidades de confrontar las experiencias de las mujeres y producir cambios en su vida concreta y material mediante la concienciación; esta última la entiende como un método crítico, un modo específico de aprehensión y de apropiación de la realidad que las mujeres han desarrollado en busca de la comprensión, el análisis y revisión crítica de su realidad social (de Lauretis, 1984).

Regresando a la historiadora Joan Scott (2001), ella pone énfasis sobre el uso de la categoría por historiadoras feministas y la afrenta hacia la objetividad que esto supuso. Como ya abordé anteriormente, el uso de la experiencia ayudó a legitimar la crítica a la falsa afirmación de objetividad para desenmascararla como ideología masculinista. Con ello, pusieron en cuestión la legitimidad de las interpretaciones hechas de nuestro pasado sin considerar las voces de las mujeres. Si no te la contaron violeta, no te la contaron completa.

Para Christine Stansell (en Scott, 2001) la experiencia es inmediata y total además de constituir una realidad prediscursiva, sentida, vista y conocida

directamente, que no puede ser abarcada por el lenguaje. De ahí que se le atribuya indiscutible a la experiencia de las mujeres, que a su vez las reconoce como sujetas con agencia, además de que coloca literalmente a un nivel de lo personal es político, la máxima feminista, puesto que la utilización de las experiencias en investigaciones conduce directamente a la lucha contra la opresión desde el feminismo. El conocimiento personal de la opresión es el origen de la resistencia de ésta.

Es por ello que abordar las experiencias de la maternidad abre una enorme posibilidad de reconocer la subjetividad de las mujeres, las maneras en las que la raza y la sexualidad se intersecan con el género, y en las que la política organiza e interpreta la experiencia. Con esto, asumo que lo que ellas han vivido es materia subjetiva suficiente para cuestionar la realidad en la que se posicionan, tanto individual como social.

La importancia epistemológica de la experiencia es explicada puntualmente por Carme Adán (en Castañeda, 2008) con una analogía sobre experiencia y género, ya que ambos conceptos no remiten a referentes fijos ni esenciales. Para esta autora, la experiencia da forma a las vivencias personales de una multiplicidad de sujetos buscando puntos de contacto. Es una narrativa de carácter semiótico y corporal¹¹ que sitúa espacial y temporal al género, este último tiene un efecto multiplicador al ser el punto de concreción en el que se interrelacionan el género, la raza, el sexo, clase, naturaleza, que supera la unidireccional de una sola variable. “Este carácter polimorfo permite hacer de la experiencia una posibilidad heurística dada su inesencialidad y su inevitable referente en la subjetividad, recreada por las propias mujeres o por otros sujetos” (Castañeda, 2008, p. 50).

Las feministas se ponen en acción a través del terreno político de la experiencia, este es un movimiento colectivo que entiende que la diferencia es política, por esto Donna Haraway (1995) la vincula con la experiencia, ya que trata de conexiones contradictorias necesarias, que va en sintonía con lo dicho por de Lauretis sobre el sujeto feminista, sobre que “es construido a través de una

¹¹ En lectura de Donna Haraway (1995/2016) en cuya obra la semiótica y materialidad aparecen estrechamente ligados. Se refiere a su postura política de la construcción del mundo desde una mirada material y semiótica que en el que los cuerpos son materia; para construir un mundo juntas se necesita de nuestra implicación mental y corporal

multiplicidad de discursos, posiciones y significados, a menudo en conflicto entre ellos e inherentemente (históricamente) contradictorios” (de LaRetis en Haraway, 1995, p. 240). Así, Haraway propone tratarla mediante los conocimientos situados, entendiéndolos como herramientas poderosas para producir mapas de conciencia, para las personas que han sido inscritas dentro de las marcadas categorías de raza y de sexo. Para ella, “las intensas intersecciones y co-construcciones de la teoría feminista, la crítica del discurso colonial y la teoría antirracista, han reestructurado fundamentalmente, individual y colectivamente, los siempre contestados significados de eso que conocemos como ‘experiencia de la mujer’” (p. 186). Por lo anterior, reconoce a la experiencia como un producto importantísimo para los movimientos feministas, lo peligroso es que este aspecto emancipador también ha estado al alcance de discursos y lecturas colonizadoras que han globalizado las vivencias. Natalie Sánchez (2014) brinda ejemplos de esta colonización de la experiencia en la maternidad en tres aspectos: comenzando por el discurso de la iglesia católica con el mito de la virgen María el cual fue la herramienta por excelencia para entender la maternidad como sacrificio, bondad y virtud. Aquel regalo de Dios que debe ser devuelto con la misma devoción de aquella mujer que dedicó su vida al sufrimiento del parto y posteriormente de la maternidad. Después está el discurso proveniente de la medicina occidental, a través de este sistema la maternidad ha sido y es controlada y vigilada. Además, el hecho de que desde este nació el desplazamiento de las mujeres en los saberes sobre la maternidad. También el discurso proferido por el estado y sus aparatos ideológicos han puesto sus piezas sobre el tablero. Tanto el Estado como la familia han colocado sin remedio a la mujer en obligatoriedad de madre quien es afectada y vigilada por la lupa social que le cuelga culpas y responsabilidades por igual, además de hacerla responsable de los trabajos de cuidados.

Partiendo de los conocimientos situados, Haraway posiciona a la experiencia en un lugar privilegiado que bifurca y está en constante interacción con dos aspectos: local/global y personal/político para dar cuenta de qué manera la teoría feminista y el estudio crítico del discurso colonial hacen intersección entre ellos mismos como parejas binarias.

Lo que busca dejar en claro con este mapa es que “la experiencia se articula en sí misma y se convierte en algo capaz de ser articulado con otros acontecimientos, permitiendo la construcción de la experiencia colectiva” (p. 190). En este sentido la experiencia –la autora también sugiere a la conciencia– es una construcción intencionada, puede ser visitada nuevamente, reconstruida, recordada y rearticulada con la conciencia individual o colectiva, y en contacto con la historia.

La particularidad de la experiencia vista desde la propuesta de Haraway reside en su carácter situado, es decir, ser una experiencia particular de las mujeres. Esta experiencia genérica situada según Patricia Castañeda (2008) permite los tránsitos entre lo personal y lo colectivo, entre yo y otras como yo, las vivencias en constante comunicación y enriquecimiento mutuo, sin perder de vista que en sus expresiones concretas se articula la particularidad de cada una, y como la dominación las ha afectado en diferentes formas.

Acercarme a la experiencia me va a permitir comprender la maternidad desde quienes la encarnan y, al mismo tiempo, reconocer las inscripciones de raza, sexo, clase, género que las atraviesan en la relación poder-sociedad que influye en las mujeres. Por otro lado, encuentro un puente entre la experiencia, la metodología y epistemología feminista, como visto anteriormente, que nutrirá los contenidos de esta investigación, ya que se defienden las oportunidades de conocimiento, comprensión y análisis al acercarse a las experiencias situadas. Parto entonces desde los marcos epistemológicos de las propuestas del punto de vista y los conocimientos situados. Y dado que el género se encuentra inscrito como categoría básica de estratificación, cabe mencionar un elemento importante en las experiencias de las mujeres que pertenecen en esta investigación: mujeres que son madres y al mismo tiempo se identifican como feministas. Al respecto, Sandra Harding apunta estratificación, “[l]as experiencias de las mujeres, informadas por la teoría feminista, proporcionan una base potencial para un conocimiento más completo y menos distorsionado que la que surge de las experiencias masculinas” (en del Moral, 2012, p. 64).

Ahora bien, Dorothy Smith (2012) nos recuerda las disputas entre teóricas feministas respecto a esta posición epistemológica privilegiada de la experiencia

femenina con base en su presunto esencialismo. Acatando esta advertencia, considero que el uso de los conocimientos situados me permitirá evitar universalizaciones esencializantes al no pasar por alto las categorías encarnadas particulares de cada experiencia en la maternidad.

2. Vivir para los demás: mujer, maternidad y cuidados en una sociedad individualista

2.1. El cuidado, un asunto feminista

El tema de los cuidados ha surgido como una cuestión imperante por abordarse desde los ámbitos académicos, con el objetivo de establecer un diálogo fructífero para llevar sobre la mesa este actual movimiento de avanzada del cual la agenda feminista ha dado el banderazo como parte de lo que debe estudiarse en torno a la dimensión de género, parentesco y las políticas de cuidado.

El concepto de cuidados es organizado por convenciones sociales que la moldean a partir de los procesos históricos y culturales, es importante recordar que hay un trabajo que siempre ha acompañado a la humanidad, aquel que naturalmente adopta características y relaciones distintas dependiendo del lugar y el tiempo: el trabajo de subsistencia (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). Este trabajo ha estado acompañado por otros como aquel del esclavo o el capitalista. Sin estos, hace tiempo que la humanidad habría desaparecido. “Los cuidados existen en muy diversos lugares de la sociedad, en múltiples relaciones y las personas cuidan y son cuidadas en muchos momentos de su existencia” (Begoña, 2015, p. 220). Para situar, en términos generales puedo decir que los cuidados son un conjunto de actividades dirigidas a proporcionar bienestar físico, psíquico y emocional a las personas (Comas d’Argemir, 1993), se utiliza más para referirse a un trabajo que se realiza desde los hogares, orientados a las personas del hogar o de la familia, con la notoria característica de no ser remunerados (Carrasco, Borderías y Torns, 2011).

Por otro lado, Cerri y Amaillo-Martínez (2012) plantean que el cuidado no es exclusivo de la esfera familiar o doméstica, sino que es responsabilidad social asumida por distintos agentes en pos de un bienestar social. A pesar de la importancia de estos trabajos y su papel fundamental en la sobrevivencia de las sociedades, no ha sido hasta hace cuarenta años que se ha comenzado a conceptualizar en las disciplinas sociales como ‘trabajo doméstico’, y tan solo veinte años atrás como ‘trabajo de cuidado’; en latinoamericana el debate académico y político sobre la noción de cuidado comenzó al inicio de este siglo (Aguirre, 2011). “Este olvido o incapacidad teórica implica que la dificultad no solo está en el conjunto

de actividades o relaciones que implica dicho trabajo, sino en el simbólico que lo significa, en la ideología patriarcal que lo define” (Carrasco, Borderías y Torns, 2011, p. 71). Sobre todo, apelando a la dimensión tradicional del cuidado, a las personas y las actividades que mayormente son asignadas a la población femenina —madres, esposas, abuelas, hijas, tías, amigas y demás— quienes cuidan vitalmente a los otros —hombres, familias, hijas, hijos, enfermos, ancianos—. Cuidar no solo es un concepto fragmentado sino también es asignado como condición humana natural (¿no es natural que una madre quiera cuidar a su hijo y de paso a su marido?) a partir de las organizaciones sociales: la de género, la de clase, la étnica, la nacional y la regional-local.

Marcela Lagarde ubica los procesos de cuidado como enajenantes en clave política: el descuido para lograr el cuidado.

Es decir, el uso del tiempo principal de las mujeres, de sus mejores energías vitales, sean afectivas, eróticas, intelectuales o espirituales, y la inversión de sus bienes y recursos, cuyos principales destinatarios son los otros. Por eso, las mujeres desarrollamos una subjetividad alerta a las necesidades de los otros, de ahí la famosa solidaridad femenina y la abnegación relativa de las mujeres. Para completar el cuadro enajenante, la organización genérica hace que las mujeres estén políticamente subsumidas y subordinadas a los otros, y jerárquicamente en posición de inferioridad en relación a la supremacía de los otros sobre ellas. (Lagarde, 2003, p. 2)

Las mujeres cuidan el desarrollo, el progreso, el bienestar, la vida y la muerte, tal como los obreros cuidan la producción y la industria, y los burgueses cuidan sus empresas y sus ganancias. El problema con los cuidados es que estos residen en el ámbito invisibilizado de los procesos de producción, su mayor característica es que se trata de un trabajo no remunerado, mucho menos reconocido. El cuidado es considerado ‘trabajo’ en la medida en que suministran bienes y servicios necesarios para el bienestar común (Comas d’Argemir, 1993), además implican tiempo, dedicación, así como la aplicación de determinados saberes. “La condición de cuidadoras gratifica a las mujeres afectiva y simbólicamente en un mundo

gobernado por el dinero y la valoración económica del trabajo y por el poder político.” (Lagarde, 2003). Lo anterior habla de la injusticia en la repartición de las responsabilidades de cuidado, ya que están desigualmente distribuidas entre los actores de cuidado, no solo me refiero a los varones sino también a los aparatos del Estado, los hogares, las comunidades y el mercado. En lo anterior se encarna la desigualdad de género tanto como la desigualdad socioeconómica, cuya consecuencia reside en que los hogares con menos recursos dependan aún más de los trabajos de cuidado no remunerados, en comparación con aquellos hogares que pueden acceder a servicios de cuidados de mayor calidad o bien comprarlos en el mercado (Rodríguez-Enríquez, 2020).

La preocupación por la desigualdad es materia central en la agenda feminista, que se sustenta en denunciar las desigualdades de género, materiales e identitarias entre hombres y mujeres. De esta postura parte la multiplicidad de posturas respecto a los trabajos de cuidado dentro del planteamiento feminista. Por un lado, el enfoque materialista y, por otro, el no diferencialista de la atención; Nancy Fraser (en Esteban, 2017) diferencia ambas posturas como políticas feministas del reconocimiento y de la redistribución. Esta autora reconoce que ha existido un desplazamiento de la postura de la redistribución (defendida por las posiciones marxistas) las llamadas políticas del reconocimiento o la identidad, en dónde podría identificar el enfoque ético de los cuidados, y las cuales hicieron su aparición entre las décadas de los 70 y 80 del siglo XX. Para contribuir con una creación del conocimiento multicultural, multi posicionada y situada comparto la idea de Fraser (2000) y Esteban (2017) de que el feminismo debe tener en cuenta ambas posturas a la vez, el reconocimiento y la redistribución. “Desde mi punto de vista, el mejor camino para el primero (el reconocimiento) es el segundo (la redistribución)” (p. 36). Reflexionaré a partir de ambas posturas a lo largo de este capítulo. “En definitiva, la cuestión del cuidado se vincula con la vida, la desigualdad y la emancipación. Por lo mismo, es sin dudas un asunto feminista” (Rodríguez-Enríquez, 2020, p. 129)

Rosario Aguirre (2011), desde el panorama latinoamericano concibe la noción de cuidado como multidimensional, condicionada a las características particulares de la persona. Concibe cuatro dimensiones. La *dimensión material* que

implica el uso del tiempo invertido en las tareas de cuidado además del costo económico que conlleva. La *dimensión cognitiva*, que se refiere a las destrezas y conocimientos empleados. La *dimensión relacional*, alude a los vínculos sociales entre las personas, estos comúnmente son despreciados y pasan invisibles. Y la *dimensión emocional*, al ser el cuidado una experiencia con carga subjetiva (Carrasco, Borderías y Torns, 2011), esta se traduce en emociones, sentimientos o desafectos. Cuidar supone la creación de vínculos afectivos que se administran desde la regulación y la ética. Cuando el cuidado se encarna de tal manera, esta significa una gestión de emociones que pasan por expresiones como la preocupación, la empatía, el descontento, o hasta desagrado, y que normalmente permanecen en el silencio. Quien cuida no se queja.

2.1.1. Género y cuidado

La conexión entre género y cuidado se establece mediante el puente conceptual de ambas dimensiones con aspectos biológicos relacionados, a su vez, con la sexualidad y la división del trabajo. (Comas, 1993, p. 70). El género mantiene una relación subordinada con el patriarcado a la que Marcela Lagarde (2003) llama *sincretismo de género*: “cuidar a los otros a la manera tradicional y, a la vez, lograr su desarrollo individual para formar parte del mundo moderno, a través del éxito y la competencia” (p. 2). El resultado son millones de mujeres atrapadas en su papel de cuidadoras incondicionales, además de ser luchadoras por su propio desarrollo personal y económico.

La cultura patriarcal se construye alrededor del sincretismo de género que fomenta en la mujer la satisfacción de ser las cuidadoras por excelencia en la sociedad al ser parte de su naturaleza de *nurturing*, la cual les brinda la satisfacción total como sujetas. Se convierte en deseo propio y al mismo tiempo en una necesidad social y económica de ser políticamente participante en la sociedad patriarcal y capitalista.

El cuidado pues está en el centro de las contradicciones de género entre mujeres y hombres y, en la sociedad en la organización antagónica entre sus espacios. El cuidado como deber de género es uno de los mayores obstáculos en el camino a la igualdad por su inequidad. De ahí que, si queremos enfrentar el capitalismo salvaje y su patriarcalismo global, debemos romper con la naturalidad del cuidado por género, etnia, clase, nación o posición relativa en la globalización (Lagarde, 2003, p. 2)

Los trabajos de cuidados se han construido en estrecha relación con las dimensiones de trabajo, su dimensión emocional y de responsabilidad, en constante evaluación de desempeño dentro de un sistema de relaciones familiares y de género. (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). Por otro lado, la Economía feminista se ha dado a fortalecer los argumentos históricos en torno al aspecto económico sistémico del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, como aporte esencial en la producción de fuerza de trabajo. Para esto ha sido clave la expansión de las Encuestas de Uso del Tiempo realizadas en ciertos países cada tanto tiempo. Estas fuentes de información dieron cuenta de “las persistentes brechas de género en el tiempo dedicado al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, sino también a nutrir ejercicios de estimación de la contribución de este trabajo a la generación de valor económico.” (Rodríguez-Enríquez, 2020, p. 129).

A nivel cultural, por ejemplo, la diferencia de género es significativa en la diferencia que se establece en el ámbito sanitario entre cuidar y curar, donde se piensa que las actividades en su mayoría de cuidar son naturales y propias en las mujeres, mientras las actividades de curar se hacen en espacios especializados, mayormente por hombres. (Esteban, 2017). Todo ello porque en la organización social hegemónica cuidar nos convierte —biológica y culturalmente— en inferiores. (Lagarde, 2003).

2.1.2. Organización social del cuidado en la sociedad individualista y lo que significa para las mujeres

¿A qué me refiero cuando hablo de la sociedad individualizada? ¿Qué es individualización? Beck y Beck-Gernsheim (2003) nos guían sobre este concepto comenzando con el reconocimiento de que el individuo moderno se enfrenta a una serie de nuevas exigencias, controles y contradicciones que operan en la red del Estado de bienestar, el mercado laboral y las instituciones. El rasgo distintivo de esta red de regulaciones es que debe ser administrada por el mismo individuo para importar a sus biografías, esto haciéndolo mediante sus propias acciones.

Simplificando, que uno “nacía para” la sociedad tradicional y sus imposiciones, como, por ejemplo, el Estado social y la religión. Para las ventajas sociales modernas, en cambio, más que “nacer”, debemos hacer algo, hacer un esfuerzo activo. Tenemos que ganar, tenemos que saber autoafirmarnos en la competencia por unos recursos limitados, y ello no de una vez por todas, sino día a día (Beck y Beck-Gernsheim, 2003, p. 42).

Por lo que nuestro momento está regido por la biografía “hágalo usted mismo”, que preocupante es, y siempre puede ser, una “biografía de riesgo” ante la frustración del mañana al encontrar que nuestras acciones, proyectos, vínculos y habilidades no son permanentes.

La jugada del Estado de bienestar es pedirles a los individuos construirse como individuos mediante la planificación alrededor de la compulsión por armar sus propias metas, alimentadas a su vez por el ego, y que por lo tanto se concluye que el fracaso de convertirse en individuos es inútilmente responsabilidad del mismo individuo, se trata de “una condición social no alcanzable por libre decisión de los individuos” (Beck y Beck-Gernsheim, 2003, p. 44). El proceso de individualización exige personajes proactivos, tenaces y flexibles que inviertan sus acciones

individuales en hacer avanzar el mecanismo. El fracaso no es una opción, aunque sí una gran posibilidad de la cual el régimen se deslinda.

Las acciones en pro de la asociación familiar o la comunidad ahora son desplazadas para alimentar la biografía personal, o bien, al beneficio del estado. Lo cierto es que nuestra sociedad se caracteriza por formas híbridas y ambivalentes, el fracaso y la libertad se estrechan la mano, incluso se vuelve difícil diferenciar una de la otra.

¿Qué implica esta forma de vida para la mujer y su rol en los cuidados? Mientras que a los hombres se les exigió vivir en un estado permanente de competencia con el exterior, a la mujer se le encomendó “vivir para los demás” (Beck y Beck-Gernsheim, 2003), especialmente para el marido, las hijas/os, enfermos y ancianos.

El problema con la individualización es que crea una violenta tensión con la mujer, que por una parte se le exige ser un individuo autónomo, mientras que por la otra su papel en los cuidados es indispensable para que el propio sistema siga funcionando. Cada vez más mujeres salen al ámbito privado para estudiar y trabajar, lo que produce cambios en el ciclo familiar y en el sistema jurídico. En occidente los índices de mujeres que rompen vínculos con la familia y que, a su vez, dejan de esperar por que un hombre les de sustento económico, va en aumento. El proceso de individualización también encamina a las mujeres a volverse autónomas y autosuficientes, de ahí que las profesionistas que son madres sean una realidad en casi todas las regiones. Lo que se suscita es que las mujeres planean su desarrollo en torno a la familia, pero también en torno a ellas mismas como individuos (Beck y Beck-Gernsheim, 2003). No es de extrañarse que las mujeres se sientan cada vez más abrumadas por la cantidad de responsabilidades en la vida cotidiana, siempre que buscan construir una vida en armonía entre la profesión y el cuidado de las hijas/os. Y a pesar de la carga vital, emocional y económica que esto supone, cada vez son más mujeres las que están dispuestas a intentar este acto de equilibrismo, a sabiendas de que, al no haber remedio, pueden renunciar a su trabajo.

Los trabajos de cuidados demandan tiempo y energía, que son gastados en tareas destinadas a mantener la sostenibilidad de vida. Cuidar son acciones

realizadas en los trabajos privados como el hogar, pero también en públicos como en el marco profesional de la medicina y la educación; habitualmente son tareas realizadas por mujeres, pero tal como lo mencionan Cristina Vega y Encarnación Gutiérrez Rodríguez (2014), no solamente y no de todas por igual ni en las mismas condiciones. Además, hay que recordar que muy rara vez son apreciados, pasan ocultos por las entrañas del mercado sobre todo como parte vital de la cadena de producción y reproducción.

La aplicación del análisis de las políticas sociales a los mercados, al Estado y la familia se ha mostrado útil para conceptualizar los regímenes de cuidado repartidos entre la sociedad, por otro lado, también permite reconocer cuáles son las instituciones que asumen, o no, la responsabilidad y el costo —familias, Estado mercado y comunidad— (Aguirre, 2011). El cuidado es una infraestructura que transita por la sociedad, las ciudades y naciones, y que además compete al diseño de políticas que garanticen que estos cuidados sean llevados a cabo o entregados, con el fin de sostener la vida para un bien común. Tal como apunta Rosario Aguirre, aunque los trabajos de cuidado presentan diferencias dependiendo de la región, si son predominantemente familistas, a esto se refiere a una clara tendencia de cargar todos los trabajos a la organización familiar “en cuyo seno las mujeres proporcionan cantidades enormes de trabajo invisible, con programas residuales dirigidos a las familias más pobres” (2011, p. 93). Bauman (2001) habla sobre el comportamiento de ciertas instituciones que, para superar problemas, se transforman en instituciones que causan más problemas. Por una parte, a uno lo hacen responsable de sí mismo, pero por otra parte somos dependientes de condiciones que escapan de nuestra aprehensión, lo que sucede es que “la manera en que uno vive se convierte en la solución biográfica de las contradicciones sistémicas” (Beck, 1992, p. 137). Se habla de un abandono del individuo a la lucha solitaria resultado de una apatía política, una lucha que las mujeres llevamos sobre los hombros ante el abandono de los aparatos del Estado y la derogación de los cuidados a una parte de la población. Una lucha que muchas de nosotras no tenemos las herramientas para enfrentar. Así mismo, los males son individuales, las preocupaciones son privadas y también los medios para combatirlas (Bauman, 1999).

La hoja informativa “El trabajo de cuidados y doméstico, una mirada desde el trabajo no remunerado” del Centro de Estudios Legislativos para la Igualdad de Género (CELIG, 2019) arroja que, en México, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) analiza y da cuenta a través de datos y cifras de las actividades de cuidado y el tiempo invertido en ellas. Las categoriza en: *preparar y servir los alimentos* que conlleva la preparación de estos, llevar comida a escuelas o trabajos, incluso el proceso de recalentar; *limpieza y cuidado de la ropa*, limpiar, bolear, planchar, lavar, secar, tender, doblar, y más; *realizar compras y administración del hogar*, desde el tiempo de administración, búsqueda y traslado, hasta el pago de servicios; *limpieza y mantenimiento del hogar*, siendo esta última la categoría más amplia al considerar la limpieza en amplia organización, el cuidado del jardín y las mascotas, la reparación en general, el mantenimiento del auto, instalación y reparación de electrodomésticos e incluso la preparación de fogones, hornos y aire acondicionado.

De igual forma, agrupa las actividades de cuidado y apoyo integrales en *cuidado general, apoyo a menores de edad y personas mayores de 60 años, cuidado de enfermos temporales y cuidados a enfermos crónicos o con discapacidad*. En dicho reporte se lee que de acuerdo con la Cuenta Satélite del Trabajo no Remunerado de los Hogares de 2018 del INEGI, en México, el trabajo de cuidados que incluye la realización de actividades domésticas representa la quinta parte del Producto Interno Bruto (PIB). En este mismo reporte se expone que de cada 10 personas, 6 son mujeres que realizan trabajos de cuidado y domésticos, sin remuneración. Por otro lado, también arroja que las mujeres con estudios medios o superiores participan menos en las actividades de cuidado en comparación con aquellas que registran sólo niveles de secundaria completa o trunca, puesto que estas últimas son quienes usualmente se dedican a tiempo completo del cuidado de sus familias como trabajadoras del hogar.

En el año 2022 el INEGI realizó la primera Encuesta nacional para el sistema de cuidados (ENASIC) la cual arroja que 31.7 millones de personas mayores de 15 años brindan cuidados integrales en el hogar. De esta población, 75.1 % correspondió a mujeres y 24.9 %, a hombres. En cuanto a horas a la semana en

labores de cuidados, las mujeres dedicaron, en promedio, 37.9, mientras que los hombres, 25.6. La diferencia es de más de 12 horas semanales. Así, también la encuesta se preocupó por explorar la participación económica de las mujeres que son las principales cuidadoras de sus familias, arrojando un 56,3%. Se hizo un estudio comparativo de las mujeres activas económicamente con aquellas que se dedican a los cuidados de tiempo completo: “de las mujeres no económicamente activas que brindan cuidados, 39.7% expresó que ‘desearía trabajar por un ingreso’ y 26.5% señaló que ‘no podía ingresar a trabajar’. El motivo principal para no trabajar, aunque lo deseara, fue que ‘no tiene quien cuide a sus hijas e hijos’ con 68.4% o ‘no tiene quien le cuide a las personas adultas mayores o enfermas’, con 78.4%” (ENASIC, 2022, p. 4).

Si bien las mujeres y los hombres están inmersos en los trabajos remunerados, no se ha generado un cambio igual en la esfera de la distribución de los trabajos de cuidado, desde donde las mujeres experimentan tensiones debido a los altos costos que estos demandan, y de acuerdo con el Informe “Trabajo y Familia. Hacia nuevas formas de conciliación con corresponsabilidad social” (OIT-PNUD, 2009, p. 13), estas tensiones también repercuten en el crecimiento económico, el buen funcionamiento del mercado y la productividad de las empresas, reforzando de esta manera las desigualdades socioeconómicas y de género.

Existe un “orden de género” (Vogel en Gómez, 2010) que constata una jerarquía entre hombres y mujeres, y que por lo tanto legitima a las mujeres como un grupo vulnerable al contar con menos posibilidades de desarrollarse como individuos, y por supuesto, en el ámbito profesional. En esta jerarquía los trabajos de cuidado, considerados femeninos, reciben escaso o incluso nulo reconocimiento social, lo que deja varadas a las mujeres como ciudadanas.

2.1.3. La profesionista, la madre, el ama de casa

El modelo de la división de trabajo de la vida preindustrial que consistía en colocar al hombre como proveedor principal, y a la mujer alejada dedicada completamente a las labores del hogar, se resquebrajó hacia finales del s. XIX, al dar cuenta que este modelo de división de trabajo burgués no le sentaba a toda la población por igual. A medida en que la economía capitalista avanzaba, y el salario del hombre no era suficiente para dar sustento suficiente al núcleo familiar, la necesidad de las mujeres, las madres, de buscar un empleo formal fuera del hogar, o bien a buscar alternativas para proveer fuera del hogar, fue creciendo necesariamente.

Beck y Beck-Gernsheim (2001) hablan sobre los cambios por los que las mujeres hemos pasado en cuanto al ámbito laboral (entre otros) y el correspondiente aumento de madres insertadas en el mundo laboral. Llevan la atención a que como mujeres debemos planificar la maternidad a la par con el sistema capitalista —aunque ellos no hacen uso de este término— cambiando así la relación entre maternidad y trabajo remunerado. Es usual que ellas se vean en la necesidad de regresar a laborar tras el nacimiento del hijo y a no dejar el trabajo hasta el nacimiento del segundo, al igual que esperar más tiempo para tenerlo con el fin de insertarse en la vida laboral. Esto constata que, para un número cada vez mayor de mujeres, el trabajo remunerado no es únicamente una fase, sino que, todo lo contrario, es un principio básico para el mantenimiento de la familia.

Este aumento de mujeres en el mundo laboral supone otras presiones y desigualdades, Beck y Beck-Gernsheim identifican una diferencia crucial entre tener un trabajo fuera de casa y trabajar en el hogar, (2001, p. 135). El último tiene carácter flexible y abierto. La madre (Lagarde, 2005) se ocupa de las necesidades físicas y psicológicas de los miembros de la familia, en un horario de veinticuatro horas, lo que en consecuencia le deja poco tiempo para ella misma. Ahora, el trabajo fuera del hogar funciona bajo un acuerdo entre el trabajo por horas fijas y la vida privada que usualmente sucede por las tardes-noches. “Esta distinción introduce al menos la posibilidad de un período de tiempo que pertenece no al

trabajo, sino a la mujer como tal, un ‘tiempo personal’ a su exclusiva disposición” (Beck y Beck-Gernsheim, 2001, p. 135). Sin embargo, este tiempo personal suele ser consumido por las labores de cuidado que ella debe realizar una vez llegando a casa; A pesar de que las mujeres estamos conociendo una fase históricamente nueva, en la que la juventud es un periodo propio, el tiempo libre para ocio es una realidad palpable y una menor presión por parte de los padres, los autores reconocen que el cuadro de los cambios con respecto al trabajo no estarían completos sin tomar en cuenta que las viejas estructuras persisten junto con las nuevas. Existen exigencias contradictorias particulares para las madres. Los trabajos dan por sentado que quien trabaja fuera de casa queda exento de realizar los trabajos del hogar, algo de lo que las mujeres no gozamos, nosotras tenemos que cargar con estas tareas en beneficio del marido y de los hijos. La incorporación de la mujer al mundo laboral ha destapado la cantidad de trabajo invisible y no remunerado que las mujeres realizamos sin más ayuda que la propia.

Como consecuencia, a partir de la modernidad, las mujeres se vieron crecientemente sometidas a una exigencia intrínsecamente contradictoria, que les solicitaba, por un lado, que se individualizaran —para mantener así la tendencia a la especialización y a la tecnologización del orden social—, y por otro lado que no se individualizaran —para que los hombres pudieran sostener sus propias posiciones especializadas y de poder—. En esta contradictoria exigencia seguimos hoy, lo que hace que para muchas mujeres resulte hartamente complicado sobrevivir con un cierto equilibrio mental, ya que el discurso sostiene una cosa, mientras una mayoría de los hombres que defienden con la razón ese mismo discurso siguen demandando, con la emoción, la contraria (Hernando, 2012, p. 161)

De lo anterior se desprende la doble presión que Esther Vivas (2019) identifica en el día a día de las mujeres. Ella reconoce la influencia del capitalismo neoliberal en los mandatos patriarcales y lo que estos dicen sobre lo que se espera de nosotras. Por un lado, se espera que triunfemos en el mercado de trabajo y tengamos una carrera exitosa, mientras que por el otro, se espera que no descuidemos nuestras tareas en el hogar y crianza. Por lo que la autora concluye que solo nos dejan dos

opciones, la del ángel del hogar o la *superwoman*. Modelos que encajan en el sistema como forma de control normativa patriarcal y capitalista.

Nos condenan a ser tachadas de profesionales fracasadas al no estar disponibles al cien por cien en el trabajo o de malas madres por no cuidar y dedicar el tiempo suficiente a los pequeños. La culpa es siempre nuestra. (Vivas, 2019, p. 11).

Parece que estos modelos de maternidad no pueden ser compatibles, basta con dar un vistazo a las oportunidades de empleo de las mujeres y como toca sobrevivir como se puede. El mercado de trabajo dual sigue alentando las formas de discriminación de la mujer: salarios más bajos, menos oportunidades de promoción mayor inseguridad en el empleo, entre otras, (Beck y Beck-Gernsheim, 2001). Tampoco hay que olvidar a todas las embarazadas o madres que han sufrido de *mobbing* maternal (Vivas, 2019), que significa han perdido su empleo, o se les niega la contratación al estar en edad de tener criaturas, y de ser contratadas es bajo un salario mísero, que constata que ser madre y sobrevivir en el mercado laboral no es nada fácil. La autora argumenta que lo más lógico sería invertir en conciliar la maternidad y el empleo para combatir los discursos patriarcales sobre la imposibilidad de ascender cuando se es madre.

Es indiscutible que las mujeres tenemos la responsabilidad de vivir doble jornada laboral, la doméstica y la laboral. Tan solo llegar a casa después de un largo día en oficina o en el campo, para cuidar de los niños, cocinar, lavar, planchar, de paso también cuidamos de la pareja y de ancianos. “Lograr un segundo empleo nunca nos ha liberado del primero” (Federici, 2013, p. 56). La mayor cantidad de cuidados descansa sobre nuestros hombros, de más, cansados.

Las mujeres tenemos una ‘doble presencia’ constante en la esfera productiva y reproductiva, y no hacemos solo un trabajo detrás de otro. En definitiva, estar a cargo de la organización del trabajo de cuidados implica que nunca podemos desconectar. (Vivas, 2019, p. 32).

Vale agregar que la crisis económica, que por un lado exige la presencia de la mujer en el ámbito laboral para dar sustento a la familia, y por el otro no le brinda las mismas posibilidades que a los varones. La escasez de puestos, las racionalizaciones en el ámbito laboral, los contratos basura y los índices en aumento del desempleo femenino, son prueba fehaciente de “la falsa doctrina de la liberación de la mujer mediante la integración en el proceso de producción” (Beck y Beck-Gernsheim, 2001). La integración incompleta de las mujeres en el mundo de trabajo entraña numerosas contradicciones en la vida de profesionistas que además son mamás y se ocupan de la organización del hogar.

En este escenario de contradicciones y dobles jornadas, lo que supone una mayor pero desigual participación de mujeres en la fuerza laboral, obliga a éstas a organizar su presencia productiva y equitativa entre la vida privada y pública; muchas veces aquellas mujeres que son madres se ven obligadas a recurrir a la familia o instituciones de cuidado infantil como plan secundario (Castilla, 2009), o bien si la mujer ni su pareja pueden hacerse cargo de los labores del hogar y si tienen la disponibilidad económica, terminan contratando a terceros, en su mayoría mujeres para realizar estas labores, lo cual se convierte en una gran paradoja ya que ellas mismas probablemente han dejado a sus criaturas atrás para cuidar de las de otras (Vivas, 2019); lo que evidencia las expresiones de las ideologías familistas y maternalistas al intensificar la delegación de cuidados a mujeres de clase media o, principalmente baja, que en buena medida no solo se ocupan del cuidado de su prole, sino, y en simultaneidad, del cuidado de la prole de otros. Además, en el contexto latinoamericano, el que algunas mujeres pudieran pagar por estos servicios incluso bajo las condiciones de desigualdad étnica, de clase y de género, contribuyó a que la discusión pública sobre los cuidados se atrasara en comparación con la vecina occidental, cuya discusión se remontó en los años ochenta y noventa del siglo XX (Cano, 1996; Bartra, Fernández y Lau, 2000 en Flores y Tena, 2014). El problema del cuidado no hace nada más que trasladarse a un grupo vulnerable de la población, definido por su etnia y nivel económico.

Esther Vivas (2019) identifica una cadena transnacional que transfiere el trabajo maternal en su mayoría a mujeres menos privilegiadas ya que son mano de obra barata, o incluso gratuita.

2.1.4. El trabajo invisibilizado del cuidado como medio de control capitalista y patriarcal

Si la mujer comprendiera hasta qué punto está deformada, hasta qué punto es explotada, se negaría a seguir proporcionando trabajo invisible, trabajo no remunerado. Los cimientos de la sociedad de clases se hundirán antes de tiempo.

(Isabel Larguía- John Dumoulin)

Para comprender el rol de las madres con respecto a las tareas vitales de todos mediante los cuidados vagamente mencionados y valorizados, es indispensable posar la mirada sobre la hermandad entre patriarcado y capitalismo, Niyireé Baptista (2018) lo explica de la siguiente manera: La postura marxista del feminismo sostiene que la primera división del trabajo fue la sexual, o lo que se le denomina la división sexual del trabajo, esta consistió en dividir las tareas, mientras que a las mujeres se nos asignaron los cuidados y la reproducción, a ellos se les asignaron las de proveer y defender la especie. La autora habla sobre la banalización del trabajo materno a partir de la división con la cual se nos encomendó jerárquicamente la producción y reproducción de vida, nuestros cuerpos se convirtieron en mercancía de cambio, intercambio y alianzas, incluso desde las primeras comunidades. Lo que sirve de respuesta y explicación sobre por qué nuestra tarea principal, el “deber” de la completa crianza de las criaturas mientras nos hacían creer que era nuestra obligación, parte de un vínculo natural entre madre y vástago; porque eres mujer.

Hablar de cuidados no es sencillo pues es uno de los núcleos duros del patriarcado moderno, al ser aquello que sostiene la división sexual de trabajo y que se vale del trabajo invisibilizado y no remunerado de las mujeres. Silvia Federici (2004) sostiene que esta marca la paupérrima diferencia entre hombres y mujeres tras la pantalla de inferioridad natural por la que las mujeres hemos y seguimos luchando para borrar, y que ha permitido al capitalismo ampliar inmensamente “la parte no pagada del día de trabajo”, y usar el salario (masculino) para acumular trabajo femenino.

Existe una desvalorización de la relación económica subyacente en la crianza de los hijos e hijas y del cuidado en general asociado a las mujeres y a su esencia femenina y que es parte fundamental de la opresión patriarcal y capitalista. La mujer- madre debe cumplir con una serie de tareas domésticas (lavar, cocinar, planchar, limpiar, entre otras); dichas tareas conllevan a las dobles y triples jornadas de las mujeres y la vuelven vulnerable a la dominación económica del hombre, ya que las actividades sujetas al “deber” maternal no son remuneradas y el tratamiento con el que se les ve es de una evidente inferiorización, caso contrario con las actividades masculinas que son remuneradas económicamente. Las tareas de las mujeres- madres se asumieron socialmente como propias de su naturaleza y las volvieron cotidianas, parte de la costumbre (Baptista, 2018, p. 32).

Cocinar, remendar ropa, fregar pisos, lavar trastes, bañar a los niños, servir al marido, entre otras actividades, son –sin lugar a dudas– parte de un trabajo esencial que se encarga de asegurar el bienestar de aquellos que salen a trabajar para obtener el sustento familiar, se cuida a la fuerza de trabajo que tan importante es para el capitalismo.

Isabel Larguía y John Dumoulin (en Bellucci y Theumer, 2019) poco conocidos y tan enormemente olvidados, desde la Cuba revolucionaria desarrollaron la teorización marxista-feminista sobre el trabajo doméstico, introduciendo la categoría “trabajo invisible” desde la realidad caribeña y latinoamericana en la cual vivieron por 30 años. En 1969 difundieron su primer manuscrito *Por un feminismo científico*, editado en 1971 por Casa de las Américas. Lxs intelectuales identificaron y tomaron como marco de inspiración los aportes de las obras de Engels y Lenin sobre la opresión de la mujer en la sociedad de las

clases para descubrir que sucedió un descuido por realizar trabajo teórico sobre el lugar de las mujeres. Friedrich Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884) no logró analizar la condición de clase de las mujeres dentro de la familia y naturalizó la heterosexualidad. Bellucci y Theumer hacen notar lo sorprendente que es que la primera teorización feminista-marxista sobre el trabajo doméstico se diera en un Estado socialista en el Caribe, y no en los círculos académicos occidentales. Y, aunque en los años setentas del siglo XX comenzaron a surgir fuertes teorizaciones desde Estados Unidos, Francia, Inglaterra e Italia, el trabajo de estos intelectuales ya circulaba en 1969, por ello su trabajo sufrió plagios y olvidos por parte de la privilegiada academia del norte global.

Encontramos el fundamento de la opresión de la mujer en su actividad cotidiana de reproducción de fuerza de trabajo. Aquí el trabajo no reconocido y enajenado es el que ella rinde como ama de casa. El trabajo invisible la coloca en condiciones de esclava o de sierva (en Bellucci y Theumer, 2019, p. 58).

Identificaron un conjunto de actividades asignadas a las mujeres para llevar a cabo desde el hogar: la reproducción biológica, la educación y cuidado de los hijos, enfermos y ancianos, servicios sexuales, la reproducción de la fuerza de trabajo consumida diariamente, legitimadas desde la imagen de la madre y la esposa. La diferencia radica en que el hombre produce un producto visible, aparente y reconocido por el sistema capitalista, mientras que el producto de las mujeres queda confinado, y en consecuencia las confina a ellas, dentro de cuatro paredes que conforman el hogar. “Producimos ni más ni menos que el producto más precioso que puede aparecer en el mercado capitalista: la fuerza de trabajo” (Federici, 2013, p. 55). A esta no se le considera como mercancía, por lo tanto, queda fuera de la esfera de intercambio. La arquitectura del hogar que delinea lo visible y lo no visible articula la conceptualización “trabajo invisible”.

La mujer no vende su fuerza de trabajo ni sus productos, simplemente acepta con el matrimonio la obligación de ocuparse de su familia, de hacer las compras, de procrear y de servir a cambio de su mantenimiento [...] Las mujeres de hogar no tienen entre ellas relaciones de intercambio como productoras ni tampoco con otras clases. No participan en las relaciones públicas de propiedad gracias a las cuales se materializa y apropia el excedente de producción. (en Bellucci y Theumer, 2019, p. 59)

Según lo anterior, el aislamiento hogareño evita que las mujeres intercambien entre ellas. Así se politizó la función reproductiva de las mujeres, propiciando el sostenimiento de la fuerza de trabajo en horas interminables de explotación en condiciones de esclavitud doméstica. En síntesis, el trabajo doméstico invisible de las mujeres sostiene el sistema capitalista, además se administra y distribuye a través de la organización familiar.

El carácter superestructural-ideológico y adoctrinante del patriarcado comienza con la acción aparentemente inocente de la entrega de una muñeca de juguete a las niñas para hacerlas prisioneras de la subcultura femenina limitadora, de falsos problemas de amor y la reproducción (Isabel Larguía y John Dumoulin en Bellucci y Theumer, 2019). Los autores identifican el liberalismo individualista como un importante impedimento para llegar a un correcto análisis de la opresión de clases al centrarse en el sexo y no en el trabajo como un recurso para la emancipación de los sujetos. A partir de lo discutido, Larguía y Dumoulin vislumbran una alternativa emancipadora para el papel de las mujeres:

La plena socialización de la reposición de la fuerza de trabajo requiere la construcción de grandes complejos de servicios, análogos a los complejos fabriles actuales, que cubran todos los servicios necesarios para sustituir el trabajo doméstico mucho más eficientemente y de calidad mejorada, empleando la tecnología de producción continua [...] La colectivización de lo que ahora es "labor doméstica" implica tanto una resolución tecnológica específica como profundos cambios en la conciencia social (en Bellucci y Theumer, 2019, p. 64).

Propuesta que no consideraban factible en la realidad cubana debido al alto costo que supondría un avance tecnológico que garantizara dicha resolución con el

trabajo doméstico. No obstante, si veían factible la creación de una ética de varones para involucrarlos en los trabajos domésticos y todo lo que estos conllevan, de esta manera se podría facilitar la inserción de las mujeres al mundo laboral asalariado. Silvia Federici (2013) argumenta, que al menos desde la realidad de EE. UU. se demuestra que ni la tecnología, así como un segundo empleo, liberan a las mujeres del trabajo doméstico. Independientemente del nivel tecnológico de los empleos, la cadena alrededor del cuello de las mujeres es la de producir trabajo especializado.

En América Latina la discusión sobre los cuidados ha ganado ruido en los últimos años y aunque no se ha llegado a un acuerdo teórico sobre qué son, las teóricas se han estrechado las manos al imbricar los cuidados con las diversas formas simbólicas que adquiere la madre, por lo que el estudio sobre los cuidados implica desentrañar los componentes ideológicos que conlleva la maternidad. (Flores y Tena, 2014). Durante la última década, el preocupante aumento de la crisis económica abrió las puertas a la aparición de la feminización de la pobreza, que da cuenta de las enormes desigualdades entre hombres y mujeres. Tan solo en 2014 por cada 100 hombres que vivían en hogares pobres en la región, había 118 mujeres en la misma situación (Bidegain, 2016, p. 51).

2.1.5. La fantasía de la individualidad

Almudena Hernando (2012) nos habla sobre la identidad y la individualidad cuando no se tiene poder sobre el mundo, y cuando uno lo tiene, mujeres y hombres, dominadas y dominantes respectivamente. Su propuesta teórica brota desde la arqueología social con perspectiva de género para dar explicación a la consolidación de los órdenes sociales en la sociedad moderna, a partir del argumento de que el grado de individualización de las personas constituye la base del género. Argumenta sobre cómo los *sapiens*, vistos como punto de partida de la humanidad, daban orden y sentido a un mundo que les suscitaba una inconmensurable angustia. Uno de estos sentidos trataba sobre cuanta mayor

movilidad del grupo o la persona, mayor la percepción del mundo y su capacidad de decisión frente a él, frente a esta concepción de la representación del espacio se presentaban ligeras diferencias en el grado de individualización de las personas, lo que tras los años constituirá lo que hoy conocemos como género. Menciona que no fue la maternidad en sí la que implicara una diferenciación, sino la menor movilidad respecto a los machos lo que habría establecido la diferencia cognitiva entre ambos.

Y esto, que en principio no representaba diferencias de poder, pudo constituir, la base de una dinámica que al ir reproduciéndose y potenciándose, habría acabado por dar lugar a un orden social basado en la dominación de los unos sobre las otras (Hernando, 2012, p. 74-75)

La autora identifica que a medida en que la complejidad socioeconómica aumenta también lo hace la individualidad. Recurre a la definición de Norbert Elias de poder como “la expresión de una posibilidad particularmente grande de influir sobre la autodirección de otras personas y de participar en la determinación de su destino” (1990, p. 72). Concluye que para ejercer el poder uno debe tener cierto grado de conocimiento sobre qué es lo que quiere otorgar a ese destino, lo que, a su vez, implica una conciencia clara sobre los deseos propios, los cuales suelen tener más importancia que los de otros (otras). Ello nos remite a que el ejercicio del poder supone cierto grado de individualización, “exige objetivar el mundo, racionalizarlo, establecer una distancia emocional” (Hernando, 2012, p. 95). Una determinada sociedad moderna cuya característica principal es la producción y la división de funciones respecto a hombres y mujeres, comienza a percibir una creciente individualización que se consolida en la distancia emocional que cada uno establece, a pesar de ser obligado, por la dinámica social, a relacionarse con otras personas que realizan funciones complementarias a la propia. La progresiva individualización implica un creciente ocultamiento de las emociones sobre los demás. Es así como emerge la idea del “yo” como núcleo del individuo desarrollado paralelamente con la tecnología y la especialización del trabajo.

Lo que Hernando argumenta es que esta negación de las dinámicas emocionales implicadas en la racionalización y la socialización es la clave más profunda de la dominación de los hombres sobre las mujeres, ya que la individualidad conlleva un precio muy costoso en términos emocionales. La necesidad imperante de *llegar a ser* marca un estado de urgencia y exigencia tanto subjetiva como social por cambiar para obtener recompensas en términos de éxito y poder. Norbert Elias (1990) reflexiona sobre cómo el ser humano pudo pagar ese precio emocional, y concluye que debió hacerlo a través de la sensación de dominio y control. Hernando por otra parte dice que ese precio es imposible pagar.

Si el ser humano se hubiera desvinculado realmente de su grupo como pretende la individualidad, si hubiera dejado de conectarse con el mundo a través de la emoción, como pretende la razón autónoma, y si con ello realmente se hubiera sentido progresivamente solo frente al universo, entonces el proceso no habría tenido lugar (Hernando, 2012, p. 107).

En conclusión, los hombres que fueron abrazando la individualidad como forma de identidad, desarrollaron mecanismos para no quedarse solos, para evitar el pago emocional que el aumento de la razón implicaba. De lo anterior se desprende la fantasía de la individualidad que la autora argumenta, que a través de los discursos con tintes patriarcales se invisibilizan las contradicciones de la individualidad masculina y solo deja al descubierto las femeninas: “la fantasía de que un ser humano aislado puede sentir (y tener) poder sobre el mundo sin necesidad de sentirse parte de una comunidad” (Hernando, 2012, p. 109).

Las mujeres construimos una idea de nosotras mismas a partir de lo que la autora llama *Identidad relacional*, la cual deriva de la incapacidad de concebirse fuera de las relaciones en las que se inserta. Identidad que no controlamos en ninguna medida (Hernando, 2012). A medida que los hombres fueron ocupando posiciones de poder, este tipo de identidad fue asociada mayormente a las mujeres quienes, contrarias de los hombres no ocupamos espacios de poder en la tela social. Lo que Hernando argumenta es que los hombres encuentran imprescindible

que las mujeres mantengamos esta identidad relacional, la cual únicamente forma vínculos emocionales sumamente desestimados y marginales, para evitar que entremos en el mundo de la razón, territorio de ellos, puesto que si nos insertamos a este entonces ellos tendrían que reconocer que no les basta con la razón para sentirse seguros, y que sin el sustento emocional que suponen las mujeres ellos estarían perdidos (Hernando, 2012, p. 160). Mantener a las mujeres lejos de poseer el poder marcó el inicio del orden patriarcal. La forma de identidad desarrollada por los hombres a partir de la dominación a las mujeres se denomina *individualidad dependiente*, la cual no pudo ser construida históricamente sin el apoyo emocional de las mujeres. De lo anterior, la autora identifica la tajante separación entre razón-emoción que lleva a la negación de la dependencia, misma en la que reside la fantasía de la individualidad de la que los hombres se valen para ejercer el control. Esta individualidad cree basar su seguridad exclusivamente en la razón y el cambio (ciencia y tecnología), ya que estos dos son los únicos de los que se sirven para mantener su posición de especialización o poder sobre el otro. De esta forma el mundo emocional se convirtió para ellos en un agujero negro, recipiente de sus vulnerabilidades y miedos.

Esto explica que a medida que los hombres fueron controlando el mundo a través de estos mecanismos, dejaron de conceder importancia y de dedicar tiempo y esfuerzo a desarrollar los mecanismos de la emoción (vínculos, conexión), que, sin embargo, al ser imprescindibles, seguían poniendo en práctica de manera inconsciente (Hernando, 2012, p. 157).

El precio del que hablaba Elias (1990) es pagado, en cierta medida, por la identidad que nos resta a las mujeres —y algunos hombres— a servir a la orden de satisfacer los deseos del hombre, del cual buscamos seguridad debido a su posición privilegiada, por lo que implica cierto grado de subordinación que nos vuelve, irremediabilmente dependientes. Esta satisfacción opera mayormente dentro del espacio de los hogares que constituyen el eje más visible de ordenación de la realidad, un espacio especialmente connotado de emoción, y por lo tanto, designado

a las mujeres dentro del cual realizan actividades no especializadas, como la limpieza y organización del hogar. Estas mujeres, la autora concluye, pueden verse influenciadas por el evidente poder que las somete, lo que puede llevarlas a negar su posición subordinada.

El discurso social, que es patriarcal, por otro lado, también ha normativizado la heterosexualidad en tanto la socialización de identidades, que, aunque negadas, funcionan en la complementariedad relacional. Los miembros del grupo transmiten el modelo a sus hijos e hijas garantizando así la diferenciación que desarrollarán de adultos.

Por otro lado, la autora reconoce que existe cierta adscripción emocional en los individualizados hombres de la modernidad que tiene que ver con la construcción de identidades adscriptivas o relacionales, a través de las cuales establecen conexiones emocionales con el grupo social. Hablemos de equipos deportivos, ejército y/o partidos políticos. Los hombres encuentran su pertenencia social en estos grupos a través de la conexión más bien emocional en lugar de racional. Cuanta más pertenencia mayor la construcción de su identidad a través de la uniformización grupal.

No hay duda que la conexión emocional, en tanto negada como mecanismo de seguridad personal, prepara el camino para que exista cada vez más relaciones desiguales de género, sobre todo al construir este tipo de identidades particulares donde las emociones identitarias son depositadas, en un grupo de hombres relativamente reducido —en comparación con el ancho de la tela social—, excluyendo, por lo tanto a aquellas identidades relacionales que poco van, y hacen notar el déficit emocional en el mundo. Siguiendo esta idea, Hernando (2012) concluye que, además de la forma antes descrita, los hombres solo pueden mantener relaciones emocionales cuando estas están atravesadas por la desigualdad, esto para protegerse a sí mismos de ser expuestos a su propia vulnerabilidad, su contradicción.

Esto significa que estos hombres con individualidad dependiente (la llamada masculinidad hegemónica) sólo pueden sostener relaciones emocionales atravesadas de desigualdad, que siempre les devuelven una imagen asociada

con el poder y la seguridad: con su mujer y sus hijos, pero también con empleados, alumnos, colaboradores o admiradores, que les permiten completar la fantasía permitiéndoles pensar que ellos sí dan importancia a su mundo emocional (Hernando, 2012, p. 157).

Es la llamada trampa de sostener algo que no satisface necesariamente sus deseos, ya que, al negarse confrontación con sus propias emociones, esto les impide reconocer lo que realmente necesitan. Lo que resulta en la creación de adultos constipados con poder en las manos.

2.2. La clave es la familia. Intersecciones entre la individualidad y la familia nuclear como enfoque teórico

Joan Bestard (2009) nos habla sobre la inconsistencia a la que el parentesco sufrió al enfocarse específicamente a los modelos explicativos de afiliación y los enunciados básicos basados en la alianza. Lo que cargó a la academia de una tensión divisoria; mientras para unos teóricos el parentesco cobraba vida a partir de las alianzas generadas por el matrimonio, para otros el parentesco era un campo en declive. La teoría crítica —encabezada por Rodney Needham (1971) y David Schneider (1971) — jugó un papel importante al señalar la base fundamental en la antropología al presentar como particularidades culturales rasgos considerados como universales. Predominó un determinismo biológico con respecto al parentesco guiado por la consanguinidad y/o afinidad que determinaban ciertas funciones con respecto a cada función (Gonzales, 2010). Es una puesta en duda de la referencia naturalista de toda relación de parentesco. Las relaciones de parentesco no se ven influenciadas por la naturaleza, al contrario, constituyen un proceso de interacción constante.

El modelo estándar concibe la consanguinidad como una relación interna, derivada de la reproducción. Los lazos de consanguinidad y las semejanzas corporales que se derivan del parentesco de sangre son concebidos como constitutivos de los aspectos no transformables, imborrables, originariamente constitutivos de la identidad de la persona, en la medida en que ésta es pensada individualmente en relación a otras personas (Bestard, 2009, p. 85).

Estas teorías clásicas miraron el parentesco bajo la lente de las estructuras de organización y reproducción social, sin embargo, no tomaron en cuenta cómo el parentesco gestiona buena parte del cuidado que se brindan los seres humanos (Aguilar, Soronellas y Alonso, 2017).

Afortunadamente, los estudios del parentesco han adquirido solidez a partir de la antropología feminista la cual la ha dotado de una epistemología que no ha hecho más que rehabilitar los estudios sobre este eje, pero con la necesidad de interrelacionarlo con el género para dar cuenta de que el género crea parentesco y el parentesco crea género —con mayor presencia en las relaciones sociales occidentales— (Collier y Yanigisako, 1987). Se trata de una relación constitutiva considerando que “el parentesco es un eje a partir del cual pivotaban necesariamente la organización social, la ordenación de la reproducción en todas las sociedades y las estrategias productivas en muchas de ellas” (Bestard, 1998, p. 203), y que el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y una forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott, 2013).

Verena Stolcke (2014) recurre a la interseccionalidad tomado del feminismo negro que llamó la atención a la ceguera de feministas blancas y de clase media. La autora reconoce que existe una inquietud teórica y normativa a saber de las diferencias que distinguen a las mujeres, por lo que para anclar la idea de vínculo entre parentesco y género identifica tres momentos interrelacionales: 1. La constitución histórico-cultural de las relaciones de género; 2. la interacción, mediada por la forma de organizar la procreación, que se da entre la construcción del género en tanto que proceso cultural y la configuración sociocultural del parentesco y 3. la contextualización histórico-estructural de estas interseccionalidades.

Esta mirada llama a la integración política para dar cuenta de los sesgos de género en los estudios sobre parentesco que, a pesar del reconocimiento sobre la división sexual del trabajo “no consideraban fuese importante explicarla, dándola sobreentendida, y por tanto, naturalizándola” (Frasquet, 2021, p. 24).

Stolcke (2014) deja en claro que mujeres y hombres están inscritos en relaciones culturales específicas que están especialmente conectadas a través del parentesco; operan en la red genealógica y les otorga roles, derechos y deberes diferenciados (Collier y Yanigisako, 1987). Las llamadas relaciones de género, “reflejan e inciden en las formaciones socioculturales históricas, las relaciones de género constituyen una dimensión transversal de la vida en sociedad cuyo devenir pone de manifiesto y afecta invariablemente” (Stolcke, 2014, p. 188).

Carla Aguilar, Montserrat Soronellas y Natalia Alonso (2017) concuerdan que tanto el parentesco como el género son categorías culturales naturalizadas y que a partir de estas se hace la repartición de los cuidados. En su investigación *El cuidado desde el género y el parentesco. Maridos e hijos cuidadores de adultos dependientes*, defienden la idea que “el cuidado es clave para reformular y reactualizar los vínculos de parentesco” (p. 83), ya que este último interviene en la negociación de las obligaciones morales del cuidado. El parentesco vincula a los miembros de la familia en un acuerdo de reciprocidad que reparte y jerarquiza los cuidados valiéndose de la moral para garantizarlos. Así pues, el género y el parentesco operan en conjunto para garantizar que los cuidados —mayormente cargados a las mujeres— sucedan en el seno familiar. Las autoras contextualizan esta relación con la situación española de hace 40 años, sobre cómo el parentesco obligaba a los parientes ser quienes cuidaban a los ancianos, mientras que el género determinaba que lo hicieran las mujeres —hijas y nueras— antes que los hijos. Así las tensiones se hacen saber, a través del género en tanto división social y relaciones de poder existentes al interior de la familia (Gonzálvez, 2010; González y Gregorio, 2012).

En concreto, las categorías analíticas de público/privado, naturaleza/cultura y producción/reproducción son utilizadas para explicar el papel subordinado de la mujer en el núcleo familiar, en consecuencia, el género y el parentesco se dan como

posiciones dadas y casi inalterables (González, 2010). La maternidad y la repartición de los cuidados suceden en el seno familiar, lo que suele determinar la posición de la mujer en lo público y lo privado. Por lo anterior, considero que una no se puede explicar sin la otra, son después de todo, una relación constitutiva, por ello es indispensable esta intersección teórica, género, parentesco y cuidados para comprender la experiencia materna en torno a los cuidados cuya presencia se haya indiscutiblemente en cada una de las categorías.

2.2.1. La glorificación de la familia nuclear

Estas son las cadenas que nos han aprisionado en una situación cercana a la esclavitud. ¡Nosotras nos negamos a perpetuarla en nosotras mismas y a elevar al nivel de utopía la miseria de nuestras madres y abuelas y la nuestra propia como niñas! Cuando el Estado o el capital no pagan el salario debido, son aquellos que reciben el amor, el cuidado —igualmente no remunerados e impotentes— los que pagan con sus vidas
(Silvia Federici)

Ya se ha abordado el vínculo entre género y parentesco que operan dentro de la familia para resolver la cuestión sobre quién, cuándo y bajo qué condiciones cuidará de los otros. La cuestión se resuelve dentro de la institución por excelencia: La familia. Se entiende la importancia de esta estructura al reconocer que nuestros procesos históricos de cambios se inician a partir de los sistemas familiares “su carácter, su alteración y su resiliencia” (Therborn, 2007, p. 45). La resiliencia la encontramos mayormente en la capacidad normativa de los integrantes, es por lo tanto una de las estructuras básicas de la sociedad, por lo que se habla de una dinámica interna de la cual emergen mecanismos de regulación (Viveros, 2008), y en cuyo núcleo el sistema de valores correspondiente es un hueso duro de roer.

En el modelo familiar tradicional el hombre —beneficiado por la distribución jerárquica en la misma— se instaura como el centro de todo mientras que la mujer asume el papel de orden doméstico y reproductivo (Palacio, 2009). En el contexto de la antigua Grecia —modelo para las sociedades occidentales— el padre transitaba en tres esferas: la relación amo-esclavo, la “asociación” marido-esposa y el lazo padre-hijo. De igual forma, la antigua Roma se valía de estas prácticas patriarcales para mantener a las mujeres sistemáticamente recluidas y únicamente como “recurso” de reproducción de varones (Viveros, 2010); esta influencia perdura hasta nuestra época.

Es importante para el estudio de la maternidad se parta del contexto global actual, aunque no general, de la transformación social de la institución familiar, ya en apartados anteriores he abordado la emancipación de la mujer, recordando el movimiento feminista y su acción por diezmar la desigualdad social entre mujeres y hombres. La realidad es que no se han erradicado todavía. Por otra parte —y sin esto no se podría entender la emergencia del movimiento feminista— se han logrado cambios significantes para las mujeres desde las últimas décadas; hoy en día, con respecto a la organización familiar, empieza a aceptarse socialmente que una pareja no decida tener hijos o bien, alarguen el tiempo para tenerlos, y esto supone un importante cambio de valores. Ciertamente, las mujeres disponen de la posibilidad de gestionar con un amplio margen de autonomía su capacidad reproductiva (Beck-Gernsheim 2003; Beck y Beck-Gernsheim, 2003; Solé y Parella, 2004).

La familia nuclear se inicia, en parte, por la privatización del hogar “que produjo un sentido cada vez mayor de intimidad, al identificar la casa exclusivamente con la vida familiar” (Sibilia en Palacio, 2010, p. 12), por otra parte por el uso indiscriminado del “trabajo invisible” que constituye el cimiento del capitalismo y se encuentra oculto a través de la fachada de la familia individual-privada (Larguía-Dumoulin en Bellucci y Theumer, 2019, p. 60) y, además, no olvidar la privatización de las mujeres como medio de producción de mano de obra para el capital (Federici, 2008/2004) que configuran, en su conjunto, la nuclearización de la familia como proyecto capitalista y burgués. Con lo anterior doy

cuenta de la intersección entre cuidado y el modelo familiar, lugar donde se reparten los roles sexuales, además desde donde surgen otros mecanismos de control.

La glorificación de la familia como “ámbito privado” es la esencia de la ideología capitalista (Federici, 2018), donde es explotado nuestro trabajo no remunerado, además de nacer como el principal centro para la reproducción de la fuerza de trabajo. En la familia hallamos la respuesta a nuestra dependencia salarial de los hombres; Silvia Federici (2004) nos habla de cómo a partir de la privatización de las tierras fueron las mujeres —madres, hijas, viudas— quienes pasaron a ser un sustituto de lo perdido, de su medio de producción que era un bien comunal, por lo tanto estas características pasaron a ser propias de ellas, vistas como una nueva forma de producción y reproducción para aliviar los ecos de la acumulación primitiva. La exclusión de las mujeres del salario le otorgaba a los hombres con quienes estaban casadas, obreros, un poder similar al que tenían los hombres burgueses sobre su propiedad y sobre sus mujeres. En efecto, las mujeres, se *convirtieron en bien común*. Lo anterior en respuesta a la explotación de nuestra fuerza de trabajo vista como un recurso natural más al alcance de todos. Así se cimienta el nuevo orden patriarcal “reduciendo a las mujeres a una doble dependencia: de sus empleadores y de los hombres.” (Federici, 2004, p. 148). A pesar de que las obreras trabajan a la par del marido para solventar el hogar, el salario que ellas producían era legítimamente propiedad de él. Esta política que dejó a las mujeres desprovistas de recursos propios, un salario, es lo que esencialmente Federici llama “patriarcado del salario”.

Tras los acontecimientos anteriores se comienza a cimentar la figura del ama de casa tras el relego de las mujeres al hogar. Tan solo en el s. XIX la «familia moderna», centrada en el trabajo reproductivo no pagado del ama de casa a tiempo completo fue extendida por la clase obrera.

Ser despojadas de un salario por nuestros trabajos domésticos y de cuidados es nuestra principal debilidad ante el mercado laboral, puesto que esta condición es aprovechada por los empresarios que saben que la necesidad por llevar dinero extra a los hogares es imperativo para la sostenibilidad de las criaturas. Así se explica nuestra inherente dependencia del ingreso económico del hombre, lo cual, a su vez,

los mantiene atados a su empleo. No es casual lo difícil que es para ellos demandar horarios de trabajo que les permitan involucrarse con el cuidado de lxs hijxs. Su salario es indispensable para la sobrevivencia de la familia (Lopate en Federici, 2013). Nuestra esclavitud en el hogar siempre se ha traducido como un acto de amor.

2.2.2. La familia individual y la familia posmoderna

La familia ha sido, y continúa siendo, la institución por excelencia para la regulación, control y adoctrinamiento social. Tal como fue abordado anteriormente, es incluso la herramienta ideal para la administración de servicios de cuidado que el Estado de bienestar tendría que resolver. Lo que me interesa rescatar en este apartado es la nueva realidad de la estructura familiar la cual se ha moldeado en diferentes organizaciones con matices variados; a decir verdad no se puede hablar del fin al modelo tradicional sino más bien de diferentes nichos que han crecido a partir de esta, y a los cuales no podemos dejar de reconocerles una base histórica y una clara tendencia a la individualización que caracteriza de diferentes formas a cada uno de sus miembros (Beck-Gernsheim, 2003).

La invitación para andar la trayectoria de las familias contemporáneas, es la metáfora del cambio y la permanencia, de las contradicciones entre los intereses individuales y la presión por el comunitarismo familiar, de la añoranza de la confianza y la certeza en la familiaridad frente al riesgo y la incertidumbre, del desplazamiento y desvanecimiento de un modelo homogéneo como única alternativa de vida familiar, frente a su hibridación con múltiples posibles de convivencia familiar (Palacio, 2009, p. 48).

Esta incertidumbre y tensiones son producto de la emergencia del individuo al centrar su biografía en sus logros y trayectorias vitales por su capacidad de elección

y acción, y esto no es más que el producto de la individualización (Beck y Beck-Gernsheim, 2003). Cuando la institución familiar se derrumba nace el individuo como sujeto singular, una persona en busca de autonomía directamente proporcional a sus derechos y responsabilidades, lo que termina en una dinámica de tensiones con el amor, la familia y la libertad (Palacio, 2009), siempre y tanto, la familia supone un espacio de validación simbólica para el individuo.

Siendo que el individuo tiene una visión particularmente individual, se inserta a sí mismo en la paradoja de las dinámicas actuales, es decir, tomar el camino de enaltecimiento a la vida cotidiana y por ende su subjetividad de más individual, pero siempre en decisión de hacerlo en interacción u omisión con la familia.

pero una familia y un hogar individualizado, separados de la comunidad familiar extensa, proyectándose en la nuclearización de la familia y en un territorio marcado por fronteras que sirven de refugio a la familia y a los individuos; y desde aquí, la consolidación de un nuevo lugar que sirve de fuga y escape al escrutinio público (Palacio, 2010, p. 12).

Hoy nos encontramos con una basta variedad de formas familiares en las que la autonomía de los adultos ante los padres y la búsqueda de la igualdad de derechos familiares son dos de los temas principales a tratar y/o resolver. Aunque esto no implique en sí igualdad entre géneros. Tanto mujeres como hombres están insertos individualmente en relaciones sociales y económicas de desigualdad, en las que irremediablemente influyen otros contextos (Therborn, 2007), y las que marcan una dinámica en la que la mujer es el último eslabón en la cadena; consideremos la evidente brecha salarial “una sociedad postpatriarcal otorga a hombres y mujeres los mismos derechos para actuar, pero su ingreso relativo impide sus posibilidades de acción” (Therborn, 2007, p. 49). Por ejemplo, las mujeres reciben tan solo tres cuartas partes del ingreso total de los hombres. Las desventajas económicas en América Latina garantizan que incluso muchas mujeres no cuenten con ningún tipo de ingreso.

Es indispensable para esta investigación aterrizar la dinámica familiar a la realidad del contexto latinoamericano que presenta un preocupante deterioro

económico afectando directamente a las familias, las cuales necesitan más ingresos para la manutención de los integrantes, y se ve atravesada por contextos de migración, precariedad y la salida de las mujeres al mercado laboral. Así lo encuentra Irma Arriagada (2010) en su investigación sobre los cambios en las familias latinoamericanas a partir de la modernidad. Le resulta preocupante el creciente desempleo que obliga a la familia a enviar a sus miembros —padres, madres, hijos— a laborar bajo condiciones precarias, lo que rompe con el sistema del aporte único del padre o proveedor, generalmente varón (*breadwinner system*). La necesidad de las mujeres por aportar económicamente al hogar les brinda cierta autonomía de sus familias y propicia cambios en la percepción de los roles de género. Sin embargo, es recurrente que la repartición de los co-beneficios familiares no resulten favorables para las mujeres.

Los cambios en la estructura familiar también han surtido efecto en la región, a partir de encuestas realizadas, Irma Arriagada (2010) identifica la presencia de familias nucleares, extendidas (familia nuclear más otros parientes) y familias compuestas (padre o madre o ambos, con o sin hijos, con o sin otros parientes y otros no parientes). Sin embargo, los resultados arrojan que la familia nuclear es aún el modelo predominante, tanto en zonas rurales como urbanas, con un importante aumento de hogares monoparentales encabezados en su mayoría por mujeres. La autora concluye que las familias latinoamericanas son poco consideradas para la elaboración de políticas públicas, lo que explica la tendencia de gobiernos familistas y maternalistas en cargar las responsabilidades de cuidados en las mujeres. Por otro lado, también reconoce que para superar los profundos sistemas de desigualdad se requiere un enfoque multidimensional e integrado que considere los cambios sociales, económicos y demográficos particulares de cada país.

La crisis del patriarcado y la revolución feminista en pos de cerrar la brecha de desigualdad, tanto en la esfera pública como privada, han propiciado cambios en la familia, así como Solé y Parella (2004) explican: Los modelos que han nacido de la modernidad: familias uniparentales o gineparentales — en su mayoría encabezadas por mujeres— cuya crianza se basa en la decisión, ya sea adoptiva o

biológica, de criar sin contar con una figura paterna en la fórmula. Las autoras hacen notar que a pesar de la diversificación en los modelos familiares y de maternidad, se dibuja en el panorama “la doble presencia” materna, que nos afecta a nosotras “resultado de la muy arraigada ausencia de corresponsabilidad masculina en la esfera reproductiva.” (p. 70). Paralelamente, cada día aumenta el número de personas que deciden o se encuentran viviendo lejos de la forma tradicional burguesa de familia, esta persona hombre o mujer, o cualquiera que sea su identidad sexual, viven al límite de la relación familiar, y estas nuevas dinámicas reciben diferentes nombres dependiendo de su naturaleza: “familia provisional negociada”, “compañerismo a tiempo parcial”, “familia posmoderna” o la “familia posfamiliar” (Beck y Beck-Gernsheim, 2003). María Cristina Palacio lo observa como un *loop* interminable que inicia con la familia y, de una forma u otra, termina con otra “La desacralización de la familia nuclear al perder el lugar de privilegio homogenizante y natural provoca y produce una familia” (Palacio, 2009, p. 52).

2.2.3. La relación Estado y familia: un mecanismo para negar la interdependencia

Dolors Comas d'Argemir (1993) nos recuerda que el cuidado remite al grado de dependencia entre las personas y la negación de ésta, de existir, se remite al valor de individualismo en el sistema ideológico contemporáneo que borra la dependencia como parte esencial del bienestar individual y común; después de todo, todas y todos necesitamos ser cuidados en diferentes etapas de nuestras vidas, los ancianos viven más y la independencia llega tardía a los jóvenes en comparación con sus padres y abuelos. Por lo anterior, la autora parte de que la dependencia es lo normal a diferencia de la autonomía individual.

La modernidad neoliberal presupone que los individuos tienen un completo dominio sobre sus vidas y, en consecuencia, sus decisiones, transmitiendo la idea de que todo lo necesario se encuentra convenientemente en uno mismo. Sin

embargo, esta ideología ignora lo autoinsuficiente que es el individuo al confrontarlo con la familia y las comunidades. Esta noción del individuo desaparece cualquier noción de obligación para con el otro lo que resulta en una seria amenaza al Estado de bienestar (Beck y Beck-Gernsheim, 2003).

Los cuidados están marcados por una fuerte dimensión relacional que está definida por la dependencia, al entenderse que una persona necesita de la atención de la otra para su cuidado y bienestar (Flores y Tena, 2014); es en la familia donde surge con mayor frecuencia esta relación, entre madre/hijo, esposo/esposa, anciano/huera, hija/madre, entre otros ejemplos. Aunque los cuidados no siempre suceden en el seno familiar, estos no pierden su dimensión relacional pues involucran relaciones de servicio, más fácilmente catalogadas como trabajo, y son en su mayoría mujeres quienes se dedican a cuidar de otros fuera de la familia, puntualizando así la dificultad por cambiar los roles de género aun fuera de la institución que los reparte.

La desigualdad de género expuesta también está atravesada por la desigualdad socioeconómica que afecta a los hogares con menos recursos los cuales sin el trabajo de cuidado de las mujeres estarían perdidos, a diferencia de hogares mejor posicionados que pueden acceder a servicios públicos de servicios de cuidado, o bien contratar a terceros para resolver estas tareas. “Por tanto, la forma en que se organiza socialmente el cuidado no solamente es injusta, sino que además es un vector de reproducción de desigualdad” (Rodríguez-Enríquez, 2005, p. 128).

Si bien podemos hablar de que la legislación laboral ha implementado acciones que se ocupan de la responsabilidad del cuidado de recién nacidos, con por ejemplo las licencias por maternidad y paternidad, esta responsabilidad es cercenada cuando el bebé crece; llama la atención sobre que nada se establece acerca del cuidado de los adultos, adultos mayores y personas enfermas en el núcleo familiar de la trabajadora o el trabajador asalariado (Pautassi, 2010).

Rosa Frasquet (2021) en lectura de Michele Barret y Mary McIntosh rastrea el nacimiento de los discursos políticos y familistas en la Gran Bretaña con el fin de ser usados como mecanismo ideológico de la derecha cuyo uso fomentaba el

individualismo social, que ha servido hasta el día de hoy para que la sociedad navegue sobre la negación de la interdependencia y la responsabilidad colectiva, esto en parte con ayuda de los servicios sociales planeados por un Estado que se des-responsabiliza de sus ciudadanos. Bajo esta lógica neoliberal las implicaciones generalizadas es que la “familia” es y significa, a su vez, “mujeres”, y que fomenta a su vez la idea conservadora de la familia como empresa autosuficiente. En consecuencia, a pesar de la educación de las niñas y la inserción paulatina de las mujeres en el campo laboral, su educación se veía influenciada por la decisión de las políticas de dar mayor importancia a la maternalización y el aprendizaje al cuidado (Montaño, 2007).

Fue el nacimiento de estas políticas neoliberales las que significaron un enorme cambio para las estrategias de supervivencia de las familias, a partir del año 1930 la mayoría de los estados de América Latina adoptaron una legislación inclinada a la regulación y control de las dinámicas familiares, cuyo núcleo duro oscilaba en la obligada subordinación de las mujeres al papel de madre individual y social (Montaño, 2007). No fue hasta la década de los ochenta que las estrategias de supervivencia se centraron en las familias y en ocasiones en las comunidades; los recursos institucionales en materia de protección se migraron al mercado en servicios de salud o programas asistenciales, pero principalmente a las familias y el trabajo no remunerado de las mujeres (Gómez, 2008; Gómez, 2010).

La politización de la maternidad ha sido tema central en las luchas feministas del siglo XX, más aún cuando comenzaron a usarse las “cualidades sagradas” de la maternidad para el servicio de la comunidad bajo la creencia general de que la naturaleza desinteresada y altruista de las mujeres resulta la adecuada para el servicio de la comunidad, en contraste con el individualismo masculino; lo que explica que en América latina la maternidad y la domesticidad estén cargadas por la importancia moral y política duradera (Molyneux, 2001).

Laura Pautassi (2010) realiza un análisis desde el campo de legislación y las políticas públicas para identificar la falta de atención a las disposiciones del cuidado y las agrupa en dos instancias: a) Normas y políticas vinculadas a organizar el “cuidado” de los miembros del hogar y personas bajo responsabilidad de las

trabajadoras asalariadas (p. 71) y b) políticas sociales dirigidas a la protección de los propios “cuidados”, tales como: sistema educativo para niños y jóvenes; sistema de salud para las personas de la tercera edad; programas de salud materno-infantiles, entre otras (p. 72). Lo que la autora observa es que en ambos casos el cuidado no es considerado el eje de regulación, más bien es usado como herramienta que garantizan que la mujer forme parte del empleo remunerado, o como parte de programas asistenciales.

En regiones donde se mantienen los ideales patriarcales en tanto el ordenamiento, las legislaciones, las políticas y la división de trabajo, el hecho de que las mujeres —a quienes se les ha encargado la crianza y cuidado de las hijas/os, parientes, pareja y demás— salgan al campo laboral no las libera de su responsabilidad como cuidadoras, y en la mayoría de estas sociedades el intento por subsanar el aumento de actividades laborales y la falta de alternativas sociales de redistribución del cuidado, se traducen en leyes y programas aumentados para satisfacer estas necesidades, aunque en ocasiones se trata de programas deficientes y secularizados. Un ejemplo es el caso de México en donde se puso en marcha el Programa de Estancias Infantiles para una Nueva Generación, implementándose 3.000 estancias infantiles para atender a niños de madres trabajadoras (Montaño, 2010).

El problema reside en que existe una complicación residual a partir de los últimos 30 años de lucha de las mujeres latinoamericanas por alcanzar la plena inserción en el mundo público, lo que las deja atrapadas en el intento de conciliación entre el ámbito público y privado, entre lo productivo y lo reproductivo (Pautassi, 2010). Tanto hombres como mujeres, en su condición de trabajadores asalariados, sufren la falta de formas jurídicas que regulen el cuidado para la protección de sus derechos. Esta falta de regulación también afecta a quienes se hallan en condición de informalidad laboral, como muchas mujeres de la región que no cuentan con cobertura al respecto para cuidar de quienes dependen de ellas, o bien, depender de ellas mismas. “En buenas cuentas, se cuida como se puede, y se es cuidado también cómo y cuándo se puede” (Pautassi, 2010, p. 70). La apuesta es que la lógica del derecho considere los cuidados como derecho propio y universal, de esta

forma todos, independientemente de nuestro género o identidad de género, seamos capaces de proveer servicios de cuidado con la correcta administración y regulación del Estado.

Cada año crece el consenso social en América Latina sobre que sin los cuidados difícilmente alcanzaremos un desarrollo humano pleno. A partir de la década de los noventa los movimientos feministas han logrado un importante avance en el consenso sobre la ubicación e importancia en la legislación y políticas públicas, sin embargo, estos avances no han logrado consolidar la cuestión del cuidado como responsabilidad social hasta el día de hoy (Gómez, 2010). Para esto, según Carmen de la Cruz (2010) se necesita tener progresos en la igualdad de género tales para trasladar las expectativas, obligaciones y demandas, generalmente atribuidas a las mujeres, a los hombres, y también desde el ámbito familiar al público, de esta forma los cuidados serán fundamentales para todas/os y cada una/o de nosotras/os.

Por su parte, Corina Rodríguez-Enríquez (2005) cuestiona la idea de las políticas “específicas” como solución a la repartición justa de cuidados, son sin duda esenciales, pero sin una adecuada planeación y articulación con otras políticas pueden interferir con otros derechos. Por ejemplo, pueden aumentar las licencias de paternidad, pero si este programa es condicionado a un ajuste fiscal de ingresos, y por otro lado el Estado retira la prestación de servicios sociales debido a este aumento, entonces el bienestar familiar sufre una depresión considerable, o bien se conduce a una profundización al papel de las mujeres en los cuidados.

En conclusión, las políticas de igualdad de género han avanzado, pero están muy lejos de formar parte de la agenda política para el bienestar común. Los modelos familiares han sufrido un cambio importante en su organización y estructuración en los últimos años, lo que deja vulnerables a las mujeres dentro de esta, u otros parientes encargados a la gestión y repartición de los cuidados, lo que hace evidente las debilidades de gestión, institucionales y políticas, junto con una gran inestabilidad de los mecanismos responsables de ejecutarlas (Montaño, 2010). Por lo tanto, es necesario analizar las diversas condiciones de cada país para que sea posible la adecuada estructuración de políticas de cuidado que resuelvan la

brecha de desigualdad y el trabajo de más cargado en las mujeres (De la Cruz, 2010). El hecho de que cada vez más haya mujeres económicamente activas no deja de poner en jaque a los Estados precarios de bienestar, que deben darse cuenta que ya no pueden dar por sentado que seremos nosotras las que nos encargamos de todas, todos y todes. Beck y Beck-Gernsheim (2003) hablan sobre una nueva solidaridad entre generaciones que dependerá de que los hombres estén dispuestos a asumir parte de los cuidados de las criaturas, enfermos y ancianos.

3. Las rutas para ir(nos) vinculando Las vías metodológicas

3.1. A modo de introducción: los objetivos

La maternidad atraviesa en diferentes momentos a todas las mujeres, de niñas hasta adultas pasamos por diferentes etapas de cuestionamiento, si bien podemos añorarla, planearla, temerla, repensarla, aceptarla, seguirla o pelearnos con ella, la cuestión de la maternidad estará presente lo queramos o no, ya que ésta se considera como un rasgo natural de las mujeres, es ahí desde dónde se ha dicho que se encuentra nuestro propósito de ser. Pensaba en la maternidad como un suceso inexplicable, un ente desconocido al que muchas veces aplicaba juicios innecesarios porque no encontraba terreno firme al que sujetarme para reflexionar, solo tenía la experiencia de mi propia madre como referencia, por ello la epistemología feminista entró en juego, pensaba en la maternidad feminista como una posición crítica al molde arcaico, así formulé el objetivo general que analizara la experiencia situada de la maternidad y las tensiones que ésta conlleva cuando se es mujer feminista, entendiendo la experiencia como un sistema complejo de carácter relacional y subjetivo en el que se manifiestan conexiones ambivalentes, contradictorias y complejas.

La mujer que es madre cuenta con un papel reservado dentro de la familia nuclear patriarcal que se mueve en un contexto individualista del “hágalo usted mismo”, en la cual se nos exalta como las cuidadoras innatas. Somos las obligadas “buenas madres”, mujeres abnegadas, sacrificadas, jóvenes, casadas, con un trabajo remunerado y otro, invisibilizado, el del hogar. Entre tantos mandatos dónde queda la subjetividad de las mujeres, sus planes de vida, necesidades y deseos propios, por lo que era preciso explorar los significados de la maternidad en intersección con los cuidados y el desarrollo individual, a la par de Indagar desde la dinámica de pareja sobre la repartición de las tareas de cuidado del hogar, y sumado a lo anterior me preguntaba cómo la identidad de las mujeres feministas interactuaba con las labores adheridas a la maternidad, si creaba un vínculo más o menos tensionado o bien lo hacía combinado con una armonía personal, dependiendo de las herramientas de cada mujer, así pues conocer cómo la

identidad feminista interactúa con la experiencia materna, para llegar a una reflexión sobre otras formas de cuidado era esencial para tejer un conocimiento alejado de la mente masculina que ha dominado, y lo sigue haciendo, la maternidad incluso cuando somos nosotras quienes gestamos y parimos a nuestras criaturas, y en muchas ocasiones, somos nosotras quienes los criamos a la sombra de la soledad. Las experiencias de mujeres especialmente feministas tienen pocos y limitados espacios de escucha, por eso es tan importante explorar otras formas de conocimiento a través de ellas; experiencias maternas interseccionadas que den cuenta de la desigualdad y hablen desde la ambivalencia y la contrariedad, para romper con los estereotipos y mandatos que nos han y siguen dictando cómo vivir la experiencia.

3.2. Somos mujeres-madres

El marco de referencia metodológico para esta investigación es de naturaleza cualitativa con el fin de realizar una narrativa autoetnográfica alimentada y cruzada con las experiencias situadas de las sujetas de investigación: Mujeres que se autoidentifican como feministas y residen en territorio mexicano, con diferentes estatus económicos, religiosos y escolares y de edades distintas. La técnica del diálogo a través de un guion semiestructurado es fundamental para el adecuado acercamiento a las narrativas de estas mujeres. Un total de 8 mujeres provenientes de diferentes entidades federativas del territorio mexicano.

Acercarme a estas mujeres ha sido todo un viaje emocional y afectivo tanto para ellas como para mí, la investigadora; no hubo manera de prever la emotividad que causaron en mí las narraciones y la inevitable intersección de sus narrativas con la mía. Mi madre habita en cada espacio ocupado y por ocupar en estas páginas. Pero también yo, como hija e irremediabilmente como mujer. Luce Irigaray afirma que siempre somos madres, desde el momento en que somos mujeres.

Procreamos y creamos otras cosas además de criaturas: amor, deseo, lenguaje, arte, expresión, expresión social, política, religiosa, etc. Pero esta creación, esta procreación, nos ha estado secularmente prohibida y es preciso que nos reapropriemos esta dimensión maternal, que en tanto que mujeres nos pertenece (Irigaray, 1994, p. 14)

Por defecto esta investigación es un acto de procreación que nace de la rebeldía y la ternura que se me han negado en distintas etapas de mi vida, incluso yo misma me las he negado; estas páginas son el producto de un arduo trabajo que duele y se sufre con gozo, y que, por supuesto no se asemeja, pero me refiere al parto, en tanto un producto de mi amor, deseo, arte y de la academia. Una de las muchas otras hijas bastardas de la academia.

En las voces de estas mujeres encuentro un reflejo difuso de mí misma, ellas son la imagen y el espejo que me devuelven la identidad que a veces se difumina con los mandatos masculinos; con suerte algo parecido les suceda a ellas. El amor entre mujeres-hermanas es necesario para romper con la servidumbre tan arraigada al culto fálico que nos ha puesto en perversa rivalidad con la otra.

Hermana esta es tu manada.

Que agradable es ser acogida por estas mujeres, que quizá por una suerte de reciprocidad, han compartido conmigo sin necesidad de incluso plantear cada una de las preguntas en cierto orden.

Aquí también crecen sus raíces.

De igual forma así le devuelvo vida a la madre que habita en mí, a mi propia madre. Este es su(nuestro) derecho a las palabras encarnadas que muy pocas veces sabemos referir al mundo sonoro.

Éste es nuestro cuerpo, ésta es nuestra sangre.

Luce disculpará la descarada inspiración.

3.3. La autoetnografía y el enfoque narrativo biográfico

¿Con la sangre de quién se crearon mis ojos?

(Donna Haraway, 1995, p. 330).

Ya que es la naturaleza de esta investigación generar conocimientos alejado de la forma tradicionalista de la academia, y como es propio del proceso de investigación, después de varias reflexiones echadas a andar por la voz de mi tutora, me topé con la propuesta de la autoetnografía aplicada desde la perspectiva feminista.

Ruth Behar, pionera del método autoetnográfico, formuló este método gracias a la particularidad de su caso, uno del que no quería enajenar a sus propias experiencias internas, sentimientos, en particular su sensibilidad y su propia historia. Behar expone la potencia de la autoetnografía a partir de la experiencia vivida como sujeto performado y corporizado (Ante e Ise, 2022). Yecid Calderón (2021) nos invita, así como lo hizo Behar, a recurrir a la autoetnografía como una búsqueda abierta en la que la investigadora forma parte del contexto, por lo tanto, deposita en éste sus propias inquietudes afectivas.

Me parece importante ubicar a la autoetnografía como un género literario científico, tanto como mencionar que la ciencia repele la idea de ser considerada literatura a pesar de que, como investigadoras sociales, escribir es lo que hacemos todo el tiempo, sentados frente a nuestros ordenadores con los ojos irritados y las piernas dormidas. De acuerdo con Joel Feliu (2007), la ciencia es un género literario por derecho, con sus metáforas y metonimias, de las que el científico se sirve para dar explicación al hecho en cuestión. Y si aceptamos que la ciencia es literatura entonces también podemos otorgarle condiciones típicas de este género, como los personajes, que son otros científicos, datos, métodos y resultados, sin olvidar la trama no ficcional. Además de que se trata de una reivindicación literaria, ya que es una contrapropuesta a la retórica científicista que se vale de un vocabulario

especializado que marca cierto tono distante ante quien lee. Por lo tanto, pasa de la superioridad del autor a la igualdad con el lector.

Con el fin de explorar experiencias vitales afectivas y paralelas, la autoetnografía es el recurso cualitativo del que esta investigación se vale, puesto que se trata de un “acercamiento a la investigación y a la escritura, que busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal para entender la experiencia cultural.” (Ellis, Adams, Bochner, 2019, p. 18). Es una posición socialmente consciente y justa. En este sentido, esta investigación hace uso de la autoetnografía como estrategia metodológica para comprender una experiencia cultural tejida y compartida con mi propia experiencia como mujer y como hija a quien la maternidad le ha interpelado toda la vida, más no llamado. “El investigador usa principios de autobiografía y de etnografía para escribir autoetnografía. Por ello, como método, la autoetnografía es ambas: proceso y producto.” (*Ibidem*). Como estrategia de investigación cualitativa, hace valer las experiencias afectivas y cognitivas de quien quiere elaborar el conocimiento basado en su participación con el mundo real y con quienes interactúa (Scribano y Sena, 2009). En este sentido, el desarrollo de los registros autobiográficos se hará desde el enfoque biográfico narrativo (Schiavinato y Cavallini, 2022; Suárez, 2011) el cuál entiende la enseñanza como un relato en acción en constante interacción con los contextos políticos y culturales como vías para la interpretación personal y profesional (Porta y Aguirre, 2019), además de que permite “pensar y re-pensar por escrito sobre nuestras prácticas, nuestras vidas, nuestros mundos, es re-inventarlos al volverlos a nombrar, pero con otras palabras, es formarse junto con otros” (Suárez, 2011, 19). De igual forma, en el proceso de escribir es indispensable e inevitable recurrir a otros recursos tales como fotografías, grabaciones, consulta de textos, grabaciones, entre otros que ayuden a recordar, (Delany, 2004; Didion, 2005; Goodall, 2006; Herrmann, 2005, en Ellis, Adams, Bochner, 2019), así el diálogo entre investigación, investigadora y sujeta mantendrá un curso analítico, en constante diálogo con las herramientas teóricas, metodológicas y bibliográficas, cuidando siempre de evitar solo “contar una historia”, así como lo plantea Mitch Allen (en Ellis, Adams, Bochner, 2019).

Los estudios feministas han acuñado la autoetnografía por su fuerte posición crítica a la epistemología devenida del pensamiento androcéntrico occidental, que opera desde la división entre razón y emoción, desvalorizando la conexión emocional como fuente de conocimiento (Ahmed, 2014; Behar, 1996; Gregorio Gil, 2006, 2014, 2019; Okely, 1992, Pérez y Gregorio-Gil en Ante e Ise, 2022, 181). Desde la autoetnografía me permito ser sujeto y objeto como episteme a partir de mi experiencia como hija, testiga de maternidades deseadas, forzadas, amadas, añoradas y dolidas, porque son todo a la vez, y a la vez mucho más. En este sentido producir investigación accesible, evocativa y en diálogo afectivo con las narrativas de las mujeres, es prestar espacio a la voz mayormente callada de las mujeres y despertar sensibilidad en los lectores "frente a cuestiones tales como la identidad política, las experiencias escondidas en el silencio [...] que permitieran ahondar en las formas de representación que profundizaran en nuestra capacidad de empatizar con personas distintas a nosotros mismos" (Ellis y Bochner en Ellis, Adams y Bochner, 2019, p. 19). Esta relación entre autora, texto y lectora, legitima las múltiples perspectivas que se pueden presentar a la luz de la pluralidad de voces con filtro académico, y que suponen la entrada de conocimientos situados que tomen conciencia de los efectos de la raza, sexo, género, orientación sexual, entre otras valías (Feliu, 2007).

Calderón (2021) hace un importante énfasis sobre reconocer que las experiencias de las investigadoras de Latinoamérica no son idénticas a aquellas anglosajonas. Ser latinoamericano en Latinoamérica misma ya tiene unas implicaciones políticas distintas, sin que esto implique, por supuesto, una total falta de interacciones translingüísticas y culturales. Las mujeres de este lado del continente tienen experiencias de vida precarias en comparación, atravesadas por la pobreza, la migración, la violencia sistémica, la explotación, entre otras condiciones. De aquí la autora desprende la importancia de acudir a esta metodología siendo mujer investigadora, considera que es el lugar correcto para denunciar los ejercicios de poder que suceden dentro de la academia (que se fija constantemente en la raza, sexo, clase y orientación sexual) en la que los investigadores gozan de un privilegio por el que nosotras podemos aspirar. Es en la

biografía de la investigadora desde la cual la incidencia de estos factores provoca momentos de epifanía o *insight* en las que el investigador da cuenta de sí y de los otros (Behar, 2003; Ellis, Bochner y Adams, 2019; Calderón, 2021).

Esa mirada ubicada, situada, particular, defendida por los pioneros de la autoetnografía, en el contexto latinoamericano se convierte en un núcleo activo de experiencias transformadoras tanto para el investigador latinoamericano como para las personas ubicadas en los contextos en los que investiga, adquiriendo un matiz concreto de lo latinoamericano (Calderón, 2021, p. 28).

Mediante este método y estrategia biográfica narrativa podré acercarme a los objetivos de esta investigación de forma orgánica, mi interés es indagar sobre la experiencia situada de mujeres que son madres, sobre el eje de sus vivencias con y dentro de la familia nuclear, la división social de los cuidados mediante el diálogo y análisis de estos.

3.4. Diferentes pero vinculadas. La propuesta de las producciones narrativas

Las narrativas forman parte fundamental de nuestras vidas, la mayoría de nuestras historias comienzan con quienes nos dieron la vida o desde que ‘tenemos uso de razón’, posiblemente gracias a esta íntima conexión es que a través de las narrativas le(nos) damos sentido a la vida social (Gergen y Gergen, 1983). Las historias tejen relaciones sociales y, al mismo tiempo, se distribuyen a través de ellas (Guzmán y Montenegro, 2014). Contamos nuestras historias pasando por puntos que consideramos cruciales para nuestras narrativas, nuestra infancia, nuestros padres, nuestras carreras, un nuevo empleo, la época de bachillerato, nuestras maternidades...así nos otorgamos a nosotras mismas sentido, pero simultáneamente nos permite otorgarle un significado colectivo a nuestras historias, ya que las relaciones que tenemos con otras personas las experimentamos, en

cierta medida, como una narrativa cada que volvemos la mirada a nuestros pasos, así se entiende que las narrativas son una forma de otorgarle significado a lo que hemos vivido (Gergen y Gergen, 1983).

Pero ¿cómo funcionan estas narrativas en nuestras historias de vida? ¿Acaso todo tipo de narrativa se amolda a la forma en la que la contamos y experimentamos? Nagore García y Marisela Montenegro (2014) separan los tipos de narrativa. Las Narrativas, con mayúscula, encajan en las conceptualizaciones de las meta-narrativas, narrativas culturales como referentes para la producción del significado, pero opinan que estas limitan la construcción autonarrativa. Por otro lado, identifican las narrativas, con minúscula, que hacen referencia a la elaboración “propia” de las narrativas, en las que somos partícipes de estas en la medida que las apropiamos o rechazamos, además de que estas se significan en relación con otras personas, en éstas “contamos con cierta agencia a la hora de negociar entre el amplio espectro de narrativas disponibles en el mercado simbólico” (García y Montenegro, 2014, p. 70). En este sentido, las narrativas con minúscula son el resultado de las producciones narrativas, no como una narrativa personal, sino la narrativa de una sola voz vinculada y significada con múltiples voces situadas en un fenómeno cultural dado, pero de lo anterior abundaré más adelante.

En las ciencias sociales, los estudios narrativos estaban limitados a los estudios lingüísticos y por supuesto a la crítica literaria, sin embargo, no es hasta el llamado “giro discursivo” o “giro lingüístico”¹² que se sentaron las bases para un estudio interdisciplinario para trabajar sobre las perspectivas narradas de cuestiones sociales. En la investigación en ciencias sociales es común que, al momento de la entrevista, por ejemplo, las respuestas que recibimos sean en forma de prosa, relatos, ya que de esta forma la participante genera sentido de la pregunta; este tipo de respuestas desafían la lógica de la investigación tradicional, por ello era necesario trazar los caminos para una metodología que pudiera darles sentido a las narrativas y asociarse al mismo tiempo en ellas. Para las investigaciones narrativas es indispensable darle valor a la perspectiva de quien participa con el fin de

¹² Ver Rorty, R. (1998). *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós / ICE-UAB y Ankersmit, F. (2001). *Historical Representation*. Stanford: Stanford University Press.

identificar formas de agencia en los actores sociales y recoger distintas experiencias en torno a un fenómeno específico y valiéndonos de la perspectiva que adoptemos (Pujol y Montenegro, 2013). Por lo tanto, el uso de la narrativa va a depender enteramente de los marcos conceptuales que les permitan a nuestros trabajos de investigación situarse. “El reciente auge de las metodologías narrativas responde, en parte, a este intento por reconocer y recoger las modalidades espontáneas en que los sujetos producen sentido y se conducen en su vida cotidiana” (Guzmán y Montenegro, 2014, p. 112).

Justo dentro de este auge encontramos a las producciones narrativas. Este trabajo pretende explorar las narrativas de las experiencias de mujeres feministas que son madres, puntualmente, en la decisión, los cuidados y la familia. Narrativas que están atravesadas incondicionalmente por otras experiencias y las cuales se me han prestado en forma de relatos encarnados. Por ello era necesario acordar una metodología en la misma corriente que los conocimientos situados. La propuesta de las producciones narrativas de Balasch y Montenegro (2003) nace de los principios epistemológicos de la dialógica del lenguaje de Bajtín (1979) y la propuesta epistemológica de los conocimientos situados de Donna Haraway (1995), por lo tanto, uno de los puntos de coincidencia entre ambas es que, tras el reconocimiento de la parcialidad y limitación de la propia mirada, nace la emergencia de la articulación/conexión con otras posiciones para que el conocimiento situado sea posible. Estas articulaciones son el anclaje a su objetividad la cual está definida por la responsabilidad política, misma que como investigadora asumo, y que descansa sobre mi participación como investigadora cuya posición inicial es posible que sea alterada por las articulaciones/conexiones que surgen tras la interacción con las participantes (Balasch y Montenegro, 2003). La articulación es una práctica que construye relaciones entre sujetos (Haraway, 1995), son estas relaciones las que nos sitúan como investigadoras; así, este concepto nos permite poner atención en las relaciones que tejemos y en cómo nuestra posición puede transformarse tras esta interacción. Bajo esta lógica la producción de conocimiento es en articulación con la otra, para recoger distintas posturas de un mismo fenómeno, así la investigación se convierte en un elemento

de transformación a la hegemonía establecida sobre los caminos para conocer, puesto que se trata de cambiar la mirada, comprender y evidenciar las relaciones de poder mediante esta articulación. Reconociendo que las comprensiones producidas están precisamente situadas, que representan ciertas relaciones de poder y vínculos propios que le dan sentido particular a la experiencia de la participante, a la nuestra, más no representa la realidad:

La comprensión producida [de las narrativas] bajo estos principios epistemológicos no pretende 'representar' la realidad [...] sino que apuesta por la difracción, como apertura a otros espacios de comprensión y producción de significados donde el énfasis recae en los efectos que se desprenden, en términos políticos, del conocimiento producido (Balasch y Montenegro, 2003, p. 45).

La metodología de las producciones narrativas está dividida en cuatro puntos fundamentales por Marcel Balasch y Marisela Montenegro (2003). El primero consiste en el uso del lenguaje desde el cual la narrativa obtenida es de carácter dialógico, es decir que la actividad se remite más al diálogo e intercambio que a la pregunta y respuesta (Troncoso, Galaz, Álvarez, 2017), esta actividad fluye en el diálogo entre investigadora y participante y el diálogo producido alrededor de un fenómeno, en caso particular alrededor de la maternidad, siendo el resultado una narrativa coparticipada en términos responsivos respecto al contexto social más amplio, por lo tanto “[...] las narrativas deben entenderse como participaciones o intervenciones en un proceso relacional activo en donde cada posición está situada con respecto a otras voces y poblada de diversos géneros del habla” (Pujol y Montenegro, 2013, p. 21). El segundo punto remite a “desde dónde se habla”; se refiere a desde dónde se producen las enunciaciones producto del diálogo entre investigadora y participante, dichas enunciaciones se producen precisamente desde esta relación que suponen condiciones materiales y semióticas para resultar en una cierta mirada compartida, lo que no supone una sola voz sino más bien un entramado que sitúa el relato. El tercer punto se refiere nuevamente a los principios políticos, aquí se niega que la participante represente una posición homologada que

refiera a la misma categoría identitaria de todas las mujeres, apelando así a la idea de la individualidad, por el contrario, las enunciaciones dadas son a partir de un contexto que abarca responsivamente a otras voces. Según Bajtín (1979) nos habla de la voz del sujeto que mediante la interacción entre voces a través de la enunciación genera comprensiones y significados, una interacción enmarcada en la relación entre posiciones del sujeto (Pujol y Montenegro, 2013). En este mismo eje, se refieren a esa noción de “dar voz” que, de usarse, desde el comienzo establece una relación asimétrica entre investigadora y participante, pero el punto de las PN es romper con las formas dominantes del conocimiento científico, por lo que ofrecen la posibilidad de crear conexiones parciales con personas. No se representa a ninguna voz, más bien se crean condiciones para el surgimiento de narrativas situadas y conectadas que refieran con la posición inicial de la investigadora. Por último, el tratamiento del producto, es decir las narrativas, no se utilizan como material empírico sino como producción situada de un determinado fenómeno, en paralelo estas narrativas no son imagen viva del fenómeno sino interpretaciones conjuntas enriquecidas con la bibliografía de apoyo. Las autoras agregan:

Nosotras las interpretamos desde una posición situada constituida mediante las conexiones parciales que promueve la investigación [...] Así, [la investigadora], transforma su posición inicial del fenómeno reconociendo su limitación de visión y buscando las conexiones que puedan transformar esta posición y complejizarla (Balasch y Montenegro, 2003, p. 47).

Así, la propuesta de las producciones narrativas asume una perspectiva dialógica que comprende al lenguaje como un proceso relacional, abierto y cuya sujeta se posiciona en una red de relaciones. Así mismo, las narrativas producidas son un producto de la interacción entre investigadora y participante, por lo tanto, no deben tomarse como relatos veraces de relatos pasados de la experiencia.

En síntesis, las producciones narrativas se presentan como un dispositivo de construcción de relato iniciado por el interés de la investigadora respecto a un

fenómeno determinado. Esta no pretende ser una representante de la voz de las participantes, sino que se trata de un trabajo conjunto donde participante e investigadora son “co-autoras en una práctica articulada con otras compañeras sociales diferentes, pero vinculadas” (Gandarías y García, 2014, p. 102).

Teniendo en cuenta lo expuesto, la metodología de las producciones narrativas me va a permitir, por un lado, hacer un ejercicio dialógico con las participantes sobre las vivencias de la maternidad desde la conciencia feminista, y por otro lado, a partir de este mismo ejercicio identificar la tensión entre narrativas dominantes de la maternidad, en especial en torno a los cuidados y la familia, y las narrativas contrahegemónicas que pueden o no surgir de los conocimientos feministas de las mujeres participantes, como ejercicio para visibilizar las experiencias situadas y encarnadas de cada una con el fin de crear nuestro propio canon de la maternidad en forma de narrativas contrahegemónicas.

A continuación, presento una breve descripción de la aproximación a las producciones narrativas que valen a esta investigación.

En primer lugar, contacté con una serie de participantes seleccionadas en función con los objetivos de investigación, mujeres que se nombren a sí mismas feministas y sean madres. Tras este contacto, se acordaron una o más sesiones para abordar el tema de estudio, con guion previamente elaborado, que sirve como orientación para abordar los ejes centrales a dialogar: la identidad como feminista, experiencias y significados de la maternidad, la relación de la maternidad con el desarrollo individual y, por último, la repartición de los cuidados en la pareja o familia.

Las sesiones con las participantes son de carácter mayormente dialógico, aun contando con un guion con preguntas por cada eje a saber, el ir y venir de información está presente en todo momento, mi experiencia como investigadora y como hija se comparte y se vincula con la experiencia de cada una de ellas, así construimos una narrativa mutua. Teniendo siempre presente que se está recogiendo la visión de las participantes, no la mía.

El objetivo de cualquier investigación con enfoque narrativo (incluida esta) es de una construcción retrospectiva, a grandes rasgos, con el fin de que las participantes reconstruyan su historia de vida alrededor de la maternidad, mediante

conjeturas previamente planeadas en busca de la estimulación para generar la narrativa esperada. Se trata del uso de la cierta “empresa de seducción” de Lejeune (1975) que hace posible que la entrevistada narre su vida a pesar de la violencia simbólica que supone la imposición de contar su propia historia (Bolívar, 2012). Por ello este trabajo reconoce la importancia de no dejar hechos sueltos, más bien mira las narrativas como una oportunidad para elaborar una identidad narrativa.

La duración de las sesiones oscila entre los 50 minutos y 4 horas; el guion mencionado es el mismo en cada una de las entrevistas, pero el orden y trayecto del diálogo se va adaptando a la narración de cada una de las mujeres. La elección del día y el medio por el cual se realiza la entrevista depende enteramente en la distancia y las agendas de cada una de ellas. Siendo la plataforma Zoom el medio que más favorece a las rutinas atiborradas de actividades de las participantes, quienes en su mayoría son madres y trabajadoras a tiempo completo. Su disponibilidad se ve condicionada por su maternidad, su organización de las actividades diarias y las actividades laborales. Siendo totalmente consciente de esta situación y habiendo vivido la rutina sin fin de mi madre desde mis ojos de hija, agradezco el tiempo que comparten conmigo. Por lo que la posibilidad de realizar la entrevista en línea fue ofrecida por mí, a pesar de que, en algunos casos, viviéramos en la misma ciudad; no buscaba de ninguna manera pedirles asignar más tiempo del necesario para la sesión, además de los gastos necesarios para trasladarse de un lugar a otro. La opción siempre estuvo abierta: podemos encontrarnos en algún lugar o hacerlo por Zoom.

Tras la sesión se transcribe el diálogo, esto para facilitar la elaboración de la narración posterior a la sesión. Dicha narración es elaborada a partir de las ideas que resultan más significativas en torno a la maternidad, cuidando crear un relato coherente y fiel a las nociones compartidas, además de darles estructura narrativa más que del propio diálogo compartido en la sesión. Posteriormente el relato resultante es compartido con las participantes quienes tienen la oportunidad de ampliar y modificar lo escrito, de así requerirse, a hacerse en las sesiones necesarias de tratamiento del texto para cumplir con lo que Balash y Montenegro proponen: “después de diversos añadidos, correcciones y aclaraciones se alcanza

la finalización del bucle con la aceptación expresa de la participante de que la narración muestra su visión sobre el fenómeno” (Balasch y Montenegro 2003, p. 44).

3.5. De lo individual a lo transversal: pautas para analizar(nos)

El análisis de datos en investigaciones sociales cualitativas es la piedra angular de su supuesta científicidad, la cual comienza incluso desde la ruta teórica, la selección de las participantes, la producción de datos y los análisis de estos mismos. La etapa de análisis comienza incluso desde que el proyecto cobra vida, y aunque el análisis de datos en investigaciones cualitativas tienen variadas definiciones dependiendo del enfoque, lo pertinente es adecuarse al marco metodológico, así no se provoca una desviación de los objetivos, lo dicen Starks y Brown (2007), sobre cómo elegir el método de análisis permite guiarnos a través de los objetivos; los métodos mencionados se orientan a la descontextualización de los datos y su posterior recontextualización, y para hacerlo hay muchas formas, como el "moverse entre el campo y el texto" de Denzin (1994) (en Cornejo, Faúndez y Besoain, 2017).

Las metodologías cualitativas son en sí, un bricolaje y el investigador es un bricoleur, son piezas unidas que resultan en un tejido que da solución a un problema (Denzin y Lincoln, 1994). Incluso se apuesta a una metodología cualitativa multimétodo, ya que es inherente en esta misma (Flick, 1992; Denzin y Lincoln, 1994); la apertura para recurrir a diferentes métodos “muestra un reflejo por intentar lograr una comprensión profunda del fenómeno en cuestión” (Denzin y Lincoln, 1994, p. 3). Es este mismo bricoleur el que abre un rango de prácticas tanto como de la misma apertura para leer muchos paradigmas, como el feminista, marxista o muchos otros, que son capaces de ver los malestares sociales parados en sus propios contextos.

La investigación cualitativa es interpretativa, no privilegia ninguna metodología, partiendo que por sí misma es un espacio de discusión con resultados variados, en consecuencia, no se le puede definir fácilmente (Denzin y Lincoln, 1994). Por lo tanto, la metodología cualitativa me ofrece una multiplicidad de caminos para llegar a una multiplicidad de resultados, parciales, representativos o incluso totales, uno de esto son las producciones narrativas (PN). Lo que ambas comparten, sin especial ahínco en separarlas, es la perspectiva interpretativa o hermenéutica aplicada principalmente a textos discursivos (Bolívar, 2012). El análisis de textos como Denzin y Lincoln (1994) mencionan, muchas veces tiende a ser tratado como un sistema autosuficiente, sin embargo, esto puede evitarse con la involucración de la investigadora que, en este caso particular, aplico la metodología feminista para leer el texto e interpretarlo en términos de su ubicación dentro del contexto cultural e histórico determinado por el sexo, género, raza y orientación sexual. “En un sentido amplio, se puede entender que, en el fondo, toda investigación cualitativa es de hecho una investigación narrativa” (Bolívar, 2012, p. 3).

Las producciones narrativas articulan ambas voces, participante y entrevistada, para crear el relato, pero no solo se trata de contar una historia y ya, sino de encontrarle sentido, es *vivir la historia*, en donde ambas narrativas se unen para construir una diferente, aunque vinculada. Esta misma reflexividad causa cierto temor a la hora de analizar los datos, sin embargo, como investigadoras tenemos a nuestro alcance un banco de tradiciones de análisis, como el temático, estructural, performativo, entre otras.

Puntualmente esta investigación se apoya de la teoría fundamentada, ya que a partir de los textos resultantes del diálogo co-participativo se busca una categorización de la información con la ayuda del programa de análisis cualitativo Atlas.ti. Esta herramienta me permitió identificar agrupaciones temáticas por similitud o diferencia de las experiencias de las mujeres participantes. Antonio Bolívar (2012) advierte sobre evitar la sobre categorización que se sobreponga a la voz de las participantes, el autor da las pautas iniciales para el análisis de contenido a partir de esta propuesta, las categorías temáticas reducen la información, lo que

permite su interpretación mediante la codificación, esto sin olvidar que la hechura es de carácter narrativo.

Las producciones narrativas tratan de crear un texto narrativo con lógica argumentativa del que se organizan ideas a partir de los temas tratados, de ahí la identificación de códigos y categorías, pero sin fallar en ser un mero registro, el objetivo es más bien realizar una narración conjunta para identificar las tensiones sobre el fenómeno dado. Se trata de una narrativa de interpretación y reinterpretaciones de carácter dialógico enfocado en el fluir del diálogo. Por ello, Lelya Troncoso, Caterine Galaz y Catalina Álvarez (2017) sugieren que es más preciso hablar sobre “interpelación”¹³ como herramienta lingüística, ya que en este vive la agencia en cuanto el sujeto social o político responde.

Dentro del enfoque biográfico narrativo existen múltiples opciones de análisis de datos definidos por los objetivos de la investigación y el fenómeno a estudiar. En este banco de posibilidades metodológicas, para esta investigación he decidido en un primer momento privilegiar la experiencia narrada de las participantes, así como el enfoque biográfico lo demanda, se trabaja cada historia particular a profundidad. Un segundo momento sucede desde la lógica transversal para determinar ejes temáticos de continuidad que me permita comprender el fenómeno desde el reanálisis de las historias en conjunto, en busca de puntos de anclaje en sistemas de creencias, tensiones en la experiencia, dinámicas con su identidad y otras temáticas posibles (Cornejo, Mendoza y Rojas, 2008).

Por lo anterior, era necesario elegir un modelo de análisis guía, tal es la de Antonio Bolívar (2012) quien a partir del análisis narrativo interpretativo de los datos narrados de Kelchtermans (1993) se guía para realizar un doble análisis realizado fruto de la “subjetividad disciplinada”:

¹³ “La interpelación (Althusser, 1970) es un acto que puede performarse, y puede traducirse en la subjetivación por medio de la resistencia al poder, como potencia. El efecto ‘al responder’ frente a la interpelación es que ubica al sujeto en un territorio de posibilidad.” (Troncoso, Galaz y Álvarez, 2017, p. 24)

Tabla 1

<i>Análisis de subjetividad disciplinada de Kelchtermans</i>	
<i>Vertical/Narrativa/ experiencias</i>	<p>La experiencia de cada mujer participante como caso individual, en el que la estructura es particular.</p> <p>El estudio vertical va siendo contrastado/consensuado durante el ciclo de entrevistas, y da lugar a un perfil biográfico experiencial de la maternidad.</p>
<i>Horizontal/Transversal comparativo</i>	Articulación de cada forma/perfil biográfico de vida, para ver patrones concurrentes, temas comunes, solapamientos y divergencias en las experiencias de las mujeres que son madres

Elaborado a partir de "Metodología de la investigación biográfico-narrativa: recogida y análisis de datos" por A. Bolívar, 2012, *Dimensões epistemológicas e metodológicas da investigação (auto)biográfica*.

Como investigadora con la tarea de construir y contar la historia de cada una de las participantes, me convierto en una *storyteller* por medio de un relato. Por lo tanto, las producciones narrativas en forma de relatos son, a su vez, reportes o informes de investigación que son tratadas bajo un marco interpretativo para organizar datos, encontrar puntos de relación, pero también aquellos que diferencian y separan las experiencias en sus contextos particulares. Cada relato adquiere significado por sí mismo, pero también lo adquiere en lo transversal, en vínculo con otro relato de la maternidad que sucede en un contexto diferente pero vinculado. Mi papel como investigadora es situarme entre los relatos, las experiencias y mi propio esfuerzo por dar sentido a lo registrado.

Las investigaciones enfocadas en las producciones narrativas con lógica interpretativa suelen suscitar la antiquísima discusión de la “representatividad”, y así como lo plantea Antonio Bolívar (2012), en las investigaciones biográficas no existe tal discusión más cuando se le enfrenta a la tradición positivista dominante. En los relatos que reúnen las experiencias de las mujeres que son madres no se trata de la representatividad, porque se tropieza con el mismo marco epistemológico de la investigación que ha pavimentado un enorme recorrido en reconocer las diferencias en el deleznable deber/ser impuesto en las mujeres, y en específico la maternidad. No se trata de representar, por ejemplo, las tensiones obligatorias en la maternidad que una mujer feminista identifique en su experiencia, hacerlo convierte el bricoleur de los relatos en meras colecciones de datos ordinarios “la cuestión no es la representatividad, sino la pertenencia y la coherencia del argumento presentado, que configuran la credibilidad y plausibilidad del relato, dentro del contexto y grupo social de referencia” (Bolívar, 2012, p. 15). Se tiene que buscar otorgarle pertenencia a las experiencias en con bricolaje de muchas otras que se desenvuelven en la cultura de la que forman parte.

3.5.1. Primera etapa etnográfica: las rutas y las alternativas

La marcadita

Tras una breve consulta con Karla, mi informante primaria, una joven madre con una de las voces más cálidas que he escuchado, descubrí a primera voz la existencia del colectivo *Mercadita Las Insurgentas Feminista-Proteta*, en cuya red social de Facebook se puede leer en su descripción “un espacio hecho por mujeres para mujeres en contra de toda violencia.” Karla refirió pertenecer a dicho colectivo formado, en su mayoría, por mujeres que son madres con una clara conciencia sobre la lucha en contra de la violencia vicaria. La descripción inicial me hizo buscar

el primer contacto con este colectivo, para que, con suerte, pudiera trabajar con ellas, conocer y reconocer la realidad que las marca desde el activismo que realizan en la ciudad de Pachuca.

Al día siguiente de la conversación con Karla, comencé a planificar el primer contacto con el colectivo, esto por medio de redes sociales específicamente desde su página oficial de Facebook. Como primera etapa de observación, identifiqué el grado de actividad en la página, ya que es común que después de las fiestas decembrinas los colectivos se den cierto respiro de posts, esto para prepararse gradualmente en rumbo a una de las fechas más importantes para el movimiento feminista: el 8M.

Anteriormente y, por ejemplo, en otra exploración virtual, me topé con otras colectivas (María Juana; Bloque Cannabico Feminista de Hidalgo Las "María Juana"; Aquelarre Cihuacóatl - Colectiva Feminista Hidalgo) cuya actividad es más evidente y constante estando cerca de una fecha importante para el feminismo, como el ya mencionado, el 8M o el 25N Día Internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer. Este no fue el caso para *Mercadita Las Insurgentas Feminista-Protesta* cuya actividad virtual es constante, independientemente de la fecha, con un promedio de un post por día, en nombre de la lucha y la protesta en contra de la violencia de género. Es justo como lo menciona Guiomar Rovira (2018), las comunidades de mujeres han proliferado exponencialmente en entornos virtuales en un activismo digital que ha expandido y visibilizado temáticas feministas que viajan como eco para encontrarse con muchas otras mujeres, incluso sin militancia en el feminismo, para llamar a la participación a través de una dinámica de implicación cuya importancia radica en la autorreflexibilidad sobre temas de privilegio y diferencia.

Para *Mercadita Las Insurgentas Feminista-Protesta*, el ciberactivismo sirve a la celebración de su lucha. Como mujeres trabajadoras toman protesta continua en los espacios públicos para resignificarlos y apropiárselos, para que de esta forma mujeres pertenecientes a esta colectiva, o no, puedan encontrar una oportunidad para desarrollarse e independizarse. Su ternura radical reside en crear nuevas

realidades, nuevos mundos y sembrar conciencia para tejer redes de mujeres para mujeres.

Fue esta lucha activa lo que me animó a contactar con ellas a través de su página de Facebook el primer día del mes de febrero de 2024, para exponerles el actual trabajo de investigación que aborda las experiencias de mujeres feministas que son madres. En respuesta, felicitaron mis esfuerzos por hacer investigación por y para mujeres feministas y me expresaron que era necesario vernos en persona el domingo 4 de febrero, día en el que como colectiva tomaron protesta en la plaza del Reloj en el centro de Pachuca, como suelen hacer cada quince días, para montar la mercadita y ofertar diversos artículos, apoyando así la economía de estudiantes y madres de familia

Ese domingo 4 de febrero de 2024 me trasladé al medio día al centro de Pachuca, armada con el nerviosismo habitual de quien entra a un círculo como ajena y foránea, además de llevar albergando por unas horas un intenso virus gripal—¿o será una cepa de COVID? — cuyos síntomas no se llevan del todo bien con el trabajo de campo.

Al acercarme a las faldas del reloj monumental pude identificar sin mayor problema a la mercadita, que consiste en una variedad de mantas extendidas sobre los escalones de mármol, en las cuales exponen prendas de segunda mano, libros, joyería coqueta, juguetes y catálogos, productos varios cargados simbólicamente de la lucha de estas mujeres independientes.

Me acerqué al primer puestito para abordar a la encargada, una mujer alta y de cabello rubio que ofertaba jeans y libros de literatura; me presenté y le hice saber del primer contacto que tuve días anteriores por medio de Facebook, ella levantó las manos un tanto pillada y me dijo que con ella no podía hablar puesto que no sabía nada, pero que sí debía hablar con la chica de la boina, me dijo, indicándome con un movimiento de ojos que dicha mujer se encontraba a unos pasos detrás de mí. Esta joven de la boina, a la que llamaré “L”, escuchó atenta sobre mis intenciones respecto a trabajar con ellas como colectivo mediante entrevistas afectivas, en las que su comodidad y seguridad era mi prioridad. “L” me expresó preocupación sobre estas entrevistas debido a que algunas de las integrantes tienen

carpetas de investigación activas que involucran a sus ex parejas, los progenitores de sus hijas, hijos e hijes; comprendí la situación y en cambio le aseguré que la seguridad de las integrantes debía ser una prioridad dada la naturaleza de mi trabajo y los procesos legales mencionados, por lo cual no estaban sujetas a contestar durante la entrevista si preferían guardar cierta información, o bien, no se sentían cómodas al compartir parte de ellas. Al final de nuestra conversación “L” me indicó que ella hablaría con las demás sobre mi proyecto, y que posteriormente se pondría en contacto conmigo. Le agradecí por el tiempo prestado y me retiré.

Ese mismo domingo por la tarde el virus gripal con cara de COVID terminó por ganar la lucha y yo terminé incubando sus tórridos malestares en el sillón de mi sala por tres días seguidos. Tres días en los cuales mis fuerzas vitales e intelectuales se vieron diezmadas y hasta quizá sesgadas, ya que le había prometido a “L” enviarle el guión de entrevista para que tuvieran la oportunidad de dar cuenta de los ejes sobre los cuales el trabajo de investigación versaba.

Acabando ese periodo y con las pocas fuerzas que pude reunir, le envié a “L” el archivo mencionado el martes 6 de febrero de 2024; casi al instante recibo su respuesta: desafortunadamente tras un consenso grupal *Mercadita Las Insurgentas Feminista-Protesta* me aconsejan buscar a las sujetas para mi investigación en otro sitio, ya que lo más importante para ellas es la secrecía de sus carpetas de investigación, ya que involucran a niñas y niños quienes son su prioridad como colectiva. Paralelamente también me expresa que ya han trabajado anteriormente con investigadoras/os provenientes de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), lo que les ha dejado con un mal sabor de boca, ya que, y de acuerdo con su experiencia, estas personas únicamente buscan recolectar información para llevarla a la academia, sesgando así la retroactividad del colectivo con la institución. Han sido usadas como un medio para lograr un fin.

Como feminista y también como investigadora puedo simpatizar con su decisión sobre todo en lo que respecta a la seguridad de las integrantes y sus hijas/os, sobre todo al destacar las previas experiencias con investigadoras poco empáticas que han dejado un rastro marchito y con el que inevitablemente tuve que enfrentarme y ser juzgada por este. Abrazo a mis compañeras feministas y su

activismo en las calles del centro de Pachuca, y aplaudo la creación de espacios seguros para mujeres que luchan día a día contra todo tipo de violencia de género.

Hoy no se pudo, pero sé que mi propio activismo me llevará a la marea de *Mercadita Las Insurgentas Feminista-Protesta* en otro momento, con suerte fuera de la academia, con suerte entre mujeres feministas.

3.5.1.1 La alternativa

Tras despedirme del colectivo *Mercadita Las Insurgentas Feminista-Protesta*, di por cerrado trabajar con una colectiva en la ciudad de Pachuca, y en su lugar decidí, tras un breve mensaje con mis directoras, retomar la ruta inicial de esta investigación, la cual se trataba de entrevistar individualmente a mujeres feministas que son madres; de igual forma, y así como expuesto en los criterios de muestra, decidí contactar con mujeres fuera de mi espacio territorial, la ciudad de Pachuca, y expandir mis fronteras —por el momento— hasta otros municipios de Hidalgo, CDMX y el Estado de México en busca de experiencias enriquecidas por sus diferentes contextos.

La red social online Facebook con su facilidad de conectividad resulta una ventaja para grupos de mujeres que se organizan en torno a las demandas y temáticas feministas (Astudillo, Figueroa y Astete, 2023). Como mujer y como investigadora yo misma me veo llamada a participar en estos espacios. Además, la utilización de los ciberespacios es crucial desde el punto de vista feminista para crear espacios seguros, por ello la cuestión de lo común es fundamental (Araiza y Martínez, 2017). La seguridad radica en la participación e intercambio respetuoso.

Así, me dispuse a explorar grupos y páginas cuya temática principal fuera la resistencia feminista desde la maternidad, y a partir de esta exploración visitar perfiles individuales de Facebook, ya que desde estos la sujeta organiza características de su individualidad que desea proyectar a las otras, un espacio que la represente en la virtualidad con el objetivo de “encontrar y darse a encontrar por

sus similares” (Aguilar y Said, 2010, p. 192-193). Con estas visitas me ha sido posible reconocer en estas mujeres un evidente interés por el feminismo respecto a las problemáticas sobre la desigualdad de género y la violencia contra las mujeres. En este sentido, no busco idealizarlas como feministas a través de esta información, en su lugar, opto por contactar por este medio, para permitirles a ellas aceptar o rechazar su identidad como feministas, sea cual sea esta. No es mi objetivo, de ninguna manera, aplicar un juicio de valor a su feminismo o, en su defecto, a su activismo, respectivamente; son ellas quienes se definen.

Como parte de la estrategia me he limitado a contactar con mujeres que no conozco personalmente para favorecer la comunicación de ida y vuelta sin condicionantes personales de nosotras como individuos.

Exploré un total de tres páginas y un grupo de facebook: Crianza feminista, una red de apoyo para mujeres y madres que crían desde el feminismo, con 52 mil me gusta. Mamá feminista en cuya descripción se lee “criando y creando conciencia. Maternidades disidentes, maternidades feministas y abolicionistas” con 214 mil me gusta. También la página Maternidades feministas con 5.8 mil me gusta. Estas tres páginas dedican sus espacios a la escucha y la difusión precisamente sobre maternidades sin filtro, maternidades que se describen a sí mismas como feministas, siendo un espacio de humor o de difusión. Por último, el grupo de facebook: Entre nosotras nos cuidamos, que sirve como red de apoyo únicamente entre mujeres de Pachuca.

**4. Miradnos. Decidimos cambiar la
dirección del puño porque nosotras
no nos defendemos: nosotras
luchamos¹⁴**

¹⁴ Fragmento del poema "Somos mujeres" de Elvira Sastre, 2020

Un pequeño interludio para recordar

Notas de una alumna herida que sangra, se desangra más bien, que mira al cielo y se encuentra con los ojos furiosos de sus compañerxs que le demandan a golpazos verbales que se calle, que deje sus berrinches, que se calle, que sonría con la cabeza gacha y agradezca, que bien, su condición podría ser peor, que se calle, que allá afuera la vida es dura y dura años en silencio, que me vaya acostumbrando, que me calle y de paso a mis compañerxs que luchan, pierden y se levantan aunque nos hayan amputado las ganas. Aunque solo nos tengamos los unos a los otros... nos tenemos en resistencia, y sí, a veces nos tenemos en silencio, pero nos tenemos, y a estas fuerzas apaleadas pero no vencidas.

Sí, nos tenemos.

Lo sucedido el 19 de septiembre del año 2023 marcó un cambio en la Universidad Autónoma del estado de Hidalgo (UAEH). Tomaba clases mientras miraba atenta el en vivo de las manifestaciones de alumnas y alumnos del Instituto de Artes (IDA) frente a las puertas del emblemático edificio de Abasolo, conflicto que fue escalando a partir del nombramiento de María Teresa Paulín Ríos como directora de dicho instituto. Fui testiga de los crímenes cometidos en contra de mis compañeras y compañeros, madres y padres, a quienes grupos de choque, evidentemente enviados por la misma universidad, golpearon y amedrentaron sin diferencia para contener el derecho de manifestación del estudiantado. Quedarme de brazos cruzados no fue una opción. Al siguiente día, el 20 de septiembre, varios institutos, incluido el Instituto de Ciencias sociales y Humanidades, el mío, entraron en paro solidario. Cabe destacar que al ser parte de un programa de posgrado, el paro no se extendía a nuestras actividades, sin embargo yo y algunas compañeras decidimos ejercer nuestro derecho como estudiantes de esta casa de estudios y unirnos en apoyo a nuestras compañeras y compañeros paristas que acuerparon el movimiento en todos los institutos, con el fin de presionar a las autoridades para dar respuestas a las peticiones del IDA y, además, las peticiones que poco a poco fueron surgiendo de todos los institutos, que ante la adversidad, fueron dando

cuenta de sus propias deficiencias. Cada día suponía una nueva conferencia de prensa correspondiente a cada vocero, entre las muchas peticiones resonaban la urgencia por atender casos de violencia sexual y acoso en las aulas, la mejora de las instalaciones, como salones, auditorios, baños y canchas, además de solicitar una mejora en los servicios brindados en diferentes áreas.

Como estudiante de la Maestría en Ciencias sociales reconocí la importancia del movimiento, como también la fuerza de cambio que éste conllevaba. Me comprometí a apoyar y respetar lo necesario, incluso cuando algunos catedráticos nos mencionaron que el hacerlo significaría un posible retraso en el plan de estudios, o bien, en un semestre perdido, lo que concluye en la pérdida del apoyo del CONAHCYT, que como estudiante de posgrado significa todo, significa la posibilidad de terminar la maestría.

Se trató, tal vez, de una mezcla de efectos que hicieron del paro estudiantil un momento importante para mí y por consiguiente para esta investigación, mi posición crítica para con la institución, mi empatía por las y los estudiantes, mi juventud y sí, también un tanto de ingenuidad por pensar que la universidad como institución respondería con hechos y justicia, no con amparos y revictimización de los afectados de ese 19 de septiembre del 2023. Justo estos hechos comenzaron dos días después de haberme reunido con la primera participante, Karla, quien también fue un apoyo inconmensurable como informante, ella me brindó guía sobre con quién acercarme o con quién no hacerlo. Por estas mismas razones el ponerme en contacto con otras participantes quedó en espera de las posibles soluciones al conflicto. De todas fue Karla quien esperó por más tiempo la finalización de este proyecto.

La impotencia y cansancio del alumnado, yo incluida, dio frutos en mesas de negociación por cada instituto, y aquella mesa general memorable en la que el alumnado gritó su inconformidad ante la nula disposición de las autoridades por tomar cartas en el asunto de una serie de eventos que ellos mismos provocaron. Finalmente, los institutos comenzaron a levantar el paro, con la promesa de mantener estas mesas de negociación una vez renovadas las actividades, y la atención a las respectivas peticiones. Efectivamente algunos institutos lograron

mayor transparencia por parte de la universidad, además de pactar mejoras en la infraestructura de sus edificios, entre otras cosas. Y, también como fruto de nuestra presión se logró la destitución del líder del consejo estudiantil que llevaba al cargo 5 años, cuyo nombre omito en estas líneas, para después exigir como alumnado el derecho a elegir a nuestra representante en unas elecciones históricas por la democracia estudiantil en marzo del 2024. Y a pesar de esto no puedo evitar preguntarle ¿Fue suficiente?

Estos hechos merecen ser mencionados, aunque no lo hago con el ahínco que se necesita, sí fueron hechos que transcurrieron a lo largo de esta investigación, sucesos que marcan una parte de la historia para el estudiantado y las mismas autoridades. El paro de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo marcó un antes y un después en la vida universitaria, también dejó huella, lo quisiera o no, en este proyecto que se tejió en medio de la incertidumbre y la impotencia.

Por lxs compañerxs paristas que aguantaron lo que pudieron

Por ustedes compañeras y compañeros del IDA

4.1. Ellas, yo, nosotras, todas. Las participantes

La selección de las participantes parte al considerar los objetivos de investigación, rastreando así aquellas mujeres que cumplan con la estrategia deliberada basada en las necesidades de la investigación. Así, el enfoque está dirigido a personas específicas que muestren un claro puente con el propósito teórico. Por tanto, al ser un acercamiento de tipo teórico o intencional a priori era necesario tomar en cuenta las tres dimensiones expuestas en este acercamiento a tomar en cuenta (Salamanca y Martín-Crespo, 2007):

Tabla 2

Dimensiones de la selección

Tiempo	Personas	Contexto
Como dimensión de la vida social	Se aborda a un grupo de participantes adecuado, dicho grupo de personas pertenecen a un medio social no homogéneo	Dentro de cualquier ambiente se pueden distinguir contextos muy diferentes y el comportamiento de las personas actúa en función del contexto en el que están
El tiempo como vehículo de las rutinas diarias de las participantes en uso de su maternidad, particularmente en el uso de tiempo en los trabajos de cuidado. Como adicional, y siguiendo la teoría, el tiempo usado para sus actividades laborales. El uso de tiempo varía según la cantidad de hijos que cada participante tiene, si adicional a les hijes cuida de otra persona y si realiza esas tareas teniendo de un trabajo de le demanda actividades por sí solo.	Con el objetivo de lograr una representación adecuada del caso particular de la población en mente. La experiencia de la maternidad está atravesada, alimentada e influenciada de formas distintas con la identificación de las propias participantes con el feminismo, con el objetivo de descubrir el cómo y la influencia, de existir, que pueda tener la maternidad sobre el feminismo y viceversa.	Recordando la diferencia entre lugar como espacio físico y el contexto. Las participantes se encuentran dentro de un mismo territorio físico, México, sin embargo, cada espacio físico se diferencia por los contextos que envuelven a las participantes, contextos atravesados por violencia, por desigualdades laborales, por abandonos por parte de sus parejas, por enfermedades...etc. Siendo estas construcciones sociales no establecidas por el espacio, sino más bien por el contexto.

Nota. Elaborado a partir de "El muestreo en la investigación cualitativa" por A. Salamanca y C. Martín-Crespo, 2007, *Nure investigación*, 27.

Se trata de la selección de participantes que parte de conocimientos teóricos previos que me permitió elaborar un esquema a priori con las claves necesarias para acercarme a las posibles participantes de investigación, por tanto, la selección es cualitativa al estar vinculada a los objetos y preguntas de investigación, es intencionada, estructural y teórica (Mena, 2027).

4.1.1. ¿Quiénes son? Mujeres que han dejado huella

Un criterio fundamental para esta investigación es que las participantes se autoidentifiquen como feministas, ya que esto está directamente vinculado con la crianza de sus hijas, hijos e hijes; que sean mujeres en una constante búsqueda por vivir una maternidad liberadora, dirigida al respeto y a la ruptura de viejos modelos hegemónicos.

Por otro lado, intentar aplicar criterios sobre quién puede ser considerada una mujer feminista no me pareció correcto, ni para ellas ni para esta investigación, optando, en su lugar, por el hecho de que ellas mismas se autoidentifiquen como feministas y hablen desde esa conciencia y ese posicionamiento, sea cual sea.

Por otro lado, es de profundo interés recopilar y analizar las experiencias maternas de mujeres mexicanas y que residan en territorio nacional. He mantenido contactado con mujeres de diferentes partes del territorio mexicano: CDMX, Estado de México, San Luis Potosí, y otros municipios de Hidalgo.

La decisión de no concentrarme en un espacio geográfico específico responde a la luz de los conocimientos situados. Lo dice Donna Haraway (1995), las feministas tenemos que insistir en una mejor descripción del mundo, de todos nuestros mundos, en tanto esta suponga una pertenencia. Ella insiste en reclamar el sentido del cuerpo, para aprenderlo y ser capaces de nombrar dónde estamos y dónde no, en dimensiones mentales y físicas a partir de una visión encarnada, particular y específica. Porque habitamos los terrenos de los conocimientos subyugados; lo anterior sin pretender tener “el ojo de Dios”, más bien miramos desde donde estamos, ahí es donde conocemos.

El espacio es construido socialmente y es por sí mismo un referente patriarcal, las mujeres y por lo tanto nuestros cuerpos no somos vistas como parte de este, más bien una añadidura insignificante. “[...] la mujer o la tierra son el espacio, la ocasión, el soporte, más que el agente, [...] doblemente condenados a permanecer ignorados, fundamentalmente por los hombres.” (Bourdieu, 2000, p.

36). En este sentido, desde la propuesta decolonial de feministas indígenas de América Latina: es el cuerpo visto como territorio, un espacio por sí mismo “que ocupa, además, un espacio en el mundo y puede vivenciar todas las emociones, sensaciones y reacciones físicas, para encontrar en él, un lugar de resistencia y resignificación” (Cruz, 2016, p. 62).

Que las mujeres seleccionadas para esta investigación hablen de otras formas de crianza alternativas de los modelos hegemónicos, sobre todo al formar varones, en sus propias experiencias maternas y las apliquen, es otro elemento fundamental, ya que muestra un sentido de conciencia dirigido al cambio para las nuevas generaciones y un rechazo a los elementos que ellas mismas consideran obsoletos para la formación de sus hijas, hijos e hijes.

He tomado la decisión de omitir el rango de edad al igual que el lugar de residencia, puesto que, en cuanto al rango de edad, lo encuentro limitante al excluir ciertas edades, ya que es mi intención escuchar y documentar sus experiencias maternas y su identidad con el movimiento feminista. Así, la edad es una variable que no afecta estas experiencias, las enriquece. Sin embargo, sí fue necesario que los hijos de las participantes no fueran mayores de edad, o bien que ya no vivieran con ellas. De esta forma, la experiencia de la maternidad estaría conformada por el día a día, sin interrupciones ni borrados que el paso del tiempo suele dejar en cada una de nosotras.

4.2. Las mujeres que dejaron entrar al lobo y le invitaron una taza de café

En las siguientes páginas, se encuentran los relatos de las participantes contados en tercera persona, textos que pertenecen totalmente a ellas, y en los que yo sirvo como la herramienta narrativa que plasma sus experiencias, con la misma estructura y emocionalidad con la que ellas las expresaron. Cada uno de los textos

fue revisado, corregido y perfeccionado hasta que se sintieron cómodas con este. Con la esperanza de haberles hecho justicia, partimos de lo individual.

4.2.1. Bere, hermana amada, aquí está tu manada

Cuando contacté con Bere por Facebook quedé profundamente encantada con su foto de perfil, se le veía libre; encontré en su expresión acogedora la partida para contactarme con ella con el fin de invitarla a participar y formar parte de la urdimbre que es este trabajo. Hallé su perfil al realizar una búsqueda virtual en la página *Mamá feminista*, previo al contacto hice una exploración rápida a su perfil, esto para verificar si compartíamos amigos en común, no lo hacemos, y más importante si efectivamente Bere era madre, esto con el fin de evitar la incomodidad que mi tropiezo significaría para ambas si no lo era. El contacto consistió en, por supuesto, mi presentación y una descripción más o menos detallada de la investigación que llevaba en curso, seguido de la intencionada invitación a participar con su experiencia como mujer, como madre y como feminista. Lo anterior dejando espacio para la negación o afirmación de su maternidad, tanto como de su identificación como feminista, y por supuesto, a participar. El proceso inició el primero de marzo de 2024, y entre acomodar horarios, acordar días y horas, para después por cuestiones externas terminar cancelando, logramos vernos hasta el 21 de marzo de ese mismo año a las 7:00pm hora del centro de México a través de la plataforma Zoom.

Pensar en Bere me provoca recuerdos animados de una conversación a la privacidad de nuestras respectivas habitaciones, lejos de oídos intrusos, y aunque en dado momento su pequeña entró en la habitación pidiendo por el celular que Bere utilizaba para comunicarse conmigo, el diálogo no se entorpeció, ni mucho menos, al contrario, pude echar un vistazo a la dinámica con Sofi, a quien conocí cuando Bere le dio una vuelta furtiva al celular para que ambas nos echáramos un vistazo. Ella es Bere, la que extendió sus brazos abiertos, desde la ternura radical

al llamarme su hermana, sino de sangre, de lucha. Me encontré a mí misma en ella por momentos y me gustaría pensar que le pasó algo similar conmigo.

Bere tiene 33 años y es mamá de dos criaturas, Luca, hijo de su actual pareja, y una niña, Sofi de ocho años, hija de ambos. Comparte techo, además de sus hijos y esposo, con dos sobrinos que sufren de una madre ausente y un padre, hermano de Bere, quien está al pendiente de ellos.

Hoy está en proceso de convertirse en socióloga, aunque se pregunta si podrá ser capaz de terminar la carrera; la verdad es que reconoce lo difícil que es el crecimiento individual a la par de materner. Y aunque le han rodeado testimonios que predicán el ¡sí se puede! Ella se pregunta: claro que se puede, pero ¿a qué costo?

Para ella la maternidad está llena de contrariedades cuyas raíces traza a la presión social; a las mujeres que son madres se les exige el doble, que tengan las respuestas a la mano, y de no tenerlas poder averiguar cómo conseguirlas. Responder y resolver todo, solas.

Comparte que conoció a su esposo, Fer, en una época en la ella misma lo percibía como machista; los años de relación y la comunicación de ida y vuelta les han permitido construir una dinámica equitativa, ella ve en Fer un compañero de vida más que una ayuda en la crianza de los hijos y el cuidado del hogar. Ambos han llegado a un acuerdo sobre trabajar en equipo, “ni tú eres más ni tú mereces menos. O sea, somos iguales y le vamos a machetear juntos”.

Bere y su pareja, desde que comenzaron una relación lo asumieron como un asunto serio, por lo que ya se habían planteado la idea de formar una familia. Aquí Bere hace una pausa para reconocer lo erróneo que es romantizar el matrimonio, porque al final no termina siendo lo que es y la decepción es fatal.

Antes de formar una familia con Fer, Bere tenía el plan de trabajar en la sierra para apoyar a los niños de escasos recursos, pero al final no pudo ya que Sofi se adelantó. Sus prioridades cambiaron, ahora debía enfocarse en su embarazo. Aunque si Sofi hubiera llegado un poquito más adelante, las cosas hubieran sido diferentes, aunque eso nunca lo sabrá.

La etapa del embarazo fue tranquila, descrita como bonita, sin embargo, no se libró de los achaques de este, lo que al final le impidió continuar con la carrera, por lo que decide salirse a favor de cuidarse y cuidar a Sofi, en este sentido enfatiza en que no se trata de culpar a su hija, sino más bien, se trató de la toma de decisiones respecto al embarazo. Un año después intentó retomar, pero no encontró quién cuidara de su pequeña, las guarderías le daban listas larguísimas de espera, al final no pudo. Lo que le llevó a pensar sobre un proyecto que respondiera ¿por qué las universidades no tienen un sistema de guardería? Las universidades también deberían reconocer que sus alumnas necesitan ese tipo de servicios para que puedan avanzar en sus carreras universitarias. La imposibilidad de continuar con la carrera se convirtió en un sueño roto.

Convertirse en madre le permitió conectar de otra forma con su mamá, a quién ya mira con ojos empáticos, después de todo las dos sufrieron en diferentes medidas de lo mismo. La lucha por crecer a la sombra de la maternidad en un país que Bere considera 99% machista, las ha atravesado en lo difícil que es hacer otras cosas más allá de maternar.

Tener a su propia progenie le hizo entender que fue hija de una madre que ella misma describe como dura y exigente, pero esas cualidades le han dejado una valiosa lección que aplica en la crianza de sus hijos: no quiere caer en ser la madre permisiva, en su lugar, busca el equilibrio entre la crianza respetuosa, que escuche las voces de sus hijos y lo que tengan que decir, al tiempo que pone límites.

Hoy puede sentarse con su mamá y desempolvar el baúl de los recuerdos para expresarle que se sintió lastimada por ella y que vivió etapas en las que sufrió mucho a su lado. Más que mirarla tras una lente que juzga, hoy puede en verdad mirarla y comprenderla como una madre soltera cuya vida no fue nada fácil. Tiene un hermano 4 años menor, su papá abandonó el seno familiar, dejando toda la responsabilidad a su mamá lo que hoy le provoca empatía con la situación en la que se encontró: cuidar de dos chicos por su cuenta, no fue un trabajo sencillo; también esa experiencia le ha brindado pautas para saber que no quiere pasar eso con sus hijos, no quiere vivir el que en unos años ellos le confiesen lo mal que la pasaron a su lado.

Bere describe su experiencia como complicada al reconocerla dentro de las expectativas que otros (y ella misma) tienen sobre la maternidad; todo está mal y nada es suficiente, se trata de una labor por mucho menospreciada. Pensando en esta presión social no considera que sea una mala madre, pero al mismo tiempo piensa que podría hacerlo mejor, no busca romantizar la maternidad, pero lo cierto es que los hijos han sido su motor.

Por otro lado, también describe su experiencia como buena, aunque si es sincera consigo misma concluye que de haber sabido lo que le esperaba, nunca se metía a la maternidad. Asimilar los propios sentimientos ante los esclavizante de las tareas por realizar es un punto clave para nombrar la contrariedad y el arrepentimiento. Entonces la maternidad también es un lugar de constante aprendizaje y de crecimiento, sus hijos le han dado las mejores lecciones, es aquí donde reside la mayor gratificación, el verles crecer y aprender para convertirse en sus propias personas.

De lunes a viernes está en casa 24/7, sin contar los días que le toca atender pedidos. Bere tiene su propio negocio de venta de todo tipo de productos para fiesta, negocio que supone gestión de ventas a través del celular, y hechura de adornos. Labor que programa entre los trabajos de cuidado de su familia, específicamente después de llevar a Sofi a la escuela, ella aprovecha para comprar materiales y demás cosas necesarias, o bien para hacer las respectivas entregas a las y los clientes.

Fer trabaja de lunes a viernes y el fin de semana es cuando él apoya, o bueno, se corrige, no apoya, hace la parte que le corresponde. A veces se da vacaciones al sentirse abrumada de tantas cosas por hacer. Afortunadamente ellos la apoyan, entonces asumen los trabajos de cuidado que corresponden del día ¿Y cómo no cansarse? le dedica el 90% del tiempo total a cuidar de la casa y los niños. Lo anterior forma parte de una jornada laboral titánica que inicia a las 5:50 am y termina alrededor de las 10:30 pm. Entre los hijos, el hogar y el negocio apenas tiene espacio para el descanso ¿cómo lo hace? ni siquiera ella lo sabe.

La dinámica familiar que hoy lleva fue producto de arduas discusiones para repartirse las tareas del hogar. Las tensiones se presentaron ante la postura de Fer

de que al trabajar no podía hacer todo lo de la casa, pero Bere le respondió que ella también trabajaba y aun así podía hacer lo necesario; al final ella no recibe ningún tipo de pago por los trabajos de cuidado, le dice. Recuerda que fue difícil romper con la idea ya planteada en todas las mentes sobre que esas tareas le corresponden a ella por ser la mamá.

El intercambio también tocó la cuestión de los trabajos, Bere le ofreció entonces ser ella la que saliera a trabajar para que él pudiera dedicarse al cuidado de los hijos y al hogar, sin embargo, dicha propuesta murió al momento, Fer le dijo “¿cómo crees que te vas a ir tú y yo me voy a quedar?”

Así, Bere reconoce que Fer es quien aporta más a la casa, aunque con su negocio le es posible cubrir algunos gastos no lo puede comparar con la ganancia de él. No es como si cada uno pague ciertas cosas, pero últimamente sí le ha planteado que le entre con todo, es lo justo, porque ella hace todo.

Lo que ella gana es para ella, Fer le da la apertura de aportar al hogar si ella lo desea, de lo contrario no hay problema, con su sustento es suficiente. Ella reconoce que existe en ella esta necesidad de ser una mujer independiente, de hacer más y aportar más, por ello algunas veces se descubría pagando de más. Al menos hasta que llegaron al acuerdo de que él se encargaría de los gastos fuertes, como los servicios y la despensa, lo que le da libertad a Bere para administrar sus ingresos en necesidades extras o simplemente gustos para ella y la familia.

Tiene la fortuna de gozar de una red de apoyo que la ha sacado de apuros más de una vez: su mamá, su suegra y sus amigas que también son mamás, en especial Ivonne, a quien conoce desde hace 20 años, y con quien ha logrado forjar una rutina de desintoxicación de la maternidad; ambas llevan a sus hijos a clases de taekwondo e inglés, las clases de esta última las aprovechan para salir a tomar algo y platicar de la vida como solo puedes hacerlo con las amigas.

El feminismo le ha permitido sentirse libre, es una ferviente creyente del “uno no nace feminista, se hace”. Es su espacio seguro, dónde aprendió a gestionar y darle nombre a aquello que siente y vive. Su primer contacto con el feminismo fue durante la universidad, sin embargo, ser madre de una niña le ha despertado un interés particular en conocer más para visualizar un futuro seguro para ella.

El tratar de romper el sistema que posiciona a la mujer encerrada en casa es un punto clave en la crianza de su hija, Sofi, a quién ha comenzado a hablarle de las desventajas que las mujeres sufrimos a causa de un sistema de creencias que beneficia a los varones, pero que, aunque cueste, no es imposible.

El feminismo quizá le ha ayudado a reconocerse a sí misma. No piensa que el ser feminista sea una posición que nos convenga, al final estamos en una lucha interminable por ayudar a las generaciones nuevas, Sofi pertenece a ellas. Es importante fijar las bases de su identidad a partir de preguntarse ¿Qué es lo que quiero, por qué estoy luchando y para dónde vamos? Así no olvidaremos la lucha de las generaciones pasadas, de nuestras abuelas, nuestras madres...somos el resultado de su lucha.

4.2.2. Karla Miau, de “vivir en *Vietman*” hasta los tratados de la paz

Las jugadas de la vida virtual me trajeron a Karla miau, así con el maullido, el nombre la hizo resaltar entre mi lista de amigas. Aunque no podría recordar quién envió la invitación a la otra, ni cómo nos conectamos, lo cierto es que el día de hoy compartimos 13 amigos en común, entre ellos páginas de colectivas administradas por puras morras revolucionarias que han perdido el miedo por activar el ciberactivismo, red que sin duda llevó al inevitable encuentro virtual. Al poco tiempo de compartir amistad con Karla miau, por allá en inicios del 2023, supe que era una dedicada activista y pertenecía a una red feminista en contra de la violencia de género en Pachuca, también que se cargaba un estilo místico que cualquiera aspira sin dentera, poco después supe que tenía un pequeño del que se mostraba orgullosa, lo que la enmarcaban como una morra con los valores bien definidos. Me di cuenta entonces que, sin lugar a duda, la invitaría a participar.

Así, hablé con Karla en septiembre del 2023, intercambiamos números para acordar los términos de nuestra reunión. El día 17 de septiembre nos encontramos en el parque del maestro ubicado en el centro histórico de Pachuca, Hidalgo. Querida Karla miau, agradezco infinitamente tu apertura sorora, y que, a pesar de no compartir un largo historial de amistad virtual, me recibiste con brazos abiertos y te diste tiempo para atender mi llamado. Después de todo, tú fuiste mi primera participante. Te conozco libre y despojada de todo aquello de lo que nos dicen tener vergüenza, atesoro la confianza que me brindaste para ser testigo de cómo amamantabas a tu pequeño cada que él te lo pedía jalando el cuello de tu playera. También fuiste de gran ayuda para orientarme a navegar entre los colectivos, me facilitaste nombres y rutas, y aunque no desperté la misma confianza en el colectivo que desperté en ti, ambas experiencias han marcado esta investigación desde el trabajo colectivo.

Karla de 24 años estudió hasta el cuarto semestre de administración educativa en la UPN, es *community manager* y mitad *influencer*, actualmente está en aras de convertirse en tatuadora. Se considera una persona activa, le gusta patinar, también pintar, importantísimo mencionar que es integrante de movimientos de apoyo, colectivos, en las que da acuerpamiento a casos de violencia en contra de las mujeres, lo cual es algo con lo que se siente contenta. Lo cierto es que su crecimiento personal se encuentra en pausa por su maternidad, aunque eso no signifique que esté quieta, quedarse quieta es estar muerta, es una mujer con ganas interminables por aprender.

Su embarazo fue planeado en acuerdo con su pareja, aunque le dio un poco de pena admitirlo, por lo que a todos les dijeron que fue sorpresa. La decisión fluyó después de más o menos 5 años de relación en la que compartieron casa, la vida pues; comenzaron con bromas inocentes sobre embarazarse y al final se dio. De todos sus conocidos sus padres fueron los más duros, incluso le preguntaron si no abortaría, por suerte Karla les compartió la noticia a los 5 meses.

Al principio tuvo muchas dudas, nunca estuvo en sus planes embarazarse tan temprano en la relación, pero piensa que quizá influyó mucho la familia de él

que les pedían nietos con mucha insistencia. Al final las dudas se fueron evaporando hasta que tuvieron a una personita con sus genes en casa con ellos.

Posteriormente sintió nuevamente dudas cuando en un ultrasonido le informaron que tendría una niña, incluso llegó a considerar abortar por el miedo que sintió: ser mujer es peligroso, como mamá no puedes confiar en nadie, las niñas suelen ser vulneradas con mayor frecuencia, tantas han sido las cosas que ha visto estando dentro del movimiento feminista que le aterraba tener una niña. Poco a poco fue conciliando con la idea, sus círculos cercanos la ayudaron a apaciguar el temor y hablarle sobre herramientas para protegerse ambas.

Le alivió el enterarse que siempre no, al final tendría a un varón, aunque reconoce que sigue siendo un trabajo importante ocuparse de educarlo alrededor del respeto para que no salga un acosador, un agresor.

La maternidad le ha ayudado a cambiar su perspectiva sobre las infancias. La enseñanza a través de los discursos patriarcales, y los mitos que se transmiten de madre a madre únicamente refuerzan la construcción de un modelo materno que en realidad no es. Karla mira a la crianza desde una lente feminista, una posición que supone una bocanada de aire limpio, es una alternativa que versa sobre la responsabilidad afectiva, que aplica como joven madre, con su pequeño varón.

Tras dar a luz Karla intentó retomar sus estudios, asistió dos meses a clases, pero en realidad se le hizo muy difícil, mucho más en temporada de exámenes. Una maestra de matemáticas aplicadas le hizo pasar una incomodidad innecesaria ya que llevó a su bebé el día del examen, se le notaba la molestia en la cara por los llantos del bebé. Una compañera, la primera en terminar, se ofreció para cuidarlo mientras Karla terminaba de contestar, nunca olvidará tan bonito gesto; al final Karla no pudo contestar todo, por lo que terminó reprobando la materia. Entonces tomó la decisión de dejar la carrera, no estaba soportando el ritmo. Después buscó en otras escuelas la posibilidad de retomar la carrera, pero estas eran demasiado costosas, pronto descartó la idea.

Los primeros meses después del parto los pasó en compañía de su pareja y de su mamá, los dos la ayudaban, pero ambos tenían sus trabajos y ocupaciones, así que podría decirse que los vivió acompañada pero sola. También en ocasiones

la visitaba una enfermera, su ayuda fue muy importante para aprender cómo bañarlo y darle de comer. Fueron unos meses muy difíciles, durante el parto sufrió violencia obstétrica, derivado a eso quedó muy delicada, a veces ni al baño podía ir sola, mucho menos bañarse. Se encontraba muy débil, fue muy duro no ser capaz de cargar a su bebé, se sentía insuficiente. A esa etapa la llamó “Vietnam” la cual duró unos 4 meses. Necesitó de mucho apoyo para hacer ciertas cosas, aunque no lo tenía a todos momentos por lo que le tocó hacer varias cosas por su cuenta. Se fue adaptando a los tiempos de su bebé, aprovechando las siestas para hacer los pendientes, o simplemente para dormir y tomarse un respiro, como mamá es importante tomarse esos tiempos para estar relajada porque al final todo lo resienten los chicos.

Hoy su bebé tiene poco más de 2 años por lo que lo puede entretener más fácilmente con juguetes mientras ella hace algo, aunque le gusta involucrarlo en lo que hace, por ejemplo, cada que hace que hacer él agarra su escoba y barren juntos. La misma dinámica ocurre cada que cocina, si tiene que picar algo le da su cuchillito de plástico y así se entretiene. Esto le ayuda mucho a mantenerlo ocupado, y por consiguiente evita los desgorres propios de los bebés.

Lleva un modelo de crianza autosuficiente, si tiene hambre él sabe dónde están sus topercitos, así se atiende solo, no está esperando a que mamá lo resuelva para él. La clave es que, nosotras que tenemos varones, dice Karla, debemos enseñarles a ser autosuficientes, no caer en el error de generaciones pasadas de madres que les permitían y a quienes les solucionaban todo a sus varones.

Su rutina va más o menos así: por lo regular despierta a las 9:00 am y en lo que despierta su bebé prepara el desayuno o sale a comprar lo que haga falta, aunque si lo llega a dejar solo incluso si solo son 5 minutos se siente morir de taquicardia, por lo mismo evita hacerlo seguido. Durante la semana la pasan juntos, incluso si Karla tiene que salir a cubrir algún evento lo lleva consigo, él ya sabe, están muy acostumbrados a ese ritmo. Los martes y domingos son los días de descanso de su pareja, entonces le toca cuidar a su bebé, Karla le dice que así ejerce su paternidad responsable, eso la ayuda demasiado. Los dos tienen sus propias agendas, por ejemplo, si Karla tiene que salir entonces él se queda en casa

para cuidar al bebé; es parte de una dinámica de repartirse las responsabilidades, así como hacer y dar de comer, lavar o bañar. La relación y sus paternidades han fluido, al final los acuerdos le ayudan demasiado con su salud emocional; en un principio Karla era un manojito de estrés, pensó que eso terminaría por afectar todo, por ello a que llegaran a acuerdos.

Sobre su relación de pareja comenta que en muchas ocasiones se toparon con comentarios, sobre todo de la familia de él, sobre que si él trabajaba entonces a Karla le correspondía hacer todo lo del hogar, comentarios que impactaban de una forma u otra en su pareja. Batalló mucho con eso. Entre más solos están mejor, así no entra el ruido del exterior que le haga dudar de su responsabilidad para con ella y el hogar. Maldito patriarcado. Lo bueno es que han podido fluir excelente en pro de ambos. La clave fue ir trabajando poco a poco estas cuestiones, incluso consigo misma y sus pensamientos patriarcales que le decían que debía atender a su pareja. Afortunadamente ambos se han deconstruido a lo largo de los años.

La vida materna es una que en definitiva nunca aburre, todo el tiempo lo pasa con su bebé, aprendiendo y descubriendo a su lado, se siente como crecer juntos y también a aprenderse mutuamente. Ver su progreso de crecimiento significa mucho para ella, en especial cuando la estimulación neuronal va dando frutos. Se da cuenta que va por buen camino cuando su bebé reproduce los valores que le inculca para enseñarle a respetar los límites de otros, así como los suyos propios. Enseñarle a mostrar sus emociones y a ser afectivo también es importante en su crianza, es muy cariñoso y eso la enorgullece.

La crianza entre círculos feministas es un punto clave, ya que en estos encuentra un espacio de tolerancia y ternura radical, a diferencia de otros espacios en donde se topa con la desgastante presión social que juzga constante el comportamiento de su hijo a la par de sus fallos como madre. Por otro lado, la maternidad es también un trabajo muy pesado, y combinado con la presión social termina por ser sofocante. Esto último es precisamente lo que más odia: los estímulos y mandatos exteriores que generan expectativas sobre cómo y quién debe ser una madre, lo que termina por provocar cierta tensión en ella.

La maternidad puede ser una experiencia muy bonita si es acompañada, así se reconoce afortunada de contar con un círculo cercano de amigas que le han brindado contención emocional, así como amor. Una amiga feminista siempre está pendiente de ti, intuye cuando necesitas una salida o cualquier otro apoyo, incluso cuando se reúnen la prioridad es crear espacios seguros para las infancias. Las maternidades feministas son increíbles. Aunque tampoco pretende generalizar la experiencia, al final la perspectiva de las personas es la que hace la diferencia.

Karla es activista, pertenece y participa activamente en la colectiva *Mercadita Las insurgentas*, integrada en su mayoría por madres en contra de la violencia vicaria. Y aunque Karla no es víctima de dicha violencia, sí reconoce la importancia de dar acuerpamiento para sus compañeras y amigas que sí la sufren. Para ella, ser una mujer feminista significa jamás perder la vista de la lucha que nos corresponde como ciudadanas, una que seguirá cuando ya no estemos, para así lograr hacer un cambio generacional. Para ella se trata de una lucha constante en contra de la violencia, para esto la empatía es fundamental, solo así se puede revolucionar en un esfuerzo colectivo por el bien mayor.

Como feminista, se vive en constante resistencia con el estado, por ejemplo, que tanto olvida a las madres quienes son violentadas desde muchas partes; aceptamos salarios injustos por necesidad. Resistimos en colectivo, salimos a vender, cantar, bailar... todo para poder levantar nuestra voz. También le ha permitido tener otra perspectiva respecto a la maternidad construida a partir de la admiración hacia otras mujeres feministas que resisten contra el sistema. Son las mamás las que nos ayudan a resistir.

4.2.3. María y el “qué me van a espantar si por aquí ya pasó el diablo”

Me molesta un poco no poder rastrear mis pasos para recordar mi primer encuentro con María, o al menos el encuentro preciso, con santo y seña, pero sí que puedo darme una idea. Por allá del 2019, una exnovia de mi hermana cuyos orígenes se rastrean a la Colonia Cubitos, llegó una noche a casa de mi mamá con una bolsa negra repleta de María, eso ameritaba a un casi ritual de sentarnos en torno a una mesa para rolarnos un porrito improvisado en una hoja de cigarro. A partir de ahí nuestro consumo se hizo habitual. Estoy casi segura de que esa expareja fue quién nos facilitó el contacto de María, quien muy pronto se convirtió en nuestra *dealer* de cabecera; jamás pensé que me toparía con una vendedora con la que me sintiera tan segura comprando. Posteriormente nos agregamos mutuamente por *Facebook*, y ahí comenzó una amistad, ese tipo de amistad que se mide con la cantidad de *likes* que le da la una a la otra; fue justo en esta interacción que me fui enterando de algunos aspectos de su vida, por ejemplo, que iba a tener un chamaco y que se identificaba a ella misma como feminista.

Posiblemente mi percepción de la realidad estaba completamente alterada, o bien, María si era una amiga, porque un día esperaba sentada mi encargo en mi automóvil sobre la calle de su departamento, nuestro lugar habitual de entrega, cuando me preguntó si le podía dar un aventón a San Javier. Le preocupaba la situación actual, ya que había muchos operativos en los que detenían al transporte público para revisar a los pasajeros. María llevaba más de lo permitido legalmente en su bolsa. Claro que acepté, súbete, le dije. Durante todo el camino hablamos de muchas cosas, de su reciente maternidad, por supuesto, yo la escuchaba y me reía con ella, es una persona muy graciosa, por cierto. Lamentaba que no estuviera grabando, aunque claro, no tenía su permiso, ni siquiera le había planteado la idea de participar en esta investigación. Lo bueno es que recuerdo que me confesó que la maternidad le dolía, que a veces se arrepentía, y que también no sabe cómo es que se animó a echarse tal responsabilidad. Pero también compartimos por unos

minutos nuestras heridas como hijas, María me confesó que se identificaba como una hija abandonada, violentada y justo pasaba por la situación de un padre ausente que se atribuía derechos de la nada, “el señor me quiere demandar para darle manutención cuando él nunca me dio un sólo peso” me comentó; y claro que su situación me recordó a la mía, afortunadamente a mí el señor que es mi padre aún no me demanda por manutención, pero es una preocupación que pende sobre mi cabeza todo el tiempo, después de todo, él ya pasó los sesenta años de edad.

Del aventón tendrá ya casi dos años. A partir de esa charla, incluso quizá el mismo día, la invité a participar y sí, aceptó, por ello henos aquí. Gracias por compartir tu vida conmigo, María, de 11:30 am hasta 4:00 pm duró nuestra conversación a la fumarola de una buena pipa. Conocerle es una experiencia que recomiendo no saltársela.

María, o Mari, de cariño, pa’ los amigos, de 23 años, vive con su “guey” y tiene dos hijos, Emmanuel y Logan. Viene de un contexto particular que ella considera trae consigo ciertas características condicionantes, de una forma u otra. María creció a la par de sus tres hermanos varones, en realidad cuidaban el uno del otro, a veces se les agotaba el dinero y la comida también, entretanto vivían la espera del regreso de su mamá, la principal proveedora del hogar.

¿Qué te puedo contar de la maternidad? me pregunta, pues que la verdad no vale la pena, me dice con sinceridad. La cosa con la maternidad es que no debes esperar nada de ella, mucho menos agradecimiento; si no tienes nada bueno que ofrecer es mejor pensarlo, pero no lo piensa desde la moral, sino más bien a este golpe de realidad con el que te topas al ser responsable primaria de un pequeño, no sabes si tendrás la paciencia suficiente para situaciones normales con pequeños. “Yo no sé de dónde chingados creí que iba a poder con esa atadura tan eterna porque jamás he tenido algo tan permanente”. Hoy María es mamá de dos niños, el primero, Emmanuel de 10 años, producto de su pareja actual con su expareja, y el segundo, Logan de 2 años, que es suyo biológico con su pareja actual, pero la realidad es que el parentesco no es un factor importante para amarlos a ambos por igual. Su muestra de amor es dar sin esperar nada a cambio, si sus hijos la aman

de vuelta, que bueno, y si no, pues eso es problema de ellos. Previo a aventarse a tener un hijo, María ganó práctica con Emmanuel durante 3 años, que no son pocos. La experiencia de criar a un pequeño de 3 años, la llevó a la conclusión de que ella sienta algo lindo que ofrecer. A él prácticamente lo educó durante la pandemia COVID-19, le enseñó a leer y escribir, los dieces en la boleta son, en parte, gracias a ella.

De hecho, su experiencia está marcada por los recuerdos de su mamá, ella tuvo cuatro hijos, María con uno solo ya se quiere echar a correr. Antes no creía esa jalada de “cuando seas madre vas a entender”, pero es cierto, ahora entiende muchas cosas que pasaron en su infancia, aunque no las justifica. Su mamá desaparecía durante largas temporadas, a veces cortas, nunca se sabía, ella era la del biyuyo¹⁵, y por el contrario su papá no hacía nada, nunca fue de trabajar. Su mamá podía generar cuánto dinero quisiera, aunque muchas veces era un dinero ganado a la mala: estafaba a la gente con la promesa de apoyos del gobierno. “Se pasaba de verga”, aunque ví en María cierta admiración, también admite que sus formas no eran las correctas, al final del día les trajo problemas. Su mamá se peló para León con su papá y hermano pequeño. Me cuenta que en una ocasión tuvieron que sacarla a ella y a su hermano de la secundaria con la ayuda de patrullas porque había personas esperándolos afuera, con la esperanza de conseguir algún tipo de retribución, se imagina, ya que ellos se quedaron en Hidalgo.

No terminó la prepa, resultado de varios eventos desafortunados que involucraron a su ex y un codo roto. Me cuenta que la realidad es que sí terminó, pero nunca les entregaron su certificado debido a ciertas disputas con el entonces director. Ya se hablaba de que ella vendía sustancias ilícitas en la escuela, pero no tenían pruebas, posiblemente las trabas que esta persona le puso a lo largo de los últimos semestres se debían al rumor mencionado. La trampa fue que, de toda la prepa, María debía una materia de 1er semestre, lo que se combinó con el accidente que le impidió asistir a su último cuatrimestre, para que, en consecuencia, le dijeran que debía todas las materias. Pero ahí no terminó, María se espera al siguiente semestre para pagar los extraordinarios cuando le informan que en realidad debe

¹⁵ Modismo que refiere dinero

ocho materias más por un acomodo del plan de estudios. Fue muy rara la cosa. Ya no quiso seguir en ese juego, a tres meses de terminar su último semestre ya estaba juntada con su actual pareja, buscó empleo en el cual le pedían el certificado de la preparatoria. Entre discusiones y actitudes déspotas por parte de la administración, María logró salir de ahí con sus papeles, menos el certificado.

María tiene una relación con su familia extendida bastante dinámica, de ahí surgen algunos relatos que engloban circunstancias que valen la pena mencionar. Comenzaré por sobre la dinámica que compartía con sus hermanos, ella dice que eran unos desgraciados con ella, como solos los hermanos saben ser, pero al final le enseñaron a valerse por sí misma y sobrevivir a la particular vida de la colonia Cubitos, en Pachuca. Vivir en dicha zona era siempre andar al tiro, era un campo de batalla en el que los vecinos representaban batallones distintos.

María pasó por una experiencia de aborto. Una enfermera del seguro le pasó el dato a una de sus tías sobre que una de sus sobrinas había acudido por un aborto; María dormitaba en la sala de espera cuando recibe un santo cachetadón que le bajó lo modorro. El asunto es que dicha tía había pasado por dos abortos espontáneos recientemente, era de esperarse que se sintiera traicionada por ella. Pero María no podía tener a ese bebé; era de su expareja, un güey que la engañó como quiso, el problema es que ya tenía un tipo de relación con otro vato, pero el asunto de tenerlo no recaía en la paternidad, sino más bien que María “se había metido cuadro hasta la madre, una traka incluso”. Tenerlo sería una irresponsabilidad absoluta. Nadie sabía del aborto, más que la pareja actual, su mamá quién la ayudó con los malestares posteriores y por supuesto su tía, quien tiempo después le revela la noticia a la familia con malas intenciones.

Vive con su pareja en la Colonia Centro de Pachuca, en un complejo que comprende tres departamentos en los que viven ellos, sus suegros y su cuñada, con la que María tiene una relación muy apegada. A él lo conoce a través de su narrativa de papá luchador, “yo me quedé sorprendida, es muy raro ver a vatos demandando por la custodia de sus hijos”, Emmanuel, a quien María acogió desde el día uno con la meta de enseñarle lo que es que le cuiden y lo procuren.

Ya llevaban viviendo juntos un rato, María se quita el implante y lo platica con él, “cómo ves si lo intentamos, dije, estamos muy bien, nos va a ir bien si tenemos un hijo, pero él pensaba que no estábamos listos”. Todo eso fue durante la pandemia. Su cumpleaños estaba próximo, tenía planeado tatuarse y comprarse un cuadro, cuando se percatan que “no le había bajado”. Se hace la prueba, sale positiva, se dispone a meditar sus opciones, al cabo de un rato se da cuenta que están en un buen lugar como pareja, además de que su economía es decente; podía echarse el paquete.

A la semana once ambos asisten al primer ultrasonido, María notaba a su gúey medio enojado, aunque se mostraba atento con las enfermeras presentes, andaba raro. Llegando a casa lo confronta al preguntarle si en verdad quería tener un hijo con ella, a lo que él responde, seguro y titubear, que no, no quería, sinceramente no pensaba que estuvieran preparados. Se fue a acostar y se puso a llorar, con la idea de abortar en mente. Al siguiente día él la busca para compartirle que había hablado con su mamá, suegra de María, quien le había puesto en su lugar, parte de su negativa se debía al miedo de convertirse nuevamente en padre. Deciden entonces seguir con el embarazo. Aunque su actitud no cambió del todo, cada visita con el ginecólogo era una tortura, “a ese gúey le valía verga ver a su hijo”, decía que perdía el tiempo acompañándola a las citas, cosa que inevitablemente la hacían sentirse mal.

Tuvo a Logan, su hijo, mediante cesárea, ella misma la programó pensando era la mejor opción, qué equivocada estaba, los dolores fueron terribles. Gracias a las conexiones de su tía, María pudo programar su cita en el seguro y recibir un trato de primera, ella misma compró alrededor de \$10,000 en materiales para que usaran en ella, pero también en otra paciente, me comparte orgullosa.

Me dice donosa: “Y ya después nació mi hijo y me quedé pensando ¿y luego qué? ya lo tengo aquí y... ¿ahora? Lo veía y decía ¿y tú quién eres o qué? ¿en qué te puedo ayudar, carnal?” Sobrevivió al posparto pensando “se va a acabar, se va a acabar, esto es rápido”, se enfocó en ser metódica por su propia paz mental, concentrarse en las tareas a realizar, informarse e investigar sobre cuidados para mantener su mente ocupada. Por elección propia prefirió estar sola en el posparto

y por lo tanto encargarse ella sola de Logan; su cuñada subía para ayudarlo a recoger tantito, o llevarse sus trastes sucios para lavarlos. La verdad es que prefirió estar así, sin preocuparse por recibir visitas.

Asimismo, creó una rutina de sueño con Logan desde el nacimiento para no perder el control, con siestas en intervalo que aprovecha para hacer otras actividades en el hogar o hacer sus entregas. Su rutina diaria comienza de 8:00 am hasta más o menos 10:00 pm, si puede dormirse antes mejor. Alrededor de la medianoche llega su guey del trabajo, ella se levanta para prepararle de comer y cenar juntos.

No pasó mucho hasta que sintió los estragos de esa rutina, hasta que un día cayó en cuenta que la suma de las horas dormidas durante toda la semana apenas llegaba a las seis. Entonces procede a tratar de llegar a un acuerdo con su pareja, él lo cuidaría de 8:00 am hasta 12:00 pm, mientras ella aprovechaba para dormir unas horas, lo que provocó discusiones y malos ratos.

Me confiesa que no cumplió la cuarentena obligada, ella siguió chambeando, haciendo sus cosas para no dejar de generar. María es trabajadora independiente, tiene algunos emprendimientos por su cuenta, pero su mayor ingreso es la venta de sustancias psicoactivas, por tanto, es la principal entrada de ingresos en su hogar, su pareja es mesero, él gana \$1,500 a la semana más \$1,000 de propinas, ingreso que le entrega en su totalidad a María, es su modelo de inversión familiar, ya que ella lo utiliza para comprar el material que necesita, lo que gana es siempre cuatro veces de lo que gasta. María genera alrededor de \$25,000 a la quincena. Es ella también quien administra y reparte todo el dinero del hogar, incluso a Emmanuel le toca una parte para ahorrar o gastar a su conveniencia.

“La neta es que nadie trabaja por gusto, si yo pudiera tener otro trabajo con este sueldo lo tomo ¡pero no hay otro!” me expresa lo difícil que le sería conseguir otro empleo que genere lo mismo y le permita estar con su hijo, que todavía está chiquito y la requiere. El problema es que siente que no puede crecer para ningún lado, su pareja puede crecer laboralmente, pero para ella eso no es una posibilidad. Su pareja la ha confrontado por su inconformidad si siempre está con los niños, a lo que María le contestó que si quería cambiaban, ella se ponía a trabajar y que él

cuidara de ellos; “pero al final sus oportunidades de trabajo son mejores porque es vato, a mí nadie me va a contratar con un crío, van a decir que me voy a salir cada rato a ver a mi hijo”.

Su crianza se basa en el dejar experimentar para aprender, de ninguna manera es una madre aprensiva o vigilante, si su pequeño se va a caer no hay forma de evitarlo, así aprender poco a poco a evitar el mal rato, aunque siempre está pendiente de él para evitar situaciones graves. Es complicado, porque nadie cree en esta técnica. Le emputa cuando critican su forma de crianza, que le digan controle los gritos de su hijo, pero en realidad así son todos los niños, se emocionan y por consiguiente gritan, regañarlos por eso es limitarlos. También implementó un modelo de nada de azúcar antes de los 2 años, algo raro para las familias mexicanas tradicionales, su suegra, por ejemplo, es de darle coca cola a los bebés, su mamá le quería dar pizza.

Ser feminista es más por necesidad que por gusto, su propia historia la ha traído aquí. Lo bueno de ser madre de un varón viene de la posibilidad de llegar a un cambio alejado de los típicos roles de género que crean a los hombres que tanto conocemos; a su hijo se ha encargado de hacerle saber que puede hacer las cosas diferentes desde el cuidado y respeto hacia los otros, en especial de los temas alrededor de “ser niña” y la connotación negativa que lleva en el lenguaje coloquial. Emmanuel ha entendido muy bien, eso la llena de orgullo y satisfacción.

María se encontró con el feminismo desde muy chava. En la secundaria tuvo la fortuna de cursar una materia cuya titular era una maestra que les hablaba sobre el tema, incluso organizaba debates con el grupo sobre feminismo y aborto, lista para chingar ella se puso a favor en la discusión. Tras investigar se dio cuenta que ella sufría muchos tipos de violencia, pero también sus compañeras, caer en cuenta que eran tan solo unas niñas le cambió todo el panorama. A partir de ahí dio un giro completo en su dinámica, lo que trajo varios desacuerdos con sus hermanos ya que ella se rehusó a servirles más.

Una de sus amigas, Lorena Berenice Tinoco, fue víctima de feminicidio. Solían salir de antro con otra amiga, era cotorra, pero buena muchacha, lo que le pasó no tiene razón. Una pareja la secuestró saliendo de un antro en Pachuca,

aventaron su cuerpo en Tizayuca. María lucha por ella, por todas las niñas que son secuestradas y violadas, por los papás que no dan pensión, por las señoras a las que golpean y que tienen que seguir lidiando con su güey... Hoy, María me recomienda con mucha franqueza que no me aviente a tener hijos.

4.2.4. Gloria y estar construida diferente. Entre la diferencia y la tragedia

El proceso de contacto que llevé a cabo con Gloria fue el mismo que apliqué con Bere, la diferencia es que yo me topé con ella en el grupo privado *Entre nosotras nos cuidamos*, grupo dedicado para la ayuda y escucha entre mujeres de Pachuca, Hgo., grupo que cuenta con una participación activa y un banco de miembras de casi 55 mil mujeres. Fue su foto de perfil la que me incitó a iniciar el contacto sin pensarlo: plano medio en contrapicada de una niña con la cara cubierta por un pañuelo morado, lleva dos cartulinas del mismo color cubriendo su pecho, como armadura, el texto no se alcanza a leer. Sostiene una bengala en su mano derecha, la fumarola verde entinta el aire. La cabeza del reloj monumental se asoma al fondo por entre las ramas pelonas de un árbol.

Como investigadora, mujer e hija soy consciente que las actividades a realizar de las participantes se les acumula y desbordan, fue parte del contacto, en especial con Gloria, ya que ambas vivimos en la misma ciudad, ofrecer la posibilidad de vernos en algún lugar público o bien hacerlo a través de Zoom, al final ella me pidió se hiciera en línea para no apretar demasiado su agenda, por supuesto que acepté. El contacto inició el 28 de febrero del 2024 y, entre acomodar horarios y días, pudimos realizar la reunión a través de Zoom el día 6 de marzo alrededor de las 7:00 pm hora centro de México.

Gloria es una mujer que sin miedo a equivocarme diría que tiene muy claro quién es y qué es lo que quiere, tiene las raíces bien echadas en la tierra, desde las cuales mira su pasado y presta particular atención al presente. Mujer autónoma que

ha estado dispuesta a sacrificar lo necesario por el bien de la familia, aportar y ceder por la dinámica de pareja.

Te agradezco, Gloria, por dejarme atisbar tu experiencia materna desde tu voz sincera y consciente, encuentro en ti el fuego que reconozco en otras mujeres importantes en mi familia, mujeres que me han protegido con ese fuego que te impele a hacerte visible, a hacer escuchar tu voz sin miedo, sin pena y con Gloria. Grande, Gloria.

Tu posición crítica hacia la maternidad es uno de los muchos puntos que resalto de tu experiencia, de tal forma que me he valido de tus frases puntuales, astutas y sinceras sobre el cambio radical que ocurre en la vida una vez que te conviertes en madre. Esta frase tuya que me di la libertad de compartir en un coloquio sobre empoderamiento femenino despertó una gran molestia en las asistentes “nosotras como mamás... las mamás... nosotras como mamás, tenemos que renunciar a muchas... Muchos sueños, muchos anhelos que uno tenía en la universidad, en esos cálidos momentos en los que pensabas ‘yo voy a hacer esto y me voy a unir a este proyecto’ pero la vida sucede, un día te enamoras, te embarazas, llegan los hijos y entonces te das cuenta de que las responsabilidades ya son distintas” recuerdo que me compartiste sobre tu convicción a no quedarte callada, a hablar con la verdad y por consiguiente a incomodar a las personas, porque no estamos acostumbradas a escuchar las voces de las propias madres, estamos acostumbradas a un ideal de maternidad que nos obliga a pensar que todo es perfecto. Con tu verdad sobre la maternidad incomodaste a la distancia a un grupo de personas, pero la fuerza de tu voz transmitida a través de la mía y la de una compañera de doctorado, inspiró a defender tu experiencia, pero también aquellas de las demás participantes de este trabajo y mejor aún, la experiencia de tantas mujeres que viven la maternidad en diferentes contextos con miles de sentires parecidos a los tuyos. Ya no nos vamos a callar.

Gloria Citlali Laguna Ramos es una mujer de 37 años originaria de Ciudad Victoria, aunque reside en la ciudad de Pachuca, Hgo, con su esposo y con las criaturas de ambos, Natalia de 9 años, y Carlos de 11 años. Las ganas de estudiar la universidad

la convencieron de residir en Pachuca, aquí echó raíces. Su esposo vive en Ciudad de México de lunes a viernes, es decir que solo se ven los fines de semana, los días restantes cada uno los dedican para hacer sus ocupaciones, para sus respectivos trabajos.

Gloria estudió y se graduó en el 2010 de la licenciatura de Ciencias de la educación en el Instituto de Ciencias y Humanidades (ICHSu), aunque actualmente no ejerce como tal. La falta de tiempo y la maternidad la han llevado a buscar alternativas laborales que le dejen espacio para desempeñarse como mamá, y que también le permita generar dinero. Se dedica al *e-commerce* de un negocio en línea de venta de productos de seguridad privada.

Seis meses antes de terminar la carrera uno de sus maestros la jaló a un proyecto de consultoría educativa, los primeros meses no recibiría paga, pero en cuanto el proyecto se impulsara vería recompensas. Se animó, de 2010 al 2012 trabajó con él, año en el que nació su hijo. Vale la pena mencionar que cuando Gloria se embarazó este profesor fue el que más sufrió, “Gloria ¡en la que te metiste! ¿qué hiciste?” pero claro, ella no le hizo caso, no le creyó. Todo el embarazo la pasó laborando con él, hasta el final, le dio la opción de quedarse, pero los horarios y el sueldo serían distintos por lo que a los 8 meses de embarazo le dio la gracias, en espera de dar a luz. Lo curioso es que, a los 3 meses de nacido su hijo, Gloria volvió a contactar con este profesor para dedicarse a hacer cursos de capacitación para maestras de SEDESOL. Ella le agradece muchísimo el apoyo.

Opina que las mamás tienen que renunciar a muchas cosas, a muchos sueños, los proyectos de vida dejan de ser a favor de dedicarse a la familia. “Como resultado elegimos otros caminos, y pues aquí estoy”. Si pudiera pensar en beneficios que le ha dejado la maternidad serían emocionales, nada más, ya que el transmitir tus valores y ser testigo de cómo aplican aquello que les enseñas a esas personitas provoca mucha satisfacción. Ahora, los aspectos menos positivos refieren al sufrimiento del cansancio físico constante, el emocional, en tu economía y en tus tiempos. “Y las mujeres que son mamás no lo saben, por eso quieren y se convierten en mamás”.

Allá afuera todo es peor para las mamás, porque en muchísimos lados te tratan, opina, como si no fueras funcional, es una suerte que te contraten sabiendo que tienes hijos porque saben que pedirás permiso para salir por tus hijos. Gloria sabe que la entrada para las madres a lugares públicos es restringida.

Al enterarse que estaba embarazada sintió mucho miedo. A quien recurrió primero fue a su mamá, quién le preguntó qué quería hacer, también lo compartió con su hermano. Gloria convocó a un consejo familiar, su papá, hermano y mamá, con ellos platicó sobre la situación, confiándoles parte de su decisión. Así, se reconoce afortunada ya que para ella la maternidad fue, precisamente eso, una decisión, pudo ponderar con responsabilidad sobre continuar con su embarazo o no hacerlo, “como dicen, la maternidad tiene que ser deseada o no será”. Diez días ocupados para pensar sobre seguir o no. Su pareja sí quería ser papá, estaba decidido a responsabilizarse si Gloria así lo quería. Acabados esos días llegó a la conclusión de que era joven, ya había terminado la universidad y podía echarse el paquete, se sentía lista.

La verdad es que se fueron complicando las cosas, la maternidad absorbe. Por otro lado, también reconoce el enorme apoyo emocional y económico que su pareja supuso para que esta decisión pudiera asentarse. Soy de las pocas afortunadas que pudo vivir esta etapa en compañía de su pareja, Gloria confiesa. Ese acompañamiento supuso que dejara ir su lado independiente que le hacía estresarse por cubrir ciertos gastos, igual porque nunca fue de quedarse quieta, pero él le dijo que debía frenar un poco para darse un tiempo para no exigirse demasiado. Así fue como dejó de trabajar. Desde entonces es ama de casa, 6 años más o menos, ya que cuando su primer hijo cumplió los dos años decidió embarazarse nuevamente, por supuesto que lo platicó con su esposo quien se mostró sorprendido, pero no en contra. Así juntos planearon el segundo embarazo. Toda la experiencia fue totalmente diferente a su primer embarazo.

Ya con dos criaturas todo se complicó el doble. Sus ganas de no depender totalmente de su pareja la llevaron a abrir una tienda de bisutería por Facebook; así la veías, haciendo entregas con sus pequeños pegados a sus piernas.

Tiempo después a su esposo le ofrecen una oferta de trabajo en Jalisco, Puerto Vallarta, se mudaron y ahí estuvieron por dos años, al final regresaron a Pachuca porque aquí tienen su patrimonio. Ya instalados nuevamente, buscó un empleo, así dio con el *e-commerce* en una tienda llamada “Súper Online”. Jornada laboral que combina con los trabajos de cuidado; sus días comienzan de 6:20 am y hasta las 9:30 pm. Los cuidados suponen una jornada de 12 horas, pero todo depende de la particularidad del día.

Cada fin de semana le cede el cuidado de los hijos a su esposo quien llega de CDMX, con esta dinámica ya llevan 1 año. Gloria lamenta que es ella quien se encarga en mayor medida de los cuidados, ya que así fue cómo iniciaron su matrimonio, en el que la idea de que por ser la mamá ella debía de encargarse de todo, lo que a la larga comenzó a pesarle. Ella también quería trabajar y crecer. Cambiar esa dinámica se basó en acuerdos bien planteados y acordados que cobraron frutos poco a poco. Así logró tener una dinámica más equilibrada “pero aun así... Aun así, me llevo más, me llevo más carga de los trabajos del cuidado y de todo por ser la mamá”. Por consiguiente, su esposo es quien más aporta económicamente, precisamente por quedarse en casa a cumplir el papel maternal ella no puede aportar lo mismo.

Con el cambio en su dinámica de pareja, intenta inculcarles a sus hijos una imagen diferente del matrimonio en el que se haga un cambio que surja desde la ruptura de asignar ciertas tareas a las mujeres solo por el hecho de que se es mamá; cuando se cuenta con la presencia de padre y madre, ambos deberían ser capaces de hacer las mismas tareas y actividades. Desde la familia busca romper tradiciones ya obsoletas y producir un cambio.

Gloria me comparte que su primer acercamiento con el feminismo comenzó por allá del 2018, cuando se reconoció distinta, construida de diferente forma que sus compañeras, ella siempre fue la que no se quedaba callada. Para posteriormente tener un deseo mayor de pertenecer al movimiento cuando se convirtió en madre. Tras esa revelación comparte que su esposo experimentó ciertas tensiones por miedo a que cambiara para mal, él quería detenerla, entraron

en un estado defensivo en la relación, pero no quedó más que tranquilizarlo y hablar un poco de qué iba la cosa. Poco a poco los años lo han hecho entender.

Otro factor importante fue que sufrió una pérdida familiar debido a la violenta situación que caracteriza a un país en el que 10 mujeres son asesinadas al día. Su prima, Fabiola Cornejo Ruiz, desaparece en 2019, lo que la llevó a nombrarse sin duda alguna como feminista. Ella desaparece junto a su pareja. Meses después surgen testimonios de que a él se le ha visto en Querétaro e Ixmiquilpan; la única que no ha aparecido es ella. Gloria fue el motor de su familia que sirvió para quitarles el miedo y salir a marchar el 8 de marzo de 2019 en Pachuca, Hgo. “Desafortunadamente, la desaparición de mi prima nos unió a muchos para salir y reconocer nuestro feminismo afuera y dentro de nuestras casas.”

Justicia para Fabiola

Hoy Gloria puede elegir a sus amistades, ya no se queda callada y observa la maternidad desde otro lente, en especial porque desde la visión feminista y los cambios que van sucediendo espera que en un futuro su hija viva diferente, si ella elige ser madre no necesariamente tenga que renunciar a su vida. Espera que pueda ser libre.

Lo difícil respecto a la crianza de las mamás feministas es que una vez afuera los hijos se topan con unas creencias totalmente diferentes que les hacen ruido, se encuentran con una ola gigantesca de tradicionalismo que tacha a las feministas como locas, adjetivo por el que han llamado a su pequeña. “Mi solución es decirle que sí, díles que sí, que tú estás loca y libre, que odias a los hombres estúpidos como ellos”. La transición al cambio por supuesto que les será difícil pero no imposible.

4.2.5. Sharon y el problema de la existencia más allá de la maternidad

Se supone que en esta pequeña introducción explicaría, como con las demás participantes, cómo es que me topé con Sharon, la verdad es que no puedo recordar cómo empezó nuestra amistad virtual, por lo que decidí consultar con ella sobre nuestro punto de partida, ella tampoco recuerda. Realmente no importa. Lo que sí recuerdo es que, de un momento a otro, ver su carita en la línea de las historias en Facebook se hizo costumbre, uno pensaría que se trata de una figura de porcelana, con piel blanca y cabello profundamente negro. Lo que si recuerdo es que fue ella quien rompió el hielo comentando una de mis publicaciones en la que hablaba con otra amiga sobre ir a marchar el 8m, comentó que le gustaría unirse, pero le era imposible porque tenía que cuidar a su pequeño, yo respondí que era bienvenida el siguiente año o cuando se pudiera, lo que importó en ese momento era hacerle sentir acogida por mí; yo quien era una amistad reciente en *Facebook*.

El tiempo indeterminado de amistad fue el parteaguas para invitarla a participar con su voz, con su experiencia. Me recibió en su casa a través de la plataforma de Zoom, la distancia y su rutina apretada y desmedida ayudó a que esa dinámica fuera conveniente, después de todo su pequeño es todavía muy pequeño, la requiere en todo momento. Querida Sharon, gracias por tu déjame ver tu cansancio y conocer esa vida que tú misma forjaste, si bien no es fácil, tú le encuentras el modo cada día. Sharon de 21 años es originaria del Estado de México, pero actualmente vive en el pequeño municipio de Tolcayuca en el Estado de Hidalgo, con su mamá y su hijo de año y medio de edad.

La pandemia y la salud mental fueron factores para evitar que terminara la preparatoria, sin embargo, actualmente estudia la preparatoria en línea del programa SEP y se dedica a las ventas por redes sociales de ropa, zapatos y otros productos para aliviar los gastos. Su plan a futuro es seguir con los estudios superiores. Tras un largo periodo de inestabilidad emocional a Sharon le diagnosticaron Trastorno límite de la personalidad (TLP) y distimia, lo que la

mantiene aquí con ganas a seguir adelante, su motorcito, es su hijo. Desde pequeña Sharon quería ser mamá, pero cuando le diagnosticaron dichos trastornos concluyó que no quería tener hijos, incluso consideró someterse a una salpingoclasia.

Posterior al diagnóstico Sharon supo que estaba embarazada, de quien era su pareja en ese entonces. Ella le hace saber la situación, aunque en realidad Sharon ya se imaginaba la respuesta de este: desde el primer momento él asumió una posición para solucionar algo que no necesitaba solucionarse, él quería facilitarle los medios para abortar. Discutieron, él la acusaba de ser egoísta por querer obligarlo a ser padre y, al contrario, Sharon lo confrontaba con la misma idea, él era el egoísta por querer obligarla a abortar, por querer decidir sobre su cuerpo. Al final la decisión la tenía ella. Así, pensando en la consigna de “mi cuerpo, mi decisión” Sharon decide ser madre. Fue ella misma quien le plantó el debido ultimátum, sin congoja, ni mucho menos temor: si él decidía quedarse, debía hacerlo en todo el sentido de la palabra, de lo contrario, ella podía encargarse sola. Tras el nacimiento de su hijo, su expareja la contactó, en sus palabras: “se hizo el muy maduro y me expresó sus ganas de mantener contacto conmigo, pero eso fue lo último, no se ha vuelto a comunicar conmigo”.

Antes de llegar a la resolución de su maternidad, Sharon pasó por una temporada de reflexión, lo que resalta es el apoyo de su mamá para tenerlo o no, al final fue ella, quien tras observar su inseguridad por abortar le aconsejó que sí lo tuviera, de lo contrario la afectaría emocionalmente; su mamá la conoce como nadie más. El embarazo fue una etapa difícil, por sí misma es una etapa llena de agotamiento físico y emocional, agregado a eso a Sharon le tocó ser la responsable del cuidado de la casa, así como de su mamá, comparte que le fue muy difícil, el cansancio era lo normal del día a día, no le veía la salida.

Por fin dio a luz el 13 de octubre, un parto tranquilo y sin complicaciones; desde los primeros días experimentó choques en muchos sentidos, con particular énfasis en la angustia que le provocaba no saber cómo amamantar a su pequeño. Durante todo el proceso tuvo a su mamá a su lado para consolarla y brindar el apoyo posible. Los primeros meses para Sharon fueron un campo de batalla, situarse a sí misma y a su bebé versó sobre entender que ella dejaba de ser su propia persona,

su cuerpo no es más suyo, y en ocasiones tampoco sus pensamientos. Encontrar un equilibrio entre el cuidado del bebé y la limpieza de la casa fue toda una lucha, parte del proceso de adaptación; ella se encargaba de todo, algunas veces recibía ayuda de su mamá o su hermana, pero al final ella lo sobrellevaba todo sola. Hasta la fecha cumple con su responsabilidad sin importar la falta de sueño o energía; si su hijo la necesita ella tiene que estar con él.

Los meses posteriores fueron cambiando, se intensificó, como todo bebé, Christopher demandaba más, y a la par crecía la frustración de Sharon, hasta la fecha es una presencia que sigue en desarrollo. Ducharse era un momento de gran alivio, bajo el agua las lágrimas se confunden y se permite respirar todo aquello que le abruma.

Está segura de que muchas, al comienzo, tratan de convencerse que siguen siendo las mismas personas, que existen fuera de la maternidad, pero eso es una mentira. Por otro lado, Sharon considera que lo que más disfruta de la maternidad es la oportunidad de ver a su bebé crecer, así como dar cuenta de que su forma de crianza va rindiendo frutos sobre la marcha; eso le provoca satisfacción. Al tener un pequeño varón, sabe la importancia de enseñarle a gestionar sus emociones, para evitar que exprese su frustración a través de golpes o lanzar objetos al azar. Tras arduas horas de trabajo sobre el asunto, Sharon comparte feliz que vio a sus esfuerzos dar frutos, ahora el pequeño se soba o solo grita, parte de su crianza encaminada a un modelo de respeto y afecto. Lo mismo trata de aplicar consigo misma, la maternidad le ha ayudado a medir sus emociones, no en el sentido de ocultar y limitar, sino a nivelarlas; antes de explorar, se detiene, medita y actúa. Concluye que, aunque existan muchas cosas buenas que le provocan satisfacción, eso no le quita lo cansado a la labor que es maternar. Las madres son un banco interminable de agotamiento

Cada uno habla como le va en la feria, ese dicho engloba la posición de Sharon ante la experiencia de la maternidad. Existirán mujeres que amen ser madres y disfruten todo el trabajo que esta conlleva, esas experiencias tienen la misma valía que aquellas que la sufren, “cada uno experimenta la maternidad como tan bien le va y toda opinión debe respetarse”. También recalca que tanto el gozo

como la queja son sentimientos comunes a lo largo de la experiencia, no es blanco o negro, ojalá fuera así de sencillo, es un esquema de colores variado. Así la vive ella, momentos en los que necesita un respiro conviviendo con aquellos en los que no quiere hacer nada más que convivir y cuidar de su pequeño.

Hoy ella vive con su mamá, quien es su mayor apoyo, se encarga de los gastos fuertes del hogar y suele ayudarle a cuidar a su hijo cada que llega de trabajar alrededor de las 6:00 pm, por lo tanto, es Sharon la que se dedica al cuidado del hogar en mayor medida, es trabajadora del hogar de tiempo completo. Se despierta a las 6:00 am y entre cuidar del hogar y su criatura termina durmiendo hasta las 12.00 am o 1:00 am, depende del día. Cuidar de un menor cambia los horarios, o más bien tú debes acomodarte a sus horarios, no hay otra forma. En total concluye le dedica 15 horas al día a los trabajos de cuidado.

Su plan a futuro es entrar a trabajar pensando en lo indispensable que es el seguro social para su hijo. Afortunadamente unos conocidos le han ofrecido un puesto, ellos están enterados que es mamá, por lo que no le preocupa sufrir de discriminación laboral con ellos, sin embargo, está al tanto que esa misma suerte no la encuentran todas las mamás en busca de un empleo fijo y digno.

Su primer contacto con el feminismo fue a los 14-15 años, entre risas admite que tiene un “pasado oscuro” previo a, ya que ella solía posicionarse en contra del movimiento, condenar la iconoclasia y el aborto, sin embargo, fue a partir de los 16 años que encontró en ella la necesidad de cambiar e informarse al respecto, motivada a partir de experimentar en carne propia la dinámica de una relación violenta. Las consignas feministas como “los novios también violan” despertaron en ella especial interés. El cambio fue radical. Incluso hasta tocar aspectos de su crianza; vive con la incertidumbre de cómo hacerle para criar un varón, para no criar a un macho. Por eso mismo encamina su crianza desde su propio aprendizaje para inculcar el respeto hacia otras personas, en especial hacia las mujeres, así como inculcar la afectividad que tanto se le priva a los hombres.

Para ella el feminismo significa unión, una lucha que se vive colectiva e individualmente dependiendo de las posibilidades de cada una, todo granito de arena es sumamente importante. Ser feminista le ha brindado las herramientas para

poder elegir amistades y alejarse de aquellas que no consideraba sanas. El feminismo le provoca cierta ansiedad al pensar cómo educar a un varón, para poner límites y respetar límites de otras personas ¿cómo hacerle? Se pregunta a sí misma, en especial para reconocer la importancia de romper patrones que la crianza tradicional estableció, como el ignorar los sentimientos de los hijos.

4.2.6. Vero, la vieja chingona, la sobreviviente

Vero es una mujer a quien veo e inmediatamente pienso en “vieja chingona”, ella es una sobreviviente por decisión tanto como por imposición. Cada una de sus luchas las lleva cosidas a la piel como hito de resistencia. Vero estudió hasta el tercer semestre de la licenciatura en comunicación, aunque seguro hubiera querido concluir sus estudios y enmarcar el título para colgarlo, como es típico, en cualquier pared que se preste, pero no pudo; ¿por qué?, ¿qué pasó?, pues la vida, la vida pasó, arrasando y maltratando.

Vero tiene 35 años, es mamá de dos pequeños, uno de 10 y otro de 13, casi 14; estando consiente que a los hijos no se les debe incomodar con cargas simbólicas los llama, en secreto, sus salvavidas; previo a sus nacimientos Vero se sentía perdida, debatiendo entre el suicidio y la vida. Es un ser de elementos nómadas, las circunstancias la llevan sin descanso de un lugar a otro, al momento de nuestro diálogo ella residía en CDMX, hoy se encuentra en Querétaro. Vero es también, sobreviviente sobreviviente de trata y de prostitución infantil.

Estudió en el Instituto de Ciencias sociales y Humanidades (ICSHu) de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH) la licenciatura en Ciencias de la Comunicación, aunque se quedó en el tercer semestre. Aquí conoce a Ale, pilar fundamental de su historia. Ambas presas de los trámites académicos de carácter obligatorio se encuentran en esa actividad llamada: tutorías. Vero se sorprende deslumbrada al observar la oficina de Ale, llena de cosas zapatistas, algo que pensaba no encontraría en dicha institución dado los académicos; concluyó que no

era igual a los demás. Así, Ale se convirtió en la piedra angular que le ayudaría a entender la maternidad y su papel en ésta.

Cuando se entera que está embarazada experimenta el miedo como nunca antes, le llenaba de angustia pensar qué sería de esa persona creciendo dentro de ella, la violencia en el país se reproduce a cada rincón del país, todas somos susceptibles a sufrir con sus garras. “El mundo está bien culero, mucho más para los vulnerables”. A los 20 años la vida la lleva de rol a Puebla con una amiga, buscaban lugares para *bisnear*¹⁶ y así poder sobrevivir. Ahí conoció a un “pinche hippie” que se la sabía, quién hacía de todo para hacer evidente su interés, la verdad es que Vero no buscaba una relación, después de un tiempo los esfuerzos cobran frutos y accede a salir con él, se hacen novios.

Estando en Puebla un día acude al doctor, ella le agrega el adjetivo “pendejo” antes del cargo, este le envuelve la cabeza con la idea de que algo andaba mal con ella, le sería difícil concebir a partir de cierta edad, entre más pronto lo haga mejor. Tras la consulta la idea de tener un hijo se implanta en sus más íntimos pensamientos. Queda embarazada del hippie tras ocho meses de conocerse, se trata de un embarazo deseado, ella quiso tenerlo, aunque un tanto frustrada confiesa que le faltó dimensionar de qué iba el asunto de tener un hijo. El problema es que el hombre dio un cambio radical, comenzó a ser violento. Cuando su hijo cumplió 1 año, y tras infidelidades, golpizas y amenazas de muerte, Vero decide dejar al hippie poblano. El punto de quiebre fue encontrarlo borregueando¹⁷ a su hijo.

Para poder solventar sus gastos y los de su hijo, Vero entró a trabajar como fichera a un bar; en una semana “se levantó el varo suficiente para pagar las deudas” y comprar algunas cosas para su bebé. Ahí conoció al papá de su segundo hijo, de hecho, el día que ella sorprendió a su pareja borregueando su hijo, Vero le habló a “este vato” para que le hiciera el paro y prevenir que se pusiera violento con ella. Admite que el alcohol y el estado vulnerable emocional en el que se encontraba ayudó a que se clavara, sin pensar y sin notarlo, de este hombre quien al poco

¹⁶ Modismo para referirse a trabajar, de la palabra en inglés “business”

¹⁷ Cuando una persona se expone o es expuesta al humo de sustancias ilícitas, en especial la marihuana, se le dice borregueado o que está borregueado

tiempo también comenzó a abusar de ella. Mismo infierno, diferente diablo. En una ocasión la golpeó tanto hasta mandarla al hospital con un diagnóstico de peritonitis, el vato no se responsabilizó a pesar de que fueron sus golpes los que la pusieron mal. Vero quedó embarazada de su segundo hijo, pero para ese momento ellos ya no mantenían una relación.

Estando embarazada hace su examen de la prepa, lo pasa con 10, se entusiasmó al encontrar que sabía sobre cosas que jamás pensaría. Animada por su familia entra a la universidad sin saber que a la larga sería causas de reproches y champadas puesto que dejaba el cuidado de sus hijos con ellas, su familia. Esta situación la rebasó, adicional a problemas económicos y situaciones de riesgo, lo que terminó por orillarla a dejar la universidad. Ella estaba mal, sus hijos también, no tenía dinero, la salida era un sueño lejano. Recuerda que Ale le alivió mucho de la sensación de fracaso, le dijo que la universidad estaría ahí siempre, pero sus hijos la necesitaban hoy.

Entró a trabajar nuevamente en ese mundo al que se prometió no regresaría, a veces somos presas de las circunstancias, generaba dinero, pero también se ponía en mucho riesgo, en especial cuando pretendió hacer una autoetnografía de sus vivencias, a veces no era lo suficiente discreta, lo cierto es que en esas rodadas te encuentras con mucho delincuente.

Su mamá es un tema complejo, ella fue gran parte de lo que la llevó a ser feminista. Como feminista está perfectamente consciente de la vida que le tocó a Kenia, su madre, para ella la maternidad fue algo impuesto, aunque desde la misma perspectiva no puede justificar que haya asumido un papel de violentadora para con ella a lo largo de su historia.

Entre muchos problemas, menciona que Kenia ha arrastrado problemas económicos en forma de deudas a lo largo del tiempo; preocupada y queriendo asumir la responsabilidad Vero pretendió irse a trabajar a Baja California a un *table* para sacarla de apuros. Aquí nuevamente hace aparición Ale, ella fue quien le hizo entender que no era responsable de su mamá, su complejo de salvadora las llevaría juntas al hoyo. Se le agradece el golpe de realidad. A partir de ahí, Vero inició el difícil viaje para cualquier hija que implica divorciarse de su mamá.

Vero inició un proceso de sanación, ir a terapia le hizo mirar y mirarse para darse cuenta de que no podía sanar, pero tenía que hacerlo, por sus hijos. Así, no tuvo de otra que pensar en el bien mayor, o bien, en el mal menor, y dejar sus hijos al cuidado de su mamá, mientras ella hacía de sangre cicatrices. Al regresar a Pachuca, y tras tomar terapia, encontró una relación fracturada y lastimada, todo estaba mal, le impresionó la falta de higiene en sus hijos y la pobre salud mental que proyectaban, sin mencionar que sospechaba estaban siendo manipulados por su mamá, ya que percibía en ellos un rencor sin fondo, en especial en el menor. Supo en ese entonces que debía resarcir el vínculo. Le agarró mucho rencor a su mamá, después de todo los había dejado a su cuidado, pero de ello no había evidencia. Vero me cuenta como nuevamente cayó en el alcohol después de mucho batallar por dejarlo, a causa de esos patrones llegó a agredir físicamente a su mamá, aunque de ninguna manera se justifica, fue reacción a un cúmulo de violencia con la que había lidiado toda su vida. Fue toda una escena, jamás sufrió un ataque de ira como en ese día. La realidad es que las dos se han hecho daño suficiente. Hoy, para Vero su mamá es un fantasma. Tras la experiencia cae en cuenta que lo que Kenia está ejerciendo contra ella es violencia vicaria, le está arrebatando a sus hijos. Me comparte llena de impotencia que su hijo pequeño sufrió abuso sexual en la familia de su papá. Cuando ella denunció el crimen, se convirtió en la delincuente, la mala, la exagerada, idea alimentada a causa de su consumo de cannabis y por ser neurodivergente, al final ella es la culpable de todo según sus familiares. Su propia situación de vida le llama a realizar protesta desde la desobediencia civil en el reloj de Pachuca en plena pandemia COVID-19. Estuvo un mes entero en protesta con el fin de conseguir la resolución del caso de su hijo. Desde la agresión sexual ya había pasados dos años y era hora que no obtenía respuesta. A partir de esto es ella quien ofrece talleres de acción directa para feministas con el fin de reactivar el activismo en la zona. Así se crea la mercadita con madres y artistas en contra de todo tipo de violencia, pero en especial de la violencia vicaria.

Vero es una devota de la colectividad, “juntas somos más fuertes, la banda unida puede avanzar y romper barreras que fácil nos ponen enfrente.”

Desafortunadamente el choque de ideas y la llegada de nuevas integrantes partidarias de cierto movimiento político terminaron por jugarle chueco. Vero se sintió sumamente traicionada por la misma causa. Desplazada y despojada de la lucha que inició a partir del abuso sexual de uno de sus pequeños, Vero cae en 3 años de cruda depresión, estado mental del que apenas va viendo luz. “Mi maternidad está muy emputada, me han despojado de todo lo que me han podido despojar, de mis hijos, de mi lucha, de mí, de mi posibilidad de maternar como yo quería maternar. Me dejaron desnuda y apaleada, no tengo nada”.

Al final de su último año en Pachuca hizo protesta afuera del DIF durante 3 días, a partir de ahí, una de las morras de la mercadita se acercó para contarle que al final, sus supuestos delirios sobre las personas que pensaba no eran sinceras para con la colectividad eran ciertos. Querían ofrecerle una disculpa, Vero al no ser una persona rencorosa acepta. Les cayó en una marcha donde le dieron espacio a su voz, la invitaron a comer y le regalaron cosas de segunda mano para revender, también una copa menstrual ya usada, además de la promesa de que la apoyarían económicamente, aunque Vero nunca les pidió tal ayuda. Al final solo fue un espectáculo frente a los medios. Cuál fue su sorpresa, que fue acusada de oportunista y traicionera, le atribuían una alianza con la directora de Derechos Humanos, lo cual no tenía fundamentos. La traición llegó en paquete doble. Hoy Vero lucha con ella misma, son contados los días buenos, se siente destrozada. Sus hijos siguen bajo el cuidado de su mamá con quien ha podido sanar un poco la relación, para el bien de ambas y sus hijos.

Notas adicionales, una oda a Vero

Mi Vero, pinche vieja, por el acuerpamiento social que mujeres como tú arman en las calles, muchas morras, como yo, gozamos de privilegios que, pienso con tristeza, lamentablemente no te han arrojado a ti. ¿Para qué sirve esta investigación? ¿De qué sirve hablar de los cuidados y las triples jornadas laborales cuando hay experiencias como la tuya? Experiencias atravesadas por un sistema de violencia que se encarga de crear realidades tan dolorosas para todas, todos y

todes, pero esencialmente para nosotras mujeres. Nuestra vulnerabilidad es materia prima para explotar.

Yo me acerqué a esta investigación con la idea de las heridas de mi madre en la mente, en especial cómo estas heridas, tan inmensas, agujeros negros con disfraz de mujer, estiraron sus manos y me asieron del cuello. Reconozco en estas rojas punzantes la mirada hundida de mi madre, y al mismo tiempo, en ellas reconozco a muchas otras mujeres, como Vero, mujer que se esfuerza por mantenerse entera a pesar del costal de piedras en el corazón, porque siente mucho, ojalá no sintiera nada. Con la sonrisa repentina frente a una extraña, parece que todo duele menos. ¿De qué sirve que investigue esto? quién sabe. De nada, me respondo con vergüenza. Al menos ponderar sobre estas lágrimas que comparto con Vero ayuda a llegar a conclusiones, por ejemplo, sobre lo ridículo que es, que se nos diga cómo sentir, cómo actuar, o en su defecto, cómo no hacerlo, en especial cómo podemos salvarnos de lo que sentimos: con medicamentos, terapias, hijos, sexo, parejas, como si estas fórmulas funcionaran con todas porque todas somos iguales, las locas, las putas, las rastreras... ¿qué saben ellos? ¿qué saben de las lágrimas de Vero? nada, estamos ciegos, estamos ciegas.

Vero, compartir contigo un porrito fue la manera en la que llené el silencio de mi voz, me quedé atontada cuando me dejaste entrar por tus heridas, ojalá hubiera dicho más, ojalá tuviera las palabras mágicas para poner todo patas arriba, que tal transgresión significaría para nosotras mujeres, un mundo correcto.

Mi Vero.

Te veo, te entiendo.

4.2.7. Yadhira y la cartulina que decía “una se hace feminista con su propia historia”

A Yadhira no la conozco previo a este trabajo, por desventura mía. Encontré su perfil de Facebook en la página “Maternidades feministas”, su asiduo interés por el ciberactivismo feminista me llevó a su muro en donde pude tener un atisbo de quién es Yadhira. El proceso de contacto fue el mismo que el expuesto con las otras participantes: le hice la invitación mediante messenger y esperé por su respuesta. Al leer el mensaje Yadhira no pensó mucho en contestar el llamado, partiendo en primera por la sorpresa y seguido del reconocimiento de la importancia de hablar de las maternidades a partir de las voces que lo viven y lo encarnan: las mismas madres.

Acordamos nuestra reunión para el 5 de abril, pero horas antes ella contactó conmigo para pedirme que lo dejáramos para otro día ya que su pequeño había caído en enfermedad, claro, justo esos son los gajes de la maternidad al estar al cuidado de bebés, por supuesto que acepté dejándole saber que de ninguna manera existía problema, en cuanto su pequeño mejorara y ella tuviera oportunidad haríamos la reunión. Finalmente pudimos organizarnos una semana después, el 12 de abril a las 7:00 pm a través de la plataforma Zoom.

Yadhira tiene 33 años y vive en la ciudad de San Luis Potosí, trabaja como promotora de productos en supermercados, actualmente está casada y tiene dos pequeños: Paula de 8 años, que tuvo con su expareja y Mateo 1 año y ocho meses, hijo con su pareja actual. La vida como madre es muy cansada, combinada con una jornada laboral, en definitiva, es pesado, poco a poco te va drenando, no hay día que no sea agotador, pero la verdad de su experiencia es que en su mayoría ha sido un viaje satisfactorio. Demandante, pero satisfactorio, más aún cuando da cuenta de sus esfuerzos cada vez que sus hijos acuden a ella al tener problemas. Le tranquiliza pensar que ella es su refugio. Por otro lado, también reconoce que en

las madres existe una carga mental terrible por la necesidad de estar en todo, estar pendiente y solucionar cada problema que surja. Organizarse es complicado.

Aunque reconoce que el viaje de la maternidad no ha sido del todo sereno, es un viaje compuesto de picos altos y bajos. Su primer embarazo realmente no fue deseado, al enterarse se vio invadida del sentimiento de incertidumbre, claro que quería convertirse en madre, pero no tan pronto, se sentía insegura. Le comparte la noticia a su pareja, preparada previamente para una respuesta negativa, que efectivamente resultó ser. Él le dejó en claro que no se haría cargo, si ella decidía continuar con el embarazo él se iría. Y sí, Yadhira decidió tenerlo.

Si hoy se le diera la opción de tener a la bebé o no, probablemente diría que no, al menos no en las condiciones en que tuvo a su pequeña. En ese entonces no estaba preparada, ni física ni mentalmente, hoy lo reconoce. A Yadhira le tocó trabajar durante todo su embarazo, de 8:00 am a 5:00 pm todos los días; lamentablemente el mundo no es gentil con las mujeres, mucho menos con las embarazadas. Fue una etapa dura que le tocó vivir en soledad.

Una vez nacida Paula, su antigua pareja reapareció alegando querer hacerse cargo, ante las adversidades ella aceptó pensando en su derecho como padre y el derecho de su hija de gozar de un padre, sin embargo, Yadhira confiesa que fue un error, la ayuda era condicionada. Las tensiones y el conflicto no tardaron en aparecer, se trataba de un hombre controlador y violento que se hacía de la vista gorda económicamente, así como con los cuidados de su hija. Lo que obligó a Yadhira a regresar a trabajar por el bienestar familiar. Tras dos años bajo esta dinámica Yadhira llegó a la conclusión de que había tenido suficiente, comenzó los trámites del divorcio. Desafortunadamente la custodia de su pequeña queda a manos de su expareja, a causa de un pésimo manejo del caso por parte de los abogados que la dejaron despojada de Paula. Hoy sigue en procesos de recuperar la custodia para poder disfrutar de más tiempo en compañía de su hija.

Seis años después conoce a su pareja actual. Su segundo embarazo es una historia completamente diferente en dos puntos cruciales: el deseo de tenerlo y la pareja con la que decidió comenzar esa etapa de vida, a quien describe como una persona muy responsable y un padre presente. Él tiene dos empleos para poder

sustentar a la familia, sin embargo, el cansancio del ritmo de vida no le impide involucrarse en los trabajos del hogar y el cuidado del bebé, Yadhira se dice agradecida por el apoyo de su pareja. Aunque confiesa que sinceramente para ambos es más importante sentarse y convivir como familia, ayudar en las tareas, ver una película, jugar y comer que dedicarse al hogar. Darse un respiro de una rutina que comienza desde las 6:00 am y termina a altas horas de la noche, es un acto revolucionario.

Ella trabaja como promotora de productos en supermercados, su horario varía dependiendo del día, aunque su hora de entrada es siempre la misma, a las 8:00 am. Ella se levanta desde las 6:00 am para preparar todo lo necesario para la guardería de sus pequeños. Ella y su pareja llevan a Mateo y de ahí los dos parten a sus respectivos trabajos. Cuando Paula va de visita, entonces Yadhira se transporta a la casa de su expareja para recogerla, de ahí se la lleva al trabajo, ya están acostumbradas. Tiene un acuerdo con su pareja para hacer todo lo posible para recoger a Mateo juntos, es importante para ella dejarle ver que el apoyo es mutuo y nada condicionado en las relaciones.

Su esposo es quien aporta más a la casa con el salario de dos jornadas laborales que suman 15 horas diarias. Como pareja comparten una muy buena comunicación, lo mejor es que no tuvieron que sentarse para platicar los pormenores de su relación y el cuidado del niño, se dio solo. Eso sí, comparte que ambos vienen de distintos pasados, a veces surgen ciertos conflictos leves en cuanto a la crianza, pero la solución llega al platicarlo.

Por otro lado, me comparte que tuvo conflicto con su empleo anterior debido a que su hijo se enfermaba mucho, en las guarderías es normal que eso pase. Su jefe se molestaba cada vez que pedía permiso para salir. La pasó mal. Hasta que su esposo la contactó con su trabajo actual, ahí no tiene ningún problema. “Una se hace feminista con su propia historia” Yadhira recuerda haber leído esta consigna en una cartulina al pasar frente a la organización de una marcha feminista; algo movió dentro de ella. Trazó sus pasos e inevitablemente llegó a las memorias de estar con un hombre violentador en todo el sentido de la palabra, y lo difícil que fue salir de ahí, además de la depresión con la que lidió una vez que pudo.

Impulsada por lo que ese mensaje le provocaba se acercó a la colectiva y dice haber vivido una experiencia de otro mundo, la apertura, cariño y cobijo que esas morras le brindaron plantaron en ella la necesidad de leer e informarse sobre la lucha, y reconocer su propia historia en el proceso, así le fue posible nombrar por lo que había pasado en su última relación. Poco a poco comenzó a acercarse a la lucha, asistiendo a reuniones de contención emocional con la colectiva, antes y durante la pandemia. Hoy Yadhira ya no pertenece a ningún colectivo, pero expresa sus deseos por retomar esa parte de su vida, quizá cuando su hijo sea más grande. El feminismo le ha brindado las herramientas para ser capaz de identificar lo moralmente correcto e incorrecto, y así poner límites con quienes la rodean, en especial su pareja. Hoy Yadhira busca forjar una crianza bajo estos ideales, en busca de criar un varón que no sea como esos hombres que la marcaron, un patán en todo el sentido de la palabra, por suerte su pareja comparte estos ideales, como la importancia de criar hombres diferentes al “todos son iguales”. También para su hija, que en un futuro ella pueda identificar cuando la están violentando y que tenga las herramientas para salir de ahí, su intención es que ella se arroje con el feminismo, su salvavidas. Hoy puede ver las situaciones a través de las gafas violetas, lo que le brinda pautas para marcar límites en todo lo que se preste.

Sigue aprendiendo a través de la lectura, en especial lo que se publica en grupos de Facebook, eso le permite encontrarse con muchas morras que comparten sus ideales. Cuando una de sus sobrinas le expresó interés a pertenecer al movimiento sintió un orgullo que se le desbordaba. El mismo feminismo le ha permitido llevar una buena relación con su pareja quien se muestra respetuoso con todo. También ha cambiado su forma de ver la crianza, una que ha encaminado a criar personas de bien, desde el respeto y la afectividad.

4.2.8. Maga la empresaria. Una historia para reconocerse en soledad, doler y sanar

Querida Maga, no sabes lo feliz que es para mí revivir nuestra conversación compuesta de mucha risa, mucho cotorreo, pero también por un profundo intercambio de experiencias que bien sé fueron muy dolorosas, pero también enriquecedoras. Adoro encontrarme con mujeres como tú, tan poderosas, inteligentes y con los pies bien firmes sobre la tierra, me recuerdas a mi hermana.

Ojalá nuestra risa pudiera representarse en estas letras, ojalá la forma en la que dices la palabra “entonces” se escuchara en estas páginas, todo cantadito, ojalá los momentos en los que tu voz se cortaba y tus ojitos se llenaban de agua estuvieran aquí, lo están, aunque no sé qué tan bien retratados. Igual esos momentos pertenecen a esa noche a las 7:00 pm en la terraza del café Onírca.

Dedico estas páginas a tu lucha, a tu travesía en soledad por el embarazo y por una parte de la maternidad, esa es la realidad de muchas mujeres, aunque no signifique que esté bien. Pero también le dedico estas páginas a Julie, tan solo me puedo imaginar lo importante que es ella en tu vida, lo mucho que significó tenerla contigo en esos momentos cruciales de vida o muerte, de locura o cordura; tan solo puedo envidiar (envidia de la buena) de lejos su relación, me gustaría tener algo como eso en un futuro, más que una pareja, quiero tener a una Julie conmigo, quiero que todas podamos encontrar un parecido de lo que ustedes tienen. Cuidense.

Magali Sigrey Ramírez Miranda o Maga para los amigos, es originaria de Atotonilco de Tula. Es una mujer emprendedora desde hace 8 años con su propia agencia publicitaria, Resorte, en Pachuca, Hidalgo. Agencia que vio la luz en asociación con otra mujer igual de chingona que ella: Julieta. Y es mamá de una pequeña llamada Vibeka cuya concepción y gestación formaron parte de un camino difícil del que hoy recuerda entre lágrimas contenidas.

Maga es una mujer que siempre está en movimiento, tras concluir la carrera en mercadotecnia se lanzó a vivir en Los Ángeles (Estados Unidos) 7 meses después regresa a México, para trabajar a jornadas extremas en CDMX, no disfrutaba mucho la ciudad, o al menos no cómo quería, pero sí disfrutó el valioso aprendizaje que obtuvo de su trabajo.

También, siempre ha sido una persona muy amiguera, característica que la traía de vuelta a Pachuca de tanto en tanto; nunca se fue del todo porque su familia y amigos estaban por acá, las reuniones apaciguaban un poco la sensación de soledad que le provocaba vivir en una enorme ciudad por su cuenta. Los 5 años que pasó en la capital se traduce como una época complicada, le pasó de todo, característica de residir en la CDMX, y en paralelo pasaba por una ruptura amorosa que la dejó despojada de toda seguridad emocional. Es también una persona con una gran fe, con la ayuda de Dios pudo salir de ese hoyo.

El trabajo se tornó demasiado demandante, de lunes a sábado de 9:00 am a 7:00 pm, sin parar y con horarios alargados a los estipulados; se dedicaba a trabajar. Pasa por un lapso de autodescubrimiento, parte de este se relaciona con la cantidad de trabajo del que se encargaba; llegó a la conclusión de que ella no quería eso, no quería pasar cuatro horas en el tráfico para transportarse del trabajo a casa y viceversa. No quería ser otra explotada laboral, no es el camino para ella.

Habían transcurrido 4 años desde la ruptura, cuando una buena amiga llamada Bere la invitó a su fiesta de bienvenida, después de años de vivir en Playa del Carmen regresaba a Pachuca, suceso a festejarse. Ahí conoció a su esposo, Vladimir, se llevaron muy bien, incluso llegaron a los besos, sus amigas la molestaban con que terminarían juntos, pero Maga estaba en negación, ella no buscaba una relación. Su sorpresa fue que efectivamente terminó casada con esa persona.

Finalmente renuncia a su demandante trabajo en CDMX. Al poco tiempo encuentra trabajo en Pemex en Pachuca. De un ritmo de trabajo intenso transita a uno tranquilo, demasiado, pero no dejó que esto la desanimara, al contrario, aprovechó el tiempo libre para concretar toda la idea creativa de su agencia. Pero este mismo ritmo fue el que le provocó la sensación de que la vida adquiriría un estado de quietud, por lo que al poco tiempo renuncia a Pemex. Para ese entonces ya era pareja de Vladimir, se van a vivir juntos, aunque en realidad se veían poco; él es geólogo así que trabajaba en una mina que le demandaba 21 días al mes por 7 días de descanso que pasaba en Pachuca, lo que en un principio hizo de la relación un asunto fácil.

Se consolida Resorte, su agencia, sin siquiera planearlo, Maga y Julie se fueron acomodando, dedicándose de una cosa a otra hasta que se dio. A Julie la conoce en la época de la universidad cuando trabajaba en gobierno, resulta que era mejor amiga de su jefa; congeniaron muy bien en lo personal y profesional, desde entonces se buscaban para hacer proyectos juntas. De ahí que naciera Resorte en una suerte de hermandad más que sociedad, hoy afortunadamente tienen mucho trabajo. Al ser una agencia de marketing, diseño e impresión, se trata de navegar por un mundo de hombres, la capacidad de ambas es constantemente cuestionada por los clientes. Incluso les ha sido difícil contratar personal masculino, nomás no pueden acostumbrarse a recibir órdenes de una mujer.

Más o menos 2 años después se casa con Vladimir. Y la verdad es que nunca tocaron el tema de embarazarse, eran muy felices los dos solos. La idea nace con la experiencia de su hermana, a quien le detectaron un problema genético respecto a la cantidad de óvulos, lo que le dificultaba concebir; esto la pone a pensar seriamente. Su relación con Vladimir tenía un ritmo muy particular que le hacía disfrutar su tiempo a solas. Platican y deciden intentar por un bebé. Lo intentaron muy entusiasmados durante poco más de 1 año, pero nada, Maga comenzaba a resignarse a la idea de no poder lograrlo. Pensaba que no estaría dispuesta a pasar por un dolor similar al de su hermana, y lo terrible que es no poder concebir. Es una tortura. Sin mencionar los millones que conlleva el tratamiento.

Se viene un viaje familiar en el que Maga y Vladimir hablan sobre el último año; concluyen que no lo intentarían más, si se daba bien, sino también. Después del viaje Maga tiene un retraso, aunque eso era normal. Una noche sale de fiesta con Julie y mientras bajaba las escaleras se siente marear “¡no manches! se me hace que estoy embarazada”. Julie se lanza por una prueba de embarazo y sale positiva.

Va al doctor quien le dice que tenía 6 semanas, más o menos, de embarazo, pero el óvulo presentaba el tamaño de 3 semanas, por lo tanto, la manda a hacer estudios para comprobar el nivel hormonal y las semanas verdaderas, esto para asegurarse si se iba a dar o no. Se trató de la primera complicación de muchas por venir. Maga sufrió de implantación baja lo que la hizo vivir condenada al descanso,

básicamente todo el embarazo. Se venían sangrados y el temor por perderla, Vladimir iba y venía de la mina, y Maga se sentía sola, sentimiento que se intensificaba en los momentos de crisis. Pasa por un sangrado preocupante lo que la lleva a un reposo absoluto. Se viene una temporada de incertidumbre, miedo y serenidad, de esa que aprieta ya aburre, pero también aquella previa a una posible tormenta. Extrañaba muchísimo trabajar, fue casi la muerte.

La única persona que estuvo al 100% fue Julie, todas las mañanas era de ella el mensaje que recibía preguntando por su bienestar, si algo necesitaba o se le antojaba ella se lo facilitaba. Es una persona maravillosa. Además de que se quedó a cargo de al menos el 70% de la empresa. Julie llenaba los huecos que la soledad le dejaba marca a Maga. “El embarazo si está chido, hay cosas bonitas, contadas a veces”. La verdad que la angustia y la soledad no la dejaban mucho disfrutar de la etapa, a menos hasta que la sintió moverse, así comenzó una temporada en la que Maga encontraba consuelo en esos movimientos que traducía como caricias, conexión que solo podrías entender si tienes a una personita adentro.

Vibeka nace en plena pandemia COVID-19, por lo mismo la visita al hospital fue apurada, incluso les dieron de alta al siguiente día, lo que les cayó súper, así se ahorran lo de la hospitalización. El problema que se encontró durante el parto y el tiempo posterior era que como pareja realmente no tenían una red de apoyo familiar fija, la única red con la que Maga cuenta es Julie. Ese día se las arreglaron solos, un día muy caluroso y caótico, en el que a Maga le tocó viajar en la parte trasera de una camioneta cerrada y de asientos de piel, rebotando con las pendientes de las carreteras, aguantando la incómoda sensación de una cesárea recién cosida.

Los primeros meses fueron muy complicados, mucho más porque la vida siguió. Vladimir tuvo que regresar a la mina 5 días después del parto. Maga se queda sola sin saber cómo cuidar de una cosa tan pequeña e indefensa como lo era su pequeña, no supo lidiar con ciertas cosas propias del cuidado de recién nacidos, recuerda hoy con tristeza. Su gran apoyo, como de costumbre, fue Julie quien, junto con su esposo, llegaba cada noche para ayudarla a bañar a Vibeka.

Es un calvario que no le gustaría volver a vivir, y no se lo desea a nadie. “Al final lo logré, sí, estuvo pesadísimo, entre el no dormir y tener miedo constante el descanso nunca llega, más que montones de frustración. Lo cierto es que viene acompañado de muchos sentimientos, sí es mucho amor, pero también mucha tristeza, mucho cansancio”.

Su modelo de crianza lo describe como autónomo, el cual implementó desde muy temprana edad en Vibeka, porque al final ella la criaba sola y necesitaba herramientas para administrar el cuidado. Tomó coaching de sueño para enseñarle a dormir sin que necesitara de sus brazos. Le funcionó, al poco tiempo ya dormía como relojito, parte de una rutina que le permitía acomodar sus actividades entre siestas. En un punto llegó a pensar que ya tenía controlada la maternidad, que falacia. Pero siempre encontraba el hombro de Julie para llorar y desahogarse de toda la frustración, miedo y culpa que iba acumulando. Julie le ha dado lecciones de vida valiosas respecto a su maternidad, eso en definitiva no tiene precio.

Sentía mucha culpa, sobre todo tras visitar a sus papás, y comparar su crianza con aquella que recibió de mamá. En estas visitas y reuniones familiares aguantaba comentarios en forma de concejos que le hacían sentirse insuficiente. Lloraba mucho al concluirse la peor madre del mundo. La relación con su mamá es muy complicada, ella tiene una forma muy peculiar de ser que ha lastimado a Maga a lo largo de los años. “¿por qué mi mamá no me puede ver con el mismo amor con el que yo veo a Vibeka? ella no me ama tanto o no me ama a tal grado de aceptarme tal cual soy, como yo amo y acepto a mi hija que apenas y tenía meses de vida”. Su maternidad la enfrenta con su propia historia de vida, le hace cuestionarse aspectos de su experiencia como hija, lo que la lleva a la conclusión de que no quería ser esa mamá para Vibeka, y para evitarlo entró a terapia.

En este camino de sanación, encuentra que traía algo guardado para con Vladimir, un cúmulo de soledad y una rutina hundida en la costumbre; sentía cierto rencor hacía él. Por otro lado, también menciona una frustración acumulada que comenzaba a pesar, devenida de ver cómo todos los esfuerzos por llevar una rutina en crianza específica se rompían cada que llegaba Vladimir, quien le jugaba al padre a costas de desequilibrar la rutina de sueño de Vibeka, pero cada que él se iba a

ella le tocaba pagar los trastes rotos, es decir, comenzar de nuevo la rutina para retomar la costumbre.

También sentía resentimiento ante el hecho de dedicar su vida al cuidado de su hija, en verdad lo padeció. No tenía tiempo para nada, todo giraba en torno al cuidado y la crianza, sentía que se estaba perdiendo de muchas cosas. “Fue una temporada tan frustrante para mí, no me quedaba más que buscar más cosas que hacer para que mi cabeza no se perdiera en la tristeza, mi trabajo me mantenía distraída de sentirme así”. Esta creciente incomodidad le hacía pensar en dejar a Vladimir, si no iba a estar entonces ella se encargaría sola.

Se llena de trabajo, entra a un diplomado en el TEC, se encarga de Vibeka, de la agencia, de ella misma hasta ser funcional. Ritmo que terminó por causarle una parálisis facial, situación que sirvió como parteaguas para hablar sobre su relación con Vladimir, el tema central era su paternidad y papel como pareja. Afortunadamente la discusión fue para bien, Vladimir regresa a Pachuca y comienza un proceso de adaptación familiar con buena pinta. Por fin Maga ve nacer la maternidad que siempre quiso llevar.

Les costó encontrar un equilibrio como pareja, pero afortunadamente se ha podido. Hoy Maga sabe que está enamorada del hombre, algo que antes se le dificultaba identificar. No solo es el padre de su hija, sino también una pareja para Maga. Hoy él tiene un trabajo cerca, se organizan y dividen todas las tareas “ya ejerce su paternidad y se pueden quedar juntos [Vibeka y Vladimir] el tiempo que sea, incluso cuando me tengo que ir de viaje. Es un buen papá y un muy buen esposo, todo lo que me enamoró de él está ahí y, es más, creció”.

Si le preguntas si se considera feminista no sabría decir hasta qué punto. Sí, construyó una empresa con mujeres, considera que el tema del lugar de las mujeres en todos los ámbitos tiene que ser muy defendido. Sin embargo, hay cosas del feminismo con las que no está de acuerdo y por consiguiente no concilia. La parte del feminismo que odia a los hombres le provoca mucho ruido, ella ama a su papá y a Dios, lo que al final ese odio no le hace mucho sentido. De hecho, su papá nunca les inculcó, a ella y sus hermanas, un estilo de vida muy apegado a los roles de

género, usar vestido nunca fue una norma, al menos para ella. Al contrario, su mamá era quien se inclinaba más a un modelo de familia tradicional.

Su parte feminista habla desde la comunidad que ha formado muy fuerte con Julie y Nancy, otra socia muy allegada personal y que además forma parte de Resorte “Desde este punto de vista yo sí considero que tengo como prioridad a las mujeres, pero no sé hasta qué punto puedo llamarme feminista”.

- 5. Somos sangre de útero, la misma agua tibia que nos transforma en raíces, de aquí nace el mundo. Vamos tomadas de la mano al análisis**

Antes de dirigirnos al análisis de las narrativas, presento la siguiente tabla a modo de organización de las voces de las participantes, así las referencias a los fragmentos de sus vivencias serán más fáciles de identificar.

Tabla 3

Referencia de las participantes

Nombre de la participante	Año de la entrevista	Referencia
Bere	2024	(EB, 2024)
Karla Miau	2023	(EK, 2023)
María	2024	(EM, 2024)
Gloria	2024	(EG, 2024)
Sharon	2024	(ES, 2024)
Vero	2024	(EV, 2024)
Yadhira	2024	(EY, 2024)
Maga	2024	(EMA, 2024)

5.1. De sustos personales a hablar del deseo

La maternidad siempre está ahí, mirando paciente nuestro andar, está perfectamente integrada en el imaginario social como una única trayectoria de vida, para las mujeres, por supuesto, la maternidad y todo lo que implica: el embarazo, la crianza, la lactancia, el duelo gestacional...son parte de todas, ya lo decía Irigaray (1980), siempre somos madres independientemente de si tenemos hijos o no.

Este trabajo toma los relatos de las participantes para reivindicar la experiencia, porque la maternidad no es solo una, se tratan de una mescolanza de

vivencias atravesadas por diferentes contextos, desde ahí se crean escenarios con dificultades y satisfacciones propias que deben visibilizarse, así vamos en la busca de un cambio en el campo de saberes de lo que es ser madre, porque en ocasiones las transformaciones se dan desde las demandas de los movimientos sociales (Troncoso, Galaz y Álvarez, 2017); las maternidades feministas no solo desafían la armadura social de la falaz maternidad patriarcal, también resisten desde los hogares. Habrá que recordar que “No se trata de idealizarla ni de esencializarla [la experiencia materna], sino de reconocer su contribución histórica, social, económica y política” (Vivas, 2019, p. 4), así vamos creando nuestro propio canon.

Las maternidades feministas traen a la discusión la responsabilidad colectiva para la reivindicación, no porque sean un lugar de sabiduría, pero si uno para generar conocimientos. Paralelo a esto podría pensarse que el feminismo y la maternidad son dos polos opuestos en constante enfrentamiento, pues la maternidad es una pesada losa de abnegación, dependencia y culpa; una vez comenzó el cuestionamiento del deber ser en la década de los sesenta y setenta del siglo XX no hubo marcha atrás, la perfección materna pensada desde la dicotomía buena/mala madre perdía lógica por lo que fue rechazada, el asunto es que no hubo nada que zurciera la ruptura, el feminismo no pudo afrontar las contradicciones que implicaba ser madre bajo los términos masculinos, lo que terminó con una relación tensa con la experiencia materna (Vivas, 2019). Sin embargo, los nuevos feminismos han alzado la voz para cerrar el abismo maternidad/feminismo. Ser feminista no debería conllevar un menosprecio con el hecho de ser mamá; repensar la maternidad desde la identidad feminista. Lo que es ser madre hoy es un ejercicio crucial para descomponer el mito de la maternidad, a partir de la posibilidad de ofrecer narrativas desobedientes (Vivas, 2019) narrativas que surjan desde la articulación político-epistemológica (Haraway, 1991) y que den respuesta a qué es ser madre feminista cuando el canon es una maternidad patriarcal que da (de)forma, lo queramos o no. La fatiga materna aparece porque nunca se cansa de tocar a nuestras puertas.

Se trata de perder el miedo a la experiencia, de evitar lo malsano de encontrar los mismos patrones en cada una de nosotras, de movernos en la rebeldía

de maternar paradas en la incertidumbre, en la ambivalencia y la contradicción, de nombrar los sentires por más complicado que sea, esperando brindar una mejor comprensión más no una calca a la que idolatrar en la misma medida que temer. Es producir conocimiento con las voces con la maternidad constituida como objeto central de la experiencia, por lo tanto, es fijarla como un elemento en la historia, y que, a su vez, es un elemento que hace historia (Imaz, 2010). Así vamos desmitificando y desculpabilizando nuestras experiencias en aras de sacar mandatos ridículos de nuestros úteros, nuestra psique, nuestro hogar, la familia...para aspirar a una identidad que no nos limite a ser solo la madre.

A lo largo de los dos años transcurridos en la hechura de este trabajo, inicié un proceso de reflexión sobre que yo era también una víctima de la imposibilidad de conciliar maternidad con feminismo, incluso mucho antes de llamarme a mí misma feminista pensaba que la maternidad era igual a grilletes; todas pasamos por esa etapa de rechazo a la fertilidad de nuestros cuerpos, hoy tengo por seguro que en algún punto del país hay una adolescente desechando la idea de embarazarse en el futuro, idea que al paso de los años se tornará en la noción ridícula de una niña a la que le faltaba vida. Se calcula -dice Esther Vivas (2019)- que de las mujeres sin descendientes solo un 2% no podrá tener hijes por cuestiones biológicas, mientras que únicamente el 5% no los quiere y mantiene esta decisión a lo largo de la vida. Solo el 5%, madre mía, ¿qué me hace creer que soy especial?

Pensando en lo anterior Sharon me comparte y yo me reflejo en ella:

Desde pequeña yo sí tenía la idea de que quería ser mamá. Pero cuando me diagnosticaron esos trastornos [Trastorno límite de la personalidad y distimia], yo concluí que no quería tener hijos, hasta pensaba irme a hacer la salpingoclasia para hacerlo definitivo. Pero bueno, pasó [...] (ES, 2024)

No me llevó mucho tiempo romper trato con la equívoca maldición de “serás madre”, apenas cursaba la secundaria cuando sentí un rechazo indiscutible a la feminidad que obliga a procrear. De Beauvoir (1949) decía que la inferioridad de la mujer originaba, en un principio, en el calvario de repetir la vida, una y otra vez, crear vida,

así como seguir los pasos de las mujeres por delante: encerrar a la mujer en la maternidad es perpetuar esa situación. Soy, por consiguiente, una cínica, ingenua, hipócrita que intenta justificarse a través de la superación, nuevamente parafraseando a De Beauvoir (1949), no puedo consentir dar la vida más que en el caso de que la vida tenga un sentido. Aquí difiero en el sentido del peso político de las experiencias amalgamadas en contextos diferentes, el negar la maternidad no infiere, en mi caso particular, un sentimiento de superioridad ante aquellas que lo aceptan; es más bien pensar en otro sentido, uno que mis ancestras, al menos hasta dónde llega el recuerdo generacional, no pudieron llegar a ver. Tomaré esto como una reflexión inicial respecto a un cuestionamiento aún más amplio que sucedió a lo largo del acto discursivo con cada participante, más adelante ahondaré en el curso de mis preocupaciones y entendimientos subjetivos desde la responsabilidad colectiva de la investigación feminista.

Parto con el primer punto con el que he “topado con pared”, sobre el deseo de ser madre; la contradicción alrededor de decidir tener un hijo arranca con la incauta percepción de que las mujeres reciben la idea de embarazarse de forma pasiva ante el modelo social impuesto del “serás madre”. Tal raciocinio lo rastreo a mi madre, con quien llevo una amistad más o menos atormentada (De Beauvoir, 1949), dinámica encaminada a evitar que me convirtiera en su doble, en su reemplazo, me ofreció una opción que a ella sistemáticamente se le negó, por su época y condiciones: la de no tener hijos. Porque ella no lo meditó, no estaba lista, ni mucho menos midió las consecuencias de perder su juventud y capacidad de elección, ella lo confesó, no quiere que pase por las grandes dificultades por las que tuvo que pasar para criar a dos hijas. Estudia, trabaja, viaja, vive más allá de la maternidad, me dijo, que todas las demás siguen a la borregada, hacen lo mismo de siempre, tú puedes ser diferente. Pero justo el generalizar la decisión y la experiencia cae en el mismo vicio de la epistemología positivista que instauró la maternidad como una sola vía. Lo cierto es que hoy las mujeres son actores sociales que actúan dependiendo de sus circunstancias personales y sociales. Elixabete Imaz (2010) plantea que, aunque la maternidad es una construcción cultural, de la que participan representaciones fuertes y arraigadas que configuran lo que

entendemos de lo femenino, están surgiendo cambios en la concepción, hoy son ellas las que adquieren protagonismo a través de sus resistencias y propuestas al modelo. La idea de que todas las mujeres nos sometemos a un mandato arcaico, al final “no se sostiene cuando se echa una mirada a la historia social, que descubre el carácter construido de la institución de la maternidad” (Imaz, 2010, p. 7).

Sobre el deseo de ser madre Maga desarrolla su decisión a partir de mirar otras realidades:

Yo tenía una compañera que tenía alrededor de 40 años, ella había construido una vida alrededor de su trabajo, es decir, mi amiga literalmente vivía para trabajar. Yo la quiero mucho, aprendí mucho de ella, y a partir de este aprendizaje, del que solo tus amigas pueden darte, llegué a la conclusión de que yo no quería eso. No quiero pasar cuatro horas de mi vida en el tráfico. Pero la verdad es que, tras observarme, sentí que sin querer ya estaba llegando a esa vida; todos esos altos y bajos de la época me sirvieron para visualizar lo que quería, también a ir descartando lo que no quería y quedarme con lo que me hacía ilusión para un futuro, pero definitivamente no quería llegar a ser una explotada laboral más en la vida (EMA, 2024)

Maga quería otorgarle otro significado a su vida que la mujer trabajadora, su trayectoria de vida en contraste a una cercana le otorgó pautas para ser precisamente una actora social del visualizar lo que quería ser, en oposición a una latitud distinta. Es la misma experiencia la que nos lleva a un proceso comparativo, otras formas de vivir hacen que los propios planes de vida se iluminen con otra luz y que las limitaciones y sacrificios que conlleva, tras la comparación, no sean tan duros (Beck y Beck-Gernsheim, 2001).

Tras exponer la posición anterior, conviene abordar la otra cara de la moneda: No olvidemos que la maternidad es una experiencia sobrecargada de significados sociales, es subjetiva y social en la misma medida, y la cual no suele tratarse de un proceso reflexivo sobre los motivos de la decisión (Palomar, 2004). Ahora queda explorar esta misma idea y preguntarse qué tanto el deseo de convertirse en madre florece de una reflexión racional activa ¿qué lugar ocupa la subjetividad femenina en la institución de la maternidad? Martha Lamas aborda esta problemática poco cuestionada por el feminismo, sobre la constitución del sujeto en

la maternidad, dice que en esta discusión sucede que los estudios al no abordar la cuestión desde una perspectiva freudiana en cuya persona atraviesa deseos y procesos inconscientes, lo hacen pensando en las mujeres cuya conciencia y voluntad todo lo puede, lo anterior nos impide comprender algo básico: “una persona puede ser dominante en una relación y estar subordinada en otra” (Lamas, 2001, p. 21). La dicotomía voluntarismo/racionalismo borra todo un esquema cultural, social, geográfico, étnico, sexual que influye en la toma de decisión.

Es precisamente este cuestionamiento que lleva a la desgastada discusión¹⁸ sobre lo que es “natural” en la mujer, y si el deseo de convertirse en madre continúa permeado por ésta.

De esta manera, podemos afirmar que la maternidad suele no ser fruto de un proceso ni subjetivo ni colectivo de autodeterminación consciente, y genera así distintos efectos concretos tanto para las mujeres como para los niños y niñas que nacen de dichas mujeres, y también para la sociedad en general (Palomar, 2004, p. 14).

Sobre una de las razones para tener un hijo Mari narra:

Si te pudiera decir una razón por la que tuve a Logan es porque tenía miedo de que mi abuelita se muriera, si ella se muere yo me voy con ella, por eso necesitaba algo que me mantuviera aquí en este plano, viva, para que no solo se tratara de mi abuelita. Por eso me aferré de esa manera a tener un hijo. Por eso también, cuando tuve a Logan conmigo pensé que no estuvo bien, no era necesario, no está bien sanar a través de alguien que no tiene nada que ver (EM, 2024)

Paralelamente Sharon comparte la estrecha relación entre salud mental y su maternidad:

¹⁸ aunque no por ello irrelevante, la resistencia social, de género, de clase, política y geográfica a reconocernos como actantes en nuestras decisiones nos obliga a rastrear los pasos al problema del “esencialismo biologicista” (Lagarde, 2005)

Antes de que me embarazara me diagnosticaron con Trastorno límite de personalidad y distimia. Siendo sincera es posible que las ganas de seguir aquí, las ganas de seguir luchando o cómo dijera mi mamá, de tener mi motorcito que me impulsa a seguirle echando ganas, es mi hijo. Él me ayudó a quedarme aquí, antes yo buscaba la manera de acabar con mi existencia, pero hoy él significa encontrar motivos para quedarme, y qué mayor motivo que él (ES, 2024)

Aún hoy las razones para tener hijos están permeadas por el rol biológico de la maternidad, y carga consigo motivaciones hedonistas, oportunistas, utilitarias (Lamas, 2001), además de que es un extraño compromiso de narcisismo, de sueños, de sinceridad, de mala fe, de abnegación y cinismo (De Beauvoir, 1949). Muchas mujeres, aún hoy, ven en un hijo la posibilidad de llenar un vacío, ya lo dijo Mariana Winocur (2012) de satisfacer la insatisfacción. Por ello es necesario darle espacio para construir una desmitificación de la maternidad, porque a pesar de la posibilidad por regular la fecundidad, la identidad y valoraciones sociales aún las mujeres estamos vinculadas al hecho de ser madres.

También se debe agregar a la discusión la influencia de la identidad individualista de la modernidad, ya que esta juega un papel importante en la decisión. Hoy las mujeres podemos especializarnos y trabajar sobre nuestras biografías sin hacerlo al margen de la maternidad, las opciones de vida son variadas, a diferencia de nuestras madres y abuelas, pero, así como lo plantea Almudena Hernando (2012), esta misma individualización sume a la mujer en una contradicción sofocante, que la lleva de lo público a lo privado, sin realmente salir de la esfera privada de los cuidados. Construimos un yo alrededor de una identidad enfocada al cambio y al crecimiento, pero por más individualizadas¹⁹ que estemos, nos sentimos perdidas si no nos percibimos parte de una red de relaciones, por ello la maternidad es una estrategia de reafirmación identitaria irrenunciable.

Vero me comparte:

¹⁹ A esto Almudena (2012) lo reconoce como parte de la *identidad independiente*, aquella que reconoce la contradicción de su posición, y que es la propuesta a la *identidad dependiente* de los hombres basada en la razón. La identidad independiente supone un conjunto de rasgos de la identidad relacional (emoción) y la identidad dependiente (razón) para la ordenación de la realidad.

Mi hijo no fue algo no deseado, ¿sabes? Por esta misma situación, yo la neta si quería tenerlo, el problema es que yo no dimensioné qué pedo con tener hijos [...] Yo sé que no debemos de ponerle esta clase de mandatos a los hijos, cargarles ese peso, y no es algo que yo se los diga, pero yo hoy te digo con total certeza que, a mí, mis hijos me salvaron la jodida vida porque yo vengo de una situación que llamarla difícil es quedarse corta. Yo de niña no la pasé chido. Me costó, pero cuando tuve la fuerza para escaparme de mi casa me largué, pero la cosa no terminó ahí, lo que me dejó es que me volví muy suicida pero siempre buscas esas excusas ¿me entiendes? Pero bueno, yo solita dije ya estoy aquí en el mundo y vamos a ver qué pedo, pero justo, el mero pedo era que yo no tenía plan de vida, ni aspiraciones ¡nada! Yo iba por la vida experimentando y esperando por a ver hasta dónde me daba la vida (EV, 2024)

Más allá de una decisión individual las mujeres buscan ser madres por cuestiones psíquicas y sociales; la ambivalencia con el deseo radica en que el embarazo sucede, en ocasiones, a pesar de y a costas de nuestros planes de vida.

Lo narra Bere:

A Sofi si teníamos contemplado tenerla, pero llegó de sorpresa. Fer, mi pareja, y yo desde que empezamos a andar fue un asunto serio [...] Pero el punto es que sí hablamos sobre formar una familia a futuro, uno de mis sueños era poder irme a la sierra a trabajar, yo quería ir a apoyar a los niños, para mí los niños son algo importante, me encantan; planeaba irme previo a casarnos y ser felices, pero bueno, las cosas no salieron así, Sofi se adelantó (EB, 2024)

Yadhira, al igual que Bere, la noticia de la llegada de su hija la tomó por sorpresa:

A los 25 años me entero de que estoy embarazada de quien en ese momento era mi pareja. Ya te imaginarás cómo me sentí, llena de incertidumbre, dudas y preguntas, la noticia me llegó de sorpresa, no estaba en mis planes cercanos embarazarme, por supuesto que a futuro sí, pero no puede evitar pensar que quizá no era el momento (EY, 2024)

También el deseo, aunque latente, puede sufrir del mechero externo para activarse sin el consentimiento de la actante. Si bien la maternidad supone datos biológicos y culturales innegables, también sucede a la oscuridad de las tradiciones y

costumbres (Palomar, 2004), además de que a través de ella nos toca descubrir temores e incertidumbres, así lo cuenta Vero:

Estando allá [en Puebla] me pasó que... y yo he escuchado, que a muchas nos ha pasado algo similar, que nos sentimos mal de la panza o algo cuando nos baja y algún pinche doctor pendejo te dice que a ti te va a costar un pedo tener hijos, entre más pronto lo hagas mejor. Y fue así como un pinche diagnóstico tras una consulta de 1 hora de un doctor pitero del seguro me hizo creérmela, ¡verga! ¿y si tengo un hijo? (EV, 2024)

Parece que aún debemos traer a debate el marcado prejuicio sobre que como mujeres no tenemos otra opción más que parir, como lo dictamina la sociedad, la biología, la religión y sí, también la medicina. Pero claro, la medicina tampoco está exenta de las tradiciones y prejuicios de una sociedad machista; al contrario, los reproduce (Vivas, 2019). La formación de los y las médicas lleva consigo la tradición patriarcal de enajenar a la mujer de su propio cuerpo, provocando en mujeres como Vero, un temor irresoluto lo que la llevó a una toma de decisión más o menos inconsciente. Para Vero postergar la maternidad, según el diagnóstico del médico significaría renunciar a un plan de vida, por supuesto que la presión cala y tiene nombre de infertilidad. Esta realidad lleva a la luz a cada vez más mujeres de veintitantos que desean ser madres, pero no ahorita, no es el momento, no estoy preparada, pero y si cuándo lo esté ya no puedo por no ser lo suficientemente fértil. En general el personal sanitario tiene poco o nulo respeto por la subjetividad femenina, por los cuerpos, los partos, las revisiones, y a la par, existe el debate de la violencia obstétrica, entre la justificación de los malos tratos por la costumbre médica (Vivas, 2019).

Las narrativas de las participantes son muestra de que transitamos en las dos caras de la moneda, la libertad de decisión de las mujeres modernas colabora con los procesos inconscientes que supone ser madre. Hoy podemos tener cierta amplitud de decisión sobre si tener hijos o no, sobre cuántos tener y cuándo, sin embargo, tampoco vamos a ignorar que difícilmente saldrá como en nuestros planes. Los embarazos sorpresivos son la razón primaria por adelantar el plan de

vida y postergar partes de la propia biografía. Así mismo, las narrativas se inclinan a una maternidad que no es fruto de un proceso subjetivo consciente, es aun para la mayoría de las participantes un camino para llenar el vacío, para satisfacer la insatisfacción porque definitivamente la narrativa social no ha dejado de hacer de mujer y madre una simbiosis obligatoria. Al ser la maternidad una experiencia subjetiva y cargada de mandatos socioculturales esto nos deja vulnerables ante nuestros contextos, son muchos los factores que van a influir en la decisión independientemente de nuestros planes de vida, en definitiva, no es un proceso reflexivo consiente, somos madres por muchas razones y muy pocas de esas razones serán producto de la reflexión racional que se encuentre intacta de los discursos socioculturales que son heteronormativos, patriarcales y tradicionales.

En apartados siguientes abordaré aún más el tema puesto que aún no abordo el tema del feminismo, pero dicha identidad poco influye en la decisión, mucho más pensando en que el feminismo, según sus narrativas, sucede después del embarazo. Nuestra identidad feminista no llega a tocar los confines de la maternidad como proceso de cuestionamiento porque las razones rebasan toda reflexión. Convertirse en madre tiene un espacio de honor en las biografías y en las relaciones de pareja porque está profundamente vinculado a nosotras desde lo biológico. La maternidad es nuestra razón de ser, lo que nos da significado individual, así como lo que le da significado a nuestros esfuerzos biográficos.

Por ello la importancia de abordar las maternidades desde todos los flancos, el placer y la ambivalencia, para ir tejiendo una identidad que vaya de la mano con la maternidad como dinámica paralela, es decir, no subordinada. Pensar en que sea posible llegar a un punto en el que la decisión sea un proceso reflexivo consiente e intelectual de nuestro papel social, es una meta utópica, ya que la individuo tendría que desinsertarse de la sociedad en la que vive, asunto imposible. Entonces apostemos a escribir nuestro canon de la maternidad, una que exponga las razones, sean conscientes o inconscientes, pero nuestras. Apostemos a las maternidades deseadas, a las maternidades preparadas y amorosas. Así trabajamos en menos mujeres arrepentidas y menos infancias dañadas. Esta reflexión crecerá y se nutrirá con las reflexiones propias, así como de las participantes en próximas páginas.

5.2. Tener o no tenerlo, esa es la cuestión

Ante la sorpresa y la incertidumbre las participantes ponderaron sobre la alternativa: el derecho democrático de decidir sobre el propio cuerpo desde el cuestionamiento de qué tan preparadas se consideraban para convertirse en madres, lo que lleva a la posibilidad de interrumpir el embarazo.

Gloria pasó por un total de diez días de reflexión previo a la decisión:

Cuando me enteré de que estaba embarazada me sentí con mucho, mucho miedo. Desde el principio, con quién yo me acerqué fue con mi mamá y ella me preguntó '¿Y qué piensas? ¿qué deseas?' [...] Posteriormente lo platiqué con mi hermano y él me dijo 'Tienes la oportunidad de no ser mamá. Hay que platicarlo planearlo bien a futuro' [...] Por otro lado, mi mamá me aconsejaba que lo pensara bien y que lo que yo decidiera se hacía, va a estar bien si quieres o no quieres, vamos a estar contigo. Y al final si quise ser mamá. Como dicen, la maternidad tiene que ser deseada o no será [...] Porque afortunadamente yo tuve la oportunidad de decidir querer o no. Lo pensé y al final llegué a la conclusión de que sí quería serlo. Lo quise hacer con responsabilidad. Obvio que lo hablé con mi pareja con la que decidí ser mamá, la verdad es que él fue muy responsable, económica y emocionalmente siempre estuvo conmigo. Soy de las pocas afortunadas que sí pudieron vivir esta etapa en compañía con la pareja (EG, 2024)

Sharon pasó por algo similar, un periodo de conciliación y reconciliación con la posibilidad de convertirse en madre:

Yo tuve la fortuna de decidir ser mamá o no serlo, mi mamá me dijo que, si yo quería tenerlo, adelante, pero si no, nos organizamos para ir al hospital a que me dieran el tratamiento para abortar. Lo pensé mucho, era tanto mi temor que me estaba inclinando a hacerme un aborto, pero mi mamá me observó, supo que no estaba del todo convencida, me dijo que no me dejaría hacer algo que en realidad no quería hacer, me afectaría mucho emocionalmente, mi mamá me conoce muy bien, me cuida como nadie más. Si yo quería tenerlo ella me apoyaría, entre todas lo haríamos para sacarnos adelante (ES, 2024)

Martha Lamas (2001) habla de lo necesario que es la autodeterminación reproductiva sobre nuestros propios cuerpos, es un derecho básico del que el debate feminista no puede prescindir en aras de formular una “nueva ética” que construya un reconocimiento de las especificidades de las mujeres en el contexto determinado, que en muchas ocasiones está atravesado por la desigualdad, la violencia y situación de pobreza. Mari, por ejemplo, el caso de un aborto se vio atravesado por su condición particular, la toma de decisión por someterse al aborto se vio permeada por la responsabilidad ética de negarse a gestar cuando no es concebible. Esta es su experiencia alrededor del aborto:

Aunque sí, tenía poco que tuve un aborto que era...un secreto en mi familia hasta que una de mis tías se encabronó un día porque llegué peda, y de puro coraje quiso soltar ese pedo. Yo no le había dicho a nadie más que a mi mamá, pero una de las enfermeras del hospital le dijo a mi tía que yo estaba ahí por un aborto y que estaba mal porque tenía todavía restos. Yo estaba dormida en la sala de espera y de repente ¡madres! que llega a echarme un cachetadón en medio de todos, te juro que me puse pálida. Es que mi tía acababa de perder a dos bebés, estaba dolida y obvio se resintió conmigo porque ella quería y no podía y yo bien vergas no lo quise. Y pues sí, la neta yo no lo hubiera podido cuidar, yo le dije, no, es que no entiendes de qué se trata, no es de que yo sane tu dolor, no puedo darle una vida a este niño. En esas semanas yo me había metido hasta lo que no debía, acababa de terminar con el vato con el que andaba porque me había súper engañado, [...] Como a las dos semanas de terminar con él me doy cuenta de que no me bajaba, esto está raro, pensé, me voy a hacer una prueba, me hice tres y sale que tenía 8 semanas de embarazo, te juro que me puse a chillar como loca. En verdad no podía tenerlo, acababa de terminar con ese güey y hasta crico me había metido, no va a ser bueno ni para él ni para mí ni para nadie (EM, 2024)

Repensar los términos de reproducción desde la “nueva ética” de Lamas (2001) lleva a debate el modelo vigente de maternidad que rompe con la idea esencialista de que la identidad de las mujeres nace de la maternidad, además de que también permite introducir una dimensión psíquica de la decisión.

Adicional al relato anterior Mari me comparte parte de su experiencia del embarazo en conflicto con su pareja:

[...] durante el COVID, cuando me ponen mi primera vacuna yo ya tenía 3 semanas de embarazo, pero no sabía. No tomé esa semana, pero la siguiente tomé muchas caguamas, se me antojaron de una manera monstruosa, y a ese güey le mama el alcohol entonces ¡a huevo! tomamos los dos. Mi cumpleaños se aproximaba cuando nos damos cuenta de que no me había bajado, pero ni pedo, no pensé mucho en eso: me iba a comprar un cuadro, me iba a tatuar, ya tenía mi diseño y todo. Hasta que me dijo, ¿y si te haces la prueba? nada más para ver. Me la hice y salió positivísima. Les hablé a mis hermanos, casi les da un infarto, después a mi mamá y ya al final le dije a este vato [su pareja]. Nuestra reacción fue: ¿Y luego qué?, ¿pues de qué?, ¿cómo te sientes?, no sé, pues a partir de aquí es lo que tú quieras hacer, piénsalo y me dices porque no me quiero emocionar sin que tú hayas decidido. Me fui al cuarto a meditarlo, ya había ponchado mi porro, pero para mi mala suerte no podía fumar porque ya sabía que estaba embarazada. Yo pensaba que estaba chiquita, pero también que me iba bien, me sentía preparada, no pensaba que estuviera en una mala relación, lo conocí [a su pareja] luchando por su hijo, entonces supe que no le iba a valer madres el mío. Hasta eso, será culero conmigo, pero es muy buen padre. Nos dimos cuenta de que podíamos hacerlo. En la semana 11 fue mi primer ultrasonido y ese güey llegó enojado, enfrente de las enfermeras me trataba hermoso, pero cuando se iban cambiaba su actitud, le molestaba. Cuando llegamos a la casa, yo le pregunté que, si en verdad quería tener un hijo conmigo, o si me lo iba a guardar para toda la vida, incluso le ofrecí tener un aborto y tantán, no te ato a ti, ni a mí, ni obligo a que un niño esté aquí. Me dijo que no lo quería, así sin pensarlo, porque no negaba que yo era una buena persona o que no estuviéramos en una buena posición, pero no sentía que tuviéramos la madurez suficiente como pareja. Me fui a acostar y me puse a llorar, consulté con una amiga, y ella me preguntó lo mismo, que qué quería, y me puse a pensar que si lo quería abortar tenía que hacerlo ya, estaba a punto de cumplir las 12 semanas. Al otro día, en la mañana, lo encuentro y me dice que ya había hablado con su mamá, ella le dijo que nos iba a apoyar sin importar qué pedo, y que no creía que fuese correcto que abortara porque yo estaba emocionada por todo, también le dijo que era él con su miedo de volver a tener un hijo y pasar por lo mismo que pasó con la mamá de Emmanuel (EM, 2024)

Habría que pensar que los conflictos de pareja por sí mismos van desmitificando la maternidad a partir de la involucración del hombre en la paternidad. El caso particular de la negación de la pareja de Mari también involucraba el deseo de él de comenzar a estudiar música y el encontronazo de realidad de no poder hacerlo con la pronta paternidad. El encontrarse nuevamente con la paternidad supone volver a su propio rol social. Si uno se pregunta sobre qué es ser madre, también surge qué es ser padre, ambas operan a partir de “las expectativas y simbolismos que la cultura establece respecto a las relaciones de género” (Puyana y Mosquera, 2005,

p. 7). Son estas expectativas las cuales colocan en tensión la identidad masculina en tanto enfrentada con las nuevas dinámicas familiares y el rol activo de la mujer como proveedora (Pineda, 2010), pero de este conflicto ahondaremos en apartados posteriores.

El movimiento feminista tiene la aspiración democrática de sensibilizar a la población respecto a la salud reproductiva, así como indagar en las problemáticas y soluciones. Los mismos estudios feministas han denunciado las dificultades de hombres y mujeres para ejercer su (pa)maternidad, muchos de los obstáculos emanan del sistema neoliberal capitalista del “hágalo usted mismo” que afecta de diferente manera a ambos, pero al final afecta. Martha Lamas (2001) llama la atención a reconocer que un problema crucial de la maternidad es que requiere del soporte amoroso del padre o, por consiguiente, un sustituto, por ello la necesidad de reflexionar a la par de los hombres o la pareja sobre cómo, cuándo y con qué medios vamos a decidir tener hijos. Aunque la realidad es que no en todos los casos se dará este trabajo en equipo y tampoco podemos ignorar la situación de mujeres que deciden maternar en solitario, como es el caso de Sharon, cuando la pareja decide que no quiere involucrarse.

En suma, las participantes, excepto Maga, ponderan sobre la posibilidad de realizarse un aborto cuando el embarazo llega por sorpresa o no se sienten preparadas. Esto forma parte de la reflexión del apartado anterior, mientras se preguntan si quieren ser madres o no, el aborto forma parte de una meditación más o menos consiente que trastoca sus contextos. La involucración de la pareja influye en la conclusión de dicha meditación, incluso cuando no están del todo segura el apoyo de la pareja o la familia son el alivio que las biografías necesitan para dar el siguiente paso.

5.2.1. Maga y la diferencia para vincularnos: el temor de perderla

*I died seven times
in seven ways
letting death give me a sign,
letting death place his mark on my forehead,
crossed over, crossed over.*

—
*And death took root in that sleep.
In that sleep I held an ice baby
and I rocked it
and was rocked by it.
Oh Madonna, hold me.
I am a small handful.
(Anne Sexton, 1974)*

Para Maga pensar en el aborto no forma parte de su narrativa, al contrario, su experiencia está permeada por el temor de perderlo al margen de las dificultades de su cuerpo; su travesía merece espacio propio en estas páginas, así dejó espacio para lo íntimo y terrible de un embarazo en constante incertidumbre y dolor. Con fines narrativos presentaré la experiencia de Maga en forma de prosa, así doy justicia a lo compartido una noche tranquila en un café del centro de Pachuca:

Maga contrajo matrimonio con Vladimir y se mantuvieron solteros, es decir, sin hijos, 3 años. De hecho, no tocaban mucho el tema de embarazarse porque la dinámica que llevaban los hacía felices, no pensaban que necesitaran algo más, se sentían bien el uno con el otro, hasta que la posibilidad llegó, Maga dice:

El tema surgió tras la experiencia de mi hermana [...] Ella llevaba un rato ya intentando tener hijos y no podía, por lo que empezó a tratarse de infertilidad. Le vino un proceso muy complejo, que definitivamente marcó parte de su vida [...] le mandan a hacer estudios de genética, estudios que su doctor manda a analizar a quién sabe dónde, y los resultados arrojan un tema complejo sobre problemas genéticos respecto a la cantidad de óvulos que tenía. Ella con apenas 28 años no tenía los suficientes para asegurar un embarazo y entre más años sería más difícil. Ella me comparte los resultados del análisis y me dice, hermana si quieres tener hijos vete a checar para descartar que te pase lo mismo (EMA, 2024)

Maga lo meditó un buen rato y después lo platicó con Vladimir, él compartió que si no tenían hijos por él estaría bien, así como si los tuvieran. Tras esa plática comenzaron a intentarlo:

Vladimir y yo nos organizamos para que nuestras posibilidades fueran altas, aprovechamos los 7 días que se quedaba en Pachuca y hasta los sincronizamos con mi ovulación ¡y nada! Un día tuve un retraso una semana, pero ¡nada! Pasó poco más de 1 año y no conseguía embarazarme, por lo que comenzó un periodo de bajoneo, de resignarme a la posibilidad de no lograrlo, yo entiendo mucho a las mujeres que están tratando y tratando porque se requiere de mucho, emocionalmente hablando, porque es una tortura. Después llegué a pensar que igual no estaba hecha para tener hijos (EMA, 2024)

Maga ya era tía de una niña, Emilia, con quien conoció el amor verdadero, pensaba que al ver las dificultades por concebir, el papel de tía podía significar una solución que la haría sentir, dicha reflexión la compartió con Vladimir, y sentir el mismo desgaste por no poder concebir, él le reafirmó que si no se lograba, no pasaba nada, al final se tenían. Acordaron parar, hasta que:

[...] tengo un retraso, ya me había pasado antes que me retrasaba 2 o 3 días, para mí fue un tema normal, hasta que dejó de serlo. Fui a los 'Güeros' con Julie y al momento de bajar un escalón me mareé, me doy vuelta y le dije ¡no manches! se me hace que estoy embarazada, ella me miró sorprendida y me dijo ¿neta? Pero ahí no lo creía, no puede ser que ya ha pasado 1 año de tratar y tratar, y justo cuando decidimos parar, resulto embarazada.”

Con la ayuda de su siempre fiel Julie, Maga compra una prueba que resulta positiva, le avisa a Vladimir la noticia y tras la primera consulta se entera que tiene 6 semanas de embarazo, aunque el óvulo tenía el tamaño de uno de 3 semanas, por lo tanto, los primeros estudios de muchos comienzan su marcha.

Esa fue la primera complicación. Me informa que dependía de los estudios para ver cómo procedíamos, si se podía dar entonces me mandaba medicamento,

pero si no era una posibilidad entonces tendría que programar la limpieza. Afortunadamente el estudio arroja que el óvulo sí podía desarrollarse, me da tratamiento para asegurar con más fuerza y como a las 2 semanas empecé a tener pequeños sangrados. Obviamente me asusté. Consulto con el doctor, me dice que posiblemente sea a causa del medicamento, de los óvulos que regulaban mis hormonas. Llega Vladimir a la semana y empiezo a tener sangrado más fuerte, el diagnóstico: tienes embarazo de alto riesgo. Necesitaba mantenerme en reposo semi absoluto. Vladimir se va a la mina, y justo cuando viene de regreso pasa lo mismo, sangro, pero ahora mucho más fuerte. De ahí reposo absoluto. Yo recordaba la experiencia de mi hermana y lo duro que fue verla pasar por todo al tratar de embarazarse, pero en especial como difícilmente llegaba a los 3 meses. Yo todavía no los tenía, eso me hacía sentir mucho miedo ¿qué tal si lo perdía?

Justo antes de los 3 meses vino un sagrado extremadamente fuerte, mayor que las veces pasadas, afortunadamente cada que pasaba algo así, Vladimir estaba conmigo, eso ayudaba a no me sintiera tan sola, pero la mayor parte del embarazo lo estaba, y creo que eso es de las cosas que más temí del embarazo, estar sola, lo que intensificaba el sentimiento en los momentos de crisis.

Para mi suerte mi médico estaba en Alemania y me atendió como pudo por mensaje. Al otro día, a las 7:00 am me manda al consultorio de un médico que me referenció mi médico que andaba en Alemania, pero no me podía hacer los estudios porque realmente no tenía conocimiento preciso para atender mi caso, era una consulta de emergencia. Entonces este mismo doctor me manda con otro que si me revisa y me suelta la peor noticia que me pudieron dar en ese momento de lucha, me dice que no hay latido, no escuchaba nada ¡ya valió madre! pensé. Mientras le explicaba la situación a mi esposo y mueve la máquina, se escucha un latido ¡qué tramposo estaba esperando a su papá! Respiré, estaba al borde del llanto (EMA, 2024)

Parte del calvario era estar sola, Vladimir tenía que regresar a la mina según su calendario laboral y a Maga le tocaba quedarse en casa con reposo absoluto, esperando por lo temible, por lo innumerable, pero también sufriendo la monotonía, veía programas de televisión y leía, actividades que repetía incansablemente, y eso la volvía loca. Aislada sin poder ver a sus papás, a sus amigos y mucho menos a salir a trabajar. Pero era necesario, Maga sufrió algo llamado implantación baja, es decir que el embrión se implantó en el borde por eso era tan peligroso que retomara su rutina, que se moviera, porque podría provocar un desprendimiento. La situación se consideraba de peligro que incluso su médico no quiso revelarle el sexo hasta que estuvieran seguros que el peligro había pasado. Finalmente, Maga me comparte aseveraciones importantes para la investigación, cuando el cuerpo gesta

y se encuentra en soledad, sumado la situación de peligro, la soledad se siente como ningún otro estado, y pesa, vaya que pesa.

[...] Estaba sola, sola, sola, sola con mi soledad, fría, fea y triste, no tenía opción, eso lo hacía más complicado porque no estaba Vladi ¿qué hacía yo más que resistir y esperar a no perder a mi bebé? La angustia de pasar todo eso sola no podría describírtela. Él venía, pero no había mucho que hacer, nos aburríamos juntos porque no estábamos acostumbrados a estar solos todo el día, nosotros éramos de salir [...] (EMA, 2024)

No hay manera de entender el constante duelo por el que pasan las parejas, en especial las mujeres, cuando la posibilidad de muerte gestacional pende sobre sus hogares, mucho menos para aquellos casos en los que el feto se pierde; al leer experiencias como las de Maga tan solo nos dejan entrever los rincones oscuros de la pérdida que acecha, y el constante temor porque “esperamos la vida, no la muerte” (Vivas, 2019, p. 215).

La información integra de las Estadísticas de Defunciones Fetales (EDF) en México registradas durante el 2021 reflejan un total de 23,000 muertes prenatales, lo que equivale a una tasa de 1.44 habitantes por cada 10 000. De estos casos el 69.5% fueron atendidos en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), mientras que el resto fueron atendidos en instituciones de salud privadas. Se tiene información de la defunción fetal a partir de la semana 12 hasta la 42, aunque entre los abortos que corresponden a los casos en los que la edad gestacional del feto era menor a las 22 semanas, el aborto espontáneo es el más común entre las muertes fetales, con 7,187 casos, lo que representa el 87.2 % de los casos.

Visibilizar este tipo de experiencias puede ayudar a desestigmatizar el tema y extender apoyo para aquellas mujeres que lo pasan en silencio, inhibidas y ocultadas por el factor tabú que surge “debido a las jerarquías mismas de la pérdida y unas reglas del duelo que establecen qué duelos son aceptables y cuáles no, la vida que puede ser llorada y la que no” (Vivas, 2019, p. 217). Por ello la importancia de no saberse solas, abandonadas a su suerte en el proceso es vital para superarlo, además de que rodearse de una red de apoyo es fundamental; la red de apoyo para

Maga fue definitivamente Julie, quien estuvo a su lado a todo momento, incluso al no vivir juntas, pero de esa red tan bella hablaré más adelante.

El duelo se tornaba aún más insoportable para Maga debido a su repetida situación de soledad como agravante principal, encontrarse sola la mayor cantidad de tiempo trajo consigo tensiones con su pareja. La importancia de dar estructura a la experiencia como la de Maga, no solo contribuye a la ruptura del tabú, sino que también permite nombrar otros sentimientos que cuesta igual de trabajo reconocer, como la soledad, la tristeza y el estado de crisis que muchas de nosotras hemos experimentado en casos similares.

5.3. ¿Y ahora qué? Las contradicciones de ser sin saber cómo: las narrativas de la ambivalencia

Pero ¿qué es la ambivalencia? Barbara Almond (2010) ubica primero la palabra, la cual refiere a un estado mental conflictuado en el que conviven el amor y el odio por una persona, por tanto, puede referirse a cualquier tipo de relación humana. Se trata de un balance en el que un sentimiento no ahoga al otro, y es en consecuencia, señal de buena salud mental. El rango de comportamientos y pensamientos ambivalentes es enorme, la mayoría de ellos son inofensivos, se entiende que son mitigados por el afecto. Así Almond (2010) define la ambivalencia materna como un espectro en el que conviven estos dos sentimientos, y pensando que es parte del comportamiento humano, se trata entonces de un fenómeno normal, no es un crimen ni un fracaso, es parte de la experiencia, y por tanto debe salir a la luz, normalizar los sentimientos encontrados como una problemática, como parte de la condición humana.

5.3.1. El miedo

La ambivalencia materna suele comenzar con el miedo a tener un hijo.

Esto experimentó Sharon tras embarazarse:

Cuando me entero de que estoy embarazada sentí un profundo temor, no me sentía segura de nada [...] Pero bueno, pasó, y cuando me enteré de que estaba embarazada me llegó una sobrecarga de emociones, por un lado, sentí mucha felicidad porque iba a tener a una mini persona, mía, pero también temor pensando en la respuesta del padre, también sentía temor por pensar en el futuro de mi hijo, por si le pasaba algo; hasta la fecha estoy llena de temores. En ese entonces platicué de esto mismo con mi psicóloga, ella me dijo que los temores siempre iban a estar, no solamente durante el embarazo, sino cuando mi hijo crezca, cuando tenga veinte, cuarenta años, los temores siempre harán acto de presencia, lo quiera o no, porque es algo normal en nosotros los humanos, el sentir temor (ES, 2024)

Este fue el caso de Vero, quien tras vivir las peores caras de la violencia en el contexto mexicano no podía evitar preguntarse por el futuro que se abría ante su pequeño:

Yo experimenté verdaderamente el miedo el momento en el que estuve embarazada. Yo me topaba con noticias con las que me he cruzado toda la vida, sobre muchas desaparecidas en Puebla, muchas de ellas embarazadas. A partir de eso me empezó a entrar un terror inmenso. No tanto por lo que me podía pasar a mí, a mi bebé ¿sabes? Previo a embarazarme yo iba por la vida bien despreocupada pensando, pues si me muero, si me matan ¡me hacen un paro, güey! Pero tener a mi hijo me hizo pensar, güey, no mames ¿qué pasaría con este bebé? Si llego a faltar o si se lo llevaran. Lo de menos es que nos maten a los dos, lo que en verdad da terror es ¿qué pasa si no lo matan, güey? el mundo es bien culero. Te juro que ahí empecé a sentir el miedo porque ya tenía algo que perder. Es pensar en ellos lo que me hace querer hacer algo con mi vida (EV, 2024)

Karla experimentó un miedo parecido al de Vero, un miedo anclado en los índices de violencia que se gesta en las infancias vulneradas y vulnerables desde los primeros años. Todas tenemos una historia de violencia que recordar en nuestros peores momentos, de la experiencia propia nace el desasosiego que nos pregunta irremediable ¿y qué sí?

Tuve muchas dudas cuando me dijeron que era niña. Me dio mucho miedo y pensé en tomar una decisión que involucraba el abortarlo porque se me hacía muy peligroso. Fue un momento muy oscuro porque en el primer ultrasonido, me dijeron que era niña y me arrepentí un poquito de haber decidido tener a un bebé. Ya después empecé a manejar mejor la noticia, porque mis círculos me ayudaron, me decían que no me preocupara, que debía tener ciertos protocolos de seguridad con la bebé, pero que no hay nada que no se pueda. En estos tiempos tener una niña es muy impactante. Me preguntaba cómo la iba a cuidar sin sobreprotegerla, y no quería eso porque sobreproteger ya no es proteger con amor, sino que es muy agobiante. Porque pues he sabido de muchos casos que remarcan que nacer mujer es muy inseguro... en la escuela, en la guardería, que la cuide un familiar, no puedes confiar absolutamente en nadie. En los niños también, pero en las niñas es más común la violencia. Te piensas subir una foto a las redes sociales, no sabes si haya depredadores sexuales viéndolas. Tantas cosas que he visto en el movimiento feminista me hicieron aterrarme de tener a una niña. Ya cuando me dijeron que era niño respiré. Fue un alivio, sí, porque he visto muchas cosas muy feas que realmente yo no iba a saber cómo lidiar con ellas. Aunque también sé que ser responsable de un niño es también un trabajo fuerte, porque hay que enseñarle a respetar todo, a cualquier ser, desde un animal, una planta, a las mujeres. Que no me vaya a salir un acosador, un agresor (EK, 2023)

El miedo de Karla está más que justificado. El Censo Nacional de Procuración de Justicia Estatal 2023 del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), logró recabar información desagregada con el fin de identificar los delitos que se cometieron en contra de las niñas y adolescentes (de 0 a 17 años) registrados a lo largo del año 2022, en denuncias, querellas, comparecencias, averiguaciones previas y carpetas de investigación de las Fiscalías y Procuradurías Generales de Justicia estatales. Las denuncias abarcan desde lesiones hasta feminicidios; la revisión global arrojó que en México se observa una mayor afectación en niñas y adolescentes que en niños y adolescentes varones: se registraron 59 141 delitos con víctimas niñas y adolescentes mujeres y, en el caso de los hombres, se

registraron 30 207. Se concluye que los delitos se cometen con el doble de frecuencia en niñas que en niños. La violencia a la que nos enfrentamos es devastadora y los estragos duran toda una vida, lo que nos mantiene en constante ascuas es la posibilidad de padecerla tanto en la vida pública como privada. Pero sin las estadísticas podríamos dar cuenta que el miedo de Karla y Vero son ciertos y válidos, basta con recordar nuestras infancias, basta con preguntarles a quienes nos rodean ¿Algunas ves te violentaron cuando eras solo una niña? A mí sí, hombres adultos me quitaron la dignidad, a mí sí.

El miedo de Maga nació de una incertidumbre aún peor, el de poder perder a su bebé, recostada sobre la cama luchando contra las limitaciones de su propio cuerpo, vivió una montaña rusa de emociones que rayaban en la desesperación ¿Cuántas criaturas deseadas no llegan a nacer?

Todos los días me despertaba con el miedo de perder a mi bebé. Estuve sangrando mucho tiempo, casi 6 meses viví con sangrado, hasta el punto de hacerme experta en los colores, mi doctor me decía que, si era rojo rutilante, me alarmara, sino todo andaba bien [...] Yo recordaba la experiencia de mi hermana y lo duro que fue verla pasar por todo al tratar de embarazarse, pero en especial como difícilmente llegaba a los 3 meses. Yo todavía no los tenía, eso me hacía sentir mucho miedo ¿qué tal si lo perdía? (EMA, 2024)

Gloria expresa un miedo nacido de la incertidumbre y la inexperiencia

Cuando me enteré de que estaba embarazada me sentí con mucho, mucho miedo. Desde el principio, con quién yo me acerqué fue con mi mamá y ella me preguntó “¿Y qué piensas? ¿qué deseas?” Yo le expresé el miedo que sentía [...] cuando llegó mi primer hijo ¡imagínate! obviamente yo tenía mucho miedo porque yo nunca conviví con niños pequeños, yo no tuve que el sobrinito, que el primito, que el hermanito... yo no sabía qué era cargar ni cuidar un niño. Entonces sí, fue muy nueva toda la experiencia a tal grado que no dejé de sentir temor, pero la naturaleza hace que ya traigas el chip de la de la maternidad y que resuelvas todo (EG, 2024)

El miedo por supuesto que va a estar ahí, no solo en la maternidad, se va a encontrar en todo inicio, la maternidad es el inicio de una etapa larga, preguntarse sobre el futuro trae una serie de supuestos que por lo general no son nada tranquilizadores, basta con ver la situación social para insertarnos en diferentes escenarios en los que somos víctimas y victimarias. Pero es parte de la ambivalencia, es normal encontrarla y por lo tanto buscar respuestas para tranquilizarnos, ya sea que sobre la marcha nos enfrentamos con esos miedos que se vuelven insignificantes ante la nueva tarea que es ser madre, o también el apoyo emocional de nuestras parejas pueden disminuir ese miedo, aunque en ocasiones esas respuestas nos lleven de vuelta a los discursos hegemónicos de la maternidad, como que está en nuestra naturaleza encontrar las vías de la superación. Somos mujeres en constante deconstrucción a quienes el canon de la maternidad hegemónica ha trastocado todas las narrativas a nuestro alrededor, aquellas de la familia que retratan una madre amorosa y devota, los comerciales de televisión, novelas, películas, y demás medios que instalan en nosotras una guía borrosa, confusa y sí, también ambigua, sobre esos seres míticos que vemos en todas las madres, aunque, en ocasiones, no en una misma. Por ello, a pesar de que, como feministas, nos apropiamos de discursos contrahegemónicos para reivindicar desde nuestras psiques un modelo arcaico y francamente imposible, vamos de vuelta a ello una y otra vez, en especial para amedrentarnos, porque esos discursos siguen ahí, montando su trabajo aleccionador. La maternidad hegemónica es, ante todo, una herida que difícilmente cierra, recordemos que ésta asume (y espera) que todas las mujeres queremos ser madres (esencialismo), que el amor materno y la habilidad para materno son natas en todas las madres (naturalización), y que toda madre encuentra alegría y un propósito en la maternidad (idealización), (O'reilly, 2016, traducción propia). Pero difícilmente se hace posible en la realidad, sin importar cuánto lo deseamos o nos preparamos, la maternidad nos toma una y otra vez por sorpresa, la resolución de conflictos o los modos de crianza están plagados de tropiezos y desavenencias que ni siquiera nuestra experiencia como hijas nos brindó las herramientas para evitarlas. Los hijos y las madres son diferentes en cada dupla, aunque nos unan contextos y deseos, nada va a repetirse, y bajo esa lógica,

no tenemos la respuesta correcta para nada, y eso está bien. Nombrarlo a través de las narrativas de las participantes es esencial para derrumbar a pasos lentos pero seguros el ridículo modelo de la buena madre con el que aún nos juzgamos y apedreamos.

5.3.2. Un panorama a la maternidad desde la experiencia de quien gesta, cría y cuida

Como feministas llevamos con nosotras la responsabilidad política de desmitificar el deseo, de arrancar la maternidad de las garras de los discursos esencialistas de la naturaleza femenina; no hay cualidades “naturales”, mucho menos un instinto materno inscrito en nuestros cerebros, corazones, piel, senos, vulva, y manos con la guía completa de cómo ser madre; que las mujeres comencemos con la alección a temprana edad cuando nos entregan muñecas es causa de un pacto social que nos determina culturalmente. No se nace madre, se llega a hacerlo (Lamas, 2004). La obligación por engendrar no tiene nada de natural, ya lo decía de Beauvoir: “la naturaleza jamás podría dictar una elección moral” (1949, p. 509). La falacia más grande es suponer que la mujer sabe maternar naturalmente y que estamos impulsadas casi por instinto, más que por inteligencia a embarazarnos, y que los trabajos de crianza se desarrollan por hábito más que por habilidad (O’reilly, 2016). Esta arraigada creencia no hace más que restringir la identidad de las mujeres. Por ello se necesita la diversidad de las experiencias ¿en dónde queda la ambivalencia, la contradicción, el arrepentimiento? ¿en dónde quedamos nosotras?

En un principio, la cuestión de la maternidad se contestó en el ámbito médico presente en asambleas, coloquios y seminarios, en su mayoría liderados por hombres intelectuales que cargaron una serie de obligaciones a las mujeres. Pero las experiencias se encuentran fuera de estos espacios, las mujeres padecemos y rechazamos la maternidad en la misma medida que la gozamos y aceptamos. Hablemos con las participantes de la contrariedad, de las inseguridades, del arrepentimiento y las frustraciones, frutos de un modelo naturalizado de la mujer/madre.

Les he preguntado, entre muchos otros planteamientos, sobre qué es la maternidad y cómo la han vivido.

Bere contesta a la cuestión de la siguiente manera:

Desde mi punto de vista la maternidad ha sido una buena experiencia, aunque claro, debo decirte y confesarte que hay momentos en los que me sincero conmigo misma y pienso que de haber sabido que la maternidad sería lo que fue, jamás me hubiera metido; fíjate que también es bien importante asimilar nuestros sentimientos frente esta situación. Yo me acuerdo que alguna vez le dije a mi mamá a partir de un tema que tenía con mi niña: ¿sabes qué, ma? de haber sabido que así me iba a ir en la maternidad, no me embarazo. Mi mamá me dijo ¡cállate! ¿qué estás diciendo? Pero yo le contesté firme que era justo aceptarlo porque es bien esclavizante y pesado ser mamá, lo más seguro es que en su momento ella no pudo tener la misma apertura que yo, por eso no pudo decirlo, pero tiene toda la confianza hoy de decirme, sí, no te quería tener. Yo ya puedo entenderlo y no me voy a poner a llorar porque ya lo estoy viviendo (EB, 2024)

Las respuestas están marcadas por las diferencias que las vuelven personales, a la par que las vinculan en un ir y venir de sentimientos que reiteran las ambigüedades; el patriarcado que busca por todos los flancos la existencia de una amalgama materna que se alimente de la satisfacción de haber alcanzado el mayor logro de la feminidad, repudia e ignora las narrativas contrahegemónicas como la de Bere. La paradoja se crea cuando a pesar de todos los esfuerzos, las mujeres, las madres perciben y nombran los sentimientos encontrados que inevitablemente terminan en contradicciones difíciles de ignorar.

En este sentido Mari confiesa:

Pues ¿qué te puedo contar de la maternidad? la verdad no vale la pena. No vale la pena. La cosa con la maternidad es que no tienes que esperar agradecimiento, solo tienes que dar lo mejor de ti, pero si no tienes nada bueno que dar es mejor pensarlo, y no porque no seas buena persona, sino porque hay cosas de las que no sabes si tendrás la paciencia. Yo no sé de dónde chingados creí que iba a poder con esa atadura tan eterna porque jamás he tenido algo tan permanente, yo siempre he estado en relaciones o situaciones de las que puedo huir (EM, 2024)

Con lo anterior Mari está cerca de abrir la caja de pandora, encontrarse con la insaciable bestia del amor maternal y su creencia voraz de reciprocidad, noción que difícilmente existe en las experiencias, y que al no hacerlo se engrandece el vacío y la frustración de las mujeres que inevitablemente se confrontan con la idea de su insuficiencia materna.

Yo fui una accidentada de la espera por reciprocidad de mi madre, quien, entre muchas consideraciones, esperó en su maternidad encontrar alivio de la herida que la falta de amor materno dejó en ella. En ocasiones, aquellas ocasiones ennegrecidas por el disgusto mutuo, me desafiaba con frases parecidas a “es que no sé qué hice mal, yo quise mucho a mi mamá [mi abuela] a pesar de todo, siempre quería estar con ella, no sé por qué ustedes [mi hermana y yo] nunca me han querido así” una y otra vez y yo, por supuesto que me molestaba, pero también pensaba que mi amor por ella apenas cabía en mi puño, una nimiedad sin punto de comparación, más aún si lo ponía en balance con mis defectos; llegué a la conclusión que era insuficiente, tanto el sentimiento como yo misma, y en consecuencia cuestioné si en verdad la amaba. Hoy si menciono el tema ella niega que alguna vez existió tal insatisfacción, que fue cosa de una vez y parte de mi imaginación, lo cierto es que existió, pero se ha mudado conmigo, es hoy mi insatisfacción personal como hija, aquella que guardo a piedra y lodo desde donde me sigue cuestionado.

Rebeca Almond (2010) habla sobre que la idealización de la maternidad perfecta está llevando a las madres y a sus hijas a la locura; la culpa no solo tiene raíces en los imperativos culturales que crean expectativas de los papeles de hija y madre, sino que está también fuertemente anclada en el miedo de que el odio llegue a superar y destruir el amor.

En la cultura, la maternidad es todavía impuesta socialmente como mandato, el destino para formarnos mujeres, pero poco tiene que ver en nuestra formación como individuos. Vista como el mayor acto de amor, expresar las contrariedades que permean en la realidad, son a su vez, la negación del propio destino esencialista que nos han inculcado a tradición; es negarse a una misma tanto como a la criatura

¿dónde queda el amor? ¿dónde queda lo natural? Son las incertidumbres del papel materno que engendran el repudio social a las madres desnaturalizadas ante el rechazo de su destino, pero ellas no existen, puesto que el amor maternal no tiene nada de natural (de Beauvoir, 1949), es un mito que hemos adscrito como tabula rasa en la que escribir todo aquello que se sale del molde: las malas madres.

Yadhira comparte:

Si hoy me dieras la elección de tener o no a mi bebé, no lo tendría o al menos no en las condiciones que la tuve. Si somos sinceras vamos a reconocer que la seguridad económica y la seguridad emocional, de existir, suelen, en el mejor de los casos, venir acompañadas. No estaba del todo segura de poder jactarme de ambas (EY, 2024)

Por su parte Sharon reflexiona sobre los dos polos opuestos de la maternidad, polos aparentes y sujetos a la subjetividad, el gozo y la queja:

Creo que cada persona habla sobre cómo les va. He visto que muchas veces critican a las mujeres que comparten la maternidad como si fuera lo mejor del mundo, las critican y se les exige que no romanticen la maternidad. Pero yo pienso que, si a ellas les va bien y a ellas les encanta esta labor ¡está perfecto! hay otras mamás que se quejan porque están cansadas o están sobre estimuladas...y hablan a partir de estos sentires, y también está perfecto, cada uno experimenta la maternidad como tan bien le va y toda opinión debe respetarse. Pero también aquí es importante recalcar que estas dos etapas, el gozo y la queja, se viven a la par, nunca es blanco o negro, qué padre sería que fuera así de sencillo. Por ejemplo, hoy llegué al punto de decir... ¡ya! por favor, ya. Quería un respiro (ES, 2024)

Elizabeth Badinter (1980) decía ya que el amor de madre, como parte de una gama de sentimientos que ocurren cada día, no es natural puesto que tiende a cambiar a lo largo de los años, no es inamovible, mucho menos incondicional, precisamente opera como cualquier otro sentimiento relacionado con lo racional del ser humano. Gloria, en el mismo sentido que Sharon, entiende que cada maternidad es distinta, y para diferenciarlas se requiere expresar lo que se vive en términos emocionales:

Y creo que todo esto es muy válido, expresar nuestras emociones lo es. Yo soy parte del *team* de las mamás que reconocen su hartazgo. El hecho de reconocerlo no demerita el amor que le tienes a tus hijos, de ninguna manera. Es válido decir de vez en cuando ‘¿Sabes qué? Estoy hasta la madre, ya no puedo. Hoy lo único que quiero es descansar’ Claro que nos pasa. La maternidad es muy sufrida y nos convertimos en otros seres que no éramos (EG, 2024)

Se trata precisamente del espectro de la ambivalencia. No reconocer que la mayor parte de la ambivalencia surge de conflictos entre las necesidades del niño y las de la madre, ambas legítimas, es lo que explica gran parte de la condena social y cultural de las madres “imperfectas”. Al reconocer sus propios sentimientos encontrados, las madres se autocondenan al tiempo que van tejiendo una labor sin temor a sentir y a equivocarse (Almond, 2010).

Son las madres quienes velan por los cuidados y bienestar de los demás, un designo que vuelca como pasa con Yadhira la obligación de brindar amor y atención en el hogar. Ella dice:

Ya entrando en el tema de la maternidad pues ¿qué te puedo decir? Si pienso en aspectos positivos la considero como un proceso que en verdad adoro, es hermosa. Me gusta pensar que soy el lugar seguro de mis hijos, que me busquen cada que se sienten inseguros o les pasa algo, me faltan las palabras para describir lo que siento. Ahora, si vamos a hablar de cosas menos positivas, puedo decirte que la carga mental que tenemos nosotras las mamás es terrible, es como si tuviéramos un ratón todo acelerado en su rueda en nuestra cabeza, siempre estamos en todo, al pendiente de todo lo que necesitan los hijos, la comida, los platos sucios que dejamos en el desayuno, el medicamento...la carga mental también se junta con la del trabajo, también estás pensando en los mil pendientes que dejaste por hacer. Organizarse es complicado (EY, 2024)

Estos cuidados, dice Niyireé Baptista (2018) transmiten el orden de la sociedad, desde estos se va moldeando a los hijos, son las mujeres las que garantizan la pervivencia del modelo social y cultural, pero hacerlo supone un costo muy caro para nosotras, uno que termina por socavar nuestras fuerzas físicas y emocionales con trabajo intenso.

El objeto sobre el que se aplica el trabajo de la madre es el ser humano. Su trabajo, y de manera más amplia sus actividades vitales, consisten en reproducir materialmente, en su corporeidad, al otro, pero también subjetivamente en sus formas de percibir el mundo, en sus necesidades afectivas, eróticas, y políticas (Lagarde, 2005, p. 366)

Somos las mujeres, en especial las madres quienes cuidan vitalmente de los otros en una fórmula enajenante ante la propia inversión de nuestro bienestar, el descuido para lograr el cuidado (Lagarde, 2003), que progresa en el desarrollo de una subjetividad alerta a las necesidades de los otros. Al final, la mujer valora más la existencia del otro que la propia, porque sólo su reconocimiento le da existencia a ella. Maga me comparte cómo vivió durante los primeros meses en solitario, la cantidad de trabajo y compromiso para el cuidado terminaban por entumecer cualquier queja, a enajenarla:

Al final lo logré, sí, estuvo pesadísimo, entre el no dormir y tener miedo constante el descanso nunca llega, más que montones de frustración. Lo cierto es que viene acompañado de muchos sentimientos, sí es mucho amor, pero también mucha tristeza, mucho cansancio. Llega un momento en el que estás tan cansada que no sientes nada, te juro. Lloraba mínimo unas tres veces al día, o sea, lloras primero porque estás muy cansada, luego lloras porque estás muy frustrada, luego lloras porque ella no para de llorar, y luego lloras porque te sonrió y no puedes creer que te quiera tanto, pobre de mi hija que soy lo único que tiene. Pero avanzas ¿cómo? quién sabe (EMA, 2024)

También, el rasgo enajenante de los cuidados dispone del cuerpo y la subjetividad de las mujeres, así lo comparte Sharon:

Otra de las cosas que no me agradan de la maternidad es que, sin darte cuenta dejas de ser una persona para convertirte en mamá. Estoy segura de que todas, en algún punto, tratamos de convencernos que seguimos siendo las mismas, soy Sharon, existo fuera de mi maternidad, pero realmente ya no, somos personas muy diferentes, incluso lo que pensamos va cambiando sobre la marcha. Ya no eres tú, es difícil que vuelvas a encontrar a la persona que eras antes de... ya no me pertenezco, mi cuerpo ya no me pertenece, es de él (ES, 2024)

Así, la maternidad patriarcal, reduce a la mujer en madre, lo que es parte de la dominación de escindir la mujer de sí misma. Mediante la apropiación de los cuerpos de las mujeres para la reproducción de la vida y cultura hegemónica “se invisibilizó la enorme carga impuesta a las mujeres que está intrínsecamente relacionada con las subjetividades femeninas en torno a la madre” (Baptista, 2018, p. 32), lo que condena a las mujeres a pasar meses, en su mayoría solas, a disponer todo lo que son para el bienestar del recién nacido; la desesperación, frustración e incluso miedo pasan a segundo plano, guardados con las necesidades físicas. Garantizar la supervivencia a costa de la misma debería ser asunto prioritario para resolver por la sociedad, por la agenda feminista, para romper el cautiverio en el que entramos tras parir; “por su ser-de y para-otros, se definen [a las mujeres] filosóficamente como entes incompletos, como territorios, dispuestas a ser ocupadas y dominadas por los otros en el mundo patriarcal” (Lagarde, 2005, p. 41).

5.3.3. Del embarazo a los primeros meses: las dificultades de la usurpación del cuerpo y la identidad

Ese “cuerpo para otros” comienza con su utilidad para el embarazo concebido como el acto previo al llegar a ser, el cuerpo es un espacio de vida (Lagarde, 2005), es también, de libre acceso para los hombres y posteriormente para los hijos, un recurso que es y genera vida. La metamorfosis del cuerpo en cuna permanente comienza su ciclo en la gestación, esta transformación se perpetúa con la llegada del bebé el cual se apropia del cuerpo de la madre. Las madres sacrifican sus cuerpos al bienestar social tras cumplir su papel de reproductora, asimismo rinden su cuerpo al bienestar del bebé como principal, a veces único, medio de alimentación, seguridad y desarrollo.

Sharon comparte:

La etapa del embarazo fue muy difícil, cuando la recuerdo no solo pienso en todo lo que concierne al embarazo, también mi mamá cayó enferma, me tocó ser la responsable de su cuidado, por la misma razón me tocaba todo lo de la casa. Te imaginarás lo cansada que estaba, de por sí el embarazo le exige a tu cuerpo toda la energía, ahora con todo lo demás...no le veía la salida. A lo largo de esa etapa mi prioridad era tratar de estar bien, pero era muy difícil, que todo se me juntara ayudó a que me sintiera en una caída constante (ES, 2024)

Nuestros cuerpos son recurso natural para explotar (Federici, 2004), como proveedoras y reproductoras de vida nuestros cuerpos también cargan con los enfermos, parte del pacto entre género y parentesco; la responsabilidad moral por cuidar de los otros es siempre puesta sobre la espalda de una mujer, puesto a su predisposición “natural” que la hacen supuestamente más adecuada para esos trabajos.

En círculos familiares cercanos compuestos en su totalidad por mujeres, el cuidado se vincula por dos grandes factores: a través de la reciprocidad y la jerarquía. Cuidar implica retornar lo recibido, afectiva y responsablemente, las emociones cumplen un papel importante en la satisfacción de los cuidados, es así cómo, aunque el cuerpo entregue toda su energía vital a la atención de otro, la labor no sea vista a través de una lente negativa, es considerada una responsabilidad ético-moral. En familias como en la de Sharon, caracterizadas por la ausencia masculina, los cuidados se reparten pensando en la maquinaria del parentesco, en el cual las hijas menores, o en su defecto, aquellas más cercanas a los padres, cumplen su papel de cuidadoras.

Una vez nacida su criatura, Sharon agrega:

Los meses siguientes [tras el parto] se intensificaron porque él se volvió más demandante, como todo bebé, pero también iba creciendo mi frustración, hasta la fecha no he podido librarme de ella, porque no puedo hacer mis cosas sola, es difícil pensar que existo fuera de la maternidad cuando mi bebé me necesita todo el tiempo. Es complicada la vida materna, complicada, pero la clave está en irnos adaptando; es un proceso que probablemente nunca termine, pero verlo del lado positivo me hace pensar que siempre se puede mejorar, que yo puedo mejorar

Tras el parto los hijos pasan a ser una extensión objetiva del cuerpo (Lagarde, 2005), a través de estos es cómo el bebé reconoce el mundo, es su transporte al tiempo que es la cuna en la que encuentra descanso y alimento; para el bebé es su principal medio de supervivencia, una parte suya que puede moldear. Es la indiscutible pérdida de la independencia que trastoca el vivir para los demás cuando son ellas quienes dedican toda su energía vital a cuidar de la criatura en las primeras semanas. Para las madres el rendir su cuerpo es un acto de amor materno incondicional, así entonces, se entiende que el embarazo y por supuesto los meses posteriores presentan un grado importante de emocionalidad, y como he expuesto a lo largo de los apartados anteriores, los planos afectivos mantienen una relación estrecha con la ambivalencia, que son parte de lo mismo, ambas son compañeras indiscutibles en un ir y venir del amor, deber y obligación ética-moral. A continuación, Karla me comparte unos primeros meses llenos de angustia en los que la única salida fue irse adaptando a las rutinas interminables de cuidado:

[...] los primeros meses los viví acompañada con su papá, me estuvo ayudando, también me cuidó mi mamá, pero igual como tenía cosas que hacer no estaba siempre. Digamos que estaba acompañada, pero al mismo tiempo sola ¿no? Todo el proceso de aprendizaje lo llevaba sola, porque pues mi pareja trabajaba, se le acabaron sus días de paternidad que creo fueron como 2 semanas. Y después mi mamá pues igual tuvo que trabajar y ya me quedé totalmente sola. Sí fueron unos meses muy difíciles porque viví violencia obstétrica, entonces derivado a eso, quedé muy delicada hasta el punto de no poder ir al baño sola, mucho menos bañarme. Me caía y estaba muy débil. Entonces para mí sí fue demasiado duro, me sentía insuficiente porque ni siquiera podía cargar a mi bebé. Esa etapa la llamo Vietnam, hay un antes y un después de Vietnam, toda esta etapa bélica duró más o menos hasta el cuarto mes. Sí se me hizo muy, muy feo. Aunque todo eso se fue aliviando a la par de ver cómo iba creciendo, evolucionando, me llenaba de amor, pero claro que eso no le quita lo duro que fue (EK, 2023)

El maltrato que sufren muchas mujeres durante el parto no es nada nuevo, el menosprecio del personal sanitario hacia la mujer y su bebé carga consecuencias físicas y emocionales para las madres, quienes suelen lidiar con la violencia en medio del dolor del parto. Karla fue relegada a un papel de espectadora mientras

un médico invadía su cuerpo, lo lastimaba en pro de traer al bebé al mundo, resultado de una ideología jerárquica y patriarcal del personal médico que ve a la mujer como una mera incubadora incapaz del alumbramiento por su cuenta, basándose en “prácticas realizadas a menudo sin el consentimiento de las mujeres y sin haberla informado de las consecuencias” (Vivas, 2019, p. 159). Las verdaderas secuelas son imposibles de prever y suelen dejar a las mujeres sufrirlas en soledad, ignoran a su vez que son ellas quienes se encargan de los bebés sin la ayuda total de la pareja, si es que la hay, y cuyas redes de apoyo son limitadas o inexistentes. Karla, además de lidiar con el dolor y la desesperación, también tuvo que lidiar con las secuelas psicológicas de la insuficiencia por cuidar de su bebé, parte del resabio que deja el modelo de la buena madre y el sacrificio corporal por el bienestar de la criatura, incluso por sobre la tuya; nuevamente el descuido para garantizar el cuidado, del que incluso instituciones como las medicas garantizan que se cumpla con sus malas prácticas, y la cual nos recuerda lo ingenuo que es pensar que podemos decidir sobre nuestros cuerpos y cómo queremos parir. “Al final las mujeres ni parimos ni decidimos” (*ibidem*).

Cómo ya se hemos visto, el embarazo y los primeros meses como mamá es un periodo de transformación psíquica, emocional, corporal e incluso social (Imaz, 2010), la identidad subjetiva se envuelve en la monotonía y la dureza del cuidado que no le permite separarla del producto que es el bebé. Pero falta poner el dedo en la llaga de la diferencia de la experiencia del embarazo y lo que es vivir exactamente lo mismo, pero bajo condiciones de violencia, incluso de peligro a manos de la propia pareja. Esta es la experiencia de Vero:

[...] quedé embarazada como a los 8 meses de conocerlo [a su primer pareja] ¡Y todo cambió! Él, empezó a hacer muy violento. Una termina cansándose y cuando mi hijo cumplió 1 año, yo terminé por mandarlo a la verga. Para esto él ya me había engañado hasta con mis compañeras de trabajo, ya me había golpeado embarazada, con mi niño en brazos, y me había amenazado de muerte, era todo un partido, todo un machito (EV, 2024)

En México 70.1% de mujeres mayores de 15 años ha sufrido, al menos, una situación de violencia a lo largo de sus vidas, siendo la violencia en la relación de pareja un 39.9% de la muestra total. La vulnerabilidad de las mujeres en el ámbito familiar deja las puertas abiertas para actos de abuso de poder, psicológico, patrimonial, verbal, económico, sexual y hasta físico; el que sea la pareja quien ejerce violencia suele dejar secuencias aún más profundas debido a que ellos son el vínculo y apoyo afectivo más cercano.

Así lo cuenta Yadhira:

Me tocó trabajar durante todo el embarazo de 8:00 am a 5:00 pm sin parar, recuerdo que fue una temporada dura en la que me agotaba mucho. La hinchazón, los dolores, los chequeos, los mareos, la soledad, el agotamiento... todo [...] Al poco tiempo de que nació Paula, mi expareja se hizo el aparecido, dijo que había pensado mejor las cosas y lo correcto era hacerse cargo de la niña, como debe ser; por supuesto que acepté la ayuda ¿cómo no hacerlo? sería injusto, para él quien, después de todo era el padre, pero sobre todo para Paula, que tan pequeña había llegado al mundo y necesitaba de su papá, no sería yo quien la despojara de eso. La cosa es que, esa ayuda venía condicionada, tenía términos y condiciones que el papá, por sí solo, estipuló para hacerse responsable, es decir que si iba apoyar sería bajo sus condiciones. Era una trampa. Entonces comenzó mi martirio en soledad, mientras él se hacía de la vista gorda yo se encargaba de todo: cambiar pañales, alimentar, limpiar, lavar la ropita manchada de leche y otros líquidos menos agradables, dormir, bañar, cuidar...y demás (EY, 2024)

En este contexto, la Encuesta Nacional sobre la dinámica de las relaciones en los hogares 2021 (ENDIREH) estima que aproximadamente 47.3 millones de mujeres un 39.9 % ha experimentado algún tipo de violencia en la relación actual o última y 20.7 % experimentó violencia entre octubre 2020 y octubre 2021. Las cifras muestran una cara injusta de las relaciones de pareja, en la cuales las mujeres son las principales reproductoras y cuidadoras, lo cual se percibe como una vulnerabilidad biológica; a pesar de que las parejas necesitan de las mujeres para su cuidado, para cocinar, lavar, limpiar, y además para el cuidado de su progenie deciden socavar el trabajo mediante la violencia; la invisibilización es tan solo otro tipo de violencia que prioriza simbólicamente lo masculino. La relación entre mujer

y hombre siempre será una de poder, en un escenario idóneo las funciones de cada uno a la hora de los cuidados deberían complementarse, sin embargo y al parecer, las parejas como en los casos anteriores, caen en la trampa de la pretensión de la individualidad (Hernando, 2012) que impide vincularse con los seres humanos de los que depende, de sus parejas. Negar el vínculo con sus parejas trae a la luz una de las muchas contradicciones del hombre patriarcal: la constante negación de su propia vulnerabilidad, a la cual hallaron solución a costas de la subordinación de las mujeres en la relación.

Bajo este mismo tenor, resulta interesante para esta investigación resaltar los mecanismos a los que las mujeres recurren desde la gestación para lidiar con los cambios psíquicos, físicos y emocionales, así como para reorganizar su vida, como madres cuidadoras de un recién nacido, en la dinámica de pareja, ya que la maternidad es uno de esos ámbitos en el que la negociación del sistema de género se hace presente a cada paso (Imaz, 2010), así como lo comparte Mari, en la etapa de cuidado total de su pequeño y los recursos para lograr descansar con la ayuda de su pareja:

Todo mi embarazo y el posparto, según yo, estuvieron perfectos, siento que, sí estaba deprimida, pero pues creo que sobreviví porque me repetía: se va a acabar, se va a acabar, esto es rápido. Te juro que mi cabeza se fue mucho hacia investigar qué es lo que tenía, lo qué le pasaba, llevaba a mi hijo al doctor y contrastábamos lo que sea que tenía con el doctor, te juro que intenté ser metódica para mi propia paz, porque sabía que me iba a enloquecer si no tenía idea de lo que le pasaba a mi hijo. Desde el embarazo busqué todos los libros que pude, leía de todas las cosas que podía, todos los *hacks* de lactancia, todo, todo, todo [...] Yo estuve en el posparto sola, porque yo quise, mi mamá me dijo que durmió afuera de mi casa dos noches, pero yo no sabía, sino la dejaba entrar. Mi pareja estaba trabajando, le dieron dos días de descanso, el día que nació mi hijo y el día siguiente que me dieron de alta, pero al tercer día regresó a trabajar [...] Aunque era feo porque yo en las noches no dormía nada, me daba pánico porque sentía que se podía morir, es que le daba apnea, de repente dejaba de respirar ¡yo me despertaba con un pánico! lo checaba, lo levantaba, me aseguraba que respiraba y ya, lo ponía de vuelta en su cuna. Y todo eso yo lo hacía sola, porque este güey [su pareja] trabajaba durante el día, entonces en la noche no hacía nada, hasta que un día le dije, oye, ya hice la cuenta de cuánto he dormido esta semana y fueron 6 horas, entonces le pedí que se quedara con el niño de 8:00 am a las 12:00 pm porque el entraba a la 1:00pm, para que así durmiera siquiera 4 horas. Aceptó, pero de mala gana, porque cada que me despertaba llegaban sus reclamos, sí, yo también tengo sueño, yo también estoy

cansado y yo tengo que ir a trabajar, me siento bien madreando y no hay comida. Y yo le decía, güey, mírame estoy fajada, sigo abierta, puedes ir con tu mamá a dejárselo un ratito mientras tú haces comida. A parte yo seguía trabajando, de hecho, creo que a ti te entregué todavía fajada (EM, 2024)

En suma, sin importar los cambios la brecha de género es, sin duda, aun una batalla a librar en los próximos años. Las madres siguen en desventaja en tanto los recursos que se colocan para la crianza de los hijos, así como los recursos que colocan en el cuidado de los demás, sean madres, padres, parejas, enfermos, ancianos, y demás personas que requieran de cuidados, con las mujeres, las primeras candidatas, su elección es incluso lógica en el entramado cultural que se pregunta quién es el mejor candidato para cuidar, por supuesto que la respuesta somos nosotras, las mujeres, que con nuestra predisposición por la emocionalidad nuestro papel es esencial pero jamás reconocido debido al peso “natural” de nuestras habilidades y atributos. Es ese mismo discurso el que evita que los hombres (sin mencionar otras identidades de género ya que requeriría otra línea de investigación) se involucren en la misma medida que nosotras; en México esta es una realidad que aún se percibe lejana si nos referenciamos a las experiencias de las participantes, así como pensar desde nuestras propias realidades y cuestionarnos quién cuida y en qué cantidad comparada con quiénes. Nuestros cuerpos se consumen, se desgastan bajo un estandarte ético-moral, están al servicio de los demás.

5.3.4. El sacrificio

La idea de la madre no incluye a la persona, no incluye la subjetividad, por tanto, se borran los puntos medios dejando una balanza con dos polos opuestos que navegan en la voraz moralidad social: la buena madre y la mala madre. Son justo estos discursos contrahegemónicos que crean el eterno enfrentamiento entre buenas y malas madres, que no son más que conjuntos de estereotipos y juicios (Palomar, 2004) cuyos receptores principales somos las mujeres quienes debemos aprender

de ellos a no ser que seamos relegadas al temido juicio social por nuestra incapacidad como madres. La buena madre es recipiente de virtudes ridículas como la paciencia, cuya duración es poca cuando le has pedido a tu criatura guardar los juguetes por quinta vez en el día, también la capacidad de cuidar, de proteger, pero sobre todas las cosas, sacrificarse.

Gloria dice:

Muchas veces tenemos... nosotras como mamás... las mamás... nosotras como mamás, tenemos que renunciar a muchas... Muchos sueños, muchos anhelos que uno tenía en la universidad, en esos momentos en los que pensabas 'yo voy a hacer esto y me voy a unir a este proyecto' pero la vida sucede, un día te enamoras, te embarazas, llegan los hijos y entonces te das cuenta de que las responsabilidades ya son distintas, como resultado elegimos otros caminos y pues aquí estoy. [...] la maternidad es muy sufrida. Y las mujeres que son mamás no lo saben, por eso quieren y se convierten en mamás. Es un desgaste físico constante. Estamos hablando que tu cuerpo se deteriora con cada embarazo, 10 años, una envejece 10 años. Entonces es un desgaste físico que te afecta emocionalmente, porque tu cuerpo cambia, también tu planeación de vida, tu economía, tus tiempos... Realmente cuando uno es mamá deja de ser lo que era antes. Lo que pasa es que abandonas tu vida a favor de tener la vida de la maternidad (EG, 2024)

El sacrificio es un precio caro, uno que termina por pesar tarde o temprano. Es el proceso de ser madre según la balanza de la buena y la mala, uno que dura toda la vida e implica entrega, sacrificio, postergaciones personales, limitaciones, todo en nombre del amor materno puesto que no existe otra forma, de una u otra, las madres terminan por elegir la maternidad por sobre un plan de vida a corto o largo plazo, no hay alternativa. Así lo comparte Bere:

Con ella [su hija] viví un embarazo bonito. Aunque me pegó porqué yo estaba en el quinto semestre de la carrera. Sí me vi un poquito obligada a dejarla porque no era lo mismo, con los achaques del embarazo me costó seguirle. Me costó asistir a la universidad. Quise retomar cuando Sofi tenía como 1 año, pero no tenía quien me la cuidara; en la guardería, me daban una lista de espera larguísima y al final no se pudo (EB, 2024)

Se trata de un debate con cuestión de género que impide tomar decisiones políticas que garanticen que las mujeres no tengan que renunciar a una por otra, mucho menos enfrentarse con la falta de herramientas que garanticen el bienestar de sus criaturas, que esencialmente, como en el caso de Bere, la tarea del cuidado es relegada completamente a las mujeres a quienes hacemos responsables incluso de sus propios rezagos y postergaciones, cuando en muchas ocasiones no se trata de una decisión sino del fallo de las políticas públicas, del estado de bienestar, para brindar atención a las mujeres y sus criaturas, y así permitir que la planificación individual de vida suceda fuera de la maternidad. Hoy por hoy se crea una tensión a cara de nuestra búsqueda por autonomía y realización personal que conllevan expectativas y deseos que trascienden la maternidad y la familia.

Bere llega a una propia reflexión sobre lo injusto que fue para ella encontrarse en un callejón sin salida que le impidió continuar con sus estudios:

Fíjate que uno de los tantos proyectos que quería hacer iba sobre la pregunta de ¿por qué las universidades no tienen un sistema de guardería? pensando en que las mamás gocemos de ese servicio y podamos asistir sin la preocupación que causa el estar pensando en dónde están nuestros niños o con quién están nuestros niños. Las universidades deberían enfocarse en tener esto para que nosotras podamos desarrollarnos. Eso le hace falta a nuestro sistema académico, que se dé cuenta y se enfoque en que las mamás también tenemos sueños, también queremos realizarnos y podemos hacerlo aun siendo mamás. Es como un sueñito roto que se queda ¿sabes? se te queda el peso al pensar, hújole, es que yo sí quería acabar mi carrera, pero pues ahora tengo a mi hijo. ¡Hújole! se te clava mucho (EB, 2024)

La serie de supuestos sociales a los que la maternidad es sometida alcanza otras instancias gubernamentales, laborales, académicas las cuales se desentienden de la responsabilidad para con el cuidado, que debería ser colectivo; los estragos de criar a otro ser humano no debería ser tolerados únicamente por nosotras.

Bere y Karla se vinculan por el mismo rechazo académico, por cómo estos espacios invisibilizan totalmente a las madres y sus criaturas:

Yo me quedé en el cuarto semestre de administración educativa en la UPN, tuve que salirme, no soporté. En un principio tomé clases con mi bebé, pero se complicó cuando llegó la temporada de evaluaciones. Una maestra de matemáticas aplicadas me hizo sentir muy incómoda en un examen, se le notaba la molestia en la expresión porque mi bebé no paraba de llorar y en consecuencia toda esa situación me tenía muy ansiosa. Igual todos mis compañeros se sacaron de onda que lo llevara, pero sentí muy bonito cuando la primera chica que terminó me dijo: 'No te preocupes, yo cuido a tu bebé, tú termina el examen' y lo sacó del salón porque él estaba un poco inquieto, era un bebé. Pero al final ni terminé el examen, me ganó la ansiedad, me salí y fui con mi hijo. Incluso yo creo que por eso me reprobó la maestra, porque comparé mis exámenes y... no era como para que sacara 9 pero sí tenía un 7, pero me dijo que estaba todo mal. Me hizo sentir rechazada (EK, 2023)

Por otro lado, la experiencia de Karla lleva a una reflexión sobre cómo las instituciones de educación superior abandonan enteramente a sus alumnas, se enceguecen a la realidad de que ellas maternan a la par de que estudian, y al no reconocer las situaciones de vida se crea un ambiente inhóspito para las estudiantes que son madres, para quienes incluso las horas de estudio se ven reducidas por las tareas de cuidado en casa y, por consiguiente, también les resulta difícil acudir a las instituciones para aplicar la evaluación semestral con la facilidad y tranquilidad de dejar a las criaturas al cuidado de alguien de confianza.

Los proyectos de vida de las jóvenes se encaminan al crecimiento laboral, para ello la educación es un factor del que no se puede prescindir, pero en experiencias como las de Bere y Karla ¿dónde quedan ellas? Varadas. La supuesta expansión femenina en la educación y su efecto politizador en el sistema del empleo y en las jerarquías profesionales no tiene fundamento sólido, cuando la elección de estudiar es relegada a la elección de maternar tras encontrarse con un "no" sistemático, que nuevamente termina por relegarlas a la maternidad. La superioridad masculina en cuanto a mayores oportunidades educativas y laborales sigue siendo una realidad.

El modelo ético-moral patriarcal de la "buena madre" dicta mucha parte de la organización social, incluso cuando las participantes no se rigen enteramente por dicho modelo, es la misma sociedad que les impone el cumplimiento del papel

con el fin de mantener el poder masculino. Lo que trae a colación una de las grandes tensiones de las participantes que abordaré a continuación.

5.3.5. El ojo omnipotente de la sociedad

La discusión buena y mala madre aún no termina, ya que hablamos de una serie de mandatos culturales que acompañan a las madres en especial en las primeras etapas del desarrollo de los hijos. La maternidad es, después de todo, una construcción social (Palomar, 2004) que prevalece a través del establecimiento de una serie de mandatos respecto al ejercicio en las instituciones, pero en mayor medida, en las madres. El imaginario opera en la sociedad gracias a imágenes y discursos conducidos por estereotipos y juicios, que, nuevamente establecen parámetros esencialistas guiados por la tradición y la cultura, sobre las correctas tareas para la formación de seres adecuados y funcionales para la sociedad. El papel fundamental de la sociedad es asegurarse que las madres se mantengan al margen del ideal “bueno”. La efectividad de esta vigilancia colectiva se presenta cuando las madres se autoaplican los mismos estándares de crianza. Problemática que, a la larga causa un sentimiento de insuficiencia constante, en ocasiones incitada por la comparación, y que desemboca en el tumor de la culpa materna.

Maga narra su paso por la culpa:

Pasando eso, sentí que tenía un poco controlado el tema de la maternidad, lo cual es una falsedad, tú crees que al mes ya sabes cómo darle de comer, pero no, al siguiente mes se te viene otra cosa, el pañal, una enfermedad, que cuando empiezan a comer sólido hacen bien feo... y yo llegaba con Julie, lloraba con ella, cada que Vibeka se enfermaba, yo juraba que era mi culpa por cualquier cosa, pero Julie, me hizo entender muchas cosas, un día me dijo, tienes que aprender a vivir con la culpa, toda la vida vas a sentir culpa, no importa lo que hagas, si lo haces bien o mal. Ella ha sido una gran luz en mi vida porque ella es muy real, y también es una persona muy realista, nunca me ha apachado con la mentira, ni con el típico “no te preocupes, mañana lo vas a hacer mejor”. Ella me ha enseñado muchas cosas y algo que tenemos en común es que somos muy cercanas a Dios, eso me ha dado también mucho sustento emocional.

Otra cosa es que cuando iba a la casa de mis papás empecé a sentir mucha más culpa con mi hija por mi mamá, porque mi hermana y yo somos muy cercanas, pero también somos muy diferentes, por lo tanto, nuestra maternidad es diferente. Ella, supongo por lo que le pasó, es mucho muy aprensiva, pero yo no ¿me entiendes? Le digo a Vibeka, espérame, ahorita voy, ve y resuélvelo. Esto me hacía chocar mucho con mi familia y, en consecuencia, en ocasiones, también conmigo, porque llegaba con una maternidad que yo solita estaba formando, o sea, yo solita decidí que así quería educarla. Y entonces iba con mi mamá y llegaban, como pasa, los consejos no solicitados sobre la mejor forma de pegarle para sacarle el aire, ya sabes cómo. Me provocaba sentirme mal ¿sabes? Yo regresaba a Pachuca llorando al pensar que era la peor mamá del mundo, que estaba haciendo todo mal [...] Me escondía detrás del “bien” después de cada pregunta ¿cómo estás? Bien. Eso es común en las mamás. Desgraciadamente para las mamás es difícil no estar bien, pero a partir de todo lo que se me vino yo concluí que no quería ser la mamá mártir (EMA, 2024)

El carácter tornadizo de la maternidad hace aún más complicado la labor, dejando a las madres sin ninguna garantía de que las habilidades y herramientas de las que van haciendo cuenta sean útiles para todas las etapas de crecimiento de las criaturas. La incertidumbre es la única constante.

Los ojos de los familiares, la madre, las hermanas, los y las amigas se posan sobre la confianza fracturada de las madres para plantar en ellas la sensación indeleble de insuficiencia. Se busca provocar el deseo constante de encajar, pero en especial de mejorar la crianza en aras de la permanencia de la tradición. Al final, la maternidad se comparte colectivamente por medio de la vigilancia, pero y estratégicamente, cuando se trata de las tareas de cuidado estas son siempre responsabilidad de las mujeres.

Esta es la experiencia de Bere:

[...] he visto miles de testimonios decir ‘¿sí se puede?’ sí, claro que se puede, pero ¿a costa de qué? o ¿a qué costo? hay una frase, no recuerdo bien en dónde la vi o a quién escuché decirlo, me parece que fue una mamá que igual es feminista, ella dijo que la sociedad espera que nosotras trabajemos como si no tuviéramos hijos, que estudiemos o que nos realicemos profesionalmente como si no fuéramos madres. Madres, esposas. Todo este posicionamiento social que se carga en nosotras es sumamente pesado, se espera mucho de nosotras y no porque no podamos darlo, claro que podemos, pero también se espera que nosotros resolvamos todo y obtengamos la respuesta a todo. [...] La verdad es que, si ha sido complicado, complicado como mamá. El problema es que se generan muchas expectativas sobre nuestra maternidad, porque se juzga,

porque se señala, porque se menosprecia [...] a la par pienso que podría hacerlo mejor ¿me entiendes? Veo tantos ejemplos y me animo, sí se puede ¡venga! aunque hay momentos en los que quiero bajar los brazos y decir ya no puedo [...] y vuelvo a la parte de que la sociedad espera que nosotras hagamos todo, resolver como sea, no me interesa si no te sientes bien, si hoy no tienes ánimo... le comentaba a mi mamá que lo más difícil de la maternidad es que tú tienes que estar sí o sí, quieras o no, te sientas bien o no... tú no le puedes decir a tu hijo que no (EB, 2024)

Y Bere tiene razón, esperamos todo de las madres y en sociedad perdonamos casi nada, esperamos y deseamos que hagan magia, lo que conduce a la idealización que impide se expresen otras formas de pensar o sentimientos.

Existe una relación fracturada entre sociedad y maternidad, ya que anteriormente estas últimas solían construirse y regularse mediante discursos moralizantes del correcto papel de la madre, sin embargo, hoy los cambios en los papeles sociales que la entrada de la individualización suscita, deja a la mujer entre dos mundos, de los cuales se vale de acuerdo a las posibilidades de su contexto: la conformación de su biografía alrededor de su identidad materna, la cual está marcada por la mayor libertad que la modernidad ofrece, y los modelos tradicionales que viven en disputa con lo anterior, los cuales, por supuesto, ignoran la nueva situación laboral del sector femenino de la sociedad (Castilla, 2009).

La maternidad individualizada permite una mayor amplitud para construir y reflexionar sobre la vida y las decisiones que tomamos en el curso de esta, por supuesto que con carácter limitado y, como argumentado anteriormente, por ello no se debe perder la vista a que no se ajena de los componentes estructurales que la limitan; el peso de estas limitaciones terminan por aparecer en frustraciones, irritaciones y confusión al reflexionar sobre sus propias prácticas maternas, que descansan en el ideal de la cuidadora perfecta. Es a través del cuidado que la métrica del orden social se transmite, son las madres las responsables de la pervivencia del modelo cultural y social (Baptista, 2018) que debe ante todo prevalecer para garantizar nuestra misma pervivencia. Lo anterior explica el contradictorio pacto social de monitorear a las madres: a pesar de que el ideal materno se sostiene a través del instinto materno como lo esencialmente femenino, la misma sociedad

insiste en vigilar, y sí, en ocasiones castigar, a las mujeres para que los valores sociales atribuidos a la maternidad sean cumplidos.

Sobre el peso del ojo crítico de quienes la rodean Sharon comparte:

Por lo mismo me han juzgado, por la manera en la que yo crío a mi hijo, desde cosas mínimas que ya traemos normalizadas tal como el condicionarlos para que te den un beso, si no quiere darte un beso no te lo va a dar y listo. Y sí me han dicho cosas como: ‘ay, es que no, no seas grosera, pues es que estoy jugando.’ No, pues para mí no es un juego y mi hijo ahorita no se puede defender, no puede decir cuándo un contacto físico lo pone incómodo, pero para eso estoy yo y lo voy a defender de esas actitudes, porque para mí lo más importante, es que respeten su espacio y yo creo que con respetando su espacio, él mismo, él solito va a aprender a respetar los espacios de las personas, así desde hoy me enfoco en educarlo para no hacer lo que a mí no me gustaría que me hicieran.

Una de mis hermanas que también es mamá y nuestras maneras de criar son bien diferentes ¿no? Entonces ella es como que un poquito más a la antigua, de castigarlos y de regañarlos, y yo no, yo pienso que es mejor evitar los castigos. ¿Cómo voy a evitar los regaños? Pues enseñarle a controlar sus emociones principalmente, y que aprenda a distinguirlas. La madrina de mi bebé, también muchas veces choco con ella por la manera en la que yo crío a mi bebé, a ellas no les parece, pero pues me es indiferente, la verdad (ES, 2024)

Algo parecido cuenta Mari, quien experimenta los males de la vigilancia colectiva que provoca conflicto con su forma de crianza y, en consecuencia, con quienes se han permitido externar sus criterios en comentarios y consejos no solicitados:

A mí me emputa cuando se meten con la forma en la que estoy criando y enseñando, como, por ejemplo, cuando me dicen, oye, dile a tu hijo que no grite, pero ¡oye! nunca grita y cuando lo hace es porque se emocionó por algo, cómo le voy a prohibir que se emocione, no güey, no puedes hacerle eso a un niño [...] Mi suegra es de esas típicas personas que ocupa a tu hijo para decirte a ti algo, si no le pongo suéter, llega con mi hijo a decirle “ay no te pusieron suéter, dile a tu mamá que tienes frío” pero igual esas personas siguen aplicando métodos que ya no deberían ¿no? como darle coca a los bebecitos, incluso mi mamá le quería dar pizza a mi niño cuando apenas tenía 6 meses, pero no, ahí tiene sus verduras, su pollito, le dije. De hecho, yo no le hice papillas, nunca, lo que hacía era darle la comida en cortes aptos para que no se ahogara, igual debía tener cuidado porque mi hijo no mastica, pero lo hacía para que se acostumbrara a comer solo. Toda mi familia me decía ¡se va a ahogar! ‘ira, se está ahogando, pero no, todos los bebés hacen arcadas y no pasa nada, es el proceso para aprender a comer (EM, 2024)

En las experiencias compartidas, el papel de la familia extendida marca un primer contacto con los criterios moralizantes de la “buena madre”, aquellos que entran con más facilidad de forma directa en reuniones familiares. La norma para las y los parientes es recordarles a las madres la importancia de cumplir con su papel esencialista respecto a las necesidades tradicionales, noción que deja fuera la subjetividad e individualidad de las madres quienes, tras la letanía de reglas, desearían que dejaran a sus maternidades en paz.

En la actualidad existe un cruce entre maternidad e individualismo que encontramos un tanto accidentado. En la libertad por conformar sus propias biografías, prácticas y creencias que conforman la maternidad, las mujeres están cada vez menos dispuestas a acatar las normas sociales, ya que consideran van sobre una narrativa obsoleta que reflexiona, poco o nada, sobre las criaturas y mucho menos en ellas, aún más reconociendo la rebeldía política de cara al sistema de aquellas que se identifican como feministas. Un claro ejemplo es Karla, quien resiente aún más la confrontación entre tradición y emancipación al rodearse de mujeres y otras madres feministas en cuyos círculos el arraigado modelo de la “buena madre” ha perdido significado:

Cuando estoy con otras personas que no están dentro de mis círculos feminista [...] Nunca pierden la oportunidad de hacerme ver cuando está tocando esto, agarrando cosas que ‘no debería’ o haciendo cosas que no debería. Y lo peor, me preguntan si no le voy a pegar, dale una nalgada, me aconsejan como en orden. Eso no me gusta nada, me estresa un poco, creo que es la parte que odio: lo que esperan de ti como mamá. es que sí es un trabajo un poquito pesado y si eso se combina con la presión social es sofocante. Aunque digo, no me importa lo que digan otras personas, pero al final sí genera cierta tensión en mí cada que me están juzgando o me están viendo ¡ay! Sí, eso es lo que más más odio (EK, 2023)

La seguridad que brindaban los modelos tradicionales no es posible de hallar por las participantes; el distanciamiento con la tradición, la apertura a la decisión y la autodeterminación de las narrativas son lo que precisamente caracteriza a los

nuevos modelos (Beck y Beck-Gernsheim, 2001). Hay que recordar que y, después de todo, la maternidad y la forma en la que será ejercida dependerá del momento histórico, el contexto sociocultural, político y económico en el que las mujeres están insertas.

En conclusión, la identidad que se ensambla en torno a la maternidad se entrelaza entre la conformación tradicional de la identidad femenina y la emancipación del rol. Diversas son las investigaciones cualitativas que muestran la persistencia en los sectores populares de la población de la maternidad, la cual continúa siendo la condición inevitable de lo femenino, y en esa finísima línea de valores tradicionales, la responsabilidad de la crianza de las criaturas continúa siendo un trabajo, en su mayoría, destinado a las mujeres, lo que explica que madres, suegras, hermanas, tías, vecinas sigan participando o influyendo en la manera en la que se crían a las criaturas (Castilla, 2009).

Lo que sugiere la individualización moderna, y el contexto determinado por vivencia, es que hoy, a diferencia de nuestras madres, tenemos mayor margen de acción para decidir qué consejos nos sirven y cuáles no, tal es el caso de las participantes.

5.3.6. La madre

*Abría mi madre la boca para llamarme
y florecían de pronto
todas las espinas*

*Las madres y las otras,
a las que les rasparon
dentro del útero para
sacar todo rastro de
esperanza, de amor.
Las madres acunaban
raíces de sangre y oro
entre sus brazos cansados;
las otras teníamos
alacranes en la piel*

*que salían de entre
nuestras piernas*
(Esther M. García)

Como ya he mencionado, la maternidad se compone en gran medida del falaz instinto materno y las condiciones que este impone a la labor, condicionantes que arrebatan vivir la experiencia en libertad, libre de miedo por volver la atención a nuestras decisiones en torno a la crianza y ser marcadas con la vergonzosa etiqueta de la mala madre. Para seguir el camino de la rectitud las madres pueden recurrir a un gran repertorio de normas y métricas, como la social, abordada en el apartado anterior.

No olvidemos el primer contacto con la maternidad de cada una de nosotras: con nuestras propias madres; relación a la que volveremos una y otra vez cuándo pensamos en la crianza de nuestras criaturas. El saberse madres lleva a las participantes a pensar en lo que fue ser criadas por sus madres, reconocerse en ellas repentinamente atemorizadas, porque la experiencia con sus madres implica una contradicción con el ideal materno, una contradicción con la realidad concreta.

La relación madre e hija suscita un pesar permanente en ambos sentidos, más aún cuando las hijas se convierten en madres, entonces una es subjetivamente ambigua para la otra y, en ocasiones dicha situación desemboca en un sentimiento de traición por no cumplir expectativas particulares a la relación, impuestas en mayor medida por la madre, o bien, por cumplirlas e incluso superarlas (de Beauvoir, 1949). Madres e hijas en constante lucha, expresada o guardada en una dinámica de amistad atormentada por el rencor y la decepción, se trata de un juego del que no sale ninguna victoriosa.

Maga comparte cómo fue para ella darse cuenta de la falta que le hizo el apoyo materno durante su embarazo, pero también a lo largo de su vida, y el proceso para hacer las paces con la carencia:

Fue la primera vez que yo creo supe lo que es la soledad [durante el embarazo], solo tenía a Julie ¿sabes? Y justo aquí me pregunto por la ausencia de mi mamá

en todo este proceso, nuestra relación es un tema fuerte para mí, porque cuando me volví mamá terminé en terapia porque me di cuenta de que no tenía una buena relación con ella, que me faltaban muchas cosas y no me había dado cuenta. Mi mamá no era parte de mi vida, hoy lo empieza a ser un poco pero antes no estaba. Cuando estaba embarazada al primero que le dije fue a mi papá, porque mi papá y yo somos uña y mugre, nos hablamos todo el tiempo, de hecho, tengo una llamada perdida de él, pero mi mamá estaba ausente, y supuse que era porque mi hermana estaba embarazada de su segunda hija. Emi tenía 1 año apenas y el embarazo de mi hermana obviamente también era de alto riesgo, no tanto como el mío, pero lo era, sin embargo, eso no ameritó la misma atención a mi embarazo para mi mamá. No lo entendía del todo [...] Mi mamá tiene una forma muy extraña de ser, muy peculiar, pero por su historia familiar yo entiendo que no tuvo de otra. Antes me decía algo, me comentaba algo y yo me enojaba, la ignoraba, o nos peleábamos y me iba. Pero cuando me convertí en mamá los comentarios sobre mi vestimenta, mi arreglo o mi falta de, mi insuficiencia, me dolían mucho, porque me preguntaba ¿por qué mi mamá no me puede ver con el mismo amor con el que yo veo a Vibeka? ella no me ama tanto o no me ama a tal grado de aceptarme tal cual soy, como yo amo y acepto a mi hija que apenas y tenía meses de vida. Y entonces en ese momento la maternidad empezó a tener un color diferente para mí, porque entonces ya me veía mamá y me veía hija. Me empecé a observar con más detenimiento lo que me ayudó a identificar pequeños patrones que venían de mi mamá y los estaba repitiendo con mi bebé. Concluí que no quería ser ese tipo de mamá para ella, por eso entré a terapia (EMA, 2024)

La maternidad es un terreno nuevo que ofrece la oportunidad para sanar viejas heridas y mejorar a través de ellas, cuidar de nuestras criaturas abre una ventana que gratifica necesidades que fueron ignoradas en la infancia de la madre, es un borrón y cuenta nueva, una oportunidad para el crecimiento personal y la madurez que no sabíamos echamos en falta. “La base de la relación entre madre e hijo siempre se encuentra la propia experiencia de la etapa infantil y de la niñez” (Almond, 2010, p. 29); los miedos o gratificaciones que puedan surgir siempre llevan consigo las marcas de quienes nos criaron.

Respecto a lo anterior Maga reflexiona:

Ahora me reconstruí y creo que esa es una de las cosas valiosas que te da la maternidad, el siempre tener al alcance oportunidades para cambiar, obviamente sin estarle cagando la vida a tu hijo ¿no? pero creo que como mamá siempre estás buscando algo porque tus hijos te lo van exigiendo y tú misma también, porque te enfrentas a cambios constantes, sus necesidades son diferentes y las tuyas tienen que ser diferentes para cumplir con tu rol de madre. Es difícil

aguantar el ritmo, pero lo tienes que hacer porque si no te truenas o eres totalmente infeliz. Yo no quiero ser una mamá infeliz, en un principio creí que mi felicidad era Vladimir, pero llegaron todos los problemas, y su ausencia no me permitía ser completamente feliz, pero posteriormente me di cuenta de que yo misma me estaba provocando, hasta cierto punto, esa infelicidad. Y ahora estoy aquí (EMA, 2024)

El amor materno como socialmente pensamos que debe ser termina por caerse con nuestras propias experiencias como hijas, la ambivalencia ante sentimientos de amor y culpa van reescribiendo lo que sabemos del amor incondicional que supuestamente viene adherido al ejercicio materno, y aunque nos resulta difícil pensar en nuestras madres, lo hacemos, en busca de darle sentido a las carencias, en ocasiones nos mostramos empáticas con ellas. De adultas estamos familiarizadas con las heridas que su historia de vida le ha dejado, así como Maga, y también como lo expresa Mari en el siguiente fragmento:

Muchas cosas de mi experiencia como mamá empiezan pensando en mi mamá, yo nada más tengo un hijo ¡y a veces me quiero echar a correr! solo me pregunto cómo le hacía ella que tenía cuatro. Yo siempre creí que era una jalada eso de “cuándo seas madre vas a entender” como su fuera grupo de AA, y ya luego lo entendí, si es cierto, entendí muchas cosas cuando me volví mamá. Con eso no justifico a mi mamá, pero ya entiendo qué pasó ahí. De hecho, yo no le hablaría a mi mamá de no ser por mi abuela, si no estuviera ella yo hubiera bloqueado esa parte de mi vida, cómo le hice a mi papá, hasta luego, adiós. Ella me cuestiona mucho el “acercamiento ventajoso” que tomo y sí, porque siempre pienso que si le puedo sacar provecho pues ahí estoy, sino entonces no me interesa. Mi mamá mucho tiempo me faltó, incluso hubo un tiempo en el que yo sentí que me debía lo que sea me debía, si me daba un *phone*, adelante me lo debe, porque nunca hizo nada por mí. Pero ahora que me tocó estar del otro lado si veo todo distinto, igual si la tuvo difícil y sí, la cagó, la cagó demasiado, pero también lo hizo en cosas que yo no podría hacer, aunque a veces si me veo hacer algunas cosas cómo ella. Siento que a partir de eso aprendí a identificar lo que lastima, esto lastima y esto no, también lo que puedo trabajar y lo que no [...], nos dejaba solos un mes y quizá no comíamos bien ese tiempo, pero cuando ella regresaba nos traía todo, yogurts, gelatinas, dulces, dinero... y luego se volvía a ir [...] Mi mamá fue la que más generó dinero en mi casa, ella era la del biyuyo, mi papá era un güey que no tenía billete y no quería chamberear ¡era bien loco, güey! porque así mi mamá lo amaba, siempre lo defendía (EM, 2024)

Relaciones fracturadas son producto del inalcanzable sueño del amor materno superpuesto al golpe de realidad que se transcribe en frialdad materna. A les hijes también el deber ser nos alecciona en aras de buscar en ellas los atributos de las “buenas madres”, después de todo, el bienestar infantil físico, moral, psicólogo, afectivo, dependen de ellos. La idea de la crianza estrictamente individual por la que pasan casi todas las mujeres no solo deja privadas a las madres, sino también a las criaturas, quienes no tienen a quien más recurrir para formarse como seres plenos. El amor que reciben de niñas es proporcional al amor que buscarán toda la vida.

Vero, entre la empatía y la decepción, cuestiona lo que su madre ha hecho, así como lo que ha omitido accionar entre ellas:

Mi mamá también ha sufrido muchas cosas, yo estoy perfectamente consciente como feminista y como mujer de que para ella la maternidad fue algo impuesto y horrible. Pero eso no quita que también sea mi violentadora y siga haciéndolo en muchos sentidos. Yo de mil maneras intenté hacer funcionar nuestra relación [...] opté por quedarme en Pachuca para estar cerca de ellos [sus hijos] y tratar de resarcir las cosas con ellos, de arreglar el vínculo porque Axel ya había asumido una posición de total odio hacia mí, y el mayor ni me hablaba, solo me hablaba lo esencial, el hola y el adiós que la educación amerita, pero fuera de eso me aplicaba una ley del hielo bien horrible. A partir de esto yo le empecé a agarrar rencor a mi mamá, mucho más del que pues ya tenía, la neta [...] Como terapia tuve que escribir una carta que ni siquiera volví a leer, la quemé, era de tres hojas por los dos lados explicando todo el rencor que yo tenía hacia mi madre. Así maté a mi mamá, simbólicamente, cuando me di cuenta de que pude haberla matado. Pensé, ya güey, ella nunca quiso tenerte, y eso en verdad me lo dijo, pero cuando yo era una niña; existe una diferencia enorme entre llegar a esa conclusión y decirles a tus hijas cuando son adultas y entiendan el pedo, a decirles cuando todavía estas en ese proceso de apego y que tu mamá te diga, sabes qué güey, al chile, ni te quería tener, digo ¿en qué cabeza? Igual ella no quería hacerlo, pero me lastimó horrible [...] (EV, 2024)

La maternidad será deseada o no será, uno de los más grandes estandartes del feminismo que juega en pro de ambas partes, maternidades e infancias desarrolladas en el querer y el gozo del plan de vida. Los sobrentendidos de género que caracterizan la maternidad suelen tener costos irreparables, vivir la experiencia subjetiva de la maternidad sin desearlo o haberlo enfrentado desemboca en catástrofes igualmente subjetivas que terminan por manifestarse en situaciones

dolorosas cuyos principales objetos son los hijos que vulnerados carecen de medios para superar las frustraciones de las madres. Las hijas del arrepentimiento materno suelen ser blanco de muchas otras situaciones de violencia, a la larga tras una falta constante de protección afectiva son producto de los abusos sufridos, y sin buscarlo, también serán víctimas de otros males “que les harán padecer una enorme serie de limitaciones, sufrimientos y dificultades” (Palomar, 2004).

Vero reflexiona:

A causa de estos patrones yo llegué a agredir a mi mamá físicamente, claro que no me justifico, y sí fue una reacción agresiva a una conducta violenta con la que llevaba lidiando toda mi vida. Ese día mi mamá le había dicho a mi hijo pequeño que ella estaba trabajando para poderlos mantener, pero eso no era cierto, ella trabaja para pagar sus chingadas deudas con el banco.

A mí me habían invitado a dar unos pulques, yo bebo pulque muy seguido, pero ese día te juro ¡te lo juro! me tomé un solo trago de pulque y yo ya estaba pedo ¡con un trago! porque yo ya estaba al límite. Me acuerdo de que teníamos oportunidad de podérnosla seguir en casa de otros compas, pero yo fui a mi casa en su lugar, ahí tenía prohibido entrar con vatos, pero ese día me llevé a uno, ya estaba buscando pedos ¿sabes? Cuando llegó mi mamá se puso en un plan de, te voy a echar a la policía. Lo que yo medio recuerdo y que reconstruir con lo que me dijo ese güey, que no era mi novio ni nada, solo lo llevé porque quería chingar. Pero yo ya no quería ni tenía por qué aguantar, le dije, si te parece, si no dame a mis hijos. También eso de que yo no pudiera entrar con vatos a la casa era para que ella pudiera seguir teniendo control sobre mi pedo reproductivo y sexual cuando ya tengo 30 años y ya soy madre de 2 hijos. Que no mame, no, güey yo no estoy aquí por ti, dame a mis hijos y se acaba el pedo. Se volvió toda una escena en la que mi mamá me amenazaba con que te voy a echar a la policía, yo no tengo tan claro lo que pasó, pero creo que le dije, ¿ah sí culera? y me le fui encima con la botella de pulque, solo porque ese güey me detuvo no le hice mayor daño. Pero sí me desquité, le rompí el retrovisor del carro, también le saqué un machete a los pedófilos de mis tíos que me quisieron detener, pero no, ahí fue el momento en el que dije ¡ya estuvo! [...] Todo este pedo con mi mamá es bien complicado, la realidad es que ambas ya nos hicimos demasiado daño. Por eso llegué a decir, te libero de ser mi madre güey, tú Kenia, sigues viva ¡qué chingón! pero tú y yo ya no podemos estar juntas y yo aprendí a no canalizar esa ira hacia mí, por lo tanto, si me quedo contigo ahora la voy a dirigir hacia ti y no se vale tampoco. Entonces la mandé a la verga. Para mí ella es un fantasma. Aunque bueno, no puedo alejarme por completo de mi familia porque mis hijos están ahí, pero ya no es lo mismo. Te juro que cada que voy mi estrategia es saludar y despedirme nada más. En navidad nos vemos, mi mamá me da mi regalo, ah gracias, le digo, lo recibo y no lo uso en la vida. Para mí mi mamá está muerta y lo que está en la casa es un fantasma, Kenia es otra persona (EV, 2024)

La maternidad es lo más cerca que tiene la mujer de, verdaderamente, saber el placer que le causa al hombre su superioridad (de Beauvoir, 1949). La hija es el medio puesto a disposición para ser controlado por los deseos de la madre. “Salimos de sus cuerpos, completamente indefensos y dependientes, y la conciencia humana, para darle sentido a este hecho, les otorga [a las madres] inconmensurable poder para el bien y el mal, para nuestra sobrevivencia, así como para nuestra destrucción” (Almond, 2010, p. 22, traducción propia). Los cuerpos que nos dieron forma se abren y se extienden hasta convertirse en el hogar, el techo que brinda seguridad es el espacio en el cual los hijos se desarrollan. A Vero vivir bajo el techo familiar, territorio materno, supuso ciertas reglas — como para cada una de nosotras, — con carácter aleccionador y perpetuo. Al alcanzar la mayoría de edad más que para ser usadas con el fin de educar y ordenar, parecen ser aplicadas por el simple control; Al llegar a la adultez y conseguir en diferente medida la independencia las hijas suelen chocar cada vez más con las reglas impuestas desde la infancia, se convierte en una lucha por la independencia, por la individualidad, en un accionar por despegarse de la piel de la madre, quien ante la efectividad de los esfuerzos se resisten con la misma medida.

La búsqueda por mi propia individualidad, pretender influenciar en las reglas del hogar suscitaba en mi mamá una terrible incomodidad que expresaba en estados de ánimo eufóricos, en negativas rotundas, y naturalmente, en mí también. Discutíamos largo y tendido durante horas, en ocasiones logrando llegar a un entendimiento, pero en otras nos era imposible. El mayor medio de control que ella tenía sobre mí era el hogar, “ahí está la puerta, si no te gusta vete” me provocaba una rabia inmensa por lo cínico de la injusticia, yo no tenía medios para irme, más que el valor y valentía de las que carecía. Me quedaba, con la cola entre las patas.

No voy a ignorar, como socialmente se hace, que la decepción que provocho en ella es parecida a la que yo misma siento, los ideales de madre tanto como de hija juegan un papel importante, y que mi incesante deseo por ver en ella una madre eterna evita reconocerla como una mujer adulta con deseos y necesidades propias y a quien mis actos de independencia no hacen sentido ¿Qué acaso el amor materno no es infinito? ¿No son los hijos infinitos? ¿Qué acaso una no es madre

toda la vida? ¿En qué momento se deja de ser madre? ¿Con la muerte de los hijos? ¿Con la vejez? ¿Seguir en la búsqueda del amor incondicional me lastima más a mí o a ella?

La organización social del cuidado dispuesta enteramente a las madres, el depositar en ellas todo bienestar infantil, guía inevitablemente a que nosotras como hijas depositemos todas nuestras esperanzas en ellas, nos hace esperar —aunque a veces es una espera eterna— que siempre lo hagan bien, que nos quieran bien y nos acunen en su pecho puesto que es el deber ser. La cosecha de esta imposición son hijas, hijos, hijes y madres frustradas y decepcionadas, por decir lo menos.

Bere recuerda lo que fue vivir con su mamá y el largo camino recorrido de ambas por el entendimiento mutuo:

La educación ha sido un proceso tan difícil, tan complicado... yo vengo de una educación tradicional inculcada por mi mamá. Tenerlos a ellos me ha hecho entender muchas cosas, entendí que yo sufrí un poco de una mamá dura, de una mamá exigente, de una mamá que me daba mis cates. Creo que esa es una de las razones por las que hoy trato de no caer en ser la mamá permisiva; sí entiendo sus puntos, platicamos y los escucho, pero al final hay cuestiones que se tienen que respetar sí o sí. Aunque hoy puedo platicar con mi mamá sin problema y abordar el tema de que me lastimó y hubo temporadas en las que sufrí mucho con ella, yo no quiero que mis hijos pasen por eso, que llegue un punto en el que reconozcan lo mal que la pasaron conmigo. Valoro mucho la apertura de mi mamá, y hoy la comprendo como no podía antes, ella se quedó mamá soltera, se divorció de mi papá y de él ni sus luces (EB, 2024)

En este panorama de relaciones accidentadas, dentadas, también existen aquellas que se forman en vínculos más o menos sanos, en las que la ambivalencia no es un cumulo de expectativas y necesidades impuestas a la otra persona. No son posibles las maternidades desprovistas de ambivalencia, pero sí aquellas que responden a sus hijos de maneras flexibles y realistas. Como es el caso de Sharon quien encuentra en su mamá el mayor apoyo tanto emocional como económico y quien manifiesta que rara vez surgen discusiones entre ambas:

Mi hijo nació el 13 de octubre, ese día afortunadamente fue muy tranquilo, todo bien, todo normal, pero sí, desde los primeros días se sintió como un choque en muchos sentidos. Desde el amamantar, que me costaba mucho, me sentía terrible, que estaba fallado en algo porque ni siquiera podía alimentar a mi propio hijo, lloraba mucho, pero mi mamá trataba de tranquilizarme, me animaba a seguir intentándolo, también tenía a mi hermana y mi mamá cada una a lado mío y a pesar de tenerlas ahí yo no podía [...] A veces llega mi mamá y me disculpo con mucha vergüenza por no haber hecho nada en la casa, pero ella me tranquiliza, me dice que no me preocupe 'ahorita terminamos' (ES, 2024)

Por otro lado, está Gloria que, a diferencia de las demás participantes, su mamá fomentó en ella y su hermano el desarrollo de su individualidad fuera de la suya, y quien representa un apoyo cada que se necesita sin condicionantes emocionales. Y aunque la ambivalencia se encuentre de maneras más sutiles, una que posiblemente se exprese en la distancia del hogar, no representa en Gloria un problema de ida y vuelta entre ambas. Se trata de una dinámica que rompe con la de muchas familias mexicanas de la reticencia a “dejar el nido”. Gloria dice:

Nosotros venimos de otras familias de papá, mamá...yo tengo un hermano más grande. Y él [su pareja] tiene a sus papás y dos hermanos más. Yo tengo una muy buena relación con mi mamá, con mi papá y mi hermano también. Mi mamá nos hizo unas personas muy independientes y fuertes. De los 365 de días del año nos vemos a lo mucho 20 días, porque mi mamá nos enseñó a volar y a no necesitar ver el nido todos los días. Nos hablamos en ocasiones, nos preguntamos cómo estás, bien ¿tú también? ok, nos vemos en Navidad, sale bye. Es decir que no nos hablamos seguido, no nos hablamos diario. Tenemos nuestras vidas, unas tan ocupadas e independientes en las que a veces no encontramos espacios. Mi mamá en su momento nos dijo “a mí ya no me estén molestando, ustedes crecen, tienen a su familia y cada uno hace sus cosas”. Pero eso no quiere decir que no haya apoyo mutuo, a veces le pido apoyo a mi mamá porque me enfermé y no tengo quién cuide a los niños, y claro que viene (EG, 2024)

La maternidad patriarcal tiende a formar, tanto a madre como hijes, desde la ideología esencializadora del deber ser que idealiza las expectativas de ambas experiencias. Es el individualismo el que carga toda la responsabilidad del bienestar de las criaturas en las madres a quienes las tareas de la maternidad ya aparecerán una vez que cumplan con su destino biológico, es natural e instintivo el amor materno, pero ya que esto no es así, las afectadas son ambas partes. La

ambivalencia, la fatiga y la culpa viven en las hijas y las madres gracias a la enorme responsabilidad de crianza y cuidados que otorgan (como si fuera un honor) a las mujeres. Se habla del poder de la colectividad para relegar los trabajos, una crianza en comunidad que exima la responsabilidad de los resultados a una sola persona (así se terminarán las narrativas de la buena y la mala madre). Andrea O'rilly (2016), por ejemplo, argumenta que se necesita otorgarles a las madres el poder de la agencia, ser las actantes de su propia decisión de vida, autoridad, autenticidad, autonomía y por último abogacía/activismo, con la visión de influenciar la vida propia y tener el poder del control de la vida de una misma. Sin embargo, hoy aún no tenemos una respuesta concreta con la cual podamos accionar un cambio a la maternidad patriarcal, se necesita de muchas más acciones en otros ámbitos, por ejemplo, el cultural y el político. Lo que sí tenemos claro es que se necesita trabajar en una maternidad que deje de ser opresiva para las mujeres.

5.3.7. ¿Hay chalecos salvavidas para ambos? La relación en pareja

La vida en pareja es un terreno plagado de conflictos, contradicciones y frustraciones por ambas partes, en especial para las mujeres quienes comienzan a cuestionarse su rol en la familia y las tareas diferenciadas que se le asignan para la supervivencia de ésta. Ser la mujer, ser la madre marca diferencias de oportunidades en el núcleo familiar, como la poca apertura para desarrollarse individualmente, la carga de los trabajos de cuidado, los empleos que no interfieran con la maternidad, entre otras; las opciones son limitadas, ya que éstas son pensadas por el bienestar de la familia: el padre, quien en su gran mayoría es el mayor proveedor, los hijos y, por último, la madre.

Como ejemplo de lo anterior está la experiencia de Gloria que narra:

Crecieron mis hijos, mi hijo ya tenía 5 años y mi niña 3 años cuando mi esposo tuvo una oportunidad de trabajo en Jalisco, Puerto Vallarta. Él me dijo 'Oye, me tengo que mover a Jalisco, ¿te vas conmigo? cómo ves'. Y sí acepté, nos mudamos y ahí estuvimos otros 2 años. Tuve que dejar mi negocio, por seguir los sueños de él, y la maternidad, y la paternidad, y vivir en familia, para esto tuvimos que hacer acuerdos por el bien de todos. Tras cumplir esos 2 años regresamos a Pachuca porque aquí tenemos nuestra casa, nuestro hogar, nuestro patrimonio. Para entonces mi hijo tenía 7 y mi hija 4 años [...] (EG, 2024)

Aunque como Victoria Sau (2009) señala, la maternidad difícilmente es equivalente a la paternidad, al contrario se encuentra subordinada al otro, aquello que marca distancia o en ocasiones cercanía atiende al llamado del patriarcado que se encargó de reducir a la maternidad a un estado de naturaleza pura, mientras que los hombres pueden ser padres independientemente de lo biológico, ya que al vivir en el mundo superior de la razón ellos pueden ser padres tengan hijos o no, son padres de la ciencia, del arte, de las religiones, y demás. Además de que la paternidad — patriarcal— es arbitraria, lo que significa que son padres de las criaturas de los que han decidido serlo, mientras que la madre puede difícilmente desvincularse dado el vínculo biológico con la criatura, el padre puede tanto negar la paternidad como reconocerla.

Como ya he expuesto en lo anterior, la maternidad se asume en las mujeres como un proceso valorativo e identitario ante la posibilidad de volverse plena, mientras que, para los hombres, la paternidad añade distancia con lo femenino para reafirmar su propio valor masculino. La realidad es que tanto hombres como mujeres comparten el mismo potencial para realizar las actividades que cumplen con la crianza de la progenie, hay pocas diferencias; ambos pueden desarrollar relaciones de apego y cubrir las necesidades del bebé de manera satisfactoria (Parke, 1981; Olivier, 1995; Lamb, 1997; Zauche-Gaudron, 1997; Oiberman, 1998; Villarraga, 1999 en Arvelo, 2001), pero el que estas actividades puedan intercambiarse y compartirse está sujeto a ciertos límites, producto de una construcción social que cumple su papel de intermediaria. Bajo la lógica anterior, surge la pregunta sobre qué tanto se involucran las parejas en el cuidado de los hijos, y aunque las respuestas son largas y variadas ya que están sujetas a rutinas

particulares si existe una narrativa en torno a la división de tareas. Nuevamente retomamos la experiencia de Gloria, quien continúa:

Mi esposo está con nosotros viernes, sábado, domingo y lunes. El lunes se va a CDMX en la noche y el viernes llega a mediodía, justo a la hora de ir a recoger a los niños de la escuela. Y realmente te voy a ser sincera, llega mi esposo y le entrego a mis hijos y él se hace cargo de la alimentación, de llevarlos al fútbol, a la natación, al entrenamiento que tengan. Los sábados los ocupamos para estar en familia, vamos al partido de mi hijo o al cine. Pero ese es un acuerdo al que llegamos a partir de que el recibiera la noticia de que tenía una oferta de trabajo más grande en ciudad de México, se trataba de una oferta que nos iba a permitir generar el doble de ingresos. El problema era que él tendría que estar allá. Acepté dejándole saber que no tenía problema siempre y cuando no olvidara su responsabilidad [como padre y esposo]. Él aceptó. Entonces los días que él llega, mis hijos ya saben que él se hace cargo, le piden de cenar y todo lo que necesiten, mientras yo me doy un respiro.

Ya llevamos 1 año con esta dinámica. Si contabilizamos el tiempo que pasamos compartiendo como familia su porcentaje es de un 30%, y un 70% mío. Esto, creo yo, se debe, desafortunadamente, a la forma en la que empezamos nuestro matrimonio, fue de una manera muy tradicional en el que él pensaba lo usual, “tú eres la mamá, tú te encargas de ellos, tú les das de comer, tú sabes”. Hasta que poco a poco fuimos cambiando la dinámica, por voluntad mía, porque empecé a decirle que también eran sus hijos, también eran su responsabilidad, yo también quiero trabajar, crecer, no se vale que yo sola tuviera que jugar ese papel. Fue un proceso lento pero constante para cambiar la dinámica de nuestra familia, porque sí es asfixiante. Sí, es asfixiante la maternidad, sí es asfixiante el matrimonio, sí es asfixiante la familia, sí lo es. Y entonces debemos de empezar a llegar a acuerdos para que vaya funcionando y vaya fluyendo, porque uno va ahogándose y el otro trae su salvavidas a toda madre porque piensa “no, pues yo me dedico a mi trabajo, llevo mis cosas, mi asunto y seguramente mis hijos ya están limpios, bañados, cenados, contentos” y él llegaba nada más a jugar con ellos. Yo me llevaba toda la carga y él no (EG, 2024)

Lo que Gloria dice es fundamental para comprender la dinámica de muchas, si no es que la mayoría de las familias en México. El uso del tiempo disponible para madre y padre es relativamente proporcional a la posición que tienen designada en el seno familiar, pero también, se ve influenciado por la ideología de género que afecta y es usado por ambos. Cuando los trabajos —y también instituciones educativas— asumen que quienes laboran no se dedican a los trabajos de cuidado del hogar (Beck y Beck-Gernsheim, 2001) provocan una repartición desmedida del tiempo entre hombres y mujeres; estos primeros disfrutan de más tiempo para dedicar a

sus actividades, tanto productivas como de ocio, por ello pueden percibir el tiempo dedicado al hogar como una amenaza a sus ventajas económicas —de tener sobre el salario de su pareja— y de prestigio heredadas socialmente. Las mujeres, al contrario, han estado relegadas al papel de cuidadoras totales y fundamentales. Su protagonismo en este ámbito les confiere valor como gestoras del bienestar al que, en ocasiones, no pueden querer renunciar. Y justo en este querer surge la necesidad de llegar a acuerdos para dividir las tareas, discusiones o charlas que desde la postura femimista se plantean con la esperanza de delegar cierta cantidad de tareas del hogar.

Gloria continua:

Fue necesario que empezáramos a platicarlo y afortunadamente cedió poco a poco, hasta un día me dijo que yo tenía razón, era justo, 'un día tú cocinas y otro día yo cocino. Un día tú echas las cargas de ropa a la lavadora y otro día yo. Tú arreglas estos cuartos, yo esto' La verdad es que desde habernos sentado a tener esas pláticas si hemos podido llegar a una dinámica más equilibrada, pero aun así... aun así, me llevo más, me llevo más carga de los trabajos del cuidado y de todo por ser la mamá, porque desafortunadamente así nos crían, dentro de una costumbre que nos hace pensar que al nosotras ser las mamás debemos encargarnos de todo, y peor aún, que sabemos todo, así se nos carga la responsabilidad del cuidado, de la educación... Aunque por más que queramos equilibrar el asunto, al menos a mí, no me ha funcionado del todo [...] (EG, 2024)

Al menos a mí no me ha funcionado del todo, concluye Gloria. El problema habita en la idea de que parir es un don otorgado por la mismísima naturaleza. Parir otorga mágicamente cualidades que los hombres no pueden adquirir, así como así, sino que se tiene que trabajar en ello, si se tiene tiempo, pero no lo tienen o no están dispuestos a darlo. A diferencia de las mujeres que nos enfrentamos a la maternidad desde la infancia, ellos se enfrentan a su paternidad hasta que tienen al hijo en brazos, y en ocasiones hasta que ha crecido (Torres, 2004). Por lo tanto, lo anterior fomenta la creación de la 'mala' madre, la desnaturalizada, ante la posibilidad del rechazo del bebé al que dio a luz, mientras que el ser un 'buen' padre es, siempre y después de todo, una elección masculina.

Yadhira conoció los dos lados de la moneda de la paternidad, la responsable y la otra, aquella desganada además de condicionada, veamos lo que dice de esta última:

Al poco tiempo de que nació Paula, mi expareja se hizo el aparecido, dijo que había pensado mejor las cosas y lo correcto era hacerse cargo de la niña, como debe ser; por supuesto que acepté la ayuda ¿cómo no hacerlo? sería injusto, para él quien, después de todo era el padre, pero sobre todo para Paula, que tan pequeña había llegado al mundo y necesitaba de su papá, no sería yo quien la despojara de él. La cosa es que, esa ayuda venía condicionada, tenía términos y condiciones que el papá, por sí solo, estipuló para hacerse responsable, es decir que si iba apoyar sería bajo sus condiciones. Era una trampa. Entonces comenzó mi martirio en soledad, mientras él se hacía de la vista gorda yo me encargaba de todo, cambiar pañales, alimentar, limpiar, lavar la ropita manchada de leche y otros líquidos menos agradables, dormir, bañar, cuidar...y demás. Después él comenzó a tomar una actitud despreocupada a pesar de que él era la entrada económica principal. Así que no tuve de otra que regresar a laborar desde los primeros meses de Paula, mi hija así lo merecía, hazlo por Paula, Paula lo vale, me decía cada día. Y aguanté con todo, aguanté una relación violenta, él era un patán de primera (EY, 2024)

La paternidad marcada por la masculinidad posmoderna incita a los hombres a cimentarse como seres autónomos e independientes, individuales, capaces de satisfacer por su cuenta sus propias necesidades sean físicas, emocionales, económicas, sociales, entre otras, lo que crea, irremediablemente, una delimitación con el mundo femenino, con su madre y su esposa, de las que no necesita. De igual forma, tener hijos los avala como proveedores y protectores, independientemente de si en realidad cumplen con esa función. Incluso cuando dejan de ser los proveedores de la familia, como la expresión individualista de la paternidad lo marca, a ellos muy rara vez se les juzgará; en el imaginario social no hay tal cosa como “el mal padre”.

Incluso, las mujeres no solo buscan apoyo en sus parejas para sentir un poco de alivio de las tareas del hogar, sino también de los demás miembros de la familia, en especial cuando les hijos han alcanzado cierto rango de edad.

Justo es el caso de Bere:

Fer, mi pareja, y yo desde que empezamos a andar fue un asunto serio. También me salta esta parte de romantizar tanto el matrimonio y tanto las relaciones, porque al final no terminan siendo lo que esperamos, y la decepción es fatal, es triste y no nos queda de otra que saber sobrellevarla [...] Sofi tiene sus deberes, que es su recámara y su escuela. Luca cada que viene igual se encarga de limpiar el lugar donde se duerme y de arreglar las cosas que ocupa para su fútbol, porque él asiste los fines de semana. Y el fin de semana es cuando Fer apoya... bueno, no apoya, hace lo que le corresponde, entonces se distribuyen las tareas, ya cada uno sabe por inercia lo que se tiene que hacer. Y cuando todos nos ponemos de acuerdo para salir entonces todos sabemos lo que se hace para que 20 minutos antes de irnos esté todo listo y no se quede la preocupación de que hay que llegar a hacer cosas. Pero nos costó llegar a este punto porque en un principio yo era la que me encargaba de todo, hasta que llegué a mi límite y les dije, a ver, no chavos, todos vivimos aquí, entonces todos le vamos a entrar parejo [...] Fer trabaja de lunes a viernes y el fin de semana es cuando él apoya en casa con la parte que le corresponde, los niños con la suya y yo a veces me doy mi vacación en los días que no quiero recoger y ellos me dicen, pues está perfecto, no recojas, nosotros lo hacemos. ¿Y cómo no cansarme? si le dedico el 90% de mi tiempo total a cuidar de la casa y los niños (EB, 2024)

Igualmente, la organización familiar sobre quién hace qué, representaron, en su momento, una serie de tareas designadas para encaminar a los hijos al autocuidado, a la higiene y el respeto a los espacios, por mencionar algunas actividades que caben en la esfera de la crianza, cuya responsabilidad de enseñanza también recae en las madres. Para Bere, organizar a la familia para ayudar con las tareas del hogar supuso una ardua tarea de enseñanza de las cuales fue la única responsable.

También las charlas en torno a la repartición de las tareas suceden bajo la llamada esperanza de que, tras llegar a un acuerdo, las mujeres puedan tener una oportunidad para liberarse de su papel de cuidadoras, pudiendo así, desarrollarse laboralmente con la misma libertad que sus parejas lo hacen.

En este sentido, Bere narra:

Y sobre el cuidado de los hijos, o bien el cómo nos dividimos las cosas por hacer de la casa...te voy a decir que fue todo un trabajo que nos tomó platicarlo y discutirlo. Recuerdo una vez que discutimos porque él me decía que él trabajaba y por eso no podía hacer todo lo de la casa, pero yo le respondí que yo también lo hago y a mí no me pagan y es trabajo no remunerado que tendría que correspondernos a ambos. Su respuesta era decirme que era tarea mía

porque soy la mamá. Pero no, a ver no, bien me puedo ir yo a trabajar y tú te puedes quedar, le dije, pero a él le dio picazón esa propuesta, hasta dijo ¿cómo crees que te vas a ir tú y yo me voy a quedar? (EB, 2024)

Esta creencia de la transformación maternal y del despliegue súbito del amor incondicional, aparta de sopetón al padre en ese proceso de transformación del cual podría ser partícipe si no se partiese de esa creencia acérrima del naturalismo del amor materno (Jiménez, 2004). Lo anterior brinda cierta luz a los papeles dominantes en nuestra cultura sobre asociar que la mujer es igual a madre, tanto como el hombre es igual a proveedor (Puyana y Mosquera, 2005), la respuesta sobre qué es ser madre y qué es ser padre provienen de las expectativas y simbolismos que la cultura establece respecto a las relaciones de género que aun operan dentro de las familias posmodernas.

El surgimiento de la modernidad y los cambios que ésta supuso en la organización social, en especial a la estructura de la familia, mantiene un estrecho vínculo que difícilmente se puede negar entre la división sexual de trabajo y la familia, vínculo que se ha adaptado en el surgimiento del mercado, el capital y la modernidad (Pineda, 2010). Recordemos que el mercado marcó la enorme diferencia valorativa entre el trabajo productivo y el reproductivo, y desplazó este último a lo privado, causando irremediamente su desvalorización. Las grandes empresas necesitaron de la producción de masas para cumplir con los valores de las ganancias altas, la producción en serie y por lo tanto la sobreproducción son parte de un modelo de producción hegemónico de producción el cual no tardó en entrar en crisis, abriendo las puertas a un modelo de organización industrial especializado, enfocado a mercados específicos, a la contratación de mano de obra especializada, lo que condujo a un crudo desempleo, a la subcontratación y mercados globales, lo que llevó a la erosión del salario de los varones y, con ayuda de otros factores, la funcional participación de las mujeres en el ámbito laboral. Sin embargo, esto trajo una oleada de tensiones en los ambientes familiares derivado de la falta de una distribución armoniosa entre la responsabilidad laboral y los cuidados. Quién realiza qué y por qué. Esta tensión —devenida de los rígidos roles de género— crece cuando todavía se espera que sean las mujeres quien realicen

los cuidados del hogar, sin tomar del todo en cuenta que su aportación económica es decisiva para el mantenimiento de la familia, en especial al reconocer que sin el segundo aporte de la mujer sería muy difícil sobrevivir económicamente para muchas familias mexicanas. “La persona con mayor poder hará el menor trabajo doméstico” (Coltrane, 1996, p. 155). El mayor poder —según los mandatos culturales— siempre se asocia con la persona que aporta los ingresos monetarios a la familia (Arriagada, 2002), en el escenario donde las mujeres también aportan a la manutención, entonces se traduce a quién aporta más, además de verse afectado por la persistente desventaja de género; entonces se trata de una justificación basada en el escaso manejo de recursos de las mujeres, para que, ante los ojos de la pareja, sean ellas quienes deben realizar las tareas del hogar.

Mari habla de la constante lucha por repartir el cuidado de, en ese entonces, recién nacido con su pareja, y las constantes discusiones en torno al tiempo invertido y sobre qué le correspondía a cada uno:

Yo me he mantenido cuerda la verdad porque me he dado cuenta de que hay ocasiones en las que estoy en una de esas relaciones en las que te intentan hacer creer que estás loca y cansada. Te enojas por pura mamada, es que no has dormido, entonces me duermo y sí despierto mejor, igual si me faltaba dormir, pero entonces él empieza ¡ves, yo también tengo sueño! Y no he descansado, pero sigo echándole ganas, estoy aquí con el niño. Lo veo y procedo a quitarle al niño, pero entonces él no quiere, pues qué no me estás diciendo que estás muy cansado por cuidarlo 2 horas de 24, gracias carnal ¿cuánto te debo? quizá así lo hagas con gusto, [...] Me siento como mi mamá, veo a mi güey y veo a mi papá ¡jeste desgraciado! aunque él si es buen papá, puede estar borracho si quiere, pero al otro día se dedica a sus hijos, él siente que es importante que sus hijos vean que él está ahí. Por eso nos llevamos bien, quizá no nos llevamos tan bien entre nosotros, pero somos muy buenos papás [...] Aunque no siempre nos sincronizamos, una vez cuando mi niño estaba chiquito me estaba costando mucho dormirlo y cuando por fin pude, llega ese güey a preguntarme si necesitaba algo, pues obvio despertó al bebé y sí ¡necesitaba que se mudara a otro país! ábrete a la verga, me ponía como pinche perro rabioso, pero estaba justificado, cómo se atreve a despertarlo. Una vez que me cansé mucho de esa situación le dije, sí, órale duérmelo tú y me fui a dormir, como a los 20 minutos me despierta para decirme que no se quería dormir quizá porque el niño tenía hambre ¡me daba un coraje! también me da coraje escucharlo roncar, o sea, ese güey duerme en el sillón desde entonces. Una vez me enfermé muy feo, me dolían los huesos, me dio fiebre, me sentía podrida, y el güey llega de trabajar, venía cansado, se acuesta y se duerme, roncaba a moco tendido. Yo ni siquiera podía sacar a mi niño de la cuna porque me temblaban los brazos, estaba muy

mal, lo tuve que despertar para que me ayudara a cargarlo, al final resultó que él también tenía fiebre ¡no, horrible! [...] (EM, 2024)

A Maga la crianza en soledad comenzó a surtir estragos en su estabilidad física y emocional, una en la que no existía una repartición de las tareas del hogar como tal, ya que Maga vivía sola la mayor parte del tiempo, lo que inevitablemente cargaba toda responsabilidad sobre sus hombros; narra como el cúmulo de situaciones llegó al punto de quiebre que significó confrontar a su pareja, Vladimir, sobre el futuro de su relación:

Los primeros meses, días, de un bebé es muy complicado; Vladimir se va nuevamente a los 5 días y entonces otra vez se vino todo el temor del mundo, porque tienes a una cosita a la que no tienes ni pinche idea de cómo lo vas a cuidar, porque la realidad es que no sabes ni qué vas a hacer con esa cosa nueva, nadie te enseña cosas tan básicas como darle pecho y todo el dolor que te deja ese proceso, Vibeka me abrió un pezón y no sabía cómo lidiar con todo eso, no tenía a nadie más que a Julie quien llegaba con Pancho, su esposo, a bañar a Vibeka todos los días durante los primeros 3 meses porque ni eso podía hacer sola [...] Yo estaba viviendo una crianza autónoma, porque al final yo llevaba una crianza sola, Vladimir solo venía 7 días al mes y para llenar esa ausencia yo no tuve de otra más que encontrar métodos para hacerme suficiente para Vibeka, para mi vida y para mí misma. Justo en este camino a la terapia me doy cuenta de que, entre mis *family issues*, y todo mi historial de vida, había un tema con Vladimir, un tema repleto de soledad, mucha soledad, de mucha distancia, de muchos 'te amo' por costumbre y necesidad, pero no había más que el creciente resentimiento por haberme dejado sola. Yo lo culpaba. Cuando Vibeka cumple como 2 años, ya no quería estar con él, estaba dispuesta a ser madre soltera porque no funcionaba, y la realidad es que yo estaba haciendo todo sola, ni siquiera los momentos que pudieron ser de unión y cooperación lo eran. Por ejemplo, yo llevaba 21 días enseñándole a dormir, ya tenía una rutina establecida, pero cuando él llegaba, en sus 7 días todo se perdía, lo encontraba a las 4:00 am paseándola, ¡güey! te dije que no la levantes, déjala llorar, pero el llevarla en brazos sentía que lo convertía automáticamente en el mejor papá del mundo. Lo malo era que cada que él se iba entonces me tocaba levantarme a las 4:00 am para escucharla llorar 1 hora porque extrañaba los brazos del papá. Era una lucha constante. Después mi hija se deprimía mucho, yo la notaba diferente, aunque era una bebecita yo sabía que le pasaba algo, se deprimía al darse cuenta de que su papá no estaba. Me rompía el corazón, lo que me hacía replantearme la relación ¿para qué yo quería estar con una persona que lastimaba a mi hija cada que se iba? La realidad era esa, que se iba, que nos dejaba solas [...] Fue una temporada tan frustrante para mí, no me quedaba más que buscar más cosas que hacer para que mi cabeza no se perdiera en la tristeza, mi trabajo me mantenía distraída de sentirme así. Que eso fue parte de

la creciente incomodidad con Vladimir porque cuando él estaba en la mina nunca, nunca me permití sentirme triste, o reconocer que lo extrañaba porque siempre buscaba algo que hacer. Y aunque yo disfrutaba mucho de mi tiempo a solas, la cruda realidad es que es muy diferente decidir estar sola a tener que estar sola. Y estar sola sin remedio mientras crías a una hija es una situación aún más compleja [...] Ese ritmo [entre trabajo, estudios y crianza] terminó en una parálisis facial apenas el año pasado, eso claro fue el parteaguas para decirle a Vladimir, si no te regresas nos divorciamos ¡listo! Ahí me tuve que enfrentar, ambos nos enfrentamos con la huella de abandono que su familia le heredó. Tuve que cargar con todos sus miedos, bueno en realidad todos sus miedos recaían en nosotras. Él terminó diciéndonos que la razón por la que él se iba era para que no nos faltara nada ¡pero nos faltaba todo! Nos faltaba todo lo importante que era él [...] Sí, nos ha costado llegar a un equilibrio que nos calce a los dos, sobre todo porque Vibeka ya estaba acostumbrada a mí y viceversa, pero algo que influyó mucho fue que ella se volvió muy feliz con su papá aquí, se convirtió en una personita distinta, al principio no se la creía y cuando se dio cuenta que su estadía era permanente se convirtió en una niña muy feliz. Ganó mucha confianza y le ha ayudado en muchas cosas [...] (EMA, 2024)

Desde la perspectiva de la pareja de Maga, éste cumplía con el papel del proveedor principal del hogar, es este precisamente el punto de quiebre entre este modelo de paternidad enfocada en la satisfacción económica y las necesidades reales de la familia, que, en el caso de Maga, eran más afectivas que económicas, ya que, aunque el ingreso de Vladimir era mayor al de ella, eso se redujo a lo más mínimo. Hoy, tras los acuerdos de pareja, su organización familiar ha dado la vuelta completa; Maga comparte:

Y también me hizo darme cuenta de que siempre estuve muy enamorada de él, pero no lo sabía; Vladimir siempre creía que estaba con él porque me favorecía, porque era cómodo, pero ahora te puedo decir realmente que lo amo con todo mi ser, ahora no solo es el papá de mi hija, ahora creo que es mi pareja. Hoy él encontró un trabajo cerca, estamos construyendo un negocio familiar del que él se está haciendo cargo, pero estamos muy bien, nos organizamos muy bien y hoy ya nos dividimos todas las tareas. Antes, me hubiera sido imposible reunirme contigo a las 7:00 pm en este café, difícilmente podía darme esos momentos. Ahora él se la queda, la baña, la verdad es que no la conocía, también el enseñarle los gajes del oficio fue parte de la reestructuración de nuestra dinámica familiar, y efectivamente cuando llegó se dio cuenta que no la conocía. Pero hoy ya ejerce su paternidad y se pueden quedar juntos el tiempo que sea, incluso cuando me tengo que ir de viaje. Es un buen papá y un muy buen esposo, todo lo que me enamoró de él está ahí y es más, creció (EMA, 2024)

Por otro lado, aunque los acuerdos de pareja son esenciales para que el bienestar del círculo familiar se garantice no es todos los casos suceden a la sombra del cansancio y la frustración, sino que, surgen a la par de la vida en pareja y de las necesidades compartidas.

Esta es la experiencia de Yadhira, quien, tras liberarse de una relación impar y violenta con su expareja, cuyo relato encontramos al inicio de este mismo apartado, ahora encuentra punto de diferenciación con su actual pareja, padre de su segundo hijo:

[...] No fue hasta seis años después que conocí a quién es mi pareja actual, nada que ver con mi expareja, es como comparar una gota de agua y un grano de arena, no hay comparación. Mi pareja es un hombre con sus ideales bien firmes, entiende que ser responsable no es una opción. Ambos deseamos comenzar nuestra propia familia, un núcleo con un apellido de cada uno, así que planeamos y tuvimos a Mateo, actualmente de casi 2 años. Mi pareja es un padre presente en todo el sentido de la palabra, me conmueve verlo interactuar con nuestro hijo, me doy cuenta del profundo vínculo emocional que comparten. Es un buen padre [...] Estoy agradecida de haber encontrado a un hombre de la talla de mi esposo. Él es quien aporta más a la casa, hablando económicamente y aunque llega con un cansancio de 15 horas laborales, él se da el tiempo para apoyar en la casa cuando se necesita, revisa a Mateo y si necesita un cambio de pañales lo hace sin el menor problema, también le da de comer, juega con él, es un padre amoroso. También dedica tiempo para limpiar, barrer, trapear...de ser necesario. Tenemos una buena comunicación, aunque en verdad no tuvimos que sentarnos a hablar para repartir tareas de la casa. Aunque los dos estamos de acuerdo en priorizar la convivencia familiar, sabemos que hay cosas más importantes que una casa reluciente, trabajamos horas brutales fuera de casa para pagar los gastos, lo que menos queremos es replicar esa cantidad de trabajo en casa (EY, 2024)

En sociedades “avanzadas” existe una creciente presión por que los hombres abandonen su papel exclusivo de proveedor para hacerse responsables de los trabajos no remunerados del hogar; es inevitable que este fenómeno aparezca en América Latina, y justamente las experiencias de las participantes lo vuelven realidad, quienes desde su autonomía presentan cada vez menos tolerancia a la carga de trabajo impuesta culturalmente, y comienzan a pedirles a sus parejas que se involucren de lleno en el hogar que comparten en familia y que, por lo tanto, es

responsabilidad del círculo familiar. Así se evidencia que las transformaciones sociales de las últimas décadas en la región han abierto un conflicto entre mujer cuidadora y hombre proveedor que surgen de asimetrías internas de poder y capacidad de negociación entre los miembros de la familia diferenciados dados por el género (Pineda, 2010).

Lo cierto es que la resolución a este conflicto, mujer cuidadora y hombre proveedor, depende del rechazo o aceptación de los hombres a las alternativas cooperativas, a fin de avanzar a una política integral de familia, así como de disolver los valores culturales que someten a la mujer al trabajo no remunerado y benefician al hombre en tanto lo despojan de responsabilidades. La individualidad dependiente (Hernando, 2012) del hombre moderno funciona como el mecanismo que le otorga seguridad mediante relaciones emocionales atravesadas por la desigualdad, es esta misma el principal obstáculo para sus parejas a la hora de establecer dinámicas igualitarias. En la mayoría de las participantes, sus parejas han aceptado en determinado grado la repartición de las tareas, aunque esto no les ha garantizado librarse de sus roles de cuidadoras, así como tampoco la oportunidad para integrarse plenamente al campo laboral como ellas expresan.

5.3.8. Nos toca acomodarnos: Los cuidados y el trabajo

Así como Esther Vivas (2011) expone, desde que las mujeres nos hemos integrado al mundo laboral y a la vida pública, dejamos atrás el destino biológico, además de que no sólo cargamos con el deber de ser súper mamás, las *superwomans*, mujeres conocidas por cumplir con el papel de la buena madre al tiempo que logran acumular éxitos en su carrera laboral. No importa los avances y cambios, simplemente no nos podemos librar de la métrica de la perfección con la que la sociedad, e incluso nosotras mismas, nos medimos. En ese sentido, sí o sí debemos encontrar un equilibrio entre nuestras aparentes dos vidas, sin descuidar una por la otra, la del ángel del hogar y la *superwoman*, es decir que estamos condenadas a una serie de

discursos patriarcales y capitalistas que nos observan con ojos juiciosos, además de que se encargan de hacernos saber cuándo estamos descuidando una parte por la otra. Lo cierto es que ser madre y tener un trabajo estable no son vidas que puedan coexistir con el mismo ahínco, toca sobrevivir como se puede, de acuerdo con nuestros contextos y posibilidades, si la pareja trabaja, la cantidad de hijos, la condición física y también mental, todos son factores que incurren y afectan la convivencia de ambas experiencias.

Con la nueva relación entre maternidad y trabajo asalariado las mujeres nos hemos visto en la necesidad de ir en busca de una correlación más o menos equitativa que permita generar ingresos además de continuar con el cuidado del hogar como si no tuviéramos un trabajo. En la modernidad la participación en el mercado laboral es parte fundamental para el sentido de autonomía personal y autodeterminación, entonces es así como cada vez más mujeres hacen dinero por y para ellas mismas, independientemente si están en pareja y si ésta también trabaja, puesto que este ingreso le otorga importancia a lo que hacen, contrario a los trabajos no remunerados de cuidado que son desestimados, en ocasiones hasta por ellas mismas. Aportar al hogar o bien encargarse de ellas mismas es la afirmación de su propio valor, así como el reconocimiento de los demás. El orgullo aumenta cuando demuestran que pueden con ellas mismas, el hogar, los hijos y la pareja.

En línea con lo anterior Gloria comparte cómo ha logrado encontrar un balance, a su alcance, entre su ocupación y los cuidados:

Actualmente estamos instalados aquí en Pachuca, mi pareja en su trabajo y yo empecé a buscar otras opciones para sentirme ocupada, independiente y que aporte un ingreso a la casa; es el ejemplo que traemos de casa. Afortunadamente las que venimos de madres trabajadoras, traemos el chip de que nunca podemos dejar de andar. Empecé a buscar hasta que me ofrecieron abrir esta e-commerce, junto con una empresa que se llama Supre, que se dedica a la seguridad privada. La propuesta fue poner una tienda de artículos de seguridad para el hogar, para la oficina, para hoteles; esta tienda se llama "Súper Online". El e-commerce, me da tiempo para ser mamá 24 horas, sin descuidar el asunto de estar aquí en casa con los hijos [...] Ahora, hablando sobre cuánto aportamos económicamente, la situación es muy diferente. Él al tener la oportunidad y fortuna de estar en un trabajo formal...y con un trabajo formal me refiero a un horario, días laborales, prestaciones, seguros médicos... pues él se lleva la mayor parte de la

responsabilidad económica de esta casa. Y yo, precisamente por quedarme en casa cubriendo la responsabilidad maternal, siempre tengo que elegir trabajos que me presten el tiempo para ser mamá al tiempo de trabajar, y en consecuencia no puedo generar tanto como él. Yo creo que él aporta un 70% y yo estaré aportando un 30%. Él gana, \$40,000 pesos mensuales. Y yo me llevo entre \$10,000 y \$15,000 (EG, 2024)

Como Gloria, muchas mujeres deben buscar alternativas laborales que les permitan cuidar del hogar y les hijos ya que, a diferencia de sus parejas, encontrar un trabajo de tiempo completo y, en el mejor de los casos con prestaciones de ley es tarea difícil, cuando el cuidado sigue corriendo por cuenta de ellas. Los empleadores abren vacantes pensando que quien se va a contratar no se dedica a los trabajos de casa, pero a diferencia de los hombres, las mujeres aun llegando a casa nos ocupamos de los pendientes, la limpieza, de alimentar a la familia y de cuidar a los hijos. El trabajo de los cuidados es permanente, y aunque debería repartirse equitativamente en el seno familiar muy rara vez se logra.

¿Cómo encontrar espacio para un trabajo asalariado de tiempo completo y la familia? No hay manera, sacrificios deben hacerse para el bienestar familiar, y en la mayoría de las veces, son las mujeres quienes los hacen a razón de las desigualdades de género que dificulta encontrar empleos dignos, y también que remite la responsabilidad de los cuidados por nuestra “predisposición natural” a ellos.

El caso de Bere es similar en tanto dar con la alternativa para apaciguar la tensión empleo/maternidad:

Tengo un negocio el cual, por momentos, me demanda mucho tiempo, pero lo que resta, que es la mayoría, sí que me puedo dedicar a ellos [...] De lunes a viernes estoy yo aquí en casa 24/7, a menos que tenga que atender mi negocio. Yo tengo un negocio en el que hacemos productos para fiesta, todo lo que tú quieras para una fiesta te lo hago; entonces casi la mayor parte del tiempo estoy atada al teléfono porqué me llegan pedidos. Hay que estar recibiendo el dinero, checando horarios, contestando a clientes.... Y pues sí, yo me encargo de la casa de lunes a viernes [...] La cosa es que Fer aporta la mayor parte del dinero a la casa, pero lo que yo saco con el negocio también paga muchas cosas. Te podría decir que es parejo, es decir, a pesar de que él gana más, los gastos corren por ambos. No es como si cada uno pague ciertas cosas, pero

últimamente sí le he dicho que le entre con todo, es lo justo, porque yo hago todo. Lo que yo gano, es mío, así al menos él lo asimiló. Si tú quieres aportar algo a la casa está bien, si no, no te preocupes, no hay tema, me dice. Pero hay veces en las que uno tiene tan metido que al ser uno una mujer independiente y la que puede con todo y más, se deja llevar, me dejaba llevar y yo pagaba de más; al menos hasta que él un día acordó que pagaría todo, eso me ayudó a que yo ya no tenga que pagar servicios, tampoco despensa. Si algo se nos antoja, lo que sea, ahí sí, yo pago, pero porque yo quiero hacerlo no porque tenga que hacerlo (EB, 2024)

La falta de oportunidades legítima en el ámbito laboral provoca entonces la búsqueda de alternativas para satisfacer las metas individuales sin dejar a un lado las metas familiares, lo que entonces sale a reducir las relaciones de poder subyacentes detrás del esquema de los cuidados, así las mujeres sacrifican su tiempo, parte de sus biografías por el bienestar de los hijos, y todo ello sin tener garantías de por medio.

El comercio informal, del que forman parte los llamados emprendimientos, es una actividad que se caracteriza por la venta de servicios o bienes manufacturados a baja escala, y en su mayoría de forma ambulante. La informalidad urbana es la principal característica de estas alternativas laborales para generar ingresos principales o extras al hogar. Por ende, son economías afectivas (Tunal, 2010) en tanto implican redes sociales para la permanencia en un sector complejo debido a su alto nivel de competitividad. Las mujeres que se dedican a los emprendimientos, a diferencia de la mayoría de los hombres en este sector, combinan los trabajos del hogar con el trabajo. Estas economías periféricas han transformado el mercado del trabajo ante el creciente desempleo y la incertidumbre financiera, y así como las participantes, es el sector femenino el que se acerca cada vez más a estas alternativas para dar sustento a sus familias, o bien, para formarse como individuos activas en el sentido de independencia y autonomía.

Los emprendimientos, aunque son la solución a los problemas económicos, a los cuidados, y el cumplimiento de metas personales, dejan a las mujeres varadas en la informalidad, lo que lleva a numerosas contradicciones en sus vidas. La clave es buscar soluciones biográficas a contradicciones sistemáticas a las que estamos sujetas. La experiencia de Bere y Gloria hace notar los pocos cambios en la

organización familiar en tanto la responsabilidad de les hijes que, aunque se hayan alcanzado acuerdos, las responsabilidades de lo privado alcanzan los espacios públicos al ser las mujeres, desde un principio moral claro, las encargadas de acudir a los hijes si estos enferman o necesitan ser atendidos por cualquier otra situación, en suma, son ellas quienes desisten del trabajo para acudir al llamado. Por esta parte las dinámicas de padre y madre siguen atravesadas por la tradición y nuevamente por las desigualdades: resulta más lógico que la madre ponga “en riesgo” su empleo al solicitar permiso para retirarse por les hijes, que el padre, quien goza de un empleo formal, lo haga.

El trabajo informal de Mari como *dealer*²⁰ le permite ser el principal ingreso económico de la familia, ella narra cómo es qué llegó a dedicarse a ello:

[...] Al principio si se me hacía pesado, pero lo hice muy sistemático entonces hoy ya lo siento muy aburrido [...] Mis hermanos decían que yo vendía drogas en la escuela, creo que eso me condicionó. En ese momento estaba de moda ‘El Komander’, mi hermano llegaba y me decía ¿tú qué? ¿eres la que vendes drogas en los columpios? Sí, tú tienes la plaza por eso traes harto dinero, mira tu corrido, tú eres narco. Siempre hablaba de eso, hasta la secundaria, y cuando tuve la oportunidad de hacerlo dije ¡sí, a huevo! mi hermano siempre me ha dicho que yo puedo hacerlo. Y sí pude. Pero está raro, yo siempre pienso que lo decretó con tanto mame porque fue muy fácil, yo no lo busqué, jamás, la cosa se dio, hasta hoy nunca he tenido problemas, me va bien, aunque el asunto es que se siente feo, me pregunto si está bien hacerlo o no, aunque por otro lado no creo que sea del todo malo, ni que este afectando a alguien, siempre trato de tener ética o bueno, hasta donde se pueda, yo nunca le he vendido a alguien menor de edad, no soy capaz de hacerle algo así a alguien [...] (EM, 2024)

Mari pertenece al sector informal del mercado laboral que incluso supera las remuneraciones del sector formal; actividades como las de Mari, muestran que el sector informal no es equivalente a precariedad, así como que son estrategias de sobrevivencia ante las limitaciones estructurales que la población debe recurrir con el fin de garantizar el bienestar el núcleo familiar. Más adelante, le he preguntado a Mari sobre los ingresos en su familia y bien la repartición de los gastos, lo cual ha sido razón de discusión con su pareja:

²⁰ Vendedora de sustancias ilícitas

Yo gano el triple que él. Él gana \$1,500 a la semana más \$1,000 de propinas porque es mesero, entonces esos \$5,000 se van a mi cuenta, lo que debo de material se paga con ese dinero, y lo que gano es siempre cuatro veces de lo que gasto en ese material, yo convierto ese dinero en \$25,000 a veces, o \$20,000 a la quincena. Es inversión. Él siempre quiere dar más por eso a veces se siente insuficiente, pero yo le digo que se calme. Lo tengo re bien, llega y se va en taxi al trabajo, le mando didis para comer, no toma en su trabajo porque en la casa lo espera su 'guama', así trato de que no sienta que falta algo.

Yo trabajo mucho, me esclavizo como yo quiero, no necesito irme a otro lugar porque en mi casa tengo lo que quiero, si quiero fumar o tomar, o dormir, aquí estoy bien. Yo ahí genero lo que él genera en tres días en una entrega [...] Yo acomodo mis entregas entre toda esta rutina, mis hijos se quedan tantito jugando mientras yo voy, les digo, por dinero ¿quieres algo? me dicen que sí, entonces yo salgo, hago la entrega, me paso a la papelería para comprarles algo, galletas, papitas, lo que sea... lo normal es que programe las entregas por la mañana cuando está su papá o en la noche cuando están dormidos, si puedo incluso en sus horas de siesta [...] y entonces discutimos [con su pareja] por el dinero, me dice ¿entonces si tienes tanto dinero para qué estoy trabajando?, pero yo le contesto con la mera verdad, porque quieres, porque se necesita, ¿tú por qué crees que estás trabajando? yo trabajo por mi hijo, me hago responsable de un niño de 2 años y de otro de 10 años, uno es un puberto y últimamente es raro, y al final del día yo reconozco que uno no es mío, y realmente no puedo regañarlo como tal, a mi hijo sí. Yo le trato de dar sentido de pertenencia a cada uno. Yo siento que nos contrariábamos un poco por el embarazo porque él todavía quería seguir estudiando música, pero ahora tiene que trabajar. Yo manejo todo el dinero, lo que yo gano es mío y lo que él gana me lo da, incluso la pensión de los \$75 llegan a mí, por eso me enoja cuando no llega, ¡oye! son para mis caguamas. Pero yo administro todo y lo reparto entre todos, incluso Emmanuel recibe su propio dinero y él puede hacer lo que quiera con este, comprarse unas papitas, adelante o si lo quiere ahorrar para comprarse un juguete, igual, es su dinero (EM, 2024)

Mari es uno de los muchos casos de nuevas economías familiares que se caracterizan por la jefatura femenina, y que, incluso ella misma viene de una familia liderada por su mamá; ambas juegan el rol de proveedora principal del hogar, Mari es incluso la administradora de las finanzas. Se trata de un papel importante en un contexto social marcado por la crisis y la reestructuración de los mercados de trabajo, que han llevado a cambios tales como este. Mari se encuentra en el centro al ser ella el medio de producción de los ingresos totales del hogar, ingresos que invierte y triplica para después administrar entre todas las partes. Sin embargo, el llevar la jefatura no la libra del todo de las contradicciones de la modernidad, se

expresa frustrada ante una actividad económica que, aunque deja ingresos altos, no satisface a su crecimiento personal, y al ser parte del sector informal pero además ilegal, tampoco le permite expandirse e invertir en el mismo libremente. También, su experiencia deja en cuenta que a pesar de la posición privilegiada en términos económicos que la jefatura le otorga, las condiciones y desigualdades de género siguen dejando huella en la dinámica familiar, al ser ella la encargada principal de los cuidados de sus dos hijos y además de su pareja. Ni la jefatura, ni un segundo empleo libera a la mujer de los cuidados.

Por otro lado, a los márgenes de la desigualdad laboral y crisis que la imposibilidad de integrarse completamente al sistema, como lo hacen los varones, se encuentran las experiencias con un impulso revolucionario (Beck y Beck-Gernsheim, 2001) que prosperan con mayores oportunidades de liberación y participación, esto recordemos, en un mundo privado y público bastante limitante para el género femenino. Las mayores oportunidades de educación y por tanto laborales forman un panorama prometedor para las experiencias actuales y venideras de las mujeres, a diferencia de generaciones pasadas —o los varones— hoy el salto dado para alcanzar mejores oportunidades en estos ámbitos es inmenso. A medida que entramos en ellos, vamos formando una nueva visión, nos hacemos conscientes de demandar espacio para nosotras, así vamos viviendo un poco para nosotras mismas, por ello la exigencia a que las parejas se involucren en los cuidados, que así como Beck y Beck-Gernsheim (2001) plantean, podría parecer una exigencia mínima, pero es una que repercute abismalmente en la cotidianidad de la familia, lo que permite que la mujer pueda salir y trabajar en ella misma; de lo contrario no habría manera. Así, las mujeres en papel de protagonistas serán cada vez más comunes.

En este proceso la mujer ya no permanece estática, mucho menos cuando tiene estudios. Son precisamente las mujeres que ocupan puestos de responsabilidad las que con más frecuencia construyen sus propias redes dentro de profesiones concretas, tal es el caso de Maga, que demuestra cómo las mujeres nos hemos inclinado en las últimas décadas a escribir nuestra propia historia al margen de, por supuesto, nuestro desarrollo individual, que involucra el crecimiento

educativo y laboral, en la misma o mayor medida que la familia. El privilegio de una red de apoyo, con nombre de una increíble amiga llamada Julie, Maga encontró terreno sólido para comenzar desde cimientos una empresa. Dos mujeres capaces, que además son madres llevando una agencia al éxito en un mercado caracterizado por la preponderancia masculina, la flexibilidad laboral y la competitividad.

Maga narra:

Ya en Pachuca empiezo el proyecto de 'Resorte' con Julie ¡de la nada! Ni siquiera fue planeado como tal, un día Julie me dijo que su cuñada estaría en una Expo y necesitaba quién le montara el stand ¡órale pues! le dije. A partir de ahí me acomodaba para venir 1 o 2 días a la semana para trabajar juntas y me regresaba [de CDMX], es decir tres días allá y dos días acá. Pero así, sin notarlo, nos dedicamos a una cosa y otra cosa y ya nunca me fui, me quedé aquí en Pachuca, y afortunadamente, gracias a Dios hemos tenido mucho trabajo. Claro que tener una empresa es complicadísimo, jamás imaginé que fuera tan complejo, pero uno le va agarrando el modo. Como al medio año, el esposo de Julie nos apoyó para comprar un plotter, lo pagamos posteriormente, con sangre y lágrimas, pero lo pagamos.

Resorte es una agencia de publicidad, marketing, diseño e impresión, nosotros tenemos todas las máquinas de impresión. El mundo de la impresión es un mundo de hombres entonces nos ha costado mucho trabajo concretarnos al ser mujeres, hasta nos han llegado a preguntar, ah y ¿quién les va a cargar las lonas? Pues cómo que quién, güey, pues nosotras. Hasta la fecha nos topamos con personas que nos dicen que no sabemos. También han entrado hombres a trabajar, pero no se adaptan, hay quienes se han ido porque nosotras somos sus jefas, no pueden tener a una mujer como figura de autoridad. Hoy solamente tenemos un hombre en la empresa porque el equipo de trabajo lo hemos armado muy bien con puras mujeres, pero claro, comenzamos con poquito personal a ir creciendo poco a poco (EMA, 2024)

Se necesitan trabajos que aborden las complicaciones de las mujeres que encabezan empresas o negocios en el sector formal del mercado laboral. Es precisamente la entrada de las mujeres al mercado lo que ha logrado que poco a poco veamos a mujeres en asientos de poder, a mujeres avanzando a la par que lo harían los varones. Se necesitan identificar las complicaciones del género, justo como las que expresa Maga, y la dificultad que es conservar empleados varones en un ambiente liderado por mujeres, cuando nosotras podemos ingresar, trabajar e incluso en ocasiones prosperar en trabajos que de por sí, son fundamentalmente campo masculino.

Mi hermana mayor, al igual que Maga, lidera su propia empresa, una empresa de construcción, es ella la encargada de supervisar los trabajos de construcción de proyectos pequeños y medianos. Por una larga temporada me tocó laborar con ella, y experimenté en primera mano lo difícil que es dar instrucciones a los maestros albañiles cuando una es mujer. Nos toca lidiar con negativas rotundas, con el muy conocido mansplaining de los procesos informales de construcción, porque somos mujeres y no sabemos de “estas cosas”. Para mi hermana es y será difícil conservar varones como supervisores o encargados de obra, duran unas cuantas semanas, puesto que para ellos es una ofensa ser corregido y liderado por una mujer. Muchos han sido los disgustos y amenazas por parte de los trabajadores que, en su gran mayoría, terminan desapareciendo de un día para otro, tras un desacuerdo, llevándose material y herramientas de la obra, como retribución por su herida masculinidad. En algún momento intentamos convocar cuadrillas de mujeres albañiles, pero lo cierto es que se trata de un campo dominado por hombres, desde las herramientas hasta los procesos de construcción están pensados en ser realizados por ellos; no es un ambiente en el que las mujeres puedan prosperar como un hombre lo haría.

Maga continua:

[...] Tuve la grandiosa idea de meterme en un diplomado al TEC de Monterrey, lo cual me ayudó muchísimo, pero en parte fue un error porque me troné [...] empecé a hacer el diplomado, me entretuve hasta saturar mi agenda, pero también mi Vibeka estaba en los terribles dos, hacía y deshacía como quería. Entonces llegaba los domingos a hacer tarea, lunes tenía clase, los martes hacía tarea y luego los miércoles nuevamente tenía clase...las clases eran de 7:00 pm a 10:00 pm. Saturada y odiando a Vladimir ¡no! Ya no podía vivir todo el tiempo así. Ese ritmo terminó en una parálisis facial apenas el año pasado, eso claro fue el parteaguas para decirle a Vladimir, si no te regresas nos divorciamos ¡listo! [...] De ahí se derivaban sus miedos. Y yo el único temor que tenía era continuar así, continuar sola [...] Ocurre la parálisis y él se regresa, entonces se viene una etapa de adaptación mutua (EMA, 2024)

La doble presión generada, la del hogar y la carrera laboral, tiene un mayor peso cuando las mujeres, en aras de aportar a sus biografías, tienen cada vez más expectativas y sueños que trascienden el ámbito familiar. Y justo esta presión puede

llevar a caminos saturados y perjudiciales para la salud física y mental de las mujeres, cuya exigencia propia y social descansa en el cúmulo de actividades, logros o trofeos, con el mismo ahínco que la búsqueda de satisfacción en el núcleo familiar, con los hijos y las parejas. A Maga le tocó el lado b de la exigencia propia, que terminó por cobrarle cuota en su cuerpo. Justo el grito de ayuda que salió de ella fue la razón para buscar un cambio en su dinámica familiar.

En la actualidad, el trabajo remunerado, formal o informal, es para las mujeres mucho más que una fase pasadera o específica del curso de vida, forma parte del “vivir un poco para una misma” contrario al “vivir para los demás” y, por otro lado, también muestra la reticente inclinación de las mujeres por ocuparse de ellas mismas, para así, ganar o mantener el sentido de autonomía y emancipación. Tendencia que generaciones jóvenes están instaurando en sus propias vidas, en busca de desarrollar sus propias biografías, prefieren invertir, tanto tiempo como dinero, en sus carreras laborales, profesionales o informales, así como en su educación. Los deseos, expectativas y planes estarán condicionados por limitantes socioeconómicas, y para poder navegar en la doble presión del capitalismo neoliberal, las mujeres debemos encontrar un punto de fuga para aliviar las tensiones y frustraciones que se logran filtrar en nuestras experiencias; lo que queda es recurrir al sentido de autonomía encaminada en los logros laborales o escolares.

La modernidad somete a la población femenina a una exigencia intrínsecamente contradictoria de la que difícilmente saldremos por cuenta propia: se nos solicita que nos individualicemos, que aportemos a nuestras biografías, que nos especialicemos para así mantener el avance que el capitalismo necesita para el progreso, y sin embargo, también impiden que nos individualicemos con el fin de que los hombres mantengan sus posiciones de poder, lo que explica que nuestro papel como cuidadoras principales de los demás sea indispensable pero desestimado. Necesitan que alguien les cuide física y emocionalmente, necesitan a las mujeres en el ámbito privado, así como el público, pero en ambos con posiciones inferiores. “[...] el discurso sostiene una cosa, mientras una mayoría de los hombres que defienden con la razón ese mismo discurso siguen demandando, con la emoción, la contraria” (Hernando, 2012).

La realidad es que, justo como lo plantean Beck y Beck-Gernsheim (2001), aun en este panorama de cambios en las oportunidades de género, existe una persistencia de las viejas estructuras con las nuevas, esto traducido en un sinnúmero de discriminaciones para las mujeres como salarios más bajos, mayor inseguridad, menos oportunidades de promoción, el *mobbing maternal* (Vivas, 2019) que es causa de que la mujer pierda el empleo por embarazo o incluso a causa de la hipotética posibilidad de tener una criatura, es decir estar en edad fértil. La discriminación en el ámbito público no es situación ajena para las participantes, ya sea que ellas mismas lo hayan sufrido o que estén enteradas de que es una realidad que afecta a otras mujeres.

Así vivió Yadhira el conflicto de laborar al tiempo que es madre en su antiguo trabajo:

Tuve un poco de conflicto en mi último trabajo por mi hijo que enfermaba mucho, en las guarderías es usual que esto pase. Mi jefe se molestaba cada que me ausentaba y pedía permiso para atenderlo. Entonces mi esposo me conectó con mi empleo actual, aquí es una situación completamente diferente, mi jefa es super flexible y comprensiva, quizá es porque ella misma es mujer con hijos (EY, 2024)

Este conflicto entre empleos y maternidad propicia la rotación de empleos con el fin de dar con aquel que tenga soltura con nuestras obligaciones maternas. En ocasiones las mujeres aceptarán empleos mal pagados e inseguros a falta de otras oportunidades, o bien, recurrirán a la informalidad con emprendimientos.

Un factor negativo de los emprendimientos es la poca probabilidad para crecer, algunos empleos formales ofrecen oportunidad de crecimiento con constancia y resultados, sin embargo, un emprendimiento, mucho más de madres solteras, tienen muy pocas probabilidades de crecer a manera de contratación de terceros y ampliación de zona de venta; causa de sensación de insuficiencia e invariabilidad que a la larga no aporta a la biografía.

Así comparte Mari:

La neta es que nadie trabaja por gusto, si yo pudiera tener otro trabajo con este sueldo lo tomo ¡pero no hay otro! entonces... ese justo es mi problema ¿dónde voy a conseguir algo parecido? no me voy a poner a vender zapatos, no saco ni de pedo, aunque estoy pensando muy seriamente hacer eventos, ya conozco muchas personas que venden ciertas cosas, que hacen cosas chidas. El pedo es que mi hijo está chiquito todavía, él está acostumbrado a tenerme. El problema es que siento que no puedo crecer para ningún lado, su papá puede trabajar y crecer, él cree que eso está mal, pero yo lo veo con anhelo. Algunas veces él me ha dicho que porque me quejo si nada más estoy con los niños y yo le digo, pues te lo cambio si quieres, yo me voy a trabajar; pero al final sus oportunidades de trabajo son mejores porque es vato, a mí nadie me va a contratar con un crío, van a decir que me voy a salir cada rato a ver a mi hijo (EM, 2024)

Sobre el mismo argumento de la posición social que toman los empleos frente a las madres, Gloria reflexiona en lo difícil que es ser madre en todos los sentidos; nosotras no cabemos en ningún lado:

Y allá afuera es mucho peor para quienes somos madres, en todo lo relacionado con lo laboral, porque en muchísimos lados te tratan como si no fueras funcional, te advierten 'aquí es el horario de tal a tal ¿eres madre? Sí, ¿cuántos hijos tienes? Dos ¿Y a qué hora salen? No, pues salen a las cuatro, pero busco quién vaya a por ellos' ¡Y no te contratan! porque saben que habrá días en los que vas a pedir permiso para salir media hora antes porque no hay quien vaya por tus hijos. Tener hijos juega con tu contra si vas a buscar empleo.

Cuando mis hijos estaban pequeños no podíamos entrar al cine, no podíamos ir a ver una película porque, claro, traíamos niños pequeños, bebés, entonces lloran, y no se están quietos. El cine ya prohibió la entrada de niños. Inclusive para ir a arreglarte el cabello te dicen que asistas sin niños, o sea, las mamás no cabemos en muchos espacios públicos y privados. Entonces imagínate, nuestra entrada está prohibida en todo tipo de espacios, o no es bienvenida. Cuando yo estudiaba la universidad tenía una compañera que ya tenía un hijo y había maestros que dejaban que llegara con su bambineto, pero también maestros que le decían que no. Ella tuvo que reprobear materias, por faltas, porque llegaba con su bebé y no la dejaban tomar la clase, arrastró así varias materias y al final no pudo terminar. Mis compañeros y yo decíamos que no les costaba nada dejarla pasar. Los espacios, la mayor parte de los espacios, no están destinados para las madres (EG, 2024)

El conflicto es de nivel sociocultural cuando los espacios públicos tienen restricciones específicas para las criaturas; un mundo construido y pensado por adultos y que además son adultos masculinos es objeto de limitaciones para el resto

de la población: niños, ancianos, mujeres, personas con discapacidad, incluso hay espacios prohibidos según la etnia, la orientación sexual y la posición socioeconómica. Cuando la presencia de niños en ciertos espacios está mal vista o prohibida también lo está para quienes cuidan de ellos, y así como las estadísticas y las participantes lo hacen notar, son en su mayoría las madres quienes deben relegarse con las criaturas en brazos a otros espacios. Muchas veces prefiriendo salir una vez que los hijos alcanzan cierta edad o saben cómo comportarse en sociedad, nuevamente marcando parámetros adulto-centristas que olvidan las necesidades de las infancias.

En suma, la pregunta resalta: ¿en verdad hay una coexistencia favorable entre el empleo y la maternidad? La ambivalencia del mercado laboral descansa en el hecho que a pesar de la necesaria participación de la mujer, los empleos no dejan de ver con malos ojos a la maternidad y todo lo que conlleva, la discriminación reduce inevitablemente las opciones de empleo, se trata entonces de dedicarse de lleno a la carrera laboral o bien al cuidado de las criaturas, pareciera que no hay punto medio, y justamente ello se ve reflejado en las participantes y los empleos que se acomodan a los horarios y necesidades de la familia.

Para las participantes, el trabajo afectivo tanto como el trabajo formal se da al límite de la organización familiar, ya que toman en cuenta el ciclo vital de ésta, en especial la edad de sus criaturas. Cuando se habla de mujeres y trabajo, se entiende un trabajo atravesado por el género, y las condiciones estructurales que limita las oportunidades e ingresos económicos al núcleo familiar, así como limita el crecimiento individual de la mayoría de las participantes, quienes expresan frustración al no poder conciliar la identidad, la individualidad y los cuidados con el trabajo.

5.4. El feminismo

Este apartado explora la relación entre identidad feminista y maternidad, siendo el eje vinculator de este trabajo, desde el cual las maternidades van tomando forma e incluso resignificándose para las participantes a partir de sus vivencias, las cuales han pasado por un proceso un proceso de autoreflexión que es evidente en las narrativas críticas que cada una de ellas comparten.

Las participantes, con excepción de Maga, coinciden en que la llegada al feminismo se originó en sus propias historias en, precisamente, reflexionar de manera crítica sobre su rol en la familia, en la relación, en el panorama general que es la sociedad. Experimentar en piel propia la injusta brecha de género en básicamente todos los ámbitos, ya fueran públicos o privados, las llevó al acercamiento consciente al movimiento, para posteriormente interesarse en el activismo, o bien en el sentido de pertenencia a partir de grupos feministas en redes sociales. Como lo ejemplifica Bere:

[...] Porque bien dicen, uno no nace feminista, uno se hace, se hace con el tiempo y con las vivencias y con todo lo que uno ha pasado. Entonces, pues sí, a mí el feminismo me liberó. Me liberó la mente, me liberó el espíritu. Y es algo que agradezco mucho que haya llegado a mi vida porque de no ser así, no sé cómo podría gestionar todo este cúmulo de emociones y sentimientos que viven en mí (EB, 2024)

Este “uno se hace feminista con su propia historia” Yadhira lo leyó en una pancarta al pasar cerca de un contingente que se preparaba para iniciar la marcha, como frase y posicionamiento mueve en nosotras feministas una fibra muy sensible que se remite a incontables experiencias atravesadas por violencias de diferentes tamaños; si no pasáramos por lo que pasamos, no estaríamos aquí, en lucha para que no le pase a otras mujeres. Tras este avistamiento accidentado Yadhira cuenta lo que experimentó:

Recordé todo lo que viví con mi expareja, era un patán en toda la extensión de la palabra, como ya te conté... grosero, un violentador con honores. Cuando pude finalmente dejarlo la verdad es que me sentía perdida, no veía el camino, entenderás que estaba completamente deprimida, es habitual cuando uno sale de relaciones co-dependientes, tóxicas que te drenan, pero se les olvida llenarte de vuelta. A partir de ahí empezó mi camino de error y prueba, de investigar y leer todo lo que podía y me interesaba del feminismo. De repente ya estaba súper metida (EY, 2024)

Yadhira concluye que el feminismo fue y es un salvavidas ya que le permitió hacer las pases con la situación de violencia que vivió, así como brindarle las herramientas para identificarlas y, en el mejor de los casos, evitarlas.

Así mismo la experiencia de Mari es similar. Recuerda que el primer acercamiento al feminismo fue tras participar en la secundaria en un debate de una clase que impartía una maestra simpatizante “Un día ella se enteró que tenía novio, un novio bien culerísimo, por cierto, y ella me dijo que los hombres son hombres, que el güey no me convenía porque era de tal manera”. Tras informarse para participar en el debate del lado a favor del feminismo, encontró que lo que leía le hacía sentido, con lo siguiente Mari termina:

[...] Lo que más cosa me dio fue que cuando leía la información me di cuenta de que eso me pasaba a mí, a mis compañeras, y éramos unas niñas, supe entonces lo que era la violencia y que lo tenía normalizado al pensar que estaba loca yo. Y pues cambia todo, porque ahora te sientes vulnerada por las personas que se suponen tenían que protegerte, me tocó defender a varias de mis compañeras que sus novios les pegaban en los mismos salones. Me daba mucho coraje. Fue un cambio muy raro porque hasta me metí en problemas con mis hermanos porque ya no les levantaba nada, con mi abuelita también tenía discusiones porque yo ya no les iba a servir más a ellos (EM, 2024)

Las mujeres reconocen que el papel del feminismo ha sido trascendental para sus propias biografías, pero en especial para sus maternidades. Así, a lo largo de las siguientes páginas se presentan las narrativas situadas de las participantes y su relación con el feminismo como eje crítico de sus vivencias.

Gloria supo que era diferente desde muy temprana edad, la rebeldía era parte de su carácter, lo que inevitablemente le sembró un sentido de pertenencia en el movimiento feminista “Ya portaba el feminismo desde muy joven, pero no lo sabía. Y entonces fui madre”, comenta tras la reflexión sobre la diferencia. Proceso que, parecido a la situación de Mari, causó conflicto pasajero con su pareja:

Tras esa revelación mi esposo sufrió, tenía mucho miedo de mí en aquellos momentos en los que le platicaba todo lo que iba descubriendo [...] Total, que dije que encajaba un poquito dentro del pensamiento feminista, y él me decía ‘pero tienes un hijo’. Él quería detenerme, para tranquilizarlo yo le decía que no se trataba de odiar a los hombres, se trata de quitar privilegios que tradicionalmente se les han dado y que no deberían de tenerlos. Se trata de adoptar derechos que ni siquiera tendríamos que pedirlos, que deberíamos tenerlos. Entonces fue una disyuntiva que, sinceramente, nos provocó entrar en un estado defensivo, porque él no estaba tan de acuerdo que yo saliera a marchar. Yo creo que es muy egoísta, fue muy egoísta. Yo le platicaba mucho mis historias: en la universidad yo me acuerdo que tuve muchos maestros que me acosaron. También en la época de la preparatoria sufrí acoso; yo siempre tuve que trabajar en vacaciones porque si quería algo más caro, distinto a las posibilidades de mis papás, entonces me tocaba trabajar para poder comprar lo que quisiera, y en los trabajos siempre tuve el compañero acosador, el jefe acosador, porque era yo una niña muy chica ¡me veían muy niña! ahí está el asunto. Yo le decía a mi esposo ‘si tú vieras a través de mis ojos, te puedo asegurar que ni siquiera tendrías la excusa de decirme que no puedo pensar así porque tengo un hijo. No puedes prohibir mis pensamientos solo por estar casada y ser madre’. Sí, fue una disyuntiva muy difícil. Poco a poco los años lo han hecho entrever la situación y más porque ya tiene una hija; le he hecho ver que el feminismo la va a hacer libre. Afortunadamente, somos personas inteligentes que hemos sabido adueñarnos del feminismo para no tener una réplica del sistema en nuestra casa (EG, 2024)

Como mujer, toca defender la posición política que supone identificarse como feminista, posición que compite con las nociones tradicionalistas de la mujer, y que invariablemente presenta una amenaza para el núcleo familiar. La resistencia de la familia cercana ante el feminismo es esperada.

Sharon recuerda su “pasado oscuro” como ella misma describe, y en el que paralelamente muchas de nosotras comenzamos, ya que, como las participantes lo plantean, una se hace feminista. Sharon, entre risas apenadas, me confiesa que antes solía pensar que las mujeres militantes del feminismo estaban mal, y mucho

más cuando hablaban abiertamente del aborto, ya que lo pensaba como una acción que “mataba bebés”. Pero el cambio llegó gradualmente, así lo narra ella:

En Facebook o en otras redes sociales, me empecé a topar con páginas feministas justo cuando yo trataba de cambiar mis ideas. En ese entonces, pues yo estaba en una relación nada sana, ver esas publicaciones en las que leía “los novios también violan, los novios también matan” me abrió los ojos, me dije a mi misma: “no manches, o sea eso me está pasando, me está pasando a mí.” Ese fue el punto de partida para querer cambiar, empecé a investigar y tratar de leer, educarme un poquito al respecto. Mis ideales cambiaron radicalmente (ES, 2024)

Y justo este cambio no pasó desapercibido para su familia cercana y amigxs, y como a las otras participantes a Sharon le tocó hacer un ajuste en su realidad, aunque eso significaba terminar la relación con algunas personas:

Mi familia no acepta mucho el feminismo, pero siempre se han dado la tarea de aprender e investigar un poco más. Yo me distancié de muchas amistades porque yo sabía que no eran buenas, hablo de potenciales agresores y violadores con los que ya no quería tener conexión, mejor opté por empezar a rodearme de personas que realmente me dejaran algo bueno. Incluso tuve que dejar relaciones amorosas por la misma situación cuando me daba cuenta de que no íbamos por un camino sano, aunque es fácil decirlo porque el proceso sí que fue difícil, comenzando con el aceptarlo, porque antes del feminismo yo traía otras ideas sobre qué era, pues tus ideas son otras ¿no? y es como que un golpe de realidad, el saber que no es normal lo que mis parejas hacían. No eran normales los muchos comentarios que hacían entonces, pues sí, cuando te cae el veinte de lo que vives no es para nada fácil (ES, 2024)

También nos toca defender el feminismo en una discusión interna que parece nunca tener fin, el proceso de quitarse la venda de los ojos es uno solitario, aunque vivirlo en colectivo tiene la potencia de amortiguar el golpe, pero también es un proceso que revisitamos una y otra vez. El feminismo nos aleja de personas, pero también, desde esta nueva posición crítica y política nos toca marcar distancia con quienes creemos pertinentes, ya sea por diferir en puntos de discusión, o bien por reconocerles como personas de peligro.

Paralelamente, en la amalgama de contextos diversos existe, como lo cuenta Yadhira, una mayor oportunidad de apertura por parte de familiares cercanos o

pareja, así como también resistencia por identificarse como feminista cuando la desinformación nos señala como mujeres descolocadas. Ella dice:

Para esto pues mi pareja es súper respetuosa, me comprende y no me da bronca, siempre que salgo a marchar me aconseja que tenga cuidado, él respeta y no se mete con mi aprendizaje. Por otro lado, pues mi mamá es chapada a la antigua, me dice que no... todavía tiene ideas muy machistas sobre que las mujeres tenemos que servirle a los hombres, se molesta, pero también entiendo que ella fue educada de esa manera, entonces pues no busco de ninguna forma cambiarla (EY, 2024)

También yo puedo dar pauta de este conflicto: cuando comencé mi acercamiento al feminismo, tanto la información como el cambio de perspectiva la fui compartiendo con mi mamá y mi hermana, en diferentes momentos y medidas, para mi grata sorpresa ellas abrazaron mi cambio y se unieron a este, sintiéndose identificadas, nuevamente por su misma historia. Me permito parafrasear a Gloria, siempre estuvimos construidas diferentes, lo cual confirmamos cuando la familia extendida, del lado de mi mamá, miraron con ojos juiciosos nuestro cambio. Hasta el día de hoy somos las ovejas negras de la familia, tres mujeres solas, feministas, neuro divergentes, una lesbiana, la otra expresa libremente no querer tener hijos, y la última está decidida a no tener nada que ver con hombres, sumemos que se nos ha dado por tatuarnos, por consumir cannabis y ser emprendedoras. En otra época la hoguera sería la solución para nosotras.

En suma, las participantes son la prueba de que una no nace feminista, se hace, es el recuento de nuestra propia historia la que nos lleva a cuestionar los sucesos, el feminismo supone la herramienta para hacerlo a través de una mirada crítica, una mirada que despierta a tientes e insegura, pero al cabo del tiempo, de la lectura, de la documentación y en especial del activismo, me sumo a las participantes para concluir que entonces lo hacemos desde una posición política que asumimos a fuerza de la transgresión a las reglas hegemónicas que llevan las riendas. Nuestro feminismo es inmóvil y mutable dependiendo de las vivencias que no terminan de definirnos. Esta posición nos aleja de conocidos, familiares y amigos, o bien, crea una relación más o menos tensionada, ya que les toca a ellos aceptar

o lidiar con nuestra identidad feminista, en el mejor de los casos ignorarla, pero el cambio no pasa desapercibido por nadie. Callarnos ya no es una opción.

5.4.1. Los feminicidios

Esta investigación está marcada por dos feminicidios que formó parte de las razones por las que se identificaron con el feminismo, la pérdida de una mujer cercana a manos de un sistema de violencia que vulnera y revictimiza a las víctimas, se convirtió inevitablemente en parte fundamental del impulso por buscar el cambio colectivo, por resistir, por no vivir más en la comodidad del silencio. Adicional a las razones personales por las cuales decidieron educarse en el feminismo, Marí y Gloria, comparten que estar atravesadas por el feminicidio de una conocida cercana las ayudó a anclarse más, el dolor y la pena por lo sucedido, las hizo preguntarse inevitablemente que bien podría sucederles a ellas.

Gloria cuenta cómo perdió a su prima, Fabiola Cornejo Ruiz, en el año 2019, y la impotencia al recibir cero respuestas por parte de las autoridades y aunque faltan pruebas por comprobar que la desaparición de Fabiola fue a manos de su pareja, no hay dudas, ya que a él se le ha visto y a ella no se le volvió a ver. Esta es su historia a voz de Gloria:

[...] Esa situación, hizo que me convirtiera en feminista [...] Mi prima desapareció, si no me equivoco, el 10 de enero del 2019, justo en su cumpleaños. Desapareció junto con su esposo. Se levantó la ficha de desaparición de los dos, del esposo y de mi prima. La familia, para tapparle el ojo al macho, también lo denunció como desaparecido, pero no lo estaba. Y como a los 6 meses empezaron a escucharse historias de personas que declaraban que veían vivo al esposo. Seguramente algo le hizo a mi prima y la familia lo tapó porque la única que no ha aparecido es ella. No hay declaraciones ante el ministerio claras como para inculparlo, porque al final él está desaparecido y nadie puede comprobar que lo ha visto, no hay fotos, no hay videos, solo relatos que suenan a “yo me lo encontré en Querétaro”, “yo lo vi en un Oxxo en Ixmiquilpan” “yo vi que andaba de chofer de tal” y cosas así. Mi familia es de un pueblito pequeño que se llama Tezontepec de Hidalgo. Ahí fue donde surgió la desaparición de mi prima, a partir de esto yo

empecé a decirle a mis primas, a mis tías, vamos a marchar. Mandé a hacer lonas y las pegamos afuera de la casa de mi tía. Yo sabía que ellas tenían miedo de salir a marchar, no ¿cómo vamos a hacer eso?, me decían, entonces poco a poco una prima y yo fuimos incitando para que lo hiciéramos ¡vamos a gritar! Entonces nos tocó la marcha 8M del 2019, marcha a la que llegamos con agua y preparados con pancartas para acercarnos a un contingente de desaparecidas de aquí de Pachuca que se llama Nadie menos, ni una menos, que lo lleva una chica que se llama Paulina María. Ella nos ayudó muchísimo en cuestión de ubicarnos en la realidad al decirnos que, si no gritábamos, no nos iban a escuchar; así mi familia empezó a perder el miedo y nos juntamos muchísimas y nos fuimos a marchar. Desafortunadamente, la desaparición de mi prima nos unió a muchos para salir y reconocer nuestro feminismo afuera y dentro de nuestras casas (EG, 2024)

La falta de justicia a manos del Estado dejó sin opciones a Gloria más que salir a gritar, y en paralelo fue el arropaje colectivo y la contención que esté brindó el que brindó las posibilidades para que Gloria y su familia clamaran por reconocer una desaparición, por llamar el nombre que aquella que ya no se encuentra entre nosotras. Incluso hasta el día de hoy, a pesar de la falta de resolución, exigimos justicia para la familia y personas cercanas. Fabiola es una de las muchas desaparecidas en México, su voz, aunque enterrada en un mar de muchas otras, no es menos importante, no se olvida ni se perdona.

Mari narra como la muerte de una de sus amigas Lorena Berenice Tinoco formó parte de su resolución por identificarse como feminista:

Igual mataron a mi amiga, Lorena Berenice Tinoco, era una chica que yo topaba por una de mis mejores amigas, a veces salíamos de antro y toda la cosa, era cotorra, pero era buena muchacha. La secuestró una pareja saliendo de un antro de aquí de Pachuca y aventaron su cuerpo en Tizayuca. Fue una mamada. Para cuando detuvieron a estos güeyes querían llevar el proceso en libertad y los iban a dejar porque son hijos de personas con feria, pero al final los metieron a la cárcel, aunque todavía no tienen sentencia. Estaba muy feo, me enojé mucho en ese entonces, por ella lucho, por las niñas que son secuestradas y violadas, por los papás que no dan pensión, por las señoras a las que golpean y que tienen que seguir lidiando con su güey ¡son muchas cosas! (EM, 2024)

A los feminicidas de Lorena se les sentenció a 46 años y 10 meses de prisión, y es parte de los pocos casos de feminicidio sentenciados a nivel república, la justicia

llegó para familiares y conocidos de Lorena. El ideal es que cada uno de los feminicidios cometidos anualmente en México llegue a la resolución. O mejor aún, que no pasen.

A Fabiola y Lorena no las conocí, pero hoy forman parte de estas hojas, sus pérdidas me hacen pensar en las cifras actuales, el 2024 cerró con una cifra redondeada de 9 mujeres víctimas de feminicidio al día²¹. El feminicidio que, según los resultados de esta investigación, se encuentra a una conocida o familia de distancia de la mía, cae como agua hirviendo, duele, asusta aunque también, como con Gloria y Mari, me impele a seguir luchando desde mi trinchera académica, y en ocasiones colectiva, para escribir desde la afectividad, de reconocermé en todas estas mujeres, en todas las que están y las que ya no. Por eso luchamos, por todas las muertas, las desaparecidas, las violentadas, por Fabiola, por Lorena, por todas.

5.4.2. Feminismo y maternidad

Las participantes coinciden en reconocer que la llegada del feminismo a sus vidas ha significado un cambio descomunal, más aún al pensar y ejercer sus maternidades. El feminismo como pilar fundamental ha cambiado el curso de sus crianzas al plantar en ellas alternativas contra hegemónicas sobre el qué moldear y el cómo poder hacerlo, esto mediante herramientas colectivas y teóricas que aplican a las crianzas de sus criaturas, limitado, por supuesto, a las posibilidades que sus contextos les otorgan. El cambio de las nuevas generaciones, sobre todo al criar varones es el estándar más alto y la aspiración para una realidad social que acoja mujeres y hombres por igual.

El feminismo ofrece una perspectiva nueva de las maternidades, para las participantes es una oportunidad de reconocerse como madres cansadas, defectuosas y repletas de preocupaciones, en cuyas narrativas la culpa llega amortiguada por la razón que el feminismo aporta: porque las maternidades son así,

²¹ Según las cifras del Centro de estudios para el logro de la igualdad de género (CELIG)

duelen y cobran cuotas altas, pero hay salida, siempre hay una salida. Desde la trinchera de una maternidad colectiva Karla vislumbra su maternidad a partir de la admiración de otras mujeres y sus formas de crianza, el aprendizaje es colectivo, afectivo y resiliente:

En este círculo feminista me he dado cuenta de esto, había escuchado sobre la maternidad de una manera muy sencilla, pero he visto otra perspectiva que me ha abierto los ojos. Yo veo a estas mujeres feministas maternar y pienso que son unas rifadas; yo veo que sus hijos tienen todo, son muy respetuosos, educados, son como que seres muy, muy bonitos. Las mamás nos están enseñando a resistir desde otra perspectiva. Las feministas resistimos en contra del patriarcado todos los días (EK, 2023)

También, el feminismo sirve como herramienta crítica de sus contextos, lo que abre un diálogo con el mismo bagaje teórico que ofrece, como Gloria, quien reconoce que el ideal de la maternidad en términos feministas aún no es una realidad para ella y para muchas otras mujeres, pero si es una pauta para conciliar la realidad con el ideal. Gloria dice:

También cambió la forma en la que veo la maternidad. Desde el feminismo muchas veces podemos ver la maternidad como una acción de autodestrucción, porque la maternidad ideal, desde esta visión feminista, sería aquella en la que se comparten todas las cargas y cargos que ella implica, desde el tiempo, el trabajo, el desgaste físico...pero eso no es una realidad. Gracias al feminismo es que he podido platicar con mi pareja sobre la dinámica; Una vez le dije que, si yo no fuera la mujer, la mamá, si yo no tuviera que quedarme en casa ¿qué pasaría? qué tal si un día yo te digo que conseguí un trabajo de lunes a viernes de 7:00 am a 8:00 pm ¿qué es lo primero que diríamos? me diría que no puedo tomar esa oferta porque tengo que ir por los hijos ¿yo? pero ¿por qué? ¿por ser la mamá? Yo por ser la mamá me tengo que quedar ¡yo! Como te lo dije al iniciar, cuando decidimos ser mamás, decidimos romper muchos de los sueños y los anhelos y lo que queremos perseguir, porque somos las mamás. Tenemos que estar, nosotras tenemos que llevar el yugo y el cargo de la situación. Cuando una mujer es inteligentemente feminista, cuando una mujer adopta la forma de vida dentro del feminismo, entonces ella ya no va a ceder como yo cedo ¿sabes? (EG, 2024)

Yadhira considera que las maternidades feministas tienen el poder social de ofrecer un cambio para los demás, pensando en criar varones normados sin inclinación a las ventajas que el patriarcado ofrece por el mero principio del género:

Creo que las maternidades feministas pueden cambiar las cosas, al menos comenzando con el que yo no quiera que mi hijo sea el típico machito que traiga una chava tras otra, haciendo lo que quiera y faltando al respeto, un patán de lo peor. Estoy tratando de educando para que sea un gran hombre y no caiga en el “todos son iguales” y con ideas bien machistas de que las mujeres debemos servirlos (EY, 2024)

Como Yadhira las aspiraciones nacen de la experiencia propia, de ser una de esas “chavas” que vive para servir los placeres y necesidades de la pareja masculina, pensamos en que lo último que queremos es que nuestra progenie sea igual a la persona que subjetivamente nos hizo daño.

Pero la idealización es tan solo el primer paso, el cómo hacerlo es un camino labrado en la constancia, en el ir y venir de preocupaciones y errores que son del todo normales en la maternidad. Pensando en la anterior Sharon expresa:

Inevitablemente este cambio de ideas [se refiere a la llegada del feminismo] llegó a la maternidad. Ahora es como más complicada la crianza, porque me hace preguntarme sobre cómo voy a criar, cómo lo estoy haciendo y si esa es la forma correcta. Cómo lo voy a hacer para criar a una persona, a un varón, para que no siga los pasos de todos los machistas. Por lo mismo, esa necesidad de educarme ha ido aumentando, para darme pautas sobre cómo hacerle para que mi hijo aprenda a poner límites y a respetar los límites de otras personas. Eso mismo es lo que más me ha cambiado la perspectiva al cómo criar, cómo hacerle. Porque pues a una niña...yo pienso, claro, que es más fácil ¿no? Y más cuando uno es madre soltera, siento que una niña es más fácil advertirle de los peligros, pero a un varón cómo o qué puedo hacer para evitar que sea ese peligro del que las mujeres nos cuidamos, para que no sea una persona de las que yo ahora detesto (ES, 2024)

Justo comenzamos a preguntarnos cómo se hace para romper los patrones patriarcales en la crianza de los varones. Las participantes son parte de estas nuevas generaciones que buscan formar desde el cambio en busca de parar la cadena generacional de crianza favorable de los hombres por sobre las mujeres. La respuesta suele ser un tanto confusa porque precisamente no tenemos referencias previas, estamos varadas en un nuevo terreno que puede ir en círculos, o bien, fomentar el cambio que beneficie a las criaturas y, en un futuro a las parejas de éstas. En términos generales, al ser mujeres, queremos que las nuevas generaciones de mujeres no experimenten lo mismo que nosotras, que las oportunidades laborales y políticas sean otras, que la búsqueda de una pareja no esté basada en el amor romántico desbocado por la dependencia emocional, que la maternidad no sea tanto un campo de batalla, queremos una realidad diferente y qué mejor que mejor. Gloria comparte:

[...] Te voy a decir una cosa, yo espero en un futuro que mi hija cuando se consiga un trabajo es de 8 a 9 piense ¡va, me embarazo! y se plante frente a su pareja para decirle: te buscas un trabajo distinto porque no voy a renunciar a lo que yo tengo, y que él novio le diga sí renuncio, yo tanto tiempo y luego renuncias tú tanto tiempo ¿o cómo le hacemos? No por el hecho de que a ella le toque ser la mamá tenga que renunciar a su vida. Entonces, yo estoy dentro del feminismo porque sé que va a salvar la vida, va a cambiar la vida y los pensamientos el día de mañana para que mi hija sea libre (EG, 2024)

En este mismo tenor Bere se ha unido a la lucha feminista por razones personales y políticas, pero ahora que es madre de una pequeña, sabe que lucha por ella y por las que vienen:

La realidad es que detrás de mí viene una generación que no quiero que esclavicen, que le digan que no pueden hacer ciertas cosas, mi hija pertenece a esas generaciones que vienen, por ellas luchamos para ser honestas [...] El feminismo ha sido una de las luchas más importantes en las que estamos y

seguiremos peleando, en pro de nosotras y las que vienen. Es probable que las posibilidades que tiene mi hija hoy en día sean más que las que pude haber tenido yo, que las que pudo tener mi mamá, y por supuesto las que pudo tener mi abuela. Toda la lucha que se ha venido construyendo desde hace años les ha costado a generaciones, generaciones que seguramente hoy dicen, híjole, si yo hubiera luchado por esto, pues a lo mejor me hubiera ido de otra manera. Al final sabemos que todo lo que se está haciendo en conjunto y en colectivo es para todas, no para un sector en especial (EB, 2024)

Desde el feminismo reconocemos que se debe tener un esfuerzo mayor dentro de las familias pero que, y simultáneamente, nos enfrentamos con muchos otros factores que influyen en la formación de las criaturas. El trabajo de los padres llega hasta cierto punto, al final, el desarrollo va de la mano con muchos otros aspectos políticos, sociales, educacionales, entre otros; sobre esto Bere reflexiona:

Pero te puedo decir que hoy siendo mamá tengo el feminismo más presente. Lo pienso de tantas formas, ya sé hacia dónde va, podría decir que tengo una posición enfocada, visualizada y lo tengo más definido [...] Las que somos mamás podemos hacer un cambio a partir de la estructura, porque la familia es la base de la sociedad, y desde la familia estamos educando de diferente forma, sin embargo, creo que tenemos que trabajar en muchos más sectores: el escolar, el laboral... para que esto pueda funcionar, porque al final de cuentas somos un conjunto que tiene que trabajar a la par para que esto salga bien y en verdad haya un cambio significativo. Si unas y unos luchamos, pero otras y otros no, creo que la balanza no se acomoda, entonces tenemos que jalar parejo todos (EB, 2024)

Trabajar por el cambio desde una trinchera individual desanima a las participantes cuando se piensa en el panorama social del país, los esfuerzos pueden entrar en tensión con el tradicionalismo resistente en otras familias, que inevitablemente provoca la reflexión y cuestionamiento en las criaturas. Gloria reflexiona sobre este punto:

La maternidad feminista es bien difícil y bien complicada porque desde este lado estamos educando como mamás feministas, estamos educando hacia el cambio. Pero llegan a la escuela con el chip del cambio y se topan con una ola enorme de tradicionalismo que les dice estar locos y les cuestionan su forma de pensar [...] (EG, 2024)

La colectividad es una de las mayores apuestas del feminismo y en lo que respecta a la crianza, representa una alternativa favorable en especial para la madre que, como Karla, encuentra un espacio seguro en el cual respirar sin temor a ser juzgada, a la par de ser también un espacio en el que se responda el qué y el cómo que mencionaba más arriba, o al menos brinden una respuesta más clara. Karla, la mujer que con mayor participación colectiva comparte su experiencia en círculos cerrados de madres feministas:

Creo que la maternidad puede ser algo muy bonito, bien acompañada porque he escuchado muchas maternidades de terror. Yo me siento afortunada de que mis amigas me estén dando contención, amor, que estén ahí, porque realmente una amiga feminista siempre está al pendiente de ti y cómo te sientes en todo el proceso de la maternidad. Si te ven mal te invitan a espabilarte, vamos a tomar un café, hay que platicar, hay que escuchar música y así. Incluso cuando nos reunimos, están siempre pensando en la protección y en la seguridad de las infancias. Mientras las Infancias juegan todo es libre de tabaco, de humo y de cosas que puedan perjudicarles. Pero las infancias pueden jugar aquí, pueden tener su espacio. Entonces la maternidad feminista se me ha hecho increíble. Y realmente no, no me dan ganas de meterme en un círculo normal, porque ahí te juzgan demasiado. ¡Aunque sean jóvenes! te juzgan y el círculo feminista no. Ellas me enseñaron a eso a no a tener pena cada que mi bebé está llorando, no tener pena de que me está haciendo un berrinche (EK, 2023)

En conclusión la presencia de una conciencia feminista no exime a las participantes de sentir inseguridad sobre sus maternidades y experimentar conflictos sobre la pauta feminista y la realidad que las atraviesa, si bien, una maternidad feminista es el modelo deseado, no es uno que sea posible aplicar para todas (la diferencia la encontramos en el contexto de Karla) debido a factores que escapan de las manos, pero por otro lado si representa una esperanza para las nuevas generaciones en la

que ellas son las principales actoras en la ruta al cambio. Hoy las participantes son las madres que apuestan contra el sistema hegemónico, la lucha reside en los valores dirigidos al cambio que depositan en sus criaturas. Los resultados serán percibidos por ellas en años futuros, cuando sus criaturas sean mayores, de los errores, que existirán, también serán ellas quienes los identifiquen. En suma, la aportación de las narrativas de estas participantes sobre qué cambiar y cómo hacerlo es fundamental para esta generación y también para las que vienen. Más de ello hablaremos en el siguiente apartado.

5.4.3. Hombres solo escuchan hombres. La crianza de las criaturas en términos afectivos

El cómo y qué cambiar en la crianza, como he argumentado anteriormente, es un terreno baldío, hay pocos referentes y como en cada etapa de la maternidad, no hay instrucciones. Lo que queda es absorber todo conocimiento que el feminismo ofrece y parece, subjetivamente, correcto para implementar estrategias en casa; espacio que, como lo dicen las participantes, es el espacio en el cual pueden sembrar un cambio generacional. La base de la crianza es aplicar dichas estrategias en acompañamiento o bien, por esfuerzo propio para tratar de contrarrestar los miles de mensajes que las criaturas reciben una vez que son introducidos a la vida social.

Existe una clara diferencia entre criar a una niña a un niño pensando en las bases que el feminismo aporta, son distintas las preocupaciones y las metas para criar dependiendo del género, pero el objetivo es el mismo: romper con el esquema de género del que el voraz patriarcado se ha beneficiado. Al preguntarles sobre las estrategias de crianza, las participantes suelen hablar a futuro debido a las edades de las criaturas, al hablar a futuro es evidente la visualización misma del fruto de

sus esfuerzos, las participantes mismas están a la espera del cambio colectivo para sus hijas e hijos.

Yadhira considera que su maternidad es respetuosa de las necesidades afectivas de sus hijos, “tiene sus lugares de luz y sombra”, opina precisamente teniendo en cuenta la idea de las maternidades imperfectas. Yadhira coloca un mayor peso en pasar tiempo con sus hijos, en hacerles saber que mamá está para ellos sin importar qué. Adicionalmente, Yadhira comparte que su crianza está enfocada a la igualdad entre su hija e hijo:

Puse en retrospectiva mi maternidad, creo que el trato es a veces diferente entre mi hija e hijo, quiero que mi hijo crezca como un hombre de bien, para nada quiero un patán de lo peor, y eso es una labor que mi pareja también piensa es importante. No puedo tratarlos igual en ese sentido, mi hijo aun es pequeño, pero pretendo criarlo desde la igualdad, nada de tareas divididas de hombres y mujeres [...] Aquí todos somos parejos y nadie vale más que otro (EY, 2024)

La ruptura con la crianza en torno a la división de los trabajos de cuidado es parte fundamental de las estrategias de cambio de las participantes. Para nosotras y nuestras madres la diferencia era evidente, las mujeres somos quienes limpiamos la casa, las que cocinamos y “atendemos” a los invitados, mientras que los hombres no asumen ninguna responsabilidad en estas tareas. Pensando que nuestras hijas, en un futuro, aportarán a la economía del hogar, o bien serán económicamente independientes, es decir, estarán involucradas en las tareas que antaño eran responsabilidad total de los varones, entonces es responsabilidad social involucrar a los varones en tareas comúnmente asignadas a las mujeres. Las riendas de dicha responsabilidad social la llevan actualmente las madres como las participantes. Hablemos de Gloria, quien ha establecido una dinámica en el hogar de realizar tareas del hogar por igual, tanto sus hijos como su pareja se involucran en la organización del hogar. Gloria narra:

Por esta misma idea de querer cambiar la dinámica de la pareja yo intento inculcarle algo parecido a mis hijos. Aquí tratamos de hacer las cosas diferentes,

porque tenemos un niño y una niña, por lo tanto, queremos que las cosas sean distintas para ellos. Los dos se hacen de desayunar, los dos tienden su cama, los dos se preparan lo necesario. Aquí no usamos la tradición de “hazle esto a tu hermano” o “cuida a tu hermana”. Aquí es parejo. Esperamos que en algún momento ellos, cuando vuelen y estén lejos, no vayan arrastrando los vicios que papá y mamá vienen tradicionalmente arrastrando [...] (EG, 2024)

Criar varones ofrece la oportunidad de contrarrestar los discursos hegemónicos que insisten en separar la emoción del género masculino. La tendencia por conectar la emoción con lo masculino es evidente en las participantes con niños varones propios, esta también es una discusión en tendencia al ser percibida como una problemática por las participantes al rastrearla a generaciones pasadas; recordemos nuevamente la asignación de la racionalidad con el hombre, mientras que se asocia emocionalidad a la mujer como categoría inferior. Hoy queremos a hombres con inteligencia emocional, que expresen sus sentimientos y hacerlo no sea contrario a su género, queremos hombres sanos. La prohibición por reconocer la afectividad en las relaciones sociales que sostienen es característica de la masculinidad hegemónica, es un mandato que ciñe al modelo del macho erigido en la masculinidad valorada en múltiples simbolismos sociales, económicos, culturales y demás, además de que las consecuencias están fuertemente ligadas a la salud mental, como los estudios sobre nuevas masculinidades arrojan.

Simultáneamente las participantes, como Sharon, consideran que, las madres son las responsables principales del bienestar de las infancias, les toca establecer límites para con otras personas, a diferencia de generaciones pasadas que no consideraban la salud mental y bienestar físico de las criaturas como un tema fundamental a tratar en la discusión familiar, así como la discusión política. Sharon ha recibido malos comentarios por su crianza, la cual califica como respetuosa, en la que ella defiende los límites de su hijo mientras este no pueda hacerlo por cuenta propia. Así lo narra:

Por lo mismo me han juzgado, por la manera en la que yo crío a mi hijo, desde cosas mínimas que ya traemos normalizadas tal como el condicionarlos para que te den un beso, si no quiere darte un beso no te lo va a dar y listo. Y sí me han

dicho cosas como: “ay, es que no, no seas grosera, pues es que estoy jugando.” No, pues para mí no es un juego y mi hijo ahorita no se puede defender, no puede decir cuándo un contacto físico lo pone incómodo, pero para eso estoy yo y lo voy a defender de esas actitudes, porque para mí lo más importante, es que respeten su espacio y yo creo que con respetando su espacio, él mismo, él solito va a aprender a respetar los espacios de las personas, así desde hoy me enfoco en educarlo para no hacer lo que a mí no me gustaría que me hicieran [...] Mi crianza es más que nada respetuosa... cariñosa, aunque te podría decir que, en algunas ocasiones no siempre se va a poder. Eso sí, nunca le he pegado, aunque esté llena de frustración a lo mucho que llevo es que se me salga un pequeño grito, pero casi inmediatamente reacciono, voy y le hablo y le digo que mis corajes no son a causa de él, que está bien sentir enojo y demás. Y sí, siento que mi crianza va a la crianza respetuosa (ES, 2024)

Los castigos físicos no forman parte de las crianzas y esto se nota en las narrativas de las participantes, esta práctica forma parte de los modelos obsoletos de crianza que consideran deben dejarse a un lado, porque no funcionaron y por lo tanto no hay razones para implementarlas en sus crianzas.

Cómo argumentado en el apartado anterior, una de las mayores preocupaciones va sobre cómo criar varones apartados de los esquemas hegemónicos patriarcales, Mari nos lleva de vuelta a la discusión al compartir el camino que ha llevado con su hijo, Emmanuel, quien es hijo biológico de su pareja:

[...] Es lo único padre de haber tenido un hijo varón, siento que tengo una enorme oportunidad de deconstrucción que no solo lo puede ayudar a él. Al final del día sé que los hombres solo escuchan hombres, y si hago que él pueda hablar algo bien para que lo demás dejen de hablar pendejada y media pues qué bueno que le sirva, así quizá igual pueda ayudar a que su entorno este compuesto por hombres buenos, está chido, yo considero que ellos [lxs hijes] son nuestra última oportunidad para hacer las cosas bien. En lo personal me sirvió mucho la falta de convivencia con otros niños que Emmanuel sufrió durante el COVID, porque nosotros tratamos de manejarlo libre, por ejemplo, su abuelita sigue pensando que el rosa es de niñas, y nosotros [Mari y su pareja] en algún punto le explicamos que, y él lo replica muy bien, el que algo sea ‘de niñas’ no es un insulto. Siempre se topa con el típico ‘corres como niña’ pero él responde muy acertado: ser niña no es un insulto (EM, 2024)

La propuesta feminista de la crianza compartida nace, sin duda, pensando en que por más que se trate la crianza como un asunto individual que se realiza en los confines de casa, no hay cómo evitar la realidad de la comunidad, simplemente no

se puede barrer el asunto debajo de la alfombra, la sociedad o comunidad infiere en las criaturas, es un esfuerzo colectivo oculto detrás de la indiferencia y el desentendimiento. Una vez que las criaturas entran a la guardería o al colegio, decenas de discursos entran a su mente. Las madres y padres no son las únicas que aportan a la construcción del criterio y entendimiento de los hijos. Mari nos regala un claro ejemplo de cómo los niños, desde temprana edad marcan diferencias enormes entre los géneros:

Nosotros siempre le hemos dicho que hay cosas que él puede cambiar, elegir o ser y está bien, pero debe tener respeto por los demás y mucha empatía, pero también consigo mismo para que pueda saber de lo que es capaz o no. [...] Se porta muy bien con las niñas, veo que admira a las niñas por igual; él tiene muy consciente que son niños y no importa lo que hagan. Aunque me dice que, sí tiene compañeritos que se burlan y llaman niña a otros niños, pero ¡ay! ¿En serio todavía hay niños así? (EM, 2024)

Otro ejemplo lo encontramos en la experiencia de Gloria y su hija, a quien lleva a las marchas:

[...] Ah, porque te voy a decir que yo llevo a mi hija a la marcha. El año pasado fue su primera marcha. Entonces ella llega a la escuela y platica su experiencia y sus compañeros le dicen que sus mamás les dicen que eso está mal, que esas mujeres están locas, después llega mi hija a decirme que le dijeron loca, tonta y que odia a los hombres. Mi solución es decirle que sí, diles que sí, que tú estás loca y libre, que odias a los hombres estúpidos como ellos. Esas cosas pasan muy a menudo, cosas que sé que a ellos les va a dificultar mucho ahorita la transición, porque de niños te importa mucho lo que te digan, pero de grande les va a solucionar la vida (EG, 2024)

La reticencia de la sociedad por descartar los anticuados roles de género, es posiblemente el mayor obstáculo en las crianzas afectivas/feministas, después de todo estamos insertos en contextos culturales, sociales, políticos y económicos que no podemos esquivar ya que nos definen no sólo como individuos sino como urdimbre social, además de por lo general a las mujeres que nos identificamos como feministas, que lo hemos adoptado como estilo de vida, solemos ser vistas con

malos ojos, somos objeto de críticas y prejuicios fundamentados en la falta de información y la indiferencia. Las participantes, como Gloria, llevan el objetivo de enseñarles a sus criaturas a lidiar con todo lo anterior, y en el mejor de los casos tener las respuestas para cimentar un criterio alrededor de la resistencia.

Sobre la apuesta feminista, la cual no es una realidad homogénea para todas, si es posible, pero no para todas ni por igual; Karla es nuevamente la ruptura del molde. Ella nos cuenta un poco sobre cómo es cuidar de su criatura bajo el cobijo de la comunidad feminista, que, si bien no se trata de una comuna, si forma parte vital de su experiencia como madre. El círculo feminista ha supuesto para ella una guía afectiva para maternar, es también la contención emocional necesaria para navegar los rincones apabullantes de la crianza, es por lo tanto, el apoyo necesario para la salud mental y física tanto para el hijo como para la madre. Karla narra:

[...] La crianza entre feministas es muy padre porque ellas no te juzgan, no te dicen nada ¿no? Sientes que estás en el lugar correcto siendo madre. Ellas me dicen que no me preocupe, que es normal cuando llora o hace ciertas cosas. En lugar de juzgarme me dan consejos para manejar la situación [...] Hay círculos seguros, colectivos de madres luchadoras en contra de la violencia vicaria que también son mis amigas y que, aunque no tengan hijos, igual saben cómo darle contención a una bendi²², cómo ayudarte, ellas me dicen: yo te ayudo a cargarlo, yo te lo cuido. Cuando estoy en las marchas igual me ayudan a cargando y echarle un ojo para que no se nos pierda, me quitan un buen peso de preocupación, más aún cuando me ofrecen agüita o algún refrigerio para calmarlo están muy pendientes de... [...] Yo pues agradezco mucho al círculo feminista que me hizo ver la maternidad con otro punto más amoroso, ya sin tanto miedo. Me impulsaron y ya me enseñaron nuevos métodos de crianza, de amor, de cómo compartirle esto a mi bebé y no preocuparme por lo que digan los demás, que se trata de aquellas generaciones que tienen ciertas costumbres de crianza (EK, 2023)

Y aunque no todas las participantes son parte de un círculo feminista como Karla, todas expresan la clara intención de acercar a sus hijos al feminismo, pero no cómo uno lo haría con la religión sobre sus normas, reglas y código de creencias, sino en romper con el círculo de tabú que ha caracterizado al feminismo como movimiento social, así como inculcarles, desde la resistencia contra el patriarcado, la ruptura

²² Diminutivo de bendición

con la diferencia de géneros. Sucede cómo lo expresa Bere, no se trata de inculcarle a su hija una creencia o bien, que se adscriba a una de las muchas ramas del feminismo, porque ella misma no lo hace, sino el darle oportunidad para pensar con criterio propio:

Educar a Sofi alrededor del feminismo se me hace más fácil, porque puedo tener un diálogo más fluido con ella, aun ella teniendo 8 años me entiende perfectamente y siempre trato de explicarle lo más natural y lo más claro posible el por qué estamos en esto. Digo, al final de cuentas, va a escuchar mil versiones de lo que es el feminismo, pero simplemente ella va a acomodarse al que ella crea. No se trata de convencer (EB, 2024)

Los pasos para introducir a las criaturas a las bases filosóficas del feminismo son en ocasiones inciertas, porque nuevamente las participantes no tienen bases sólidas para hacerlo, también se enfrentan -como ya he argumentado anteriormente- al tradicionalismo de las otras familias; hacerlo debería ser un esfuerzo en conjunto entre madre y padre, pero en ocasiones la mujer se lleva la mayor carga en este proceso, de esta forma la incertidumbre se hace más presente.

Mari nos regala un buen ejemplo sobre cómo acercarse a los niños para abordar uno de los temas más sensibles del activismo: las marchas y todo lo que estas conllevan, como los *performance*, la iconoclasia considerada erróneamente como vandalismo, las consignas y las expresiones artísticas en el marco de cualquier marcha con tintes políticos feministas. Así Mari le habló a Emmanuel, el hijo de su pareja, la razón de la marcha del 8M:

Por ejemplo, fue muy fácil explicarle toda la onda de la marcha, vivimos en el centro, entonces la marcha pasa ahí abajito de nosotros, y al otro día vemos cómo queda el reloj [reloj monumental de Pachuca]. En un momento él se quedó leyendo lo que las chicas dejaron y me preguntó que por qué escribían eso, entonces me tocó a mí explicarle que, pues era real, se mueren muchas mujeres al día y la verdad es cansado, imagínate, le dije, yo salgo a veces a las 10:00 pm y qué feo debe de ser que tú me estés esperando para cenar y de repente no regrese ¿cómo te sentirías? con mucho miedo, me respondió, pues sí justo, lo que ves escrito es mucho miedo, mucho coraje, y pues ellas necesitan sacarlo de alguna manera porque si nadie hace nada, no les hacen caso. Sentí muy

bonito cuando concluyó que sí, valía más la vida de alguien que las pintadas en la pared, igual me preguntó si él podía hacer eso, pero ahí le dije que luego veíamos, lo que puede hacer ahora era ser empático (EM, 2024)

En conclusión, las participantes reconocen en sus criaturas la oportunidad de crecer, la oportunidad del cambio social y generacional no solo visto como responsabilidad social con posición feminista, sino también cómo mujeres con hijas e hijos, el cambio es para todes, es especial para elles. Las participantes con hijas quieren mejores oportunidades para ellas, y aunque esta motivación podría existir fuera de la posición feminista, ésta se encuentra en el sentido crítico de visualizar una realidad social en la que ellas tengan iguales oportunidades que ellos, y que, paralelamente, la maternidad no sea un asunto apabullante, que no sea igual de limitante cómo resultó para ellas, que la maternidad sea deseada o no sea. Así mismo buscan que en sus hijos varones los patrones de conducta que el patriarcado ha estipulado y por el cual se sirve de los géneros no tenga tanto peso en ellos; quieren hombres emocionalmente presentes, afectivamente responsables, el ideal es criar hijos muy alejados a los hombres que les y nos han hecho daño. De ellos, estamos ya muy lastimadas y demás cansadas.

Reconozco que las limitaciones de esta investigación residen en que al hablar de la crianza se hace en tiempo presente, y las acepciones a futuro son únicamente supuestos, los resultados serán o no percibidos por las mismas participantes en los años posteriores a la publicación de este trabajo. Así como también considero que la limitación social es el mayor obstáculo para las crianzas en clave feminista. El esfuerzo por llegar a un cambio social amplio debería ser un esfuerzo colectivo, pero la inclinación por la tradición es aún muy fuerte; incluso una ola de tradicionalismo ha llegado a la discusión política en distintos flancos del globo: la ultraderecha con símbolos como Donald Trump en Estados Unidos, Javier Milei en Argentina y Friedrich Merz en Alemania.

5.4.4. La tensión viene de todos los flancos. Tensión con el feminismo

Conversando sobre el feminismo un punto a discutir con las participantes fue los conflictos internos del feminismo, conflictos académicos, políticos y colectivos. Los puntos de vista, las opiniones, pero sobretodo los posicionamientos políticos son la razón de las discrepancias entre colectivos o corrientes del feminismo, puesto que precisamente no somos un solo grupo de mujeres tras la lucha, las mujeres blancas de burguesía se quedaron atrás, mujeres de color, lesbianas, musulmanas, chicanas, de las periferias y muchas más se han sumado a la discusión; esta diversidad es lo que, en ocasiones, nos juega chueco.

Conversé con las participantes sobre las tensiones en los colectivos de Hidalgo, de un lado se encuentran las consideradas “radicales” y las consideradas “políticamente correctas”, y cómo hace unos años corrió la noticia de que, tras la culminación de la marcha por el Día de Acción Global por un Aborto Legal y Seguro, dos integrantes del contingente discutieron fuertemente en la explanada del reloj monumental de Pachuca, lo que llevó a un enfrentamiento físico. La noticia corrió rápido por redes sociales, aunque afortunadamente no provocó mayor discusión o polémica por falta de información, sobre la razón del desacuerdo. A las participantes les compartí que existe una clara división en la comunidad feminista, división que se apresia aún más en las marchas obligatorias a lo largo del año.

También compartí cómo fue mi experiencia como voluntaria en la marcha del 8M del 2024 en Pachuca. El voluntariado lo realicé con el colectivo “Marea Verde”, mi arrepentimiento fue grande cuando lo primero que percibí fue la animosidad con el otro colectivo organizador “Mercadita Las Insurgentas”, me sentí la traidora, que estaba en el lado equivocado de la lucha, entre las participantes me encontré a una conocida quien me hizo una seña obscena al verme portando los colores de “Marea Verde”, lo hizo en broma y yo también me reí, pero como dice el dicho “entre broma y broma, la verdad se asoma”. Mi tarea era garantizar la seguridad de las participantes independientemente del colectivo, en ocasiones me acercaba a cualquier contingente para pedirles caminaran más rápido o se quedarían muy

atrás. Si las miradas pudieran matar. Ellas no querían ir cerca de “nosotras” de las “otras”. Yo realizaba un voluntariado con causa, pero fui percibida cómo el enemigo por portar el color de las feministas “políticamente correctas” del Estado. Durante la marcha y a través del megáfono un bando se regocijaba porque ese año habían sido más las mujeres que acudieron a su llamado, a comparación de aquellas que acudieron al llamado del otro. El conflicto fue claro, ruidoso e intimidante para todas las voluntarias que percibimos el mismo rechazo.

Posteriormente a la marcha, y tras algunos percances violentos en la misma, todas nos fuimos a casa a descansar. Esperábamos una reunión virtual, igual a las de entrenamiento, para compartir los sucesos de la noche anterior, pero “Marea Verde” no respondió a nuestros mensajes y no volvimos a escuchar de ellas.

Conflictos como estos navegan a otros espacios, y es inevitable que aquellas que nos identificamos como feministas nos trastoquen dichos conflictos, nos dejan en ocasiones con la incertidumbre de inclinarnos a un lado o a otro, la verdadera pregunta es ¿deberíamos inclinarnos? aunque tampoco es tan simple como para decidir no hacerlo.

En este apartado expondré algunas experiencias similares a la mía, o bien pensamientos, que algunas participantes tienen sobre el feminismo. Comencemos con Vero, cuya experiencia transita en la colectividad y cómo muchas veces la unión le juega mal a una. Durante la pandemia de COVID-2019 y tras protestar en la explanada del reloj monumental de Pachuca, Vero organizó un taller de acción directa para mercaditas y feministas de la ciudad, de ahí nació una mercadita dedicada a la lucha de la violencia vicaria, y aunque ella fue la convocante no se convirtió en la líder ni la voz de la mercadita “Yo siempre aposté por la colectividad ¿sabes? yo no buscaba ser yo la única que hablaba, cedía el micrófono”. Las tensiones internas no tardaron en aparecer, las cuales se intensificaron cuando morras partidarias al partido Morena se unieron.

Eso quizá fue la gota que derramó el vaso, ya no pude con eso y otras tantas cosillas que yo vi que no estaban chidas, más bien truculentas de parte de ciertas morras a las que les quedó muy bien el pedo del caudillismo. Entonces les dije

bye, gracias todo chido ¡pero, me acusaron de fascista! por no querer accionar con mujeres que estaban dentro del pedo electoral. Me acusaron de un chingo de madres y ¿sabes a mí lo que me dolió? Me despojaron de mi lucha, güey, una lucha que yo hice por mi hijo y por los hijos de todas ¿sabes? Estuve un mes dándome en la madre ahí con los policías, con un chingo de bandas ¡güey! fue tiempo que convertí en acción, tiempo en el que yo no trabajé, tiempo que le dediqué a mi hijo, a la lucha de mi hijo para que no quedara como un número más [...] y me mandaron a la verga (EV, 2024)

Parece que la diferencia en las colectivas te convierte en la enemiga, en fascista como llamaron a Vero. Parece que existe una delgada línea que cruzar para ser parte o para ser relegada de los colectivos cuando se habla de una lucha privada, una que solo pertenece al accionar político de unas cuantas.

¿Es que existe una métrica feminista? ¿Las acciones de un colectivo son más importantes que las acciones de otro colectivo? ¿Qué pasa con las luchas que quedan entre el conflicto insensato entre colectivos? ¿Qué pasa con la lucha de Vero? Vero se sintió despojada de su derecho por levantar la voz, de su derecho de colectividad, de su derecho de luchar por el daño que le hicieron a su hijo “me han despojado de todo lo que me han podido despojar, de mis hijos, de mi lucha, de mí, de mi posibilidad de maternar como yo quería maternar. Me dejaron desnuda y apaleada, no tengo nada” -dice Vero- incluso tiempo después recibió una invitación por parte de la mercadita con intenciones de pedirle disculpas por lo sucedido, decían haberla juzgado mal, pero tras ese encuentro Vero resultó doblemente dañada al ser posteriormente atacada en redes sociales, la llamaron traidora y ladrona. Las consecuencias para Vero fueron grandes: “En la semana tengo 2 días buenos y los demás con pedos me puedo parar de la cama. Te juro que yo ya estaba con una pata en el otro mundo”

Pero los conflictos no solo existen en la colectividad o en la academia, también se extiende a otros ámbitos, parece que el éxito, sea cual sea, necesita que se desplacen a unas cuantas. Maga comparte su experiencia con una organización llamada Epic Queen (movimiento líder en educación STEM [ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas]):

Hace algún tiempo estábamos en una organización que se llama Epic Queen, ya tiene mucho que no está aquí en Pachuca, pero ellas hacían pláticas de mujeres emprendedoras para inspirar a otras mujeres y nosotras todo el tiempo estábamos ahí, también ayudábamos, patrocinábamos, regalábamos...pero un día estas niñas de la corporación terminaron dándonos una puñalada por la espalda, Julie y yo pensamos ¡estás cabronas! (EMA, 2024)

La traición llega sin importar la dirección, como seres sociales, las acciones que desemboquen en acciones de traición para con el otro son normales. Sin embargo, cuando la traición viene de una organización cuyo objetivo es la lucha por los derechos de las mujeres, o algo derivado, en verdad se siente como una traición que llega desde lo personal.

Maga tiene una relación cercana con el feminismo en tanto que considera que el tema de la mujer debe ser enteramente discutido en la tela pública, así como resuelto, ella dice “Me considero feminista en el punto que siempre me gusta impulsar a las mujeres”. La sociedad que formó con Julie, y la empresa de publicidad liderada por ambas es un orgullo tremendo para sus historias de vida, es también la mayor expresión de apoyo. Sin embargo, también experimenta tensiones con el mismo movimiento que nace del posicionamiento de algunas feministas para con los hombres:

Yo no simpatizo con la parte del feminismo que odia a los hombres. Para mí es un feminismo que no tiene mucho sentido porque yo amo a mi papá, amo a Dios. En mi familia, mi papá nunca nos inculcó llevar un estilo de vida muy arraigado a los roles de las mujeres, yo no me ponía vestido porque se me atoraba en la bici. Quien sí tuvo ese pensamiento era un poco mi mamá [...] Hoy tengo mi empresa con Julieta y con Nancy que también es una socia, y creo que eso es una parte feminista de mi estilo de vida, las tres formamos una comunidad muy fuerte y somos la red de apoyo de la otra. Desde este punto de vista yo si considero que tengo como prioridad a las mujeres, pero no sé hasta qué punto puedo llamarme feminista (EMA, 2024)

La clave aquí es que justamente hablamos desde nuestros contextos, de los ojos que otras nos prestan para ver a través de ellos. Existe en nosotras, sin importar al feminismo en el que nos adscribimos, un sesgo claro que podríamos rastrear en

nuestros propios contextos si lo buscáramos, por ello existen las tensiones en colectivos feministas, en organizaciones en pro de la mujer y las infancias. Estamos paradas en un terreno sólido, labrado por cientos de mujeres que lucharon por los derechos que hoy gozamos, pero ese mismo terreno presenta caminos variados, así como respuestas a ciertos problemas.

Sobre la misma discusión Bere aborda este mismo problema pensando en las distintas posibilidades para su hija:

Esto es como más una opinión propia, yo pienso que con tantas opiniones de lo que es el feminismo, creo se ha ido desvirtuando tanto que ya no sabes ni qué es o qué no es. Entonces yo creo que todas las versiones son aceptables siempre y cuando no molestes al otro. Crea Sofi en lo que crea, está bien, la voy a respetar y le seguimos. La base de todo esto es el respeto y la lucha, la lucha constante por los derechos, por visibilizarnos, por saber que todos somos iguales, debemos quitar ese pensamiento de que un género nos va a dar más, un género nos va a dar menos (EB, 2024)

El feminismo ha sido la respuesta para algunas, ha sido una fuente de decepciones para otras, es sin duda un viaje vertiginoso que nos posiciona, en ocasiones, en espacios incómodos y sesgados. Despojarnos de los mandatos coloniales de la blancura, y los mismos sesgos que el poder ha puesto en nuestros ojos como venda es clave para avanzar tomadas de la mano, necesitamos feminismos, que ya los hay, decoloniales antirracistas y antisistemas que no se enfoquen que hacer más que las otras, en accionar con claves que las hacen superiores a otras mujeres que lo hacen según sus propios contextos se lo permiten. Reconocer nuestro hartazgo y confusión con el feminismo es esencial para allanar el terreno a nuestros pies, así como reconocer cuando hemos sido lastimadas dentro del mismo.

Vero ha salido lastimada por la mercadita que ella misma ayudó a accionar, estos mismos conflictos actúan como factor para que mujeres como Bere permanezcan en el lugar neutro de la lucha, si es que existe. Sea cual sea el camino que tomemos del feminismo, hoy nos nombramos feministas con responsabilidad, hoy somos mañana quién sabe, pero eso sí, los derechos de las mujeres y niñas

van primero, no queremos estar más bajo la bota metafórica del patriarcado, nos queremos juntas, nos queremos vivas.

6. Vamos de una a una para las conclusiones

Conectarme con las ocho participantes ha dejado en mí una marca que no puede describirse sin cometer el riesgo de simplificar o romantizar nuestros encuentros virtuales y presenciales. Somos mujeres que pertenecemos a una misma amalgama territorial y cuyos problemas característicos de la tela social nos atraviesan y sí, nos afectan en diferentes medidas, pero nos afectan.

La teoría no sirve de mucho en libros físicos o electrónicos, en coloquios que suceden en espacios privilegiados, en artículos que exponen resultados en tablas y números deshumanizados. Podríamos hacernos la pregunta de qué fue primero, el huevo o la gallina, la teoría o los problemas sociales. Una es respuesta a la otra, son consecuencia mutua, naturalmente, su interacción demanda ser versátil, y como recientemente se apostó, posicionada para responder a la pregunta en todo trabajo de investigación ¿Se pueden aportar resultados o conclusiones fidedignas sin cercenar las dolencias particulares de los contextos? Los conocimientos situados como herramienta metodológica es el camino para no olvidar que somos carne de otra carne, que no podemos mirar a la sujeta al tiempo que ignoramos los componentes sociales que la atraviesan. La teoría no da la respuesta total a los cuestionamientos sociales, pero con el apoyo de los contextos puede acercarse. Por ello, este trabajo se basó en ellos para abordar las narrativas de las participantes, narrativas que suceden en diferentes espacios, contextos y temporalidad pero que, de una forma u otra, se encuentran una a otra gracias a las imposibilidades sistemáticas que adolecen las condiciones de género. Fue precisamente lo anterior aquello que me tomó por sorpresa: encontrar en Bere rastros de los sentires de Gloria o Maga, o Vero o Sharon, es como si estiráramos el brazo y alguien más, otra mujer, lo tomara para formar una cadena interminable de condiciones socioculturales que nos atraviesan, — aunque hoy se hable con mayor libertad de, por ejemplo, la soltería femenina, el aborto, la decisión de maternar —. Nuestras narrativas siguen atravesadas por los vicios de la tradición patriarcal.

Hace unos meses tomé un taller virtual de autoetnografía, entre las participantes estaba Mercedes Blanco, autora de varios artículos sobre autoetnografía y también la única mujer mayor entre chamacas de 25-35 años, más

o menos. Se nos preguntó las razones de nuestra inscripción al taller, yo expuse que me encontraba en la hechura de una investigación feminista de corte autoetnográfico por muchas razones, creo que cada que alguien me pregunta agregó más y más razones, pero esa noche tocó hablar sobre la maternidad, y cómo quería contribuir a ensamblar otras narrativas de la maternidad que no fueran sobre la línea de lo obligatorio, porque a mí se me había presionado en ocasiones con la idea de tener hijos. Mercedes se sorprendió “yo pensaría que hoy ya no se les presiona tanto a las mujeres”: me quedé pensando un buen rato, pensaba que efectivamente la presión era mucho mayor para mi madre, ni hablar de mi abuela, pero justo ¿qué tanto del canon patriarcal sigue permeando en el hecho de que somos mujeres? Porque no importan los años, o los avances de la lucha, no hemos podido averiguar cómo huir de ser mujeres que el mundo vigila para atenernos a las normas. Recordé entonces una experiencia que traía atorada desde hace años: estaba en la sala de visitantes del hospital esperando por tener noticias de mi abuela que estaba a días de fallecer. Entre los asistentes se encontraba mi primo, él en su juventud, sufrió un accidente automovilístico que afectó de por vida sus habilidades psicomotrices. Él me mostraba orgulloso la fotografía de su hijo de poco más de dos años, yo sonreí amable y lo felicité, me costaba mucho entender lo que me decía, pero logré identificar entre las palabras arrastradas la temida pregunta ¿Y tú para cuándo?, no yo no quiero hijos, pero por qué si es bien bonito, nunca me han gustado los niños y pues no quiero, no ¿cómo? No digas eso, ya querrás, vas a ver. Yo pensé que trataba de reconfortarme, me dio una palmada torpe en la espalda en gesto de camarería, cómo si me dijera: no te preocupes ya se te pasarán esos deseos tan antinaturales. Jamás me he sentido tan alienada, tan errada como cuando otras personas me confrontan violentamente con mi posición a no tener criaturas. Con qué soltura se me ha enjuiciado y aunque no lo nombran sé lo que piensan. Y aunque afortunadamente en los últimos años he procurado de rodearme de personas que jamás pondrían en tela de juicio la fertilidad y función de mi cuerpo, los años a los que estuve expuesta, como en la interacción con mi primo, me dejaron una impresión de por vida, o al menos hasta el término de mis días fértiles. Con cada cuestionamiento me enfurecía más, quieren decidir sobre mí, sobre mi vida,

porque la norma es que las mujeres tengamos hijos, sin importar qué. Y con cada ocasión me convencía un poco más, a no seguir la corriente, a hacer lo que yo quisiera porque justo el pronombre es la guía.

Por ello, una se tiene que preguntar, más allá de mi propia ilusión de libertad ante la decisión de tener criaturas ¿Por qué las mujeres quieren tener hijos? ¿Es parte de una decisión consiente o una amalgama de decisión y normas socioculturales? A lo largo del apartado sobre el deseo esta pregunta se responde entre un ir y venir de ambas. Ya en el apartado mencionado confronté dos posiciones, la de pensar que el alcance de las transformaciones sociales nos ha permitido ser hoy las actantes de nuestras vidas (Imaz, 2010), y que a través de las resistencias como mujeres modernas ante la arcaica maternidad es la vía para adueñarnos de nuestras narrativas, pero justamente esta posición, como argumentado, borra todo un esquema cultural, social, geográfico, étnico, sexual, entre otras que influye en la decisión. Las narrativas de las participantes dejaron en claro que las razones para convertirse son muchas, parte de una reflexión activa, pero dicha reflexión estuvo atravesada por sus propios contextos, sus miedos y deseos. Otra prueba fehaciente es mi experiencia narrada líneas atrás.

El encuentro con la muerte, el enfrentamiento ante la infertilidad, el buscar un sentido a la vida, el querer ser mucho más que una esclava laboral, las motivaciones son muchas y sean cual sean, van en busca de satisfacer algo, de llenar el vacío que marca a cada una de nosotras, entonces una se pregunta ¿por qué llenar el vacío con una criatura? El rol biológico de la feminidad es parte de la respuesta, no basta con sacudirnos de los mandatos patriarcales de siempre, nuestras identidades y subjetividades siguen, a pesar de todo, sujetas a la maternidad.

Las participantes, incluyéndome, nos encontramos en la búsqueda constante por la superación y el cambio, comenzando por la superación a las normas sociales marcadas por el patriarcado, lo que el género femenino debe hacer por obligación es la principal problemática a transformar desde los hogares. Nosotras somos las cuidadoras y educadoras indispensables por lo que es lógico que apostemos con mayor ahínco a contribuir a la crianza de las nuevas generaciones a partir del cambio. Así mismo, las vías de la superación también se trasladan a lo público; ser

mujer hoy, a pesar de las dificultades sistemáticas, no equivale a la inferioridad, en aras de pertenecer al ámbito público nuestros esfuerzos son el doble, queremos que nos vean realizando las mismas funciones que los hombres, ya que nuestra participación es indispensable para el correcto funcionamiento de la maquinaria capitalista, y aunque la realidad diezma nuestros esfuerzos esto no parece socavar la voluntad. Y en ese entramado de la superación, la maternidad es y seguirá siendo igual de importante para la satisfacción de las biografías de las mujeres, porque contrario con lo que la voraz individualidad hace con el género masculino, de apartarlos total e irrevocablemente de vínculos afectivos, cosa que discutiremos más adelante, a nosotras nos exige exactamente lo contrario, que tengamos esos vínculos a tiempo que fungimos tareas masculinas. La maternidad es el mayor cumplimiento de la necesidad de tejer vínculos, es parte de nuestra identidad, nos convierte en la madre, en ocasiones en la esposa/pareja, en la abuela, la amiga de. Es, por lo tanto, la vía indispensable para reafirmarnos como parte de algo más; Maga buscaba ser algo más que una trabajadora, Sharon quería darle sentido a su propia existencia mediante un vínculo afectivo indiscutible. Por ello la maternidad es una estrategia de reafirmación identitaria irrenunciable. Sin intenciones de romantizar la posición en la que la individualización nos coloca, pregunto: ¿Qué somos sin estos vínculos? Somos ellos, que nos tienen a nosotras para realizar los trabajos que se rehúsan a hacer.

Así como no podemos ignorar la condición social actual, tampoco se puede sobre obviar la maternidad en todas las mujeres como única explicación y efecto, las razones son amplias e individuales, permeadas por situaciones particulares que en ocasiones van más allá de sus planes de vida, qué pasa cuando el deseo se encuentra ahí, pero no es parte de un plan inmediato y sin embargo sucede. Los embarazos inesperados son más comunes de lo que nos atrevemos a admitir, los métodos anticonceptivos rara vez son cien por ciento efectivos, causan cambios hormonales insoportables en algunas de nosotras, y en ocasiones cuando nos encontramos en relaciones estables solemos bajar la guardia, si así se le puede llamar a percatarnos que nuestro ciclo se ha retrasado y una sorpresa nos espera al alcance de una prueba rápida de embarazo.

En este sentido la fertilidad también juega papel importante en el deseo, ya sea que se trata de un embarazo sorpresa, como el miedo de no poder concebir, o la edad fértil, todo guía a la capacidad de nuestros cuerpos por llenar el vacío a corto o largo plazo, somos entonces presas del traidor reloj biológico que como métrica social y médica influye en el cómo, cuándo y por qué.

Una amiga que llegué a considerar hermana comenzó su travesía a la maternidad cinco años antes de concebir, claro que en su momento yo no me percaté que cada paso apresurado que tomaba tenía el fin de cumplir con ciertas metas de su biografía: viajar, conocer, vivir la aventura, ahorrar algo de dinero. Quería ser madre antes los 35 años, no quería ser una madre vieja, tampoco quería sufrir las temidas complicaciones de infertilidad. Así como mi mamá a mí, le advirtió del trabajo eterno y agotador que significa una criatura, al final, significa sacrificar la libertad que tu soltería te brinda por defecto. En su momento confesó que los viajes y los planes realizados los hizo a sabiendas que una vez su hijo naciera ya no lo podría hacer. Incluso el saber y prepararse en cierta medida para la crianza de un hijo, no la pudo preparar para la realidad afrontada con la imaginación, una cosa es saber que a futuro la criatura va a suponer cuidados totales, que son noches sin dormir, cansancio sin fondo, jornadas laborales extenuantes, y otra cosa es vivirlo en carne propia. Las últimas veces que charlamos ella sola nos compartía resignada sobre el trabajo interminable: el ir y venir del trabajo a la crianza. No hay pláticas ni advertencias que nos ayuden a dimensionar lo que es convertirse en madres.

En una decisión tan contundente que involucra la identidad, el cuerpo y factores psicosociales el encontrarnos vulneradas ante el ser o no ser es efecto de nuestros contextos. Somos madres sin importar si hemos parido, la maternidad es parte importantísima de nuestras identidades, el cuestionamiento surge desde las primeras etapas de nuestras vidas, por lo tanto, sufrimos aún más las presiones y expectativas externas, ya sea la familia, la situación de una relación estable, los diagnósticos médicos, el llamado reloj biológico, entre otros, influyen sobre nuestra decisión por más deconstruidas que estemos, la maternidad sucede a cuesta de nuestros planes de vida, de nuestra biografía.

“Deconstruidas”... ¿qué implica ser una mujer deconstruida de cara a la maternidad? Y utilizo la palabra libremente para referirme a quienes a través del feminismo vamos por el mundo haciendo pequeños cambios, que vamos a contracorriente con los presupuestos patriarcales. Yo soy una mujer deconstruida y aún no sé con qué cara miro a la maternidad. Desde antes de llamarme feminista mi relación con la maternidad ha estado repleta de terror, resentimiento y un innegable rechazo, una vez que me llamé feminista supuse que ese rechazo tenía raíces en la esclavitud biológica que el patriarcado impone al género femenino. Realizar este trabajo me ha llevado por una espiral de reflexión y sí, una propia deconstrucción de la deconstrucción. Echar a pelear la maternidad con el feminismo se había convertido en la solución perfecta para atizar mi rechazo, hoy doy cuenta que esa no es ni remotamente una solución. La teoría, los libros y lecturas sugieren dar una vuelta de tuerca y reconocer las maternidades como espacios de resistencia, narrativas desobedientes, contra-hegemónicas en articulación con una cantidad infinita de herramientas político-epistemológicas, maternidades que rompan con el pacto generacional de transmitir la maternidad a través de la obligación y el juicio. Efectivamente, las maternidades son un lugar de resistencia, evidencia suficiente se encuentra en las narrativas de las participantes que a pesar del juicio social deciden criar a sus criaturas pensando en el cambio generacional, en romper con los patrones malsanos del canon de la maternidad patriarcal, son maternidades que no temen en errar porque el error lo encuentran(mos) en ese mismo canon. Las participantes son prueba de que la resistencia existe y florece en la maternidad a pesar de las contradicciones sistemáticas, ocho mujeres que han decidido no quedarse calladas y criar a sus hijas bajo ese mismo estandarte, y criar a sus hijos por la senda afectiva que el patriarcado y el individualismo rechazan, lo que terminan con hombres incapaces de lidiar con las contradicciones sistemáticas que afectan su género.

Hablo de maternidades que resisten y desobedecen. En este punto me voy a atrever a hablar por las ocho a raíz de las conversaciones que tuvimos, ya que después del resistir y desobedecer se debe agregar el “a pesar de”, resisten, como ya mencionado a las contradicciones sistemáticas, pero también al cansancio, a la

depresión, al ojo vigilante de la sociedad, a sus relaciones, a la familia, a ellas mismas y también a las propias criaturas. No debemos perdernos en romantizar la labor por más tentador que sea, las madres se enfrentan con incontables desafíos diarios que en ocasiones las rebasan.

Este trabajo es precisamente el conducto para nombrar los pesares y sentires que se imbrican en la maternidad, porque no existe maternidad sin ellos, incluso cuando el patriarcado quiere hacernos creer que es la misma experiencia para todas. Sin importar cuanto deseemos o nos preparemos, siempre nos va a tomar por sorpresa. No hay cualidades “naturales”, mucho menos un instinto materno inscrito en nuestros cerebros, corazones, piel, senos, vulva, y manos con la guía completa de cómo ser madre. Tengamos por seguro que sí o sí vamos a errar, es parte normal del proceso de adaptación constante, incluso interminable. Hablemos de las ambivalencias, las contradicciones, los pesares, los posibles arrepentimientos, que son, reitero, normales. Dejemos de repartir la narrativa de una maternidad deseada por todas, una maternidad que nace junto al bebé y/o una maternidad que satisface por igual. Está arraigada creencia no hace más que restringir la identidad de las mujeres. Por ello se necesita la diversidad de las experiencias ¿en dónde queda la ambivalencia, la contradicción, el arrepentimiento? ¿en dónde quedamos nosotras?

Bere me dice “pienso que de haber sabido que la maternidad sería lo que fue, jamás me hubiera metido”, Mari dice que la maternidad no vale la pena si una espera obtener algo y agrega “Yo no sé de dónde chingados creí que iba a poder con esa atadura tan eterna porque jamás he tenido algo tan permanente”, Yadhira dice que si hoy tuviera la oportunidad no tendría a su hija en las condiciones que la tuvo. Estas narrativas son muestra el rechazo de la naturalización de la maternidad que una misma fórmula en la soledad de su maternidad, tras parir nadie nos otorga las herramientas para entrar de lleno, mucho menos nacen del intercambio biológico entre madre e hijo, la experiencia es la única que nos puede brindar más o menos una semblanza de reconocimiento de la labor. Y entonces Sharon nombra la clave al asunto de la ambivalencia en las maternidades, ella habla de un ir y venir del gozo y la queja, no hay un blanco y negro en la crianza, en realidad suelen haber muchos

puntos medios. Los sentimientos son variados y ninguno es inamovible. La clave está en que, así como Gloria dice: el hartazgo no demerita en ningún sentido el amor. Este va cambiando y moldeándose en cada etapa, se transforma tras momentos de crisis, porque nuevamente ningún sentimiento es inamovible, tampoco único, el amor y el odio forman la amalgama de la ambivalencia. La maternidad no es en ningún sentido un asunto sencillo, solo hay que preguntarles a las madres. No reconocer que la mayor parte de la ambivalencia surge de conflictos entre las necesidades del niño y las de la madre, ambas legítimas, es lo que explica gran parte de la condena social y cultural de las madres “imperfectas”.

También la ambivalencia tiene raíces en el papel social designado a las mujeres, en especial a las madres: las cuidadoras. El trabajo de los cuidados no tiene horarios, vacaciones, prestaciones, tampoco bajas por enfermedad, aunque es un trabajo que garantiza la sobrevivencia de los demás no cuenta con ningún beneficio más que la satisfacción emocional, sentimental y afectiva del cuidar a los otros, como algunas narrativas de las participantes dan cuenta. Es un trabajo sumamente desestimado al considerarse parte de la naturaleza femenina, una obligación, y al ser fundamental para la crianza de las criaturas también crea un bucle de ambivalencia que se mezcla con la experiencia. Ser la cuidadora principal y a veces única de otro ser supone tareas interminables, apabullantes, así como de la especialización de habilidades para garantizar el bienestar de ese ser. Primero nos encontramos con la carga mental que afecta a las participantes, así como a todas las mujeres resistiendo fuera de esta investigación; es una carga que obliga a la madre a existir en todos los espacios, hablemos de los espacios del hogar en los que existe en función de las tareas a realizar. Existe en la escuela al pensar que tendrá que ayudar con los deberes cuando la criatura llegue del colegio, a lavar el uniforme, a comprar los útiles en la papelería. Existe también en el médico al estar al pendiente de las vacunas, o bien como médico, aliviando los malestares de los miembros de la familia cuando no se necesita acudir a servicios médicos mayores. Existe en los supermercados cada que hace un mapeo mental de lo que falta en la despensa por pasillo. Existe incluso en el empleo de sus parejas cuando son ellas quienes se quedan en casa a lavar los uniformes o la ropa común, a preparar la

comida para llevarse o para cenar. Existe en todos los espacios, y en todos nadie la mira a los ojos.

Estar en esta espiral de arriba abajo con los pendientes de los cuidados de los otros sacude los cimientos de su estabilidad emocional, física e incluso económica. Sumemos que también se adhiere las responsabilidades laborales a esta carga, ¿en qué momento podemos apagar el cerebro sin preocuparnos cuando todos dependen de nosotras? Hoy somos las madresposas trabajadoras cuya función elemental para la sociedad es reproducir materialmente a los otros, lo dice Lagarde (2005) y las narrativas de las participantes dan cuenta de esta realidad, reflejada en más o menos diferentes tareas diarias a realizar.

Estamos al servicio de este sistema dominante que nos quiere sumisas en todo aspecto vital, somos las reproductoras indispensables y esto cala en la usurpación de la propia identidad y del cuerpo, así lo comparte Sharon, Karla y Yadhira, por mencionar sus experiencias. Mediante la utilización incondicional de nuestros cuerpos nos reducen a ser las mujeres que dan a luz y crían a la cultura hegemónica. Nos reducen a las madres. Los meses posteriores de parir se convierten en una lucha que estamos predispuestas a llevar en solitario, cuando no reconocemos nuestros cuerpos chorreantes y tronados podemos hablarlo, pero no demasiado, puesto que es parte del embarazo y “ya sabías que eso pasaría”. La pregunta es ¿en verdad sabíamos? ¿en verdad estamos preparadas para vernos al espejo y no reconocer nuestro cuerpo más que por el dolor y la alienación?

Las madres sacrifican sus cuerpos al bienestar social tras cumplir su papel de reproductora, asimismo rinden su cuerpo al bienestar del bebé como principal, a veces único, medio de alimentación, seguridad y desarrollo. Se espera que rindamos nuestros cuerpos al bienestar de los otros y somos severamente juzgadas cuando nos negamos a ello. Cuando una mujer elige cortar la lactancia de su criatura suele ser tachada como egoísta, ¿teniendo tantos recursos y niegas compartirlos con el ser que pariste? La culpa se va añadiendo a los cimientos de las maternidades por cada vez que elegimos nuestro bienestar total o parcial sobre las tareas esperadas de una madre. La sociedad olvida que los cuidados requieren de dos personas, el cuidado de un hijo requiere de otra persona, de la madre por

generalizar, y en un escenario ideal la autonomía de los cuerpos no debería violarse para satisfacer los mandatos culturales otorgados a cada género. Mi cuerpo mi decisión, esta consigna no cobra mucho sentido ante las manitas voraces de las criaturas, sus bocas hambrientas y sus constantes demandas. Para las madres el rendir su cuerpo es un acto de amor materno incondicional, así entonces, se entiende que el embarazo y por supuesto los meses posteriores presentan un grado importante de emocionalidad, y como he expuesto a lo largo de los apartados anteriores, los planos afectivos mantienen una relación estrecha con la ambivalencia, que son parte de lo mismo, ambas son compañeras indiscutibles en un ir y venir del amor, deber y obligación ética-moral. Hoy las madres renuncian a su identidad, renuncian en su totalidad a sus cuerpos, que al no tener otra ayuda suelen valerse de sus recursos biológicos para sobrellevar la carga de los cuidados. Y en cuanto a la identidad, la pierden, dejen de reconocerse, pero van trazando otro estado de identidad anclado en sus nuevas tareas, en su criatura, en su papel en la familia, así como en la sociedad. Renunciar a lo que fue en pro de lo que es hoy. El embarazo y los primeros meses como mamá es un periodo de transformación psíquica, emocional, corporal e incluso social, la identidad subjetiva se envuelve en la monotonía y la dureza del cuidado que no le permite separarla del producto que es el bebé.

Todas las participantes fueron las principales cuidadoras de las criaturas. Los días después del parto tuvieron ayuda de otras personas, otras mujeres, en el mejor de los casos, que las guiaban en una nueva rutina, las sujetaban, acomodaban las bocas hambrientas de los bebés sobre sus senos, las fajaban, pero una vez que esa etapa de adaptación terminó, lo que depende del contexto de cada una — por ejemplo, el apoyo mayor de Sharon fue su mamá con quien comparte techo y ambas se apoyan mutuamente— ellas se quedaron solas en casa ocupándose de la criatura y, en ocasiones de sí mismas. En el embarazo y los primeros meses resalta particularmente la soledad en la que las mujeres se sumen, ya sea por la ausencia de sus parejas, o incluso en compañía de ellos, los cuidados son un hacer y repetir interminable en el que tu condición de mujer, así como de madre allanan el terreno para que sea una responsabilidad moral el aprender, errar y adaptarse en la soledad

del hogar, puesto que las parejas, cuando las hay, no cargan con la misma responsabilidad, suelen ser ellos quienes salen a trabajar, por lo mismo no comparten el 24/7 con la criatura y suelen tener la tranquilidad de que si ellos no han logrado descifrar cómo hacer correctamente alguna tarea, están las madres para realizarlas.

Es la indiscutible pérdida de la independencia que trastoca el vivir para los demás cuando son ellas quienes dedican toda su energía vital a cuidar de la criatura en las primeras semanas. Las participantes concuerdan en que la etapa de adaptación es la más caótica y angustiante, durante todo el periodo las mujeres van dando cuenta de los cambios en sus cuerpos, su identidad, su rutina, también en la relación con sus parejas y familiares. Pasa también que adicional a lo anterior se suman otras problemáticas como la violencia obstétrica, caso de Karla, suceso que dificulta aún más la familiarización con el cuerpo y la realización efectiva del cuidado. O también la violencia intrafamiliar, como con Vero, a quien su pareja comenzó a violentarla incluso desde el embarazo, a todo lo anterior se le suma un estado de constante sobrevivencia ante la pareja quien se supone debe fungir como el número dos en los cuidados, un par de brazos más para relegar a la criatura mientras una evacúa o se baña a gusto.

Existen aquellas que deciden iniciar esta nueva etapa con sus parejas quienes se involucraban más o menos en los cuidados (Bere, Gloria, Karla, Yadhira con su segundo hijo) así como aquellas que vivieron la montaña rusa de cambios en relativa soledad (Sharon, Maga, Vero, Mari). Aunque la relación que las une consiste en que, sin importar el acompañamiento, los primeros meses de la criatura significaron cambios inimaginables, y por supuesto, impredecibles, que la fatiga fue pan de cada día, y la mejor compañía fueron las lágrimas derramadas en un espacio en silencio. Aún existe una cara injusta en las relaciones de pareja que delega la mayoría, si no es que todos, los trabajos de cuidados a la mujer por su “predisposición” biológica, mentira acérrima del discurso patriarcal, y la mayoría sufrimos de esta violencia en diferente medida, y en el que distintos factores laborales y económicos juegan un papel decisivo, pero sin lugar a dudas quien da a luz es a quien le toca cuidar incondicionalmente, mientras que a la pareja es

encargado de dar cierto sustento — porque todas las participantes cuentan con un trabajo— sin estar obligados a involucrarse en la misma medida que las mujeres en los cuidados. Si ellos se involucran de lleno entonces se trata de un trabajo en equipo basado en la construcción de una vida en pareja en el que el sistema de valores tiene un papel importante, mientras que en nosotras juega una obligación moralizante biológica de la que no podemos huir.

En suma, sin importar los cambios por los que la mujer y la brecha de género han pasado es sin duda aun una batalla a librar en los próximos años. Las madres siguen en desventaja en tanto los recursos que se colocan para la crianza de los hijos, así como los recursos que colocan en el cuidado de los demás, sean madres, padres, parejas, enfermos, ancianos, y demás personas que requieran de cuidados. Son las mujeres, las primeras candidatas, su elección es incluso lógica en el entramado cultural que se pregunta quién es el mejor candidato, por supuesto que la respuesta somos nosotras, las mujeres, que con nuestra predisposición por la emocionalidad nuestro papel es esencial pero jamás reconocido debido al peso “natural” de nuestras habilidades y atributos. Es ese mismo discurso el que evita que los hombres (sin mencionar otras identidades de género ya que requeriría otra línea de investigación) se involucren en la misma medida que nosotras.

La entrega del cuerpo y la identidad son parte, o el inicio de los muchos sacrificios que las madres suelen hacer por el bienestar de la familia, pero también son parte de un deber ser tan integrado en la escena social moralizante que se hacen por automático, es decir que se esperan que ciertos sacrificios formen parte de la crianza para que entonces, las mujeres puedan entrar en la categoría de una “buena madre”. Las madres cuidan, aman incondicionalmente, cuentan con una paciencia venerable, protectoras de la vida, y sobre todo lo anterior, son sacrificadas.

Gloria dice muy acertada: “[...] la maternidad es muy sufrida. Y las mujeres que son mamás no lo saben, por eso quieren y se convierten en mamás.” Porque precisamente muchos de los sacrificios suceden a la sombra de la elección autónoma de la mujer, pasan porque una se acomoda con la corriente que de pronto pone a los hijos en el lugar de prioridad, seguidos de la pareja, los familiares y en

último lugar se colocan estratégicamente las madres, ya que, al ser ellas las responsables de cuidar a los demás, suelen dejar su autocuidado al final: el descuido para lograr el cuidado. Después de un largo día cuidado del hogar, las criaturas y la pareja, lo que la mujer quiere es descansar, por lo que suele no poner el mismo empeño en su cuidado como lo haría con los otros. Es un escenario que se repite una y otra vez entre las participantes, en diferente medida y periodos, pero sucede, puesto que el sacrificio es un precio caro que viene imbricado con la maternidad, y debemos pagarlo tarde o temprano. Es el proceso de ser madre según la balanza de la buena y la mala, uno que dura toda la vida e implica entrega, sacrificio, postergaciones personales, limitaciones, todo en nombre del amor materno puesto que no existe otra forma, de una u otra, las madres terminan por elegir la maternidad por sobre un plan de vida a corto o largo plazo, no hay alternativa. Gloria tuvo que poner en pausa los planes de vida que tenía previo a ser madre, incluso algunos de ellos se han vuelto parte del pasado porque de ninguna forma caben en la actualidad, terminó por elegir otros caminos que la han guiado a dónde se encuentra, sin embargo, esos caminos no fueron del todo decisión suya. Por las dificultades del embarazo Bere se vio más o menos obligada a dejar la carrera, y las dificultades por acceder a un servicio de guarderías digno en la universidad no le permitió retomar sus estudios. Asunto parecido atraviesa la experiencia de Karla quien se vio obligada a salir de la carrera como consecuencia del abandono de las instituciones educativas a las madres y padres que cursan alguna licenciatura en sus aulas. La experiencia de Bere y Karla precisamente ponen en el centro esta discusión ¿por qué son las mujeres quienes desertan de las carreras? ¿Por qué decidir entre cuidar a la criatura y asistir a clases? No existe la posibilidad de una autonomía en la decisión de maternar, o es una o es la otra, cuando en la mayoría de casos de varones, éstos no se ven obligados a renunciar a una carrera universitaria, cabe resaltar que hoy cursarla en un privilegio, pero también forma parte del esquema de sueños y planes de vida de todas, todos y todes. Bere me dijo que el haberse salido de la carrera se convirtió en un sueño roto, uno que hoy afortunadamente puede volver a perseguir, aprovechando que su

criatura es mayor, sin embargo, los nuevos caminos no borran los viejos. El sacrificio tuvo lugar en la narrativa.

La serie de supuestos sociales a los que la maternidad es sometida alcanza otras instancias gubernamentales, laborales, académicas las cuales se desentienden de la responsabilidad para con el cuidado, que debería ser colectivo; los estragos de criar a otro ser humano no deberían ser tolerados únicamente por nosotras. Porque entonces pasa lo que, con Gloria, Bere y Karla, deben poner el cuerpo para el cuidado de sus familias, el sacrificio se debe realizar por ellas y precisamente las instancias gubernamentales como sociales esperan que así lo hagan. No hay alternativas que dejen mejor paradas a las madres. La injusticia se esconde en las fisuras del sistema, le da soporte y afecta a muchas.

La injusticia es aún mayor cuando entra en la ecuación el voraz individualismo capitalista que alienta a las mujeres a perseguir el crecimiento laboral, y para aquellas que pueden acceder a la educación, una carrera universitaria o una especialización técnica es indispensable. Ten hijos y estudia para que generes cada vez más al capital, pero esa es una contradicción sistemática que deja a las mujeres vulnerables y desprovistas de cualquier tipo de apoyo ¿Cómo materno mientras curso mi carrera? Sin apoyo de otros familiares es prácticamente imposible ¿Cómo crezco personal, académica y laboralmente mientras materno? El sistema no brinda respuestas de cómo hacerlo, solo nos deja en claro que tenemos que hacerlo. Lo cierto es que la supuesta expansión femenina en la educación y su efecto politizador en el sistema del empleo y en las jerarquías profesionales no tiene fundamento sólido, cuando la elección de estudiar es relegada a la elección de materno tras encontrarse con un “no” sistemático, que nuevamente termina por relegarlas a la maternidad.

La conclusión es que realmente no hay opción, las madres son víctimas de un sistema que provee las dificultades que las detienen, mientras que se les exige ser útiles (generar capital, reproducir vida, cuidar, sostener). Esto sucede y se repite entre las participantes que pertenecen a un nivel económico medio, en el que gozan de ciertos privilegios, como la educación, así como carecen de otros. Queda preguntarse por las muchas otras mujeres que no tuvieron acceso a la educación o

a una vivienda digna, por ejemplo, y en ese sentido qué diferencias hay en la presión del individualismo cuando la misma maquinaria del capitalismo las coloca como los peldaños a pisar. Los contextos, la etnia, el nivel económico, la sexualidad, el nivel educativo, la geografía, entre otros factores determinan las dificultades que las mujeres tenemos que afrontar, y de poderse, superar para no perdernos en el papel biológico sociocultural que se nos asigna, para poder vivir nuestra propia vida.

Regresemos a la maternidad que aspira ser siempre e incondicionalmente la buena madre, lo cual es parte de un imaginario social que opera en la tradición repleta de estereotipos y juicios con el fin de vigilar la formación de seres adecuados y funcionales para la sociedad. Esta vigilancia es un punto crucial en las maternidades, cuando pienso en vigilancia se me viene a la mente una red de cámaras de seguridad instaladas estratégicamente para vigilar a las personas rondando un espacio en específico, esta vigilancia tiene el propósito de mantener a raya el comportamiento de los individuos, una vez que se detecta algún comportamiento anormal se requieren de otras acciones para detenerlo. Lo mismo se traduce en el día a día de las madres que se encuentran vigiladas por el ojo omnipresente de la sociedad en cuyas acciones encontramos actitudes específicas para mantener a raya a las mujeres, que recordemos son las encargadas principales de la crianza de otro ser. Esta vigilancia es sumamente efectiva porque sin importar el momento o el espacio, las mujeres no pueden sacudirse la sensación de la mirada moralista de los otros, sucede entonces que ellas mismas ponen la vara muy alta en cuanto a su maternidad y, por lo tanto, son las primeras en reprimirse cuando salen del espacio de la buena madre. Sobre todo, cuando llegan a elegirse a ellas primero, es decir, antes que a las criaturas o a la familia, por eso es tan raro que ocurra.

Es esta necesidad por alcanzar el imposible modelo de la buena madre lo que siembra la culpa que crece como hierbajos y se sirven de la salud mental de las madres. Me conmovió profundamente platicar con Maga sobre la parte de la culpa, ver sus ojos llenarse de lágrimas porque es difícil sacudirse de la frustración que ésta te deja, quizá sea una marca que quedará de por vida y solo queda aprender a vivir con ella, esquivarla y transformarla según la situación. A Maga como a las

demás participantes le tocó ser receptora de los típicos consejos no solicitados, por las madres, las tías, las hermanas, los hermanos, todos forman una cadena familiar y social por la cual transita la mencionada vigilancia colectiva. La culpa crece y nace la frustración por una misma, las ganas de ser y hacer las cosas mejor aun cuando estás haciendo más que suficiente. Lo anterior supuso para Maga un desgaste emocional tremendo que, por supuesto no podía expresar porque “eso no hacen las buenas madres”, a ellas les toca sufrir en silencio, no molestar al prójimo con sus quejas irrelevantes. Pero justo este sentimiento apabullante de insuficiencia la llevó a darse cuenta de que no quería vivir en silencio, quería vivir.

La misma vigilancia colectiva es la que esparce, con ayuda de otras instancias, la idea de que las madres todo lo pueden, Bere pregunta sí, pero ¿a qué costo? ¿A costa de abandonar los estudios? ¿De abandonarse a una misma? Las experiencias de los sacrificios de las participantes responden claramente a estas preguntas. El individualismo incita a las mujeres a añadir cada más a sus biografías, por supuesto, fundamentada en la identidad materna, pero con muchas más posibilidades para expandirse en habilidades técnicas, especializaciones, logros académicos, pasatiempos y demás posibilidades que la modernidad ofrece (aunque no a todas las mujeres por igual), y sin embargo la tradición se pone en el camino, una tradición que no le gusta del todo que las mujeres nos especialicemos, que no tengamos hijos, o en efecto, que no practiquemos la maternidad de forma tradicional. La mirada vigilante y los consejos a las formas de crianza son tan solo una de las muchas vías por la cual la métrica patriarcal se filtra por las hendiduras de nuestras biografías. Entonces las participantes se ven obligadas a navegar a tropiezos por ambos mundos, sin cumplir plenamente con ninguno porque componen una contrariedad de raíz, por un lado, los discursos esencialistas de la maternidad la colocan en un lugar de sabiduría biológica, mientras que el ojo omnipotente de la sociedad parece que no está del todo de acuerdo con ello e insiste en corregir y menospreciar.

Lo que las participantes dejan en claro es que a pesar de vivir en dicha contrariedad, eligen pararse firmes ante el ojo de la sociedad e ignorarlo, y aunque en ocasiones la presión suscita ser receptora de comentarios de mal gusto, hasta

llevarlas a la terrible culpa, son mujeres consientes que eligen criar desde otras latitudes, desde el respeto y la afectividad, rasgos que la crianza tradicional reconoce muy poco, son crianzas que han encontrado el resguardo en el feminismo como herramienta para ignorar los estímulos externos, y aunque no las enajena completamente, si es un lugar de resistencia.

Incluso, encuentro en las participantes la decisión de distanciarse, según sus posibilidades, de círculos que ejercen la vigilancia colectiva, como lo son la familia extendida, marcan distancia prefiriendo convivir con grupos que compartan estilos de vida, o bien, que no violenten sus maternidades. Lo veo claro en el caso de Karla quien ha tenido la oportunidad de elección de vivir rodeada de círculos feministas que han cimentado su maternidad.

En la libertad por conformar sus propias biografías, prácticas y creencias que componen la maternidad, las mujeres están cada vez menos dispuestas a acatar las normas sociales, ya que consideran van sobre una narrativa obsoleta que reflexiona, poco o nada, sobre las criaturas y mucho menos en ellas, aún más reconociendo la rebeldía política de cara al sistema de aquellas que se identifican como feministas.

En conclusión, la identidad que se ensambla en torno a la maternidad se entrelaza entre la conformación tradicional de la identidad femenina y la emancipación del rol. Diversas son las investigaciones cualitativas que muestran la persistencia en los sectores populares de la población de la maternidad, la cual continúa siendo la condición inevitable de lo femenino, y en esa finísima línea de valores tradicionales, la responsabilidad de la crianza de las criaturas continúa siendo un trabajo, en su mayoría, destinado a las mujeres, lo que explica que madres, suegras, hermanas, tías, vecinas sigan participando o influenciado en la manera en la que se crían a las criaturas.

Lo que sugiere la individualización moderna, y el contexto determinado por vivencia, es que hoy, a diferencia de nuestras madres, tenemos mayor margen de acción para decidir qué consejos nos sirven y cuáles no, tal es el caso de las participantes. Nuestras madres son fundamental para nuestras experiencias, la relación con ellas es una guía, así como un ejemplo, ya sea que las miremos con admiración o dolor.

El primer contacto que tenemos con la ambivalencia en la maternidad es con ellas, solo que nos toca vivirla como hijas y lo que percibimos es completamente distinto. La ambivalencia en la maternidad mezcla lo que sentimos por les hijes, la crianza, la pausa involuntaria a nuestras biografías, las dobles y triples jornadas, y demás. La ambivalencia con nuestras madres comienza mientras crecemos, y ésta misma crece a la par de la contradicción que encontramos en ella y por consiguiente en nosotras; no existen los conflictos de la vida adulta que se interpongan con nuestro desarrollo, somos a través de nuestras madres.

Maga, Vero, Mari y un poco Bere me han hablado de la maternidad desde un lugar dolido, desde un lugar en el que la ausencia ha dejado un rastro imborrable. El saberse madres lleva a las participantes a pensar en lo que fue ser criadas por sus madres, reconocerse en ellas repentinamente atemorizadas, porque la experiencia con sus ellas implica una contradicción con el ideal materno, una contradicción con la realidad concreta. La relación madre e hija suscita un pesar permanente en ambos sentidos.

Al regresar a la relación con sus madres, las participantes ven la maternidad con otros ojos porque los miedos o gratificaciones que puedan surgir siempre llevan consigo las marcas de quienes nos criaron. La maternidad marca un borrón y cuenta nueva, una oportunidad para crecer y madurar con un objetivo noble. En el caso de las participantes ya mencionadas, esta oportunidad de crecer se extiende al bienestar de las criaturas, precisamente porque a lo largo del camino las necesidades de ambas se van transformando según la etapa de sus vidas.

Son nuestras madres una de las muchas lecciones de vida, cuando vamos entrando a la adultez nos percatamos de lo difícil que es reconocerlas como personas comunes y corrientes, nos resulta difícil extender el abrazo porque significa abrazarnos también a nosotras y en ocasiones no estamos listas para darle nombre a la herida. El problema puede ser rastreado a la engañosa trampa de la buena madre cuyos discursos se depositan en hija y madre por igual. El amor materno como socialmente pensamos que debe ser termina por caerse con nuestras propias experiencias como hijas, la ambivalencia ante sentimientos de amor y culpa van reescribiendo lo que sabemos del amor incondicional que

supuestamente viene adherido al ejercicio materno, y aunque nos resulta difícil pensar en nuestras madres, lo hacemos, en busca de darle sentido a las carencias, y a veces nos mostramos empáticas con ellas.

Incluso, si a partir de nuestras experiencias como hijas demos por seguro que el amor incondicional de madre es tan solo un mito, seguimos cayendo en la misma trampa porque nada nunca es así de sencillo, el amor en cualquier relación está permeado de términos y condiciones porque sin importar nuestro papel social aún no sabemos cómo amar sin ser influenciadas por la cultura, la sociedad, la economía, la política, la etnia, la sexualidad, entre otros factores. Ni siquiera las madres, que tan perfectas pintamos para el rol se escapan de los errores, por lo tanto, nosotras las hijas tampoco lo haremos, y hacer las paces con eso es fundamental para la salud mental de todas.

Cuando me sentaba con ellas para entrevistarlas, en mi guion no se reflejaba como tal una exploración de la relación con sus madres, fue un punto ciego en las primeras aproximaciones, fueron ellas quienes hicieron ver mi error al adentrarse a las narrativas en torno a sus madres, puesto que es una conexión irremplazable, incluso cuando lo es para mí, no pensé en darle el mismo peso. Gracias a ello puedo llegar a la conclusión de que el mito del amor materno se cae si retornamos a nuestras experiencias de hijas, y aun así seguimos presas del mismo mito porque esperamos que en nosotras ese amor sea fácil, automático por no llamar natural, pero la ambivalencia se interpone lo queramos o no.

En este punto, quiero hacer una pausa para reconocer la ambivalencia que caracteriza la relación atormentada que tengo con mi mamá, fue ella el mechero que prendió la idea de esta investigación, mi necesidad por hacer las paces con lo que ambas somos está inscrita en cada párrafo de estas páginas, porque paralelamente ella también ha puesto enormes esfuerzos en descifrar quién soy yo ante su maternidad, y en qué momento dejé de aferrarme a su mano. Ambas somos hijas del malestar generacional que la idea de la madre. Hoy cada que la veo reconozco en ella las carencias, los dolores, las insatisfacciones, el abandono y la falta de amor de la que hizo falta en su niñez, el tiempo no le brindó herramientas u oportunidades para saciar esos huecos, quizá nada puede hacerlo, por ello en

ocasiones es la niña con quien hablo, porque sigue ahí, a la espera. A tiempo rememoro a mi abuela, quien siempre fue muy amorosa conmigo, me tomaba en sus grandes brazos mientras reía extasiada en mi oreja, me decía con cariño “mi prietita”, era todo lo que esperamos de una abuela, consuelo y amor, aunque no siempre estuvimos juntas por muchas razones, pero la principal fue el abismo que había entre mi mamá y ella. Con los años fui aprendiendo de la herida de hija de mi mamá, los maltratos, las indiferencias, los abusos y las omisiones a estos. Mi abuela dejó en mi mamá una enorme herida que no ha podido cerrar, ni lo hará, sigue sangrando, aunque a veces sea solo un goteo, en cambio, mi mamá ha dejado en mí una herida que apenas estoy reconociendo, temo que sea de esas que permanecen abiertas sin importar qué, mi insuficiencia como hija me han dejado perdida, con un resentimiento creciente dentro de mí, el cual no puedo rastrear si es hacia ella o hacia mí. Lo cierto es que mi mamá decidió tomar el camino diferente a la réplica en la crianza, nada de lo que mi abuela aplicó lo retomó ella, y creo que por ello se imaginaba un resultado completamente diferente al que encontró en mi hermana y en mí. Y sí, mi trabajo de hija ha sido deficiente en muchos sentidos, más aún pensando en lo mucho que mi mamá amaba a mi abuela a pesar de la violencia que las atravesó. No voy a ignorar, como socialmente se hace, que la decepción que provocho en ella es parecida a la que yo misma siento, los ideales de madre tanto como de hija juegan un papel importante, y que mi incesante deseo por ver en ella una madre eterna evita reconocerla como una mujer adulta con deseos y necesidades propias y a quien mis actos de independencia no hacen sentido ¿Qué acaso el amor materno no es infinito? ¿No son los hijos infinitos? ¿Qué acaso una no es madre toda la vida? ¿En qué momento se deja de ser madre? ¿Con la muerte de los hijos? ¿Con la propia? ¿Seguir en la búsqueda del amor incondicional me lastima más a mí o a ella?

Mi mamá se merece otras hijas, se merecía otra vida que no fuera el resultado sistemático de sus carencias, y en ese sentido, reflexiono sobre la gran herida que la maternidad nos deja, a las participantes y a mí, tanto como aquellas realidades que nacieron en los terrenos quebrados de niñas lastimadas. Las heridas de mi madre me alcanzaron, no puedo escapar de ellas, así como las de mi abuela

la alcanzaron a ella y a su vez las de mi bisabuela, somos una cadena generacional del dolor sembrado en la tierra de nuestros úteros, somos el resultado de cada una de ellas. Si hoy tuviera una cría, sé que esas heridas generacionales también la alcanzarían y no sabría cómo evitarlo.

Es el individualismo el que carga toda la responsabilidad del bienestar de las criaturas en las madres a quienes las tareas de la maternidad muchas veces las rebasan. La ambivalencia, la fatiga y la culpa viven en las hijas y las madres gracias a la enorme responsabilidad de crianza y cuidados que otorgan (como si fuera un honor) a las mujeres.

Se habla del poder de la colectividad para relegar los trabajos, una crianza en comunidad que exima la responsabilidad de los resultados a una sola persona (así dejamos a un lado las narrativas de la buena y la mala madre). Hoy aún no tenemos una respuesta concreta con la cual podamos accionar un cambio a la maternidad patriarcal, se necesita de muchas más acciones en otros ámbitos, por ejemplo, el cultural y el político. Lo que sí tenemos claro es que se necesita trabajar en una maternidad que deje de ser opresiva para las mujeres.

Las participantes se saben hijas una vez que se convierten en madres, todas vuelven a sus madres como ejemplo de vida, ya sea para replicarlo o evitarlo, somos el recuento de las mujeres detrás de nosotras, caminamos heridas y amadas sobre sus pisadas ya que desde ahí escribimos nuestras biografías.

Hay maternidades accidentadas, cuyas afectadas son dos: la madre y la hija, quienes al no encontrar terreno seguro en la experiencia que es subjetiva no encuentran manera de resarcir el vínculo. Hay maternidades que no fueron, cuya ausencia es lo que las permea. También hay maternidades atravesadas por la ambivalencia, pero no forma vínculos tan lastimados como las primeras. Y por supuesto hay otras formas de maternar que esta investigación no alcanza, pero las hay.

Así mismo, al hablar de la maternidad con las participantes es esencial abordar la relación con la pareja, las tensiones o frustraciones que se albergan en la dinámica tienen soportes similares, en tanto la conciencia feminista echada a andar y las dinámicas tradicionales en las que están insertas. Recordemos entonces

que las mujeres suelen renunciar o postergar los planes de vida una vez la maternidad comienza, por lo tanto, esta misma tendencia se repite en la dinámica familiar. Las participantes que viven la maternidad en relación en pareja (Gloria, Bere, Yadhira, Maga, Mari y Karla) hablan de los sacrificios y los acuerdos para superarlos o suportarlos. Aún perdura la idea colectiva de que la maternidad está subordinada a la paternidad y esta debe ser el apoyo incondicional de la primera, son ellas las que esperan por último las gratificaciones de las postergaciones mientras llevan el peso del bienestar familiar sobre sus hombros. Las ofertas de empleo de la pareja son prioridad para el bienestar del hogar, puesto que son oportunidades que aportan mayor entrada económica, y también no olvidar que fueron ellas (a excepción de Maga y Gloria) las que no pudieron continuar con sus estudios superiores y quienes recurren a emprendimientos que difícilmente aportan lo mismo que un empleo formal como el de sus parejas.

También se habló de la repartición de las tareas del hogar, la conclusión es que el uso del tiempo disponible para madre y padre es relativamente proporcional a la posición que tienen designada en el seno familiar, pero también, se ve influenciado por la ideología de género que afecta y es usado por ambos. Las participantes no pueden renunciar a su papel de cuidadoras en busca de un empleo de tiempo completo o de mayor tiempo de ocio, oportunidad que sus parejas si tienen, la responsabilidad de cuidar es inamovible. Por ello recurren a tratar de llegar a acuerdos con sus parejas precisamente para delegar algunas actividades del cuidado con la esperanza de aliviar la pesada labor que en ocasiones es asfixiante. Gloria, Mari, Bere comparten abiertamente sobre las pláticas que tuvieron con sus parejas con el fin de repartir estas tareas, y la ardua faena que es enfrentarse con los discursos hegemónicos que se filtran a sus hogares sobre la ya desgastada idea de lo natural de la maternidad, a las parejas les resulta lógico que sean ellas las que hagan los sacrificios y quienes cuiden ya que son parte de su naturaleza. Al final, a pesar de la resistencia, de buena o de mala gana las parejas aceptan dividir ciertas tareas por el bien familiar. Sin embargo, tal como Gloria concluye, esos acuerdos no funcionan del todo ya que ellas se siguen llevando la mayor carga del trabajo del hogar, no se pueden enfrentar cinco días a la semana contra dos días que la pareja

destina para el cuidado de los hijos, mientras que por lo general las noches son turno de ellas, los platos, la ropa y la comida siguen exigiendo atención interminable que difícilmente tienen un lugar de prioridad en las actividades de las parejas.

Además, otros factores tampoco ayudan a que las mujeres lleguen a acuerdos equitativos. Los empleos se llevan gran parte de la responsabilidad al otorgar mejores empleos al sector masculino, y como argumentado en varias ocasiones, los trabajos —y también instituciones educativas— asumen que quienes laboran no se dedican a los trabajos de cuidado del hogar lo que provoca una repartición desmedida del tiempo entre hombres y mujeres, y la reticencia de los hombres por ceder ese tiempo libre que se han ganado con esfuerzo obrero.

En paralelo, las participantes están cada vez menos dispuestas a ceder al rol tradicional de la mujer cuidadora, los acuerdos son una medida rebelde ante la métrica hegemónica, es decir que ir a contracorriente es la norma para estas mujeres quienes son pareja, madre, pero también individuos cuyas biografías desean ser cumplidas, y entre actividades de cuidado encuentran tiempo para dedicarse. Son mujeres/madres en resistencia.

Parte del conflicto previo a llegar a los acuerdos van sobre la línea de los empleos, hoy las participantes son conscientes de la cantidad de trabajo que llevan sobre los hombros, dobles hasta triples jornadas laborales, entonces cuando las parejas justifican su falta de participación en las tareas del hogar con el trabajo no es un argumento sólido para ellas, quienes aun con trabajos de medio tiempo o emprendimientos, pueden ocuparse del trabajo de tiempo completo que suponen los cuidados. La necesidad de mantener la tradición en el seno familiar tiene mayor tendencia en los varones quienes se sienten cómodos con los privilegios que el patriarcado les otorga y difícilmente cederán a estar en una posición igualitaria a sus parejas. Gloria, Bere y Mari pusieron sobre la mesa la posibilidad de intercambiar lugares, ser ellas quienes salgan a laborar y proveer, es decir intercambiar papeles, pero la simple idea incomoda a las parejas. ¿Cómo yo me voy a quedar y tú te vas a ir? No es parte de la tradición, por lo tanto, la idea es inmediatamente descartada.

La problemática con el argumento anterior es que no solo los varones, pero la sociedad en general, fallamos en ver que ya no es suficiente con el ingreso que ellos proveen, la inserción de las mujeres en el ámbito laboral es y será fundamental para la sobrevivencia de las familias, y aunque el ingreso de ellos sea mayor que al de ellas, quienes se dedican a emprendimientos y empleos de medio tiempo (excepto Maga, Sharon y Mari), son quienes ponen el cuerpo en mayor medida, su desgaste físico y emocional no tiene horarios. muchas mujeres deben buscar alternativas laborales que les permitan cuidar del hogar y les hijos ya que, a diferencia de sus parejas, encontrar un trabajo de tiempo completo y, en el mejor de los casos con prestaciones de ley es tarea difícil, cuando el cuidado sigue corriendo por su cuenta. Los empleadores abren vacantes pensando que quien se va a contratar no se dedica a los trabajos de casa, pero a diferencia de los hombres, las mujeres aun llegando a casa nos ocupamos de los pendientes, la limpieza, de alimentar a la familia y de cuidar a los hijos. El trabajo de los cuidados es permanente, y aunque debería repartirse equitativamente en el seno familia muy rara vez se logra.

Por lo tanto, las condiciones desiguales del sector laboral encaminan a las mujeres a ser parte de las economías periféricas con emprendimientos o incluso negocios propios, están transformado el mercado ante el creciente desempleo y la incertidumbre financiera, y así como las participantes, es el sector femenino el que se acerca cada vez más a estas alternativas para dar sustento a sus familias, o bien, para formarse como individuos activas en el sentido de independencia y autonomía. Y aunque estas alternativas son la solución perfecta para hallar el equilibrio entre cuidado y trabajo, las empuja a la informalidad lo que lleva a numerosas contradicciones en sus vidas, como la imposibilidad a crecer como lo harían en un trabajo formal, algo que retomaré más adelante.

Así se evidencia que las transformaciones sociales de las últimas décadas en la región han abierto un conflicto entre mujer cuidadora y hombre proveedor que surgen de asimetrías internas de poder y de la capacidad de negociación entre los miembros de la familia diferenciados por el género.

Por otro lado, la noción de que quien aporta mayor ingreso al hogar tiene mayor apertura de decisión no es completamente cierto, Mari gana hasta cinco veces más que su pareja, sin embargo, ella sigue en desventaja ante los cuidados y la crianza, quien se lleva la mayor carga es ella, por ser la mamá, mientras que su pareja ayuda cuando tiene oportunidad. El llevar la jefatura no la libra del todo de las contradicciones de la modernidad, se expresa frustrada ante una actividad económica que, aunque deja ingresos altos, no satisface a su crecimiento personal, y al ser parte del sector informal pero además ilegal, tampoco le permite expandirse e invertir en el mismo libremente. En suma, ni la jefatura, ni un segundo empleo libera a la mujer de los cuidados.

La sensación de estancamiento persiste y se repite en las participantes con pareja (Gloria, Bere y Mari) quienes no tienen la misma oportunidad de desarrollarse laboralmente como sus parejas, no hay hacia dónde crecer, es decir que sus biografías en lo que respecta a su desarrollo individual como mujeres trabajadoras va muy lento o no se dará, son ellas quienes sacrifican esa parte de sus vidas para entregarla a la familia y aunque lo hagan con amor y dedicación esto no borra el vacío que deja la imposibilidad de ver crecer sus biografías y ser ellas fuera del seno familiar. Los sacrificios suceden, las postergaciones son innegables y todo ello sin tener garantías de por medio.

Lo cierto es que la resolución a este conflicto, mujer cuidadora y hombre proveedor, depende del rechazo o aceptación de los hombres a las alternativas cooperativas, a fin de avanzar a una política integral de familia, así como de disolver los valores culturales que someten a las mujeres al trabajo no remunerado y benefician a los hombres en tanto lo despojan de responsabilidades. En la mayoría de las participantes, sus parejas han aceptado en determinado grado la repartición de las tareas, aunque esto no les ha garantizado librarse de sus roles de cuidadoras, así como tampoco la oportunidad para integrarse plenamente al campo laboral como ellas expresan. Ya lo dijo Lagarde (2003), los hombres no han cambiado lo suficiente para cambiar las relaciones que tienen con las mujeres, mucho menos su posición en lo doméstico porque no están dispuestos a dedicarse al cuidado ya que

lo consideran como una tarea inferior. Ceder sus recursos vitales y económicos para el cuidado de los otros no es una opción para los hombres contemporáneos.

De igual forma con este trabajo se puede dar cuenta de que sin importar que las mujeres tengan empleos de medio tiempo, emprendimientos o empleos de tiempo completo, son las *superwoman* que logran encontrar el equilibrio entre sus maternidades y sus logros personales, siguen y seguimos sujetas a los discursos de la esperada perfección femenina. La realidad es que, a pesar de los avances en las oportunidades de género, las estructuras viejas conviven con las nuevas, las mujeres nos enfrentamos a un sinfín de discriminaciones como salarios más bajos, mayor inseguridad, menos oportunidades de promoción, el *mobbing maternal*, entre otros.

Las participantes son la prueba de la necesidad de encontrar soluciones biográficas a las contradicciones sistemáticas. Lo cierto es que ser madre y tener un trabajo estable no son vidas que puedan coexistir con el mismo ahínco, toca sobrevivir como se puede, de acuerdo con nuestros contextos y posibilidades, si la pareja trabaja, la cantidad de hijos, la condición física y también mental, todos son factores que incurren y afectan la convivencia de ambas experiencias. En la modernidad la participación en el mercado laboral es parte fundamental para el sentido de autonomía personal y autodeterminación, entonces es así como cada vez más mujeres hacen dinero por y para ellas mismas, independientemente si están en pareja y si ésta también trabaja, puesto que este ingreso le otorga importancia a lo que hacen, contrario a los trabajos no remunerados de cuidado que son desestimados, en ocasiones hasta por ellas mismas. Aportar al hogar o bien encargarse de ellas mismas es la afirmación de su propio valor, así como el reconocimiento de los demás. En la actualidad, el trabajo remunerado, formal o informal, es para las mujeres mucho más que una fase transitoria o específica del curso de vida, forma parte del “vivir un poco para una misma” contrario al “vivir para los demás” y, por otro lado, también muestra la reticente inclinación de las mujeres por ocuparse de ellas mismas, para así, ganar o mantener el sentido de autonomía y emancipación.

Por último, toca abordar sobre la relación del feminismo con las biografías, así como con la maternidad. De las ocho participantes solo Karla es militante, actualmente se ha comprometido con la acción virtual local a través de *tiktoks* con una clara intención política desde terrenos feministas apartidistas, además de la acción colectiva con la Mercadita Las insurgentas a la que pertenece. Las restantes se identifican como feministas y resisten desde sus espacios, excepto Maga quien siente más tensiones con el feminismo, pero eso no borra la resistencia desde la que se conduce en los espacios cotidianos, la lucha no solo se encuentra en la militancia o en las marchas anuales, también se encuentra en nuestros caminos de vida y la forma en la que queremos llevar nuestra vida según nuestras capacidades y oportunidades.

Las participantes demuestran que la frase “una se hace feminista con su propia historia” es el banderazo que nos inicia a todas, o a la mayoría, por este camino, y duele sabernos marcadas tan profundamente por el patriarcado que no nos quedó de otra más que ponernos las gafas violetas y enfrentarnos a todo y todes, porque emprender este camino no es nada fácil, pero al mismo tiempo el feminismo nos ha brindado las herramientas para enfrentarnos y, en el mejor de los casos, comprender las claves de nuestro pasado y presente, mientras nuestro futuro tiene aires violetas. Las narrativas de las participantes me respaldan cuando digo que toca cercenar ciertos vínculos, mirarlos con ojos finalmente abiertos, aquellos que permanecen suelen ser los que nos traen seguridad. Todas hablan(mos) de los cambios a partir del feminismo, nuestra propia percepción tanto como la de situaciones que normalmente aceptaríamos, hoy el feminismo es la fuerza de la que antes carecíamos y las palabras que no sabíamos. Aquí dentro florecemos y nos reconocemos dolidas por un mismo mal con piel de cordero.

También nos toca defender el feminismo en una discusión interna que parece nunca tener fin, el proceso de quitarse la venda de los ojos es uno solitario, aunque vivirlo en colectivo tiene la potencia de amortiguar el golpe. El feminismo nos aleja de personas, pero también, desde esta nueva posición crítica y política nos toca marcar distancia con quienes creemos pertinentes, ya sea por diferir en puntos de discusión, o bien por reconocerles como personas de peligro.

En suma, las participantes son la prueba de que una no nace feminista, se hace, es el recuento de nuestra propia historia la que nos lleva a cuestionar los sucesos, el feminismo supone la herramienta para hacerlo a través de una mirada crítica, una mirada que despierta a tientes e insegura, pero al cabo del tiempo, de la lectura, de la documentación y en especial del activismo, me sumo a las participantes para concluir que entonces lo hacemos desde una posición política que asumimos a fuerza de la transgresión a las reglas hegemónicas que llevan las riendas. Nuestro feminismo es inmóvil al tiempo que mutable dependiendo de las vivencias que nos definen. Esta posición nos aleja de conocidos, familiares y amigos, o bien, crea una relación más o menos tensionada, ya que les toca a ellos aceptar o lidiar con nuestra identidad feminista, en el mejor de los casos ignorarla, pero el cambio no pasa desapercibido por nadie. Callarnos ya no es una opción.

El feminismo también se convierte en la herramienta indispensable para la crianza de las criaturas ya que es el medio para crear un cambio generacional impulsado por el deseo de que sus hijas no padezcan lo mismo que ellas, y que paralelamente, sus hijos no sean la causa de esos padecimientos. Es la oportunidad para descartar aquello que la crianza tradicional hegemónica patriarcal deja muy en claro, y reemplazarlo por una crianza libre, responsable, afectiva y feminista.

Lo que se repite entre las participantes es la clara diferencia entre criar a una niña a un niño pensando en las bases que el feminismo aporta, son distintas las preocupaciones y las metas para criar dependiendo del género, pero el objetivo es el mismo: romper con el esquema de género del que el voraz patriarcado se ha beneficiado. Y aunque debido a la corta edad de los hijos de las participantes, todas narran su crianza a futuro, hablan de formar hombres afectivos, hombres que estén dispuestos a romper con el pacto patriarcal, para las participantes es clave la ruptura con la crianza en torno a la división de los trabajos de cuidado, pensando que nuestras hijas, en un futuro, aportarán a la economía del hogar, o bien serán económicamente independientes, es decir, estarán involucradas en las tareas que antaño eran responsabilidad total de los varones, entonces es responsabilidad social involucrar a los varones en tareas comúnmente asignadas a las mujeres para formar equipo en lugar de subordinación. Por otro lado, buscan formar niñas fuertes

sin miedo a adueñarse del espacio y levantar la voz, además de inclinar la enseñanza en las niñas hacia la prevención para evitar situaciones de riesgo a corto y largo plazo. Esto último es sumamente enriquecedor y esperanzador incluso para ellas mismas, quienes seguras están de que las crianzas feministas serán el parteaguas para crear un cambio generacional que favorezca en mayor medida a las hijas nacidas y por nacer, así los géneros podrán verse a los ojos desde la misma altura. Por la misma razón de la edad de los hijos los alcances y frutos de estas crianzas feministas, crianzas en resistencia, no se verán hasta dentro de algunos años, siendo ellas, las madres, las primeras en comprobar los cambios, reticencias y frutos. La crianza tradicional, patriarcal, afectiva o feminista comparten la misma incertidumbre, y aunque la crianza feminista cuenta con redes de apoyo más amplias, ya sea presenciales o virtuales, sigue permeada por la ambivalencia y la incertidumbre, no hay manual o reglamentos así que la apertura a errores y aciertos es igual de grande, igual de natural. Asimismo, como lo hablé con algunas participantes, coincido cuando dicen que para crear un cambio innegable se requiere del esfuerzo colectivo, es decir de la participación de las instituciones que nos forman como sociedad, de lo contrario el cambio sí que tendrá lugar, pero con marcha lenta, es decir que ni las participantes ni yo estaremos vivas para ver esos cambios. Pero justo por ello nos hemos amalgamado a la lucha, no luchamos del todo por nosotras, sino por las que vienen y vendrán. La propuesta feminista de la crianza compartida nace, sin duda, pensando en que por más que se trate la crianza como un asunto individual que se realiza en los confines de casa, no hay cómo evitar la realidad de la comunidad, simplemente no se puede barrer el asunto debajo de la alfombra, la sociedad o comunidad interfiere en las criaturas, es un esfuerzo colectivo oculto detrás de la indiferencia y el desentendimiento. Las madres y padres no son las únicas que aportan a la construcción del criterio y entendimiento de los hijos. Por lo tanto, nos enfrentamos a la sociedad que muestra cada día más su inclinación a la tradición y la resistencia al cambio, sobre todo en lo que la emancipación de la mujer respecta. Lo que queda es actuar, criar, resistir y esperar.

En conclusión, las participantes reconocen en sus criaturas la oportunidad de crecer, la oportunidad del cambio generacional visto como responsabilidad social

con posición feminista. Las participantes con hijas quieren mejores oportunidades para ellas, y aunque esta motivación podría existir fuera de la posición feminista, ésta se encuentra en el sentido crítico de visualizar una realidad social en la que ellas tengan iguales oportunidades que ellos, y que, paralelamente, la maternidad no sea un asunto apabullante, que no sea igual de limitante cómo resultó para ellas, que la maternidad sea deseada o no sea. Así mismo buscan que en sus hijos varones los patrones de conducta que el patriarcado ha estipulado no tenga tanto peso en ellos; quieren hombres emocionalmente presentes, afectivamente responsables, el ideal es criar hijos alejados de los hombres que les y nos han hecho daño. De ellos, estamos ya muy lastimadas y demás cansadas.

Aunque el feminismo tampoco es un terreno por el que podamos transitar sin toparnos con agujeros, entre más crece el movimiento más tensiones conviven entre las que pertenecemos. Las tensiones tienen aún más fuerza en aquellas que no son militantes activas precisamente porque no hay de dónde anclarse. La existencia de discursos contrarios compone un feminismo fragmentado, cuyas partes se señalan entre sí por el “error” de sus prácticas. Esta diversidad no pasa desapercibida, como mencionado, ni siquiera para aquellas que no son activas políticamente. La clave aquí es que justamente hablamos desde nuestros contextos, de los ojos que otras nos prestan para ver a través de ellos. Existe en nosotras, sin importar al feminismo en el que nos adscribimos, un sesgo claro que podríamos rastrear en nuestros propios contextos si lo buscáramos, por ello existen las tensiones en colectivos feministas, en organizaciones en pro de la mujer y las infancias. Estamos paradas en un terreno sólido, labrado por cientos de mujeres que lucharon por los derechos que hoy gozamos, pero ese mismo terreno presenta caminos variados, así como respuestas a ciertos problemas.

El feminismo ha sido la respuesta para algunas, ha sido una fuente de decepciones para otras, es sin duda un viaje vertiginoso que nos posiciona, en ocasiones, en espacios incómodos y sesgados. Despojarnos de los mandatos coloniales de la blancura, y los mismos sesgos que el poder ha puesto en nuestros ojos como venda es clave para avanzar tomadas de la mano, necesitamos feminismos, que ya lo hay, decoloniales antirracistas y antisistemas que no se

enfocuen en hacer más que las otras, en accionar con claves que las hacen superiores a otras mujeres que lo hacen según sus propios contextos se lo permiten.

Reconocer nuestro hartazgo y confusión con el feminismo es esencial para allanar el terreno a nuestros pies, así como reconocer cuando hemos sido lastimadas dentro del mismo. Sea cual sea el camino que tomemos del feminismo, hoy nos nombramos feministas con responsabilidad, hoy somos mañana quién sabe, pero eso sí, los derechos de las mujeres y niñas van primero, no queremos estar más bajo la bota metafórica del patriarcado, nos queremos juntas, nos queremos vivas.

Para cerrar las conclusiones de este trabajo que he nutrido durante un largo camino, decidí dejar para el final la maternidad vista a través de la lente feminista. Los motivos de este trabajo fueron cambiando conforme me acercaba a las lecturas, a las asignaturas, a las experiencias de las participantes, a mi propia experiencia, llegó un momento en el que la autoetnografía me planteó incógnitas que yo misma había identificado tiempo atrás, pero jamás con intención cuestionarlas, hasta este momento por supuesto: Ser o no ser madre, esa es la cuestión.

Desde hace varios años tomé la decisión firme de no convertirme en madre, y tal como compartí en los primeros capítulos, es una postura que han compartido varias conocidas y amigas, quienes tan pronto maduraron o bien, se encontraron en una relación estable, tal noción se descartó en pro de un nuevo capítulo vital. Vivo con el temor de que algo parecido le suceda a mi biografía, que de pronto la convicción presente de dejar en paz a mi útero sea descartada. Los años me han enseñado que no importa lo que hoy somos, el cambio es inevitable, lo que ayer nos hizo sentido hoy lo podemos ver con cariño o desdén, pero no volveremos a ser esa persona. Por lo tanto, entiendo el cambio que suscitó en mis amigas y conocidas, es parte del camino subjetivo de cada una.

Por ello, claro que en cada capítulo de este trabajo fui cuestionando la idea, ¿quiero ser madre? ¿por qué no quiero ser madre? ¿qué pasará cuando caiga en cuenta de que sí? ¿Será un cambio igual a los muchos por los que he pasado?

Las participantes, Gloria, Bere, Sharon, Mari, Vero, Maga, Yadhira y Karla, fueron, por obvias razones, los pilares fundamentales del cuestionamiento, con

cada una de ellas encontré maternidades distintas, atravesadas por particularidades que las convierte en únicas, así como puntos de encuentro, ya que todas estamos insertas en una misma realidad sociocultural. La distancia y las agendas me impidió encontrarme cara a cara con la mayoría, me hubiera gustado conocerlas fuera de la virtualidad, aunque nuestra plática no estuvo desprovista de la conexión inmediata, pero sí que compartir espacio con Mari, Maga y Karla suscitó una charla más amena e incluso mucho más larga, a las luces de la terraza de un cafecito, el pasto de un parque y compartiendo sustancias ilícitas en la privacidad de mi hogar. Ya sea en persona o a distancia, las participantes me permitieron conocer y vivir a través de sus experiencias, que como forma de conocimiento siempre es descartada, ridículo, no hay otra forma de aprendizaje tan inmediata, afectiva y compartida que, a través de la experiencia de una misma, pero sobre todo las experiencias de otras.

La honestidad en sus narrativas hizo que identificar las ambivalencias fuera una tarea más o menos sencilla, incluso las estructuras en ocasiones iban por la misma línea, era como encontrar a una en la experiencia de la otra, reconocernos diferentes, aunque conectadas, la diferencia es efectivamente lo que termina por vincularnos. Y sorpresivamente la honestidad con la que me hablaron de la maternidad es parecida a la maternidad de la que mi mamá me habló. Nuevamente retorno a ella, no hay forma de no hacerlo, porque ella siempre será mi primer acercamiento con la maternidad, tanto porque soy su hija como porque ella fue la primera en hablarme de qué se trata materner. No recuerdo una charla en particular, no creo que nos hayamos sentado a hablar de este tema, creo fueron varias charlas, comentarios, ejemplos y guías que me fue ofreciendo desde que tengo memoria. La honestidad con la que me presentó la maternidad es la pieza esencial para mi posicionamiento actual, es ella mi guía y quien me ofreció explorar otros caminos, nunca fue la madre que inculcó a sus hijas a seguir la norma, y aunque recuerdo que mis primeros juegos eran imaginarme casada y cuidando a un crío de plástico, solo se quedó en eso, en mero juego. Ella me habló primero de dedicarme a mí antes de pensar en embarazarme y unirme en matrimonio, me hizo tanta lógica que tal idea emigró de mis planes a corto plazo, hoy descubro que también lo hizo de

mis planes de largo plazo. Recuerdo que me aterraba la idea de saber que mis amigas del colegio quedaran embarazadas, recuerdo, también, que en la secundaria una amiga me contó que su hermana, tan solo unos años mayor que nosotras, había tenido un aborto tras realizar trabajo pesado, cabe aclarar que la hermana no sabía que estaba embarazada, mi reacción genuina e instantánea fue decirle que era una buena noticia, porque todavía estaba muy chiquita y ya habría tiempo, recuerdo perfectamente la expresión horrorizada de mi amiga, la indignación que mi clara imprudencia le provocó. Pero es que para mí era normal pensar que éramos muy niñas para embarazarnos, pero en ese momento caí en cuenta que no era lo mismo para todas, que yo era el grano en el arroz.

Después con mi mamá, llegaron las pláticas sobre la propia experiencia sobre lo duro que es, más aún cuando una está sola, porque no hay garantía de que los padres se queden, ella fue madre soltera, yo fui hija abandonada. Igual que las participantes me habló sobre el amor que tiene por mi hermana y por mí, pero que eso es punto y aparte a las dificultades que una se enfrenta. En cada una de las ocho narrativas encontraba a mi mamá, ella también tuvo que postergar su biografía para darme la oportunidad de escribir la propia, sin embargo, las oportunidades no fueron las suficientes para que ella pudiera continuar con sus pendientes vitales, porque precisamente no hay garantías de que una pueda hacerlo, aunque claro que los contextos y las redes de apoyo influyen enteramente en esta problemática. La recuerdo trabajando día y noche, doble jornada laboral más mi crianza, la casa impecable, la comida hecha, recuerdo verla desgastada, agotada, un cuerpo que se movía por inercia, y aunque hoy es un tema que tomamos a broma, no deja de dolerme regresar a esos recuerdos, a esa mamá tan perdida y adormecida al mundo. Y creo que sus enseñanzas de vida se fueron combinando con la atención que le iba otorgando a la vida, en especial a las mujeres, que criamos, cuidamos, limpiamos, y raramente se nos ve bien, no como a ellos. Si hacemos cuentas mi papá le sale debiendo a la vida, a mi mamá la vida le debe todo. Y esa misma conjetura la observé en tantas mujeres en mi experiencia que me fui convenciendo de que no quería ser madre.

Todo valió la pena porque las tuve a ustedes, me ha dicho incontables veces, y yo le respondo ¿en verdad valió la pena? Con esto no quiero decir que se aplique a todas las maternidades, para nada. Mari dijo que no importa cómo le ha ido a ella en la maternidad, no significa que pasará lo mismo con otras mujeres, y tiene razón: la maternidad tiene diferentes propósitos y razones para cada mujer, la experiencia nunca va a ser calca de otra. Sin embargo, como dije arriba, hay desventajas sistemáticas de las que no podemos escapar, desventajas que encuentro en diferentes medidas en las participantes y en mi madre. Habrá que recordar que la individualización nos impulsa y alienta a construir nuestras biografías pensando en la libertad de elección y las oportunidades variadas a nuestro alcance, pero la realidad es que no todas podremos alcanzarlas ya que, todas y cada una de nosotras, estamos insertas en la sociedad, por lo que la individualización depende de las opciones que tenemos, así sean muy escasas, además de los recursos que la misma sociedad nos ofrece.

Igual fue Mari quien me dijo “no vale la pena [...] no tengas hijos” pero a diferencia de mi amiga de la secundaria yo no la miré horrorizada, aprecié el consejo que brotaba de su propia experiencia. Te agradezco Mari y a todas las participantes quienes hablaron sin temor de la ambivalencia, del dolor, de las dificultades, así como del amor, las satisfacciones y las herramientas para superar los baches en la vida.

Hoy mi decisión de no tener hijos permanece inamovible, porque no solo se trata del miedo materno, sino que la decisión está anclada en una postura política que hoy me hace sentido, mañana quién sabe. Hoy me pronuncio como una rebelde del sistema, no encuentro sentido en dar vida a otro ser, dar vida solo por dar vida es jugar un juego al azar que no es justo para nadie, no creo que sea algo que deba tomarse a la ligera partiendo que yo hubiera apreciado que mi llegada a este mundo hubiera sido parte de un proceso consiente; que como lo argumenté en el capítulo anterior, rara vez es así. No quiero darle otro obrero al capital. Hoy queriendo emular al movimiento coreano no quiero relacionarme afectiva ni sexualmente con hombres. Tampoco creo que sea buena con les niños, no sé cómo hablarles, como cargarlos, cómo guiarlos, y no caeré en la trampa de que el amor materno te da

mágicamente las respuestas, y aunque todo resulta ser parte de un proceso de aprendizaje, no quiero tener que aprender algo que no me apetece. Además, las constantes crisis económicas y peor aún ecológicas son el reloj que pende sobre la cabeza de la humanidad, *tic tac*, tu tiempo se va a acabar. También como ya mencioné, sé que mis heridas van a abrirse y tomar como suya a la criatura que dé a luz, es inevitable, por lo tanto, quiero ser la ruptura de la cadena generacional de heridas punzantes; pienso que la terapia es un privilegio, uno del cual hoy no puedo darme el lujo. Hoy termino de escribir este trabajo con enorme tranquilidad de posicionarme, quizá en algunos años este párrafo sea producto de una mujer ingenua e inmadura, pero hoy las escribo con toda la responsabilidad que me debo, a nadie más que a mí. Tengo que recordarme, que está bien querer tener hijos en la misma medida que está bien no querer tenerlos ¿no es eso por lo que luchamos? O bueno, una parte de esta gran lucha, para que tengamos la libertad de vivir como queramos.

Por último, queda hablar sobre las limitaciones de este trabajo, que son varias. Primero hablemos de que las participantes, yo incluida, pertenecemos a la urbe, vivimos en ciudades más o menos grandes o en localidades cercanas a la ciudad, lo que en consecuencia deja sin explorar las experiencias de otras periferias, mujeres indígenas, por ejemplo, o mujeres migrantes, cuya situación cultural y situación socioeconómica va sobre diferentes contextos. Esta investigación, desde las primeras páginas, se posicionó sobre la experiencia como terreno fértil para producir conocimiento, y claro, que este conocimiento sea acotado no quita la riqueza de las narrativas, los malestares comunes, la ambivalencia como proceso natural y esperado en todas las etapas de la maternidad. Lo que queda sería enriquecer el análisis con narrativas de esas otras periferias para identificar si efectivamente los vicios que se encontraron aquí, también se repetirán en ellas en diferente medida o la misma. En ese sentido esta investigación no está cegada a que las mujeres no somos una copia y pega de otras geografías, etnias y culturas, somos las piezas que componen un todo aún más diverso y complicado. Por tanto, no podemos dar por sentado que las experiencias en este trabajo se repiten una y

otra vez en todas las mujeres del territorio mexicano que se identifican como feministas.

Por otro lado, también encuentro un vacío epistemológico al haber considerado únicamente a mujeres heterosexuales, o bien, mujeres en relaciones heterosexuales, lo mismo que lo anterior, ignora toda una gama de dinámicas maternas, de crianza, de pareja y laboral que se encuentran en, por ejemplo, relaciones sáficas. Explorar la dinámica de la tradición en dinámicas familiares emergentes es preciso hacerse para identificar cómo opera la maquinaria del patriarcado incluso en hogares alejados de la heteronormatividad. A las participantes les cuestioné (o más bien ellas mismas se cuestionaron) sobre las dinámicas en la relación sobre la dinámica tradicional de hombre proveedor-mujer cuidadora, las tensiones, los acuerdos y los sacrificios. Abordar relaciones no heterosexuales necesitaría la misma exploración y dedicación a las narrativas sobre las maternidades y que esta investigación no pudo realizar por los objetivos iniciales.

De igual forma, un punto a tocar es el diálogo compartido con la mayoría de las participantes a través de Zoom, que aunque se trata de una plataforma sumamente útil para acortar la distancia y conectarse con las participantes, también aporta ciertas limitaciones al momento del diálogo, fallos en la conexión, imagen y sonido congelado, así como salir y entrar a la sesión rompieron en varias ocasiones la narrativa de las participantes, aunque ello no fuera causa de una desconexión completa conmigo, si dificultó el intercambio dinámico igual al que tuve con aquellas con quienes pude verme cara a cara. Y sobre esta misma línea, la problemática antes expuesta se interpuso en cierta medida con la apuesta epistémico-metodológica de las producciones narrativas que precisamente me permitieron acercarme a ellas con la idea de un diálogo en el que las risas, el llanto, la emoción, la rabia y otras emociones alimentaban sus experiencias, y por tanto el texto producto de esa interacción; la interrupción en línea dificultó la dimensión discursiva y corporal al no encontrar como quisiera las lágrimas en sus ojos, el mensaje en sus expresiones, los sentires en sus movimientos. En consecuencia, aunque hice lo posible para trasladar a la redacción final los momentos viscerales de la emoción, lo cierto es que falta de las expresiones que se confunden con la interferencia virtual

y que son tan necesarias para acercarse a la experiencia situada de la maternidad. Es decir que parte de la emocionalidad, así como de la corporalidad, han quedado relegadas de la producción narrativa debido al medio de comunicación utilizado, sin embargo, no considero que eso afecte las narrativas como espacio de conocimiento.

Hoy comparto espacio virtual y presencial con algunas participantes, conozco los pequeños o inmensos cambios en sus narrativas vitales tras nuestro diálogo, Karla se ha vuelto bastante viral en Pachuca, Mari finalmente se ha separado de su pareja que no conocí de nada, pero definitivamente resentí por la manera en la que la trataba. El aprecio que siento a todas es innegable. Terminé este trabajo deseando que sus experiencias ayuden a tejer una cara del conocimiento feminista que tanto se necesita y no debemos dejar de abordarlo, con sus narrativas situadas pude llegar a un entendimiento amplio de la ambivalencia, para reconocerla normal, que, si bien ya la había identificado en mi propia madre y otras a mi alrededor, hoy la puedo nombrar. Ser madre, decidir ser madre, es tanto un padecimiento como un gozo ambivalente que difícilmente quedará invariable, forma mujeres resilientes, no hay igualables, pienso que ni siquiera los padres pueden llegar a tal nivel de tolerancia a la frustración, al cansancio, a la familia, incluso a la misma ambivalencia. Aunque de ninguna manera pretendo romantizar la maternidad porque es una que demanda la resiliencia porque no hay de otra. La maternidad demanda demasiado de las mujeres, toma todo lo que son, comenzando por su identidad y valiéndose del cuerpo para formar un ser, tras el parto se vienen toda una serie de responsabilidades que pesan como la piedra de Sísifo, la tarea eterna de rodar la piedra es parecida a la labor de las participantes que tan vitales son para todas. En ocasiones tendrán ayuda, pero la mayoría del tiempo son ellas quienes llevan la roca a la cima. Pensaba en qué parte de la analogía podía incluir el castigo, y creo basta con leer nuevamente las experiencias de las participantes para responder, tarea que dejo a la lectora de estas páginas.

Que no se nos olvide que sin nosotras todo se vendría abajo, no habría cimientos afectivos para sostener a todas las cadenas sociales, no habría quien realice el cuidado que tanto asusta a los hombres modernos porque significa tiempo y dinero tirado a una causa que no retribuye. Que no se nos olvide que somos

nosotras las que hacemos todo lo que ellos no quieren hacer, y que a fuerza de terquedad y habilidad nos hemos colado a sus espacios, nadie nos ha dado nada gratis, no de la misma forma en que nosotras damos nuestras fuerzas vitales para cuidar a los otros. Que no se nos olvide que estamos aquí y nos vamos a quedar, cuidando de las crías, de los enfermos, de los ancianos, porque estas manos pueden transitar del trabajo duro al afectivo, no necesitamos ningún equilibrio, nada de fuerza masculina y femenina, somos un compuesto social de ambos. Que no se nos olvide que, aunque nos asesinen, nos violenten, nos escondan, nos vendan, nos desaparezcan, nos usen, somos resilientes, somos mujeres, somos madres, somos nosotras.

Referencias

- Abajo-Llama, S., Bermant, C., Cuadrada-Majó, C., Galaman, C. y Soto-Bermant, L. (2016). Ser madre hoy: abordaje multidisciplinar de la maternidad desde una perspectiva de género. *Musas*, 1(2), 20-34.
- Aguilar, D y Said, E. (2010). Identidad y subjetividad en las redes sociales virtuales: caso de Facebook. Zona próxima. *Revista del Instituto de Estudios en educación Universidad del Norte*, 12, 190-207.
- Aguirre, R. (2007). Los cuidados familiares como problema público y objeto de políticas. *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de Desencuentros*, En Irma Arriagada (Coord.): 187-198. Santiago de Chile: Cepal, Unfpa, Naciones Unidas.
- Aguirre, R. (2011). El reparto del cuidado en América Latina. En Durán, M. A. (dir.), *El trabajo del cuidado en América latina y España*. Fundación Carolina.
- Alcalá, I. (2014). Feminismos y maternidades en el siglo XXI. *Dilema*, 7(18), 63-81.
- Almond, R. (2010). *The monster within: the hidden side of motherhood*. University of California Press.
- Alzard, D. (2019). *Del modelo maternal del primer franquismo, al discurso neoliberal de la "buena madre": mater amantísima, llena de gracia y de símbolos*. (Tesis de doctorado). Universidad Complutense De Madrid. Recuperado de: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/50847/>
- Amorós, C. (1992). Notas para una teoría nominalista del patriarcado. *Asparkía: Investigación Feminista*, 1, 41-58.
- Antaki, C., Billing, M., Edwards, D., Potter, J. (2003). El análisis del discurso implica analizar: Crítica de seis atajos científicos. *Athene Digital*, (3), 14-35. Recuperado en: <http://www.lboro.ac.uk/departments/ss/centres/dargindex.htm>
- Ante, M. y Ilse, M. (2021). Autoetnografía a dos voces: el potencial crítico de nuestras prácticas artísticas-académicas-feministas. *Revista del Posgrado de Sociología BUAP*, (3)5, pp. 177-210.
- Araiza, V. y Martínez, A. (2017). Tejiendo lo común desde los feminismos: economía feminista, ecofeminismo y ciberfeminismo. *Edähi Boletín Científico de Ciencias Sociales y Humanidades del ICSHu*, 5(10). <https://doi.org/10.29057/icshu.v5i10.2437>

- Ariza, M. y O. de Oliveira (1997): Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y el Caribe, *Ibero-Amerikanisches Archiv Zeitschrift für Sozialwissenschaften und Geschichte*, año 23, N° 1-2, Berlín, Sonderbruck.
- Arriagada, I. (2002). Cambios y desigualdad en las familias latinoamericanas. *Revista de la CEPAL*, 77, 143-161.
- Arruda, A. (2012). Teoría de las representaciones sociales y teorías de género. En N. Blázquez; F. Fátima y M. Ríos (Eds.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, pp. 294-317, Alejandra Restrepo.
- Arvelo, L. (2001). Masculinidad y Función Paterna. *Otras Miradas*, 1(1), 43-52.
- Astudillo, P., Figueroa, V. y Astete C. (2023). Feminismo, comunidad de mujeres y redes sociales online: Etnografía digital en un grupo de Facebook. *Athenea Digital*, 23(3).
- Aguilar, D. y Said, E. (2010). Identidad y subjetividad en las redes sociales virtuales: caso de Facebook. *Revista del Instituto de Estudios en Educación Universidad del Norte*, 12, 190-207.
- Aguilar, C. Soronellas, M. y Alonso, R. (2017). El cuidado desde el género y el parentesco. Maridos e hijos cuidadores de adultos dependientes. *QUADERNS- E DE L'ICA*, 22(2), 82-98.
- Avedaño, I. (2010). Un recorrido teórico a la territorialidad desde uno de sus ejes: El sentimiento de pertenencia y las identificaciones territoriales. *Cuadernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*, (8), 13-35.
- Ávila, Y. (2004). Desarmar el modelo mujer = madre. *Debate Feminista*, 30, 35-54. http://debatefeminista.cieg.unam.mx/df_ojs/index.php/debate_feminista/article/view/1047/936
- Badinter, Elisabeth, (1981). ¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Barceló, M. (2016). Un camino hacia la maternidad pospatriarcal. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(1), 131-152.
- Bajtín, M. (1979). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Balash, M. y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.

- Baptista, N. (2018). La maternidad: cuestión de poder. *Revista Venezolana de estudios de la mujer*, 23(50), 25-35. Recuperado en: http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_vem/article/view/16937/144814483373
- Barbieri, T. (1998). Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género. *Estudios básicos de derechos humanos IV*. Consultado en: <https://www.icmujeres.gob.mx/wp-content/uploads/2020/05/Teresita-de-Barbieri-cetezas-y-malos-entendidos-1-3.pdf>
- Barbieri T. (2000). Acerca de las propuestas metodológicas feministas, en Bartra Eli (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. México, pp.103-139.
- Bauman, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Ediciones Cátedra.
- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios*, 9(19), 49-74.
- Bellucci, M. y Theumer, E. (2019). Desde la Cuba revolucionaria: feminismo y marxismo en la obra de Isabel Larguía y John Dumoulin. CLACSO.
- Beck-Gernsheim, E. (2003), *La reinención de la familia*. Paidós.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001), *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Paidós.
- Bernal, A. (2018). *Cuando no es como debería ser: Significados de la maternidad en las experiencias de mujeres adultas que fueron madres jóvenes* [Tesis de doctorado].
- Bestard, J. (1986). Los hechos de la reproducción asistida: entre el esencialismo biológico y el constructivismo social. *Revista de Antropología Social*, (18), 83-95.
- Butler, J. (1990). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate feminista*, 18, 296-314.
- Blázquez, N. (2008). ¿Cómo afectan las mujeres a la ciencia? El retorno de las brujas. En *El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia*, 97-120. CEIICH/UNAM.
- Bogino, M. (2020). Maternidades en tensión. Entre la maternidad hegemónica, otras maternidades y no-maternidades. *Investigaciones Feministas*, 11(1), 9-20.
- Butler, J. (2023). *Berkeley professor explains gender theory. Judith Butler*. Big Think. <https://bigthink.com/series/legends/gender-theory/>

- Buitrago Malaver, Lilia Andrea, & Arias López, Beatriz Elena. (2018). Los aportes del enfoque biográfico narrativo para la generación de conocimiento en Enfermería. *Index de Enfermería*, 27(1-2), 62-66.
- Bolívar. A., Segovia D. y Fernández M. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación*. Enfoque y metodología. Muralla.
- Bolívar, A. (2012). Metodología de la investigación biográfico-narrativa: recogida y análisis de datos en M.C. y Abrahao, M.H. (org.), *Dimensões epistemológicas e metodológicas da investigação (auto)biográfica* (2) pp. 79-109. Editoria da PUCRS.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Akal.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Cabrera, S., López, M., y Royo, R. (2020). The application of Feminist Standpoint Theory in social research. *Revista de Investigaciones Feministas*, 11(2), 307-318.
- Calderón R. Y. (2021). La autoetnografía como inflexión y performance para la producción de saberes liminales, rebeldes y nómadas. *Calle 14 Revista de investigación en el campo del arte*, 16(29), 16–37.
- Castañeda, M. (2008). *Metodología de la investigación feminista*. Fundación Guatemala, CEIICH/UNAM.
- Cares, C. (2017). *Arte, género y discurso. Representaciones sociales en el Chile reciente* [Tesis doctoral]. Universitat de Barcelona. https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/402144/CCM_5de9.pdf?sequence=5&isAllowed=y
- Carrasco, C., Borderías, C y Torns, T. (2011). *El trabajo de cuidados. Historia, Teoría y Políticas*. Catarata.
- Crespo, R. y Parra, D. (2017). ¿Estudios culturales latinoamericanos? Reflexiones a partir de algunas antologías. *Latinoamérica. Revista de estudios Latinoamericanos*, 64, pp. 13-67.
- Cruz, T. (2016). Una mirada muy otra a los territorios-Cuerpos femeninos. *SOLAR, Revista de Filosofía Iberoamericana*, 12(12-1), 56-71.
- Caporale, S. (2005). La teoría crítica feminista anglosajona contemporánea en torno a la maternidad: una historia de luces y sombras. En Silvia Caporale Bizzini (Coord.): *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora* (199-221). Entinema.

- Cornejo, M., Mendoza, F. y Rojas R. (2008). La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *PSYKHE*, 17(1), 29-39.
- Cornejo, M., Faúndez, X. y Besoain, C. (2017). El análisis de datos en enfoques biográficos-narrativos: desde los métodos hacia una intencionalidad analítica. *Forum: qualitative social research*, 18(1).
- Comas, D. (1993). Sobre el apoyo y el cuidado. División del trabajo, género y parentesco. En Xavier Roigé Ventura (Coord.): *Perspectivas en el estudio del parentesco y la familia* (65-82).
- De Beauvoir, S. (1949). *El segundo sexo*. Debolsillo.
- De la Cruz, C. (13 a 16 de julio de 2010). *Bienestar, cuidados y derechos en América Latina. El debate de desarrollo y las políticas pendientes* [conferencia]. Undécima Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe Brasilia, Brasilia.
- Denzin, K. y Lincoln, S. (1994). Introduction: Entering the Field of Qualitative Research en K. Denzin y Lincoln, S. (eds.), *Handbook of Qualitative Research*. Sage.
- Diez, C. (2000). Maternidad y orden social. Vivencias del cambio. En M. del Valle (coord.), *Perspectivas feministas desde la antropología social* (155-186). Ariel España.
- Díaz-Bravo, L. Torruco, U. Martínez, M. y Varela, M. (2013). La entrevista, recurso flexible y dinámico. *Investigación en educación médica*, 2(7), 162-167.
- Diez, Mintegui, C. (2000). Maternidad y orden social. Vivencias del cambio. *Perspectivas feministas desde la antropología social*, 155-186.
- Dorothy, S. (2012). El punto de vista (standpoint) de las mujeres: conocimiento encarnado versus relaciones de dominación. *Temas de mujeres. Revista del CEHIM*, 8(8), 2-27.
- Durand, P. (2019). *Las "Buenas Madres": Un Estudio Sobre Los Discursos De La Maternidad En Las Revistas Femeninas* [Tesis de maestría]. Pontificia Universidad Católica Del Perú. Recuperado de: <https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/14757>
- Esteban, M. L. (2000). La maternidad como cultura. Algunas cuestiones sobre la lactancia materna y cuidado infantil. *Medicina y cultura. Estudios entre la antropología y la medicina*. 207-226.
- Ellis, C. Adams, T. & Bochner, A. (2019). Autoetnografía: un panorama. En Bernárd, S. (Ed.) *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (17-42). Universidad Autónoma de Aguascalientes.

- Freud, S. (2014). *Obras completas: El yo y el ello y otras obras: 1923-1925*. Amorrortu.
- Frías, S., & Erviti, J. (2011). Patriarcado y estereotipos de género en México: extensión y representación en la imagen. En *Otra mirada. Imágenes de identidad en España y México*. Milrazones.
- Friedan, B. (1963). *La mística de la feminidad*. España: Ediciones Cátedra. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/316467748/Friedan-Betty-La-Mistica-de-La-Feminidad>
- Feliu, J. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital Revista de Pensamiento e Investigación Social*, (12), 262-271.
- Flores, R. y Tena, O. (2014). Maternalismo y discursos feministas latinoamericanos sobre el trabajo de cuidados: un tejido en tensión. *Íconos Revista de Ciencias sociales*, 50(18), 27-42.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.
- Femenías, M. L., & Ruíz, M. D. (2004). Rosi Braidotti: de la diferencia sexual a la condición nómada. *Revista Escuela de Historia*, 1(3).
- Fernández, I. (2014). *Feminismo y maternidad: ¿una relación incómoda?* Vitoria-Gasteiz: Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer.
- Flaquer, L. (1999). *La estrella menguante del padre*. Ariel.
- Flores, R. y Guerrero, O. (2014). Maternalismo y discursos feministas latinoamericanos sobre el trabajo de cuidados: un tejido en tensión. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 50, 27-42
- Flores, F. (2012). Representación social y género: una relación de sentido común. En N. Blázquez; F. Fátima y M. Ríos (Eds.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 218-339). Alejandra Restrepo.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.

- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de sueños.
- Femenías, L. y Ruíz, D. (2004). Rosi Braidotti: de la diferencia sexual a la condición nómada. *Revista Escuela de Historia*, 1(3), 1-18.
- Fernández, I. (2014). *Feminismo y maternidad: ¿una relación incómoda? Conciencia y estrategias emocionales de mujeres feministas en sus experiencias de maternidad*. Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer.
- Flaquer, L. (1999). *La estrella menguante del padre*, Barcelona, Ariel.
- Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Morata.
- Flores, R. y Guerrero, O. (2014). Maternalismo y discursos feministas latinoamericanos sobre el trabajo de cuidados: un tejido en tensión. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 50, 27-42.
- Flores, F. (2012). Representación social y género: una relación de sentido común. En N. Blázquez, F. Fátima y M. Ríos (Coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (218-339). UNAM.
- Gandarias, I. y García, N. (2014). Producciones narrativas: una propuesta metodológica para la investigación feminista en Mendia, I. et, al., (Ed.), *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista* (pp. 80-97). Hegoa.
- García, N. y Montenegro, M. (2014). Re/pensar las producciones narrativas como propuesta metodológica feminista: experiencias de investigación en torno al amor romántico. *Athenea Digital*, 14(4), 63-88
- Giallorenzi, M. L. (2017). Crítica feminista sobre la noción de la buena madre. *Revista Reflexiones*, 96(1), 87-95.
- Giallorenzi, M. (2020). Hacia una deconstrucción de la unión mujer-madre. *Journal de Ciencias Sociales*, 8(14), 4-22.
- Gramsci, A. (1974). *Antonio Gramsci. Antología*. Siglo XXI.
- Graff, A. (2021). *Madre feminista*. Ménades Editorial.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Paidós.

- Güereca, R. (2016). "Capítulo 3. Metodología feminista e investigación-acción" en Güereca, R. (Coord) *Guía para la investigación cualitativa: etnografía, estudio de caso e historia de vida* (pp. 69-94). UAM. México.
- Güereca, R. (2016). "Capítulo 6. La historia de vida: una metodología crítica para el análisis de los procesos sociales" en Güereca, R. (Coord) *Guía para la investigación cualitativa: etnografía, estudio de caso e historia de vida* (pp. 127-160). UAM. México.
- Gómez, E. (2008), La valoración del trabajo no remunerado: una estrategia clave para la política de igualdad de género. *La economía invisible y las desigualdades de género*, pp. 3-19.
- Gómez, V. (2010). Género, ciudadanía y cuidado: aportes al debate en América Latina. *Estudios demográficos y urbanos*, 3(75), 713-732.
- Gonzálvez, H. (2010). *Migración colombiana, género y parentesco: La organización social de los cuidados* [Tesis doctoral]. Universidad de Granada.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la Naturaleza*. Cátedra.
- Harding, S. (1988). *The Science Question in Feminism*. Cornell University Press.
- Harding, S. (1987). Existe um método feminista. (Traducción de Gloria Elena Bernal). En Sandra Harding: *Feminism and Methodology* (pp. 9-34). Bloomington/Indianapolis: Indiana University press.
- Harding, S. (2008), *Sciences from Below: Feminisms, Postcolonialities, and Modernities*. Duke University Press.
- Hernando, A. (2012). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Traficantes de sueños.
- Hernández, O. (2008). Estudios sobre masculinidades. Aportes desde América latina. *Revista de antropología experimental*, 8, 67-73.
- Irigaray, L. (1994). *El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza, otro modo de sentir*. LaSal Edicions de les Dones.
- Imaz, E. (2007). *Mujeres gestantes, madres en gestación. Representaciones, modelos y experiencias en el tránsito a la maternidad de las mujeres vascas contemporáneas* [Tesis Doctoral]. Universidad del País Vasco. https://addi.ehu.es/bitstream/handle/10810/12245/TESIS_ELIXABETE_IMAZ.pdf;sequence=1
- Imaz E. (2010). *Convertirse en madre: Etnografía del tiempo de gestación*. Cátedra.

- Jiménez, A. (2004). La paternidad en entredicho. *Gazeta de antropología*, 20, [en línea] <http://hdl.handle.net/10481/7270>
- Jodelet, D. (1991). Representación social: un área en expansión. In D. Páez, Sida: imagen y prevención. España: Fundamentos.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. In S. Moscovici (Ed.), *Psicología Social II: Pensamiento y vida social* (pp. 469-494). Paidós.
- Klein, V. (1951). *El carácter femenino. Historia de una ideología*. Buenos Aires: Paidós.
- La Barbera, M. (2017). Interseccionalidad. *Eunomía. Revista n cultura de la legalidad*, 12, 191-198.
- Lauretis, T. (1984). *Alicia ya no. Feminismo, semiótica y cine*. Ediciones catedr Universitat de Valencia.
- Lagarde, M. (2003). Cuidar Cuesta: costes y beneficios del cuidado [Resumen de conferencia]. *Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción*, Ciudad de México.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México, Colección de Posgrado, México D.F.
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría "género". *Nueva Antropología*, 8(30),173-198.
- Lamas, M. (2001). *Política y reproducción. Aborto: la frontera del derecho a decidir*. Plaza & Janés editores.
- López, I. (2016). Capítulo 1. El paradigma sociocrítico en las ciencias sociales. En Güereca, R. (Coord.) *Guía para la investigación cualitativa: etnografía, estudio de caso e historia de vida* (pp. 25-43). UAM. México.
- Lozano, M. (2001). *La construcción del imaginario de la maternidad en Occidente* [Tesis de doctorado]. Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado en: <https://www.tdx.cat/handle/10803/4171>
- Lugones, M. (2005). Multiculturalismo radical y feminismos de mujeres de color. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 25, 61-76.
- Luna, C. (2018). *Hablando sobre ser mamás: Análisis de modelos de maternidad, normatividad y reproducción en prácticas discursivas de mujeres adultas*. (Tesis de maestría). Universidad Autónoma de Aguascalientes. Recuperado de:

<http://bdigital.dgse.uaa.mx:8080/xmlui/bitstream/handle/11317/1635/434353.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- Martínez-Gúzman, A. y Montenegro, M. (2014). La producción de narrativas como herramienta de investigación y acción sobre el dispositivo de sexo/género: Construyendo nuevos relatos. *Quaderns de Psicologia*, 16(1), pp. 111-125
- Mena, L. (2017). Muestra cualitativa. Una propuesta integradora. *Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales*, 3, 180-190.
- Moncó, B. (2009). Maternidad ritualizada: un análisis desde la antropología de género. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(3), 357-384.
- Mojzuk, M. (2014). *Entre el maternalismo y la construcción socio-política de la maternidad*. Recuperado de: <https://patagonialibertaria.files.wordpress.com/2014/12/68101129-entre-el-maternalismo-y-la-construccion-socio-politica-de-la-maternidad-marta-mojzuk.pdf>
- Molyneux, M. (2001). Género y ciudadanía en América Latina: cuestiones históricas y contemporáneas. *Revista Debate Feminista*, 12 (23), 3-66.
- Montaño, S. (2007). El sueño de las mujeres: democracia en la familia. En *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de Desencuentros*, En Irma Arriagada (Coord.): 77-92. Santiago de Chile: Cepal, Unfpa, Naciones Unidas.
- Montaño, S. (2010). El cuidado en acción. En Montaño Virreira, S. y Calderón Magaña, C. (coord.) *El cuidado en Acción, entre el derecho y el trabajo*, (13-61). CEPAL, Santiago de Chile.
- Montenegro, M. y Pujol, J. (2013). Producciones narrativas: una propuesta teórico-práctica para la investigación narrativa. En Horacio Luis Paulín y Maite Rodigou Nocetti (Eds.), *Coloquios de investigación cualitativa. Desafíos en la investigación como relación social* (pp 15-42). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Nari, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político*. Biblos.
- O'Reilly, A. (2016). *We need to talk about patriarchal motherhood*. Disponible en: <https://jarm.journals.yorku.ca/index.php/jarm/article/.../36502>
- O'Reilly, A. (2013). "It Saved My Life". The National Association of Mothers' Centers, Matricentric Pedagogy, and Maternal Empowerment. *Journal of the Motherhood initiative*, 4(1), 185-209.
- Paredes, J. (2010). *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. El rebozo.

- Palacio, M. (2009). Los cambios y transformaciones en la familia. Una paradoja entre lo sólido y líquido. *Revista latinoamericana de estudios familiares*, (1), 46-60.
- Palacio, M. (2010). Los tiempos familiares en la sociedad contemporánea: la trayectoria de una configuración. *Revista latinoamericana de estudios familiares*, (2), 9-30.
- Palomar, C. (2004). Malas madres: la construcción social de la maternidad. *Debate Feminista*, 30. <https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2004.30.1046>
- Palomar, C. (2005). Maternidad: Historia y Cultura. *Revista de Estudios de Género. La ventana*, 22, 35-67.
- Palomar, C., Suárez de Garay, M. E. (2007). Los entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas. *Estudios Sociológicos*, 25(74), 309-340.
- Pautassi, L. (2010), "Cuidados y derechos: la nueva cuestión social", en Montaña Virreira, S. y Calderón Magaña, C. (coord.) *El cuidado en Acción, entre el derecho y el trabajo*, (69-92). CEPAL, Santiago de Chile.
- Pineda, A. (2010). Familia Posmoderna popular, masculinidades y economía del cuidado. *Revista Latinoamericana de estudios de familia*, 2, 51-78.
- Pineda, C. (2019). *Estereotipos de género: una aproximación a la violencia de género desde la percepción de los/as jóvenes estudiantes de la Escuela N° 711 Federico Brandsen, 2019* [Tesis de licenciatura]. Universidad Nacional De La Patagonia San Juan Bosco. Recuperado en: <https://margen.org/tesis/Pineda.pdf>
- Pinilla, R. (2006). Categorías analíticas para la interpretación del relato oral de experiencias. *Enunciación*, 11(1),5-21.
- Piza, D. y Amaiquema, A. y Beltrán, G. (2019). Métodos y técnicas en la investigación cualitativa. Algunas precisiones necesarias. *Revista Conrado*, 15(70), 455-459.
- Pérez, K. (2016). Representaciones de la maternidad y la paternidad en Xichú, Guanajuato. ¿Dicotomías impertinentes o guías para la acción? *Sociológica*, 31(88), 235-267.
- Pérez, P., y Gregorio Gil, C. (2020). El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano. *Revista INVI*, 35(99), 1-33.
- Porta, L. y Aguirre, J. (2019). Aportes del enfoque biográfico-narrativo a la comprensión de la docencia y la profesión académica en la universidad. FACES. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales*, 25(53) 71-89.

- Pujol, J. y Montenegro, M. (2013). Producciones narrativas: una propuesta teórico-práctica para la investigación narrativa en H. Paulín y Rodigou M. (Coords.), *Coloquios de investigación cualitativa: desafíos en la investigación como relación social* (1ra ed., pp. 15-42). Universidad Nacional de Córdoba.
- Puyana, Y., y Mosquera, C. (2005). Traer "hijos o hijas al mundo": significados culturales de la paternidad y la maternidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 3(2), 2-21
- Ramírez, P. (2011). Madres combatientes o la afirmación de la figura de la "buena madre". *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 10(28). Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30518550013>
- Ríos, A. (2002). Los Estudios Culturales y el estudio de la cultura en América Latina. *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Recuperado en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100916025656/22rios.pdf>
- Rojas, K. (2016). *¿BUENA MADRE? ¿MALA MADRE? Maternidad y dependencia de drogas* [Tesis de Magister en Psicología]. Universidad de Chile. Recuperado de: <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/159198>
- Rodriguez-Enriquez, C. (2020). *Elementos para una agenda feminista de los cuidados*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
- Rodríguez, M. (2004). El precio de un hijo. Los dilemas de la maternidad en una sociedad desigual. [Crítica del libro *El precio de un hijo: los dilemas de la maternidad en una sociedad desigual*, por Josune Aguinada Roustán]. *Revista Debate*, 278-285.
- Royo, R. (2011). *Maternidad, paternidad y conciliación en la CAE ¿Es el trabajo familiar un trabajo de mujeres?* Deusto Digital.
- Rovira, G. (2018). El devenir feminista de la acción colectiva: las redes digitales y la política de prefiguración de las multitudes conectadas. *Teknokultura*, 15(2), 223-240.
- Salamanca A. y Martín-Crespo, C. (2007). El muestreo en la investigación cualitativa. *Nure investigación*, 27.
- Sancho, M. M. (2020). *Maternales (Imperfectos) para hacer las paces* [Tesis de doctorado]. Universitat Jaume I.
- Sánchez, B, N. (2014). *La experiencia de la maternidad en mujeres feministas: el caso de la casa de la mujer* [Tesis de maestría]. Universidad de los andes.

- Sánchez, B, N. (2016). La experiencia de la maternidad en mujeres feministas. *Nómadas*, 44, 255-267.
- Santillán, L. (2009). *Antropología de la crianza: la producción social de “un padre responsable” en barrios populares del Gran Buenos Aires*. *Etnográfica*, 13(2), 265-289.
- Sau, V. (2009). Maternidad versus Paternidad. *Anuario de hojas de Warmi*, 14, 1-8.
- Seiz, M. (2011). La implicación masculina en los cuidados en las sociedades cambiantes de América Latina: una reflexión sobre el caso mexicano. En Durán, M. A. (dir.), *El trabajo del cuidado en América latina y España*. Fundación Carolina.
- Suárez, D. (2011). Indagación pedagógica del mundo escolar y formación docente. La documentación narrativa de experiencias pedagógicas como estrategia de investigación-formación-acción. *Revista Del IICE*, (30), 17-30. <https://doi.org/10.34096/riice.n30.142>
- Scribano, A. y De Sena, A. (2009). *Construcción de conocimiento en Latinoamérica: Algunas reflexiones desde la autoetnografía como estrategia de investigación*. Recuperado: <https://www.moebio.uchile.cl/34/scribano.html>
- Scott, J. (2001). Experiencia. *Revista de estudios de género, La ventana*, 2(13), 42-73. <https://doi.org/10.32870/lv.v2i13.551>
- Scott, J. (2013). El Género: La construcción social de la diferencia sexual. En M. Lamas (Coord.), *El género: una categoría útil para el análisis histórico* (pp. 265–302). Porrúa.
- Silva, R. E. (2021). *Cambios y permanencias en la representación de la maternidad en los personajes de películas peruanas de drama*. (Tesis de licenciatura). Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10757/658934>
- Silvestre C, M. y López B, M. y Royo P, R. (2020). La aplicación de la Feminist Standpoint Theory en la investigación social. *Investigaciones Feministas*, 11(2), 307-318.
- Starks, H. y Brown, S. (2007). Choose your method: A comparison of phenomenology, discourse analysis, and grounded theory. *Qualitative Health Research*, 17, 1372-1380.
- Smith, D. (2005). *Institutional Ethnography: A Sociology For People*. AltaMira Press.

- Suárez, D. (2011). Indagación pedagógica del mundo escolar y formación docente. La documentación narrativa de experiencias pedagógicas como estrategia de investigación-formación-acción. *Revista Del IICE*, (30), 17-30.
- Taylor, S. J. y R. Bogdan (1994). "Introducción. Ir hacia la gente" en *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados* (p 15-27). Paidós.
- Therborn, G. (2007). Familias en el mundo. Historia y futuro en el umbral del siglo xxi. En *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de Desencuentros*, En Irma Arriagada (Coord.): 31-62. Santiago de Chile: Cepal, Unfpa, Naciones Unidas.
- Troncoso, L., Galaz, C. y Alvarez, C. (2017). Las producciones narrativas como metodología de investigación feminista en Psicología Social Crítica: Tensiones y desafíos. *Psicoperspectivas*, 16(2), pp. 20-32.
- Trujano, R. (2010). Paternidad, maternidad y empoderamiento femenino. *Revista Electrónica De Psicología Iztacala*, 9(3).
- Tubert, S. (1993). Demanda de hijo y deseo de ser madre. *Debate Feminista*, 8. <https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.1993.8.1703>
- Tubert, S. (2010). Cultural Ideals of Femininity and its Effects on Women's Bodies. *Quaderns de Psicologia*, 12(2), 161-174.
- Vargas-Monroy, L. (2010). De testigos modestos y punto cero de observación: las incómodas intersecciones entre ciencia y colonialidad. *Tabula rasa*, 12, 73-94.
- Viveros, E. (2008). Aproximaciones conceptuales al Desarrollo Familiar. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Fundación Universitaria Luis Amigó.
- Viveros-Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista*, 52, 1-17.
- Vivas, E. (2019). Mamás desobedientes. Capitán Swing.
- Winocur, M. (2012). El mandato cultural de la maternidad. El cuerpo y el deseo frente a la imposibilidad de embarazarse. En Sesma, Brena, I. (Ed.), Reproducción asistida (pp. 43-60). Biblioteca Jurídica virtual del instituto de investigaciones jurídicas. Recuperado en: <http://ru.juridicas.unam.mx/xmlui/bitstream/handle/123456789/12060/el-mandato-cultural-de-la-maternidad-el-cuerpo-y-el-deseo-frente-a-la-imposibilidad-de-embarazarse.pdf?sequence=6&isAllowed=y>
- Zárate, E. (2019). *Representaciones e imaginarios culturales en torno a las decisiones sobre la maternidad en mujeres bogotanas* [Tesis de maestría]. Universidad

Nacional de Rosario. Recuperado de:
<https://rehip.unr.edu.ar/handle/2133/14725>

Zicavo, E. (2013). Dilemas de la maternidad en la actualidad: antiguos y nuevos mandatos en mujeres profesionales de la ciudad de buenos aires. *Revista de Estudios de Género. La ventana*, 4(38), 50-87.

Informes y estadísticas citadas

Centro de estudios para el logro de la igualdad de género. (2019). El trabajo de cuidados y doméstico, una mirada desde el trabajo no remunerado.

<https://genero.congresocdmx.gob.mx/wp-content/uploads/2019/10/CELIG-Hojasobrecuidados-20191007.pdf>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2022). *Defunciones fatales registradas en México durante 2021*.

<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2022/EDF/EDF2021.pdf>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2022). Encuesta nacional sobre la dinámica de las relaciones en los hogares (ENDIREH) 2021.

https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2022/endireh/Endireh2021_Nal.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2023). *Estadísticas a propósito del día internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer*.

https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2024/EAP_VCM_24.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2023). Encuesta nacional para el sistema de cuidados (ENASIC) 2022.

https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/ENASIC/ENASIC_23.pdf

Centro de estudios para el logro de la igualdad de género. (2024). Violencia contra las mujeres. <https://portalhcd.diputados.gob.mx/PortalWeb/Micrositios/5b8b3b7b-1de2-4201-9d28-e94ad0c792bc.pdf>